
ELLA LE ROMPIÓ EL CORAZÓN...
PERO ÉL NO PUEDE ALEJARSE.
MUY MAL
I. A. DICE

Copyright © 2025 by I. A. Dice

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta obra puede reproducirse, distribuirse ni transmitirse en cualquier forma o por ningún medio, sea este electrónico o mecánico, por fotocopia o grabación sin la autorización previa y por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos y hechos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con hechos o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

UNO

Logan

—¿Por qué estás armando tanto escándalo por esto? —pregunto, ayudando a mi hermano pequeño a reorganizar su salón para que haya espacio para las cincuenta personas que invitó al cumpleaños de su mujer. Lleva casado dos años, pero me sigue pareciendo rarísimo pensar en mi hermanito como marido—. El año pasado no le montaste una fiesta por sus veinticinco, y esa es una edad más significativa que los veintiséis.

Theo agarra un extremo del sofá y me insta a hacer lo mismo. Joder, de verdad que yo no soy el tío adecuado para estas labores. Tengo músculos, sí. Entreno en el gimnasio que tengo en casa cuatro veces a la semana para mantenerme en relativa buena forma. Hago cincuenta largos en la piscina de mi patio cuando el tiempo lo permite. Por eso tengo un cuerpo y la fuerza de una nadador. Levantar sofás no forma parte de mis puntos fuertes.

Además, soy un vago redomado.

La única razón por la que estoy aquí, padeciendo el tener que ayudar a Theo, es que es mi hermano. Hace mucho tiempo, establecí la regla de no decirle que no a ninguno de los seis imbéciles con los que estoy emparentado si necesitaban mi ayuda. Eso no quiere decir que no vaya a demandarlo si me hernio por tener que vérmelas con este sofá monstruoso.

Theo no estuvo muy fino al llamarme a mí para que le ayudase a levantar cosas pesadas en vez de a nuestro hermano pequeño, Nico. Ese puto pirado se echaría el sofá al hombro y se iría a hacer footing.

Y sin sudar la gota gorda.

—Estábamos de vacaciones en su cumple del año pasado —me recuerda Theo, caminando marcha atrás por el pasillo para guardar este sofá de tres plazas de color naranja chillón y pesado como una vaca en una de las habitaciones de invitados mientras dure la fiesta.

Supongo que tendré que estar de pie toda la noche. Esta fiesta no hace más que mejorar, ¿verdad?

—Este año quiero que venga todo el mundo. Thalia y mamá siguen sin llevarse bien y no se nos presentan muchas ocasiones para arreglarlo.

Tener a cincuenta invitados no les brindará la mejor de las ocasiones para estrechar lazos, pero no gasto aliento en decírselo. Tampoco le recuerdo el último intento fallido de acercar a mamá y Thalia. La comilona en casa de mis padres del mes pasado no fue muy bien. La pobre Thalia salió echa un huracán en mitad de la sobremesa después de que mamá insultase la tarta de queso fría que, según Theo, a Thalia le llevó seis horas y cuatro intentos preparar.

En mi fuero interno, le di la razón a mamá cuando comentó con un tono animado y artificial que la tarta parecía algo que vomitaría un bebé, pero no le dije ni una palabra de ello a Thalia.

Si soy del todo sincero, me da un pelín de miedo. Es preciosa, afectuosa y una tía increíble, pero tiene otra cara que no disfruto demasiado, y es esa actitud suya acalorada y griega. Es como un volcán en erupción. Su acento marcado y colorido se le pronuncia más cuando está enfadada, provocando que cueste entenderla cuando habla.

La reticencia de mamá a aceptarla como parte del clan Hayes nos sorprendió a todos sus miembros, papá incluido. El impacto fue todavía mayor porque, cuando Theo y Thalia empezaron a salir, se llevaban tan bien que parecía que fuesen a ganar un premio a suegra y nuera del año… Pero eso se terminó cuando Theo decidió casarse con la chica en las putísimas Vegas.

En cuanto mamá descubrió que no habría un bodorrio por todo lo alto en una iglesia, cambió de parecer.

Theo y Thalia estuvieron salieron durante unos meses antes de que el apellido de ella cambiase de Dimopopololu, Dimopopus o Dimonosequé a Hayes, cosa que, estoy seguro, tampoco ayudó mucho, pero han sido casi dos años de felicidad ininterrumpida y vomitiva entre T & T; una felicidad que hace que me entren ganas de doblarme en dos y vomitar arcoíris la mayor parte del tiempo.

Creí que mamá ya lo habría superado a estas alturas.

Siempre quiso tener una hija, por todo el rollo de tener siete hijos, pero ahora que técnicamente tiene una, se ha convertido en la estereotípica suegra de pesadilla: celosa, mezquina y ostentosa.

Theo tiene mucha más paciencia que yo. Le echaría una buena bronca si tratase a mi chica con la misma reserva fría y cortante sin razón aparente. No es que tenga novia, pero si la tuviera, lo haría.

En palabras de papá, mamá se dio cuenta de que, uno por uno, una mujer le arrebataría a todos sus hijos, dejándola sola y desatendida. De ahí la operación: hacer que mamá se sienta necesitada.

Los siete nos pasamos de visita más a menudo y le pedimos ayuda con cualquier cosa que se nos ocurra. Es increíble lo mucho que le sube el ánimo el llamarla a las siete de la mañana para pedirle la receta de las tortitas. Por desgracia, ese truco no sirve para que le coja cariño a Thalia. Como mucho, se muestran civilizadas.

—No haría daño que invitaras a mamá a cenar y simplemente hablases con ella —digo, intentando hacer piruetas con el sofá para que entre por la puerta. Mi cerebro va a parar al instante a *Friends*, Ross y su famoso «giradlo»—. Escucha lo que tiene qué decirte. Solo vosotros dos. Nada de Thalia.

—Ya —gruñe, deja caer su lado y da un paso atrás para analizar la situación. No debería ser tan complicado, pero aquí estamos, enfrentándonos a este dilema como dos críos de tres años delante de un cubo de formas, tratando de encajar el rombo en el hueco con forma de corazón—. Me lo pensaré.

—Mientras estás en ello, tómate un segundo para pensar también en dejar embarazada a tu mujer. Lleváis dos años juntos.

Estáis casados. ¿A qué cojones estáis esperando? ¿A recibir algún tipo de invitación? Os imprimiré una si queréis. Igual mamá estaría más contenta con Thalia si abrís de una vez la fábrica de nietos.

Theo ladra una carcajada y me hace un gesto para que tumbe el sofá de forma vertical. Joder… ¿dónde demonios está Nico cuando se le necesita?

—Ya pareces Shawn y Jack. ¿Sabes que nos piden que cuidemos de Josh por lo menos dos veces al mes? Creen que pedirnos que cuidemos de ese diablillo hará que vuelva a activarse el instinto maternal de Thalia. —Estabiliza el sofá cuando éste se tambalea y amenaza con caérsele encima de la cabeza. Dudo que pudiese librarse de tal golpe sin partirse la columna—. Hasta ahora, lo único que han conseguido es que quiera hacerme la vasectomía.

El conejo de Duracell no tiene nada que envidiarle a Josh. Desata el infierno allá donde va, ni siquiera le hace falta estar en el mismo cuarto. Nuestro hermano el mayor, Shawn, adoptó a ese hombrecito junto con su marido, Jack, poco después de la boda de medio pelo de Theo y Thalia en la prestigiosísima capilla de Viva Las Vegas.

Menudo puto chiste.

Me entraron ganas de zurrarle cuando nos envió al grupo de los hermanos una foto de él y la novia delante del ya mencionado ilustre establecimiento.

Josh tenía quince meses en aquel entonces. La semana pasada cumplió tres años y tiene más energía en su dedo anular que un cubo hasta arriba de Red Bull.

Puede que esa sea la razón por la que quiero tanto a ese niño. Soy su tío favorito, seguido de cerca por Cody, mi hermano más pequeño y un tercio de la Santísima Trinidad, que es como me gusta llamar a mí a los trillizos. Cody, que deja que Josh se salga con la suya en todo.

Los otros dos, Colt y Conor, escurren el bulto, ocupados en perseguir faldas, como deberían. Tienen diecinueve años, están en segundo de carrera y viviendo la vida al máximo.

—Nos vendría bien tener a otro bebé en la familia —digo, maniobrando con el sofá para devolverlo a una posición horizontal.

Es demasiado alto para caber de lado por la puerta—. Ya vas teniendo una edad, así que ponte a ello y apunta para que salga una niña, ¿de acuerdo?

—¿Y eso me lo dices tú? —Theo esboza una sonrisilla—. Eres mayor que yo, Logan. Tienes treinta. Y no quiero una hija. Joder, imagínate cómo sería criar a una niña en los tiempos que corren. Tendría que cavar un sótano y encerrarla dentro hasta que cumpla los dieciocho.

Una carcajada explosiva se me escapa.

—Estás como una cabra. Tiene a seis tíos dispuestos a cargarse a cualquier capullo que se atreva a faltarle al respeto. No te preocupes, la protegeremos.

—¿Yo soy el que está como una cabra? Eres tú el que habla de ella como si estuviese en el cuarto de al lado, durmiendo en su cuna. La niña no existe, tío. ¡No hay nada que proteger!

Con un gruñido y un resoplido, se apoya en la pared de enfrente, apretujando el sofá dentro de la habitación de invitados. Ambos nos quedamos congelados al oír el ruido de tela al desgarrarse. Es un sonido que augura problemas maritales. Mi apuesta sería una semana sin sexo.

No quiero estar presente cuando Thalia vea el desgarro. Y no quiero estar aquí cuando toque volver a arrastrar el sofá al salón, por lo que mañana mi móvil estará apagado.

Theo gira sobre sus talones y regresa a la sala de estar.

—Mi puñetera agenda reproductiva no es asunto tuyo. Si quieres a una niñita en la familia, ve a engendrar tú una.

—¿Con mi mano? Lo dudo mucho.

—Demasiada información. —Hace una mueca, pero la diversión le tira de las cuerdas vocales. A pesar de que se haya hecho mayor y esté casado, todavía tiene su lado inmaduro, al que le gustar asomar la cabecita de vez en cuando—. Ya va siendo hora de que cambies a tu mano por una chica, ¿no crees? ¿Quieres que te busque a alguien? Thalia tiene muchas amigas. Podrías escoger entre una de ellas.

Claro que escojo.

Bueno, no yo, en concreto. Theo, Nico y nuestros dos colegas, Toby y Adrian, escogen por mí. Se esfuerzan un montón en encontrar a una mujer que me diga que no. Llevan haciéndolo todos los sábados desde hace dos meses, escogiendo a chicas de todos los colores y formas. Las he cortejado a todas: altas, bajas, rellenitas y delgadas; mayores, jóvenes, liberales y conservadoras. A pesar de tener que comprarme un reloj de mi elección cada vez que pierden la apuesta, no se rinden. No tienen muchas luces.

Las suficientes mujeres han gemido mi nombre y han babeado al mirarme como si fuera la mismísima encarnación del sexo para que me crea sus palabras: soy, como dicen muchas…, «irresistible». Por muy tonto que suene. No importa lo estrecha que sea la mujer en cuestión, puedo convencer hasta a una monja de que me entregue sus bragas si me lo propongo.

Al principio, los chicos escogían a adolescentes fogosas y guapas y veinteañeras guapas e inocentes. Las apuestas fueron cuesta abajo cuando empezaron a escoger a mujeres no tan guapas.

Debería ponerle freno a esta tontería.

Tengo treinta años, llevo teniéndolos desde hace un par de meses, pero, maldita sea, no tengo nada mejor que hacer con mi vida.

¿Es culpa mía que las mejores chicas ya no estén disponibles? Debería haber sentado cabeza hace unos años, cuando las chicas extrovertidas, guapas y listas aún estaban en el mercado, pero en aquella época pensaba con la polla y no con la cabeza. Aunque, teniendo en cuenta lo de las apuestas, supongo que mi polla sigue pensando demasiado por mí.

—Ya pasará cuando tenga que pasar —digo, sin muchas ganas de tratar este tema—. Estoy bien como estoy ahora.

Continuamos despejando el salón. Por algún motivo, parece más pequeño sin los muebles, cosa que no suele ser lo habitual cuando superviso los edificios en el trabajo. A lo mejor es porque no he visto ninguno de esos espacios amueblados y no tengo con qué compararlos.

El año pasado, Theo cambió su piso acogedor por una casa de cuatro habitaciones con un jardín grande y piscina. De verdad que debería llenar esas habitaciones vacías con unos cuantos niños.

La empresa de cáterin llega media hora más tarde, arrastrando unos carritos hasta arriba de comida. Algunos lo dejan en la cocina y otros se los llevan fuera, donde la barbacoa está preparada y a la espera. El logo de sus delantales es el del restaurante de Nico, el Olive Tree, pero desde aquel marrón hace más de una año, Nico compró la parte de Jared y nombró a Adrian su nuevo socio.

Después nombró a Thalia jefa de cocina. Y fue una idea buenísima de su parte. El restaurante enseguida se convirtió en el local de moda de Newport Beach gracias a los platos griegos que ella sumó a la carta. Es una cocinera fantástica. Aunque las tartas se le dan de pena, eso sí.

—Vale, necesito tu opinión porque yo medio que perdí la batalla. —Theo me conduce fuera para fumarse un pitillo. Si le preguntas a él, te dirá que no fuma. Al menos, no delante de su mujer—. Thalia invitó a Cassidy. ¿Crees que debería avisar a Nico antes de nada?

—¿Por qué? ¿Por qué es amiga de Kaya?

Theo pone una mueca al pronunciar a la innombrable y yo también lo veo todo rojo cuando recuerdo aquella noche.

Todavía recuerdo la ira asesina que iluminó el rostro de Nico cuando salió como un huracán del vestuario de empleados del club de campo, donde pilló a su mejor amigo desde hacía veinte años tirándose a su *novia* desde hacía siete meses.

Muy en el fondo, Nico sabía que Jared le hizo un favor al quitarle de encima a esa puta pirada, pero esa fue la primera y, por el momento, la única mujer con la que ha salido jamás.

Todos mis hermanos creen que la traición de Kaya fue lo que más impactó a Nico, pero perder a su mejor amigo le dolió más. Eso no quiere decir que se tomase a la ligera la infidelidad de Kaya. Ella le importaba hasta cierto punto. Tenía que importarle o no habría aguantado siete meses con ella.

Ninguna persona cuerda habría aguantado.

Jamás he conocido a mujer más tóxica, manipuladora y persuasiva de cojones. Tenía a Nico comiendo de la palma de su mano de manicura perfecta y le hacía bailar a su son. Y vaya si le hacía bailar de lo lindo para avivar y alimentar sus defectos, sobreprotección compulsiva, celos y mal humor. Siempre ha tenido la mecha corta, pero Kaya le pegó un buen tijeretazo.

A pesar de que hace más de un año desde que cortaron, no ha vuelto a ser el Nico pre-Kaya. Por suerte, tampoco se ha quedado atascado en la fase furiosa que experimentaba mientras estuvo con Kaya. Ahora está… irritable. Alerta. Como los mismísimos putos tormentos del infierno. Salta a la mínima más rápido de lo que el ojo humano puede captar.

—Evidentemente. —Theo arrastra la palabra—. Thalia y Cassidy son muy amigas y, dado que Cass es la mejor amiga de Kaya, no sé qué esperarme de Nico. Thalia no pasa tiempo con Kaya, lo juro, pero puede que Nico llegue a esa conclusión.

—Sí, puede que avisarle no sea una mala idea.

Theo aprieta los dientes y coge el móvil para llamarlo.

—Por intentarlo que no sea. —Endereza la columna, tieso como una flecha cuando Nico contesta. Ni siquiera está presente, pero su personalidad autoritaria surte efecto igual de bien a larga distancia —. Hola, tío, mira…

Lo dejo a ello, entro en la casa y robo unos cuantos aperitivos mientras la empresa de cáterin lo pone todo a punto. Gracias a las excelentes habilidades culinarias de Thalia, que ha inculcado al resto de cocineros del restaurante, la comida sabe tan a gloria como cuando nos invita a cenar a su casa de vez en cuando.

Hasta la Santísima Trinidad se nos une más a menudo ahora que por fin han alcanzado una edad en la que podemos sentarnos los siete en una misma habitación y hablar como iguales. Han madurado un montón desde que terminaron el instituto y se mudaron de la casa de nuestros padres para irse a vivir con Nico.

—¿Cuál es el veredicto? —le pregunto a Theo cuando regresa dentro con semblante decaído—. No me digas que no va a venir.

—Ah, no. Sí que va a venir. Tuvo que pensárselo durante todo un minuto —escupe antes de rematar su arrebato con un suspiro

profundo—. Odio tener que elegir entre cualquiera de vosotros y Thalia.

—No tienes que elegir. No es que hayas invitado a Kaya. Tranqui. Habrá cincuenta personas aquí, pero si te hace sentir mejor, me aseguraré de que Cass y Nico no se crucen, ¿de acuerdo?

—¿Sí? ¿Estás seguro? Sé que tú tampoco eres muy fan de ella.

Eso no es del todo cierto…

Hace tres años, Cass y yo salimos unas cuantas veces a tomar algo. Hasta la invité a cenar antes de que cerrásemos el trato en la cama. Pero Newport Beach es pequeño. Mis hermanos se enteraron al día siguiente de que habíamos pasado la noche en mi restaurante favorito.

Menos de doce horas después de que hubiese hecho mío el cuerpo precioso y torneado de Cassidy, Theo me informó de que la había catado primero.

—No me molesta. —Rebusco en la nevera a la caza de una cerveza—. Llevo sin hablar con ella desde… —Piso el freno antes de que se me escape el final de esa frase.

Tanto Theo como yo sabemos cuándo hablé por última vez con Cass, y es un tema que evitamos como a la peste: la noche en que Nico pilló a Jared cepillándose a Kaya. Cassidy fue la que me envió por sorpresa un mensaje críptico aquel día después de un año y medio de relativo silencio.

Cass: Hay algo que Nico debería saber. Tráelo al club de campo a las diez. Vestuarios de los empleados. Borra este mensaje. No te has enterado de esto por mí.

Piqué en el anzuelo. Cass no me puso en preaviso entrando en detalles; no mencionó a Kaya ni a Jared, pero sí a Nico, y descifrar su mensaje críptico fue pan comido. No le tuve mucho aprecio a Kaya desde el principio. Tenía la mosca detrás de la oreja con que le estaba poniendo los cuernos a mi hermano desde mucho antes de que Cass me enviase aquel mensaje.

Lo que jamás habría adivinado era que Cruella DeMonio le estaba poniendo los cuernos con el mejor amigo de Nico. Dios, qué gusto me dio partirle esa cara estúpida a Jared. Jamás me cayó bien ese imbécil. Nico dio el primer puñetazo, pero fui yo quien le rompió la nariz a Jared y Theo le arrancó un diente. Como policía, Shawn se quedó a un lado, haciéndose el sueco ante nuestro evidente quebrantamiento de la ley.

—Gracias. Te debo una —dice Theo—. Ahora, ayúdame con el sillón.

¿Por qué demonios contestaría yo a su llamada?

DOS

Logan

Se suponía que la fiesta empezaba a las ocho. Se suponía que yo tenía que estar allí a las siete y media por si Nico o Cassidy decidían llegar antes de tiempo, pero, tal y como ha querido el destino, son las ocho, sigo en mi casa y ni siquiera estoy dentro del coche. Ni siquiera tengo la chaqueta puesta ni estoy cerca de la puerta.

¿El motivo? El puto perro de Theo.

Me pidió que cuidase de Ares en lo que dura la fiesta porque el pequeño Josh quiere subírsele encima cada vez que ve al pobre animalillo.

Siendo considerado, accedí. Ares se porta bien, por lo que no tengo que preocuparme de que me deje manchas de pis en la alfombra o me dañe el mobiliario. Se comió hasta hartarse su buen porcentaje de zapatos, cojines y cinturones cuando era un cachorro, así que ya lo tiene superado.

Solo hay un problema que pasé por alto: Ghost. La pitón albina de Birmania que me compré hace unas semanas porque estaba hartísimo de volver a una casa silenciosa y vacía tras un largo día de trabajo. No es que las serpientes hagan mucho ruido ni acudan a recibirte a la puerta, saltando, ladrando y lamiéndote la cara, pero el simple hecho de saber que está aquí me levanta el ánimo.

Podría haberme comprado un perro, pero me parecía una crueldad dejarlo solo doce horas al día, así que una serpiente tuvo que ser. Este hijoputa de cuatro metros y medio de largo vive en un

terrario que ocupa un tercio de mi salón. Un terrario en el que apenas pasa tiempo si yo estoy en casa.

Es libre de pasearse por la casa, cosa que puede que no sea una idea muy brillante ahora que lo pienso. Me dio un susto de muerte el otro día cuando me lo encontré enrollado en sí mismo bajo la colcha de mi cama. Quería compañía, pero no de ese tipo.

Ares parece tener tendencias suicidas porque quiere jugar con la pitón que podría, sin mucho esfuerzo, tragárselo entero. Rogar, gritar y amenazarlo con dejarlo sin juguetes y cena no funciona. No me queda más remedio que encerrarlo en la cocina.

—Lo siento, chico, pero no confío en que Ghost no te coma. —Me pongo de cuclillas en el umbral para acariciarle la cabecita—. Es poco probable que abra el terrario, pero si lo cabreas, puede que rompa el cristal y tu mami me arrancará las pelotas si te pasa algo.

Ladea la cabeza, observándome con sus ojos grandes e inteligentes como si entendiese lo que le digo. Ojalá. Si siguiese siendo un cachorro lo llevaría en brazos toda la noche para mantenerlo alejado de Josh, pero ya no es un perrito. Ha crecido, pesa veintiocho kilos y, como ya hemos establecido, levantar peso no es mi fuerte.

Le dejo con unas cuantas galletitas para compensar el encerrarlo bajo llave en la cocina con un mordedor de mierda, que es el único que me dio Thalia, y regreso al salón para comprobar por cuarta vez que Ghost está encerrado y seguro. Se enrolla con aire perezoso a una rama gruesa de árbol, sudando de todo y de todos.

Su anterior dueño dijo que estaría lleno durante dos semanas tras cada comida, por lo que no debería tener hambre hasta dentro de ocho días, pero me niego a correr riesgos. No cuando es el perro de Thalia el que se encuentra bajo mi cuidado, alguien cuya aptitud está en duda. Me daría un palizón si su bebecito pierde aunque sea un pelo.

Joder, espero no cagarla.

¿Y si Ares se atraganta con ese mordedor tan cutre? ¿Y si abre el armario con los productos de limpieza que usa mi asistenta, Mira, y muerde una botella de lejía? ¿Y si…?

«Deja de pensar estupideces, Logan».

Cierro la puerta del salón como una medida de precaución más. Las serpientes no pueden abrir puertas, ¿verdad?

¡Mierda! ¿Y los perros?

Igual sería mejor que me quedase en casa. Saco el móvil y envió un mensaje al grupo de los hermanos Hayes.

Yo: ¿Ares puede abrir puertas?

Theo: No que yo sepa. ¿Por qué?

Yo: Solo por saber. Estoy teniendo graves problemas logísticos tratando de dar con la forma más segura de almacenar al perro a buen recaudo de la serpiente.

Nico: ¿Almacenar? Los perros no se almacenan, tonto del culo. ¿Ves? Por eso deberías haberme dejado a ese mierdecilla a mí, Theo.

Yo: Que te jodan.

Nico: No, gracias.

Theo: Ven hasta aquí de una vez. Llegas tarde.

—Así no me ayudas, tío —gruño, metiéndome el teléfono en el bolsillo.

Da igual. He hecho cuanto estaba en mi mano para garantizar la seguridad de esa criatura peluda de cuatro patas, por lo que mi conciencia está tranquila. Theo puede realizar una operación a serpiente abierta si ese cabrón se come a su perro. Y yo me mudaré a Mozambique, muy lejos del alcance de Thalia.

Paso los brazos por las mangas de mi cazadora *varsity* y me subo tras el volante de mi Charger, dando marcha atrás en la entrada.

—¿Por qué cojones has tardado tanto? —se queja Theo cuando me abre la puerta veinte minutos más tarde—. Encierra al perro y encierra a la serpiente bajo llave. —Hace un gesto a la derecha y a la izquierda—. Y trabajo hecho.

—Si el asunto termina en un baño de sangre, no me culpes a mí. Ares está en la cocina y Ghost en el salón. Dos puertas los separan. Tendrán que bastar —resoplo, quitándome la cazadora.

—No le digas nada a Thalia de la serpiente comeperros.

La mujer en cuestión aparece en el pasillo para saludarme con una sonrisa arrebatadora y un ladeamiento expectante de cabeza, una orden no verbal de que le bese la mejilla. Que Dios nos asista si no obedezco.

Ella es otra mujer más que mi hermano pequeño me robó primero. Superé enseguida mi flechazo inicial con Thalia, pero no se puede negar que es preciosa. Piernas largas, curvas y una cara exótica. Es morena, por lo que no es mi tipo, pero es una de esas mujeres junto a las que no puedes pasar sin mirar dos veces. Y, para más inri, es tan encantadora por dentro como por fuera… cuando no está enfadada, claro.

Theo es un cabrón suertudo.

—Feliz cumpleaños, cielo. —Le entrego la bolsa de regalo y le estampo el beso obligatorio en la mejilla, si no ya puedo prepararme para saborear su desaprobación—. Estás fantástica.

—Gracias. —Una sonrisa satisfecha le curva sus labios carnosos y rojos como la sangre—. Tú también estás bastante guapo.

—Sí, sí —interviene Theo con tono cortante, pero mirada juguetona—. Ya basta. Vamos a por algo de beber. —Me agarra de los hombros, guiándome al espacio despejado del salón, donde la multitud se extiende formando corrillos pequeños y grandes, charlando y riendo sobre los temazos ochenteros que suenan en los altavoces.

Mamá está a un lado, sujetando una copa de champán y escaneando a los invitados. Su nuevo peinado, un corte *pixie*, la hace parecer diez años más joven que sus cincuenta y siete. Jamás adivinarías que crio a siete chicos a juzgar por lo fresca, descansada y preciosa que está.

Papá está arrugado debido a su carrera política y sus sonrisas infinitas, pero sigue estando hecho un pincel a sus sesenta y uno. Transmite esas vibras de campechano que le hicieron ganar las elecciones dos veces seguidas.

Seguramente esperaban tener ya suficientes nietos a estas alturas como para armar un equipo de fútbol, pero va a ser que no hay suerte. Solo Shawn ha estado a la altura del desafío y, ahora que Josh es más manejable, él y Jack se están pensando el adoptar a otro niño.

Theo está remoloneando por algún motivo desconocido; yo no tengo novia, y mucho menos mujer; los trillizos son muy jóvenes, y Nico… No creo que encuentre nunca una mujer capaz de soportar su locura. A menos que haya otra como Kaya por ahí. Una que tenga las agallas de mantenerse firme y amansar el mal humor y la personalidad autoritaria de Nico.

Una chica igualita que Kaya, solo que sin el alcoholismo, la infidelidad y ese lado suyo conflictivo, manipulador, demente y de zorra demoniaca, claro.

—¿Cómo va la cosa? —pregunto cuando Theo coge una cerveza de la nevera—. ¿Todos en paz?

—Sorprendentemente, sí. —Se acerca y baja la voz—. Cass evita a Nico como a la peste.

Se escucha un grito de alegría y ambos miramos de reojo a donde está Shawn, levantando en brazos a Josh y besándole la cabeza.

—Estás bien —lo arrulla, despeinándole su cabellera rubio claro —. Tienes que mirar por donde andas.

—Y caminar, no correr —añade Jack con una sonrisita antes de que sus ojos se encuentren con los míos y una sonrisa malévola le curve los labios—. Mira, Josh. El tío Logan está aquí.

Los ojos grandes de Josh siguen el dedo de Jack. En cuanto me ve, se balancea en los brazos de Shawn, extendiendo los brazos hacia mí a pesar de que estoy al menos a diez metros de distancia.

¿Qué se le va a hacer?

Cruzo la habitación, saludando a unas cuantas personas de camino. Le doy un beso en la mejilla a mamá y unas palmaditas en la espalda a Nico antes de llegar hasta mi hermano el mayor y robarle a su hijo.

—Tú y yo, colega —digo, cogiendo un cochecito de juguete del suelo antes de que alguien lo pise y se lleve un golpe—. Tenemos

que vigilarlos a todos para que se comporten. Me vas a ayudar, ¿verdad?

Niega con la cabeza, tirando de mi gorra de béisbol.

—No.

Breve, conciso y directo al grano. Como quiero a este niño.

Los trillizos se ríen, chocando los cinco con Josh.

—Bien dicho, chaval —dice Cody, guardando las distancias. Aprendió la lección de no acercarse a Josh a menos que tenga un juguete en las mano. Si no, encuentra el moño de Cody fascinante e intenta arrancárselo del cuero cabelludo—. No le hagas caso al tío Logan. Dile que haga el avioncito.

Josh se sacude en mis brazos, emocionado por la idea. Le paso mi cerveza a Cody antes de hacer volar al niño por la sala durante unos minutos. Me arden los brazos de soportar su peso en mis antebrazos y agarrarle de la camiseta para evitar que salga volando de verdad.

Eso sí que sería algo digno de ver.

No digo Josh volando.

Sino mi muerte a manos de mi hermano mayor.

—Vale, suficiente. —Vuelvo a dejarlo en el suelo.

Es entonces cuando mis ojos aterrizan en Cassidy.

Hace tiempo que no la veo. Nos tropezamos el uno con el otro hace cinco meses, puede que seis, en una de las discotecas del pueblo, pero yo estaba bastante pasado de copas en aquel momento y recuerdo vagamente que tenía a una ágil universitaria colgando del brazo. Tuve que cambiarme de número después de eso porque no paraba de bombardearme a mensajes y fotos de sus tetas. Eran unas tetas respingonas y bonitas, sí, pero eran agua pasada.

Ahora que estoy sobrio… Hostia puta.

O la mente me está jugando una mala pasada o el tiempo ha desteñido mis recuerdos porque aquí está ella, con un aspecto hechizante en su vestido rojo y ceñido, con la tela ni un milímetro por debajo de sus clavículas lechosas. Sonrío para mis adentros, escaneando sus piernas perfectas. Estuvieron envueltas en mi

cintura una noche hace tres años. Es una pena que las piernas sean lo único que ha dejado a la vista. Y tampoco mucho.

El vestido le llega solo dos centímetros por encima de la rodilla, tiene una volanta en el bajo y un lazo de seda anudado en torno a las costillas. El color rojo sangre es la única extravagancia, pero los retazos de encaje aquí y allá demuestran lo que ya sé de Cassidy Annabelle Roberts. Puede que intente encajar con la clase alta, presentarse como una mujer madura y sofisticada, pero no es tan recatadita como quiere hacer creer.

No, no, no… a Cassidy le va la marcha.

El cabello rubio le enmarca la cara y unos ojos de color azul aciano, rodeados de espesas pestañas, se encuentran con los míos. Unos labios que combinan con el vestido se curvan en una sonrisa incierta y apenas perceptible.

Se pasa un mechón de pelo tras la oreja y cambia el peso de un pie a otro como si estuviese incómoda encontrándose en una habitación llena de Hayes.

Bien.

Debería estarlo.

No solo es la mejor amiga de Kaya, lo cual la convierte automáticamente en una indeseable en nuestro círculo, pero se folló a Theo y ahora está en su salón celebrando el cumpleaños de su mujer como si nunca hubiese pasado nada.

Por no hablar de que también me folló a mí.

Y menuda noche fue esa…

—¡Otra vez! —Josh salta a mi alrededor con las manos en alto —. ¡Otra vez!

Me aclaro la garganta, desplazando la mirada de Cassidy al niño.

—Ve a buscar al tío Cody. Le toca a él.

—Ya te sustituyo yo. —Mi padre se detiene a mi lado, vestido elegante de más con su traje de tres piezas negro como la tinta y con su actitud habitual de alcalde. Le toma las manos a Josh, sonriendo—. Vamos. He oído que papi te compró un coche nuevo. ¿Puedo verlo?

De forma involuntaria, y en contra de mi buen juicio, mis ojos regresan a Cassidy. Ya no me está mirando, sino que está absorta en conversación con uno de los amigos de Thalia del trabajo.

¿Siempre fue así de guapa?

Se ha cortado el pelo, que solía llegarle hasta el culo, a la altura de los hombros. Su gusto para vestir también ha mejorado. Su vestido no es tan modesto como pensé en un principio, pero no revela mucho. Acostumbraba a vestir como imitando a Kaya, enseñando más cacho de lo apropiado.

Ya no. Hoy luce sexy, pero con clase. No hay ningún escote frontal a la vista, pero tiene toda la espalda al descubierto, dejando al aire su tez bronceada.

Vuelvo a viajar a la noche que pasamos juntos, reviviendo mi propia fascinación con los hoyuelos de Venus que le marcan la espalda baja. Son la cosa más sexy que jamás he visto en una mujer.

La polla se me agita cuando resurgen las imágenes de su cuerpo desnudo cabalgándome a un ritmo sensual. Recuerdo cómo me mordisqueó los labios y hundió las uñas en mi cuero cabelludo cuando se corrió en mi lengua, y cómo olía la mar de fresco, como a limones y jengibre.

El video porno en mi cabeza se detiene de forma abrupta.

—¿Estás bien? —pregunta Nico y giro la cabeza hacia él tan rápido que escucho un crujido en mi nuca. La culpa echa raíces en la boca de mi estómago mientras dos arrugas verticales le marcan la frente—. ¿Estás bien, Logan? —repite—. Se te ve perdido.

Me pasa una botella de Bud Light que debe de haberle interceptado a Cody, quien está haciendo volar a Josh por encima de la isla de la cocina. Ese crío va a ser una auténtica pesadilla cuando alcance la adolescencia. Seis de sus tíos se lo consentimos todo. Puede que no sea la mejor de las estrategias, pero que le den por culo. Shawn es el padre. Su trabajo es criar al niño y el nuestro asegurarnos de que Josh sepa cómo hacer que sus padres estén que se suben por las paredes con sus bromas tontas.

—Estoy bien. —Me meto las manos en los bolsillos para disimular el bulto evidente en la zona de la cremallera de mis

vaqueros—. Me olvidé de que Cass iba a… —quiero decir «venir», pero ese es un juego peligroso de palabras en mi estado actual— estar aquí.

Menudo mentiroso estoy hecho.

La mandíbula de Nico se tensa mientras inhala una buena bocanada de aire para intentar calmarse y, cuando parece que recupera el autocontrol, cambia de tema.

—Estoy pensando en renovar la casa. ¿Tienes tiempo esta semana para dibujarme unos planos?

—Sí, cuando quieras.

Como si pudiera decirle que no al tío que me ha hecho millonario. Es gracias a él que puedo permitirme la casa de cuatro habitación que mi empresa, perdón, la empresa de mi abuelo en la que trabajo, construyó el año pasado.

Nos pasamos veinte minutos hablando de las ideas que tiene para remodelar la planta baja antes de vernos interrumpidos por Theo y una tarta de tres pisos.

Las conversaciones se apagan para verse reemplazadas de inmediato por un «cumpleaños feliz» desafinado y a destiempo. Aprovechando los pocos segundos en los que la atención de todo el mundo está puesta en otra parte, le robo otra miradita a Cass solo para descubrir que ella ya me está mirando a mí.

TRES

Cassidy

La fiesta trascurre de una forma muy, muy lenta. Los minutos se estiran como goma de mascar hasta que estoy convencida de que ya debe de ser hora de marcharme, pero una miradita a mi reloj me demuestra que estoy equivocada.

Treinta y siete minutos.

Solo han pasado treinta y siete minutos.

¿Qué coño hago yo aquí, de todos modos?

Preferiría, y por mucho, estar en casa viendo Netflix y atiborrándome a helado en vez de estar aquí escudriñando cada cosa que hago en una habitación llena de gente que, por decirlo suavemente, no son mis mayores fans.

Pero aquí estoy.

Estoy aquí porque soy una buena amiga. Por eso.

Si no fuese porque Thalia es la única Hayes que no me trata como si fuese la peste, me habría saltado la fiesta, pero somos amigas. Muy buenas amigas. Puede que sea la única persona en mi vida que me cubre de verdad las espaldas, y nos hemos hecho íntimas desde que nos conocimos hace dos años. A veces creo que ya no es Kaya mi mejor amiga, sino ella.

Intenta mantenerme entretenida mientras los siete hermanos Hayes se comportan como si yo no existiese. Como si no fuese más que una corriente de aire apestosa. No les entusiasmaba mucho mi existencia después de todo el puto lío con Theo y Logan, pero por lo menos eran civilizados.

Ya no.

Ahora soy una cagada de paloma en su ropa de diseño. El cable enrollado de unos auriculares. Un golpe en un meñique. Ese cliente que hace una cola de veinte minutos, pero que no sabe qué pedir cuando por fin le toca. Un mosquito zumbándote al oído a las tres de la madrugada.

Sí, esa soy yo. Un fastidio.

Fraternizar con la enemiga pública número uno me mete en el mismo saco que la chica que hundió el cuchillo en el corazón de Nico.

Aunque puede que eso sea una exageración.

Fui testigo de primera mano de la relación de Nico y Kaya. La verdad sea dicha, más allá de fascinación y una sensación de propósito mayor, él no sentía nada por ella. O nada significativo, al menos. Con frecuencia, se obligaba a pasar tiempo con ella. Se obligaba a tocarla y besarla. Desde el punto de vista de un observador, daba la impresión de alguien intentando sentar cabeza en contra de su buen juicio.

Y un mal juicio es lo que lo condujo a semejante lío.

Kaya es una buena amiga, es servicial, se preocupaba por mí y la mayoría de las veces solía estar disponible cuando la necesitaba, pero no tiene madera de novia ni de mujer. Le gusta coquetear y es un poco zorrón. No pretendo juzgarla en absoluto. Una mujer puede ser tan promiscua como un hombre, pero no si está casada…

¿Cómo puede estar tan ciego el marido de Kaya? La mayor parte de Newport sabe que le pone los cuernos a Jared prácticamente todos los fines de semana. O los rumores no llegan a sus oídos o prefiere ignorarlos.

No esperaba recibir un gracias de parte de Logan después de que yo, en cierto modo, salvase a su hermano pequeño de una relación tóxica. Tampoco me esperaba que me hicieran el vacío ni las miradas llenas de odio de sus hermanos cuando me tropezaba con ellos en algún sitio.

—Esto está bien, pero necesito salir una noche —dice Thalia, deteniéndose a mi lado. Al vestido corto y negro que lleva le cuesta

contener sus tetazas—. ¿Tienes hueco la semana que viene? Podríamos invitar a Mary-Jane y Amy e ir a Q.

Tratar de hacer malabares entre mi amistad con Thalia y Kaya es como estar entre la espada y la pared. Se odian mutuamente por una cuestión de principios, lo que significa que planear una noche de chicas es problemático, por decir poco.

Siempre escojo entre una u otra, pero preferiría dividirme en dos que pedirles estar en un mismo espacio. Estoy segura de que Kaya terminaría en urgencias con arañazos en su preciosa cara, cortesía de Thalia. Es de armas tomar y protege a su familia como una leonesa. Nadie puede decir ni una mala palabra sobre los Hayes y salir impune sin conocer su ira.

—Les preguntaré, pero me gusta la idea —digo—. Hace mucho de la última vez. Estás demasiado ocupada con tu marido.

Esboza una sonrisita que se convierte en una grande y radiante cuando Theo se acerca con una copa de vino. Le envuelve la cintura con su mano libre y presiona los labios contra su sien en un beso suave, dulce y cargado de afecto.

Son adorables. Los dos años que llevan juntos no han empañado cómo la trata, como si fuese la única mujer en su mundo. Jamás lo reconocería en voz alta, pero la relación de Theo y Thalia es la que más envidia me da. Ella es su sueño hecho realidad. Todo lo que hace lo hace con Thalia en mente, y para ella es igual: está enamorada y la aman. Incondicionalmente.

¿Por qué no puedo encontrar yo lo que ellos tienen? Tengo veinticinco años y jamás he tenido una relación larga.

¿Qué tengo de malo?

¿Por qué no puedo conocer a un hombre que me quiera por lo que soy? Un hombre que me reciba en casa a mi vuelta. Un hombre con el que mirar la tele y quedarme dormida a su lado…

—Es hora de soplar las velas, *omorfiá*[1]—dice Theo antes de mirarme. No me dedica más que un asentimiento educado con la barbilla para reconocer mi existencia.

Ya es más que lo cualquiera de sus hermanos me ha saludado hoy, pero sé que solo tolera mi presencia por Thalia.

—Ahora vuelvo —me dice ella antes de alejarse a paso rápido de la mano de Theo.

Echo un vistazo alrededor de la sala, buscando una cara familiar con quien charlar un rato antes de fingir un dolor de cabeza, disculparme con la cumpleañera y largarme en un abrir y cerrar de ojos en cuarenta minutos exactos. Una hora y media es suficiente para pasarla entre gente que me detesta. Entre la multitud de caras celebrando el vigésimo sexto cumpleaños de Thalia, localizo a Logan.

El cuerpo me arde al instante y el corazón se me acelera, pasando de un latido estable al galope. ¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que estos sentimiento estúpidos me abandonen de una vez?

Han pasado tres años, pero no puedo quitármelo de la cabeza por más que lo intente. Rara vez nos tropezamos el uno con el otro, pero cuando pasa, es en el momento menos conveniente. En el ultimísimo segundo. Justo cuando creo que lo he superado, se materializa delante de mí como diciendo: «De eso nada, princesa. No dejaré que te olvides de mí así de *fácil*».

Los sentimientos repuntan, catapultándome otra vez a estar de rodillas.

Otra vez al estado mental en el que me obsesiono con mi error y deseo encontrar una lámpara con la que convocar a un genio que me conceda mi deseo: dar marcha atrás en el tiempo, dejarme empezar de cero.

Inhalo una amplia bocanada por la nariz y exhalo por la boca, obligando a los músculos de mis hombros y cuello a relajarse.

Aquí está él… más cerca de lo que ha estado desde que Nico pilló a Kaya con las manos en la masa hace un año y medio.

Aquí está como sabía que estaría.

En el fondo, soy lo bastante sincera como para admitir que él es la razón principal por la que me he dejado ver por aquí esta noche. Thalia lo entendería si le pidiese vernos en Tortugo para celebrar su cumple tomándonos una copa en vez de unirme a la fiesta, pero, por amor a todo lo sagrado, no podía dejar pasar la oportunidad de ver a Logan.

Ver su casi metro ochenta y seis de alto y su porte del nadador que era en la universidad. Tiene un estilo de la moda irreverente, atractivo, una cara con encanto aniñado a pesar de sus treinta años, y unos ojos en los que podría ahogarme.

Dios, es perfecto, joder.

Es la clase de hombre por el que babeas. Al que te quedas mirando durante horas sin cansarte jamás de admirar su pelo inmaculado, sus pómulos altos, sus ojos inteligentes y sus labios carnosos.

Corretea por la habitación con Josh sobre sus antebrazos. El niñito ríe con la boca abierta y las manos estiradas y Logan sonríe. Y esa sonrisa… el brillo en su mirada, la curva de su boca… me provocan algo. Provocan que regrese una avalancha de sentimientos no solicitados que me entierran bajo una manta gruesa de emociones intensas.

Todo el mundo comete errores.

Nos emborrachamos en una fiesta y vomitamos, sin conseguir llegar a tiempo hasta el váter por los pelos. O no conseguimos llegar al baño en absoluto y echamos la pota por todo el salón. Salimos de marcha con nuestras amigas y nos enrollamos con el chico con el que nuestra mejor amiga tiene un flechazo porque antes se portó como una zorra y tenía que aprender la lección. O peor aún, nos liamos con dicho tío y echamos a perder la amistad. Contamos secretos que nos pidieron que no contásemos a nadie.

Los errores, ya sean grandes o pequeños, son parte de la vida, son parte de hacerse mayor y de aprender cómo vivir en este mundo y enfrentarse a la jungla.

De algunos limamos asperezas con el paso del tiempo. Otros viven en nuestras cabezas y sin pagar el alquiler durante más tiempo… *para siempre*. Algunos nos enseñan una lección. Otro se convierten en una memoria agridulce de la juventud.

La mayoría de la gente comete dos o tres errores graves. Esos con los que nos obsesionamos de vez en cuando sin importar cuanto tiempo haya pasado. Esos que nos mantiene en vela por las noches.

No muchos cometemos erros que destruyen las posibilidades de una relación real e importante.

Yo sí.

Cometí un error que nunca le debería haber pasado a alguien como yo: alumna estudiosa, hija de acogida obediente y bien portada, y voluntaria en organizaciones benéficas.

Ese error fue ningún otro que Theo Hayes.

Era mi primer día en Newport. Me acababa de mudar con mi amigo, Luke, después de terminar la carrera. Íbamos a trabajar todo el verano en el club de campo para ahorrar dinero suficiente para abrir un estudio de fotografía. Para celebrar el comienzo de nuestra nueva independencia, fuimos al centro a por unas copas.

Theo estaba allí. Atractivo, cortés, divertido. Un minuto estaba junto a la barra riéndome de un chiste suyo y al siguiente estaba en su piso, corriéndome sobre su pene.

Aparte de su nombre, no sabía nada de él. No sabía que era el hijo del alcalde ni que tenía seis hermanos. Ni siquiera que los consideraban los rompecorazones de Newport. Esto era algo que se me debería haber pasado por la cabeza cuando una fila de mujeres me miró arrugando el entrecejo en el momento en que Theo me prestó atención en el bar.

Lo que sí sabía era que no me quería para nada más que echar un polvo. Por mí, bien. Yo tampoco quería nada más. Solo una noche. Algo espontáneo, mi primerísimo rollo de una noche. Fue divertido y satisfactorio, y el chico gracioso y despreocupado seguía presente cuando terminamos. Estaba convencida de que no volveríamos a vernos después de que me llamase un taxi.

No debería haberme confiado tanto.

Unos días más tarde, lo vi jugando al golf con otros tres tíos. Fue entonces cuando conocí a Logan, Nico y Shawn, aunque a estos últimos no les presté ninguna atención. Echando la vista atrás, esa debe de ser la razón por la que, a pesar de su parecido, no me di cuenta de que eran hermanos.

Una miradita inocente a Logan bastó para que las endorfinas me invadiesen el torrente sanguíneo. La atracción solo fue a más con el paso del día, inconfundible y más potente que nada que

hubiese sentido hasta ese momento. Era educado, encantador y tan guapo que quitaba el aliento. Cuando terminaron de jugar al golf, me pidió mi número y me llamó para invitarme a tomar algo dos horas más tarde.

Estuve un rato largo delante del armario, intentando decidir qué ponerme y atolondrada como una adolescente a la que el chico guapísimo le ha pedido salir. Después de eso, quedamos todas las noches y, para cuando llegó el fin de semana, acabamos en una cita de verdad en uno de los restaurantes más de moda del pueblo. Las chispas volaban y la tensión sexual era difícil de ignorar.

Me rendí.

No, yo di el primer paso, robándole un beso cuando el taxista se detuvo delante de mi estudio.

Solo una semana antes, había estado convencida de que ningún hombre podía superar a Theo en la cama, pero palidecía en comparación con lo que hizo Logan. No podía tener suficiente de él ni estar lo bastante cerca de él. Era suya, poseída y venerada al mismo tiempo.

Sus susurros en mi oreja, sus caricias fuertes pero tiernas, sus ojos hambrientos… eran una fantasía hecha realidad.

Sus habilidades innegables fueron solo la guinda del pastel.

Me desperté a la mañana siguiente sumamente feliz y encaprichada, enredada en sus brazos musculosos y convencida de que eso era solo el principio. El comienzo de algo *más*.

El hechizo duró apenas unas horas, hasta que me envió un mensaje.

Logan: Felicidades. Dos han caído, te quedan cinco. Siento reventarte la burbuja, pero Shawn es gay, Nico no te tocaría ni con un palo y los trillizos son menores de edad. Lo de coleccionar a los hermanos Hayes se termina aquí.

Jamás en la vida me había sentido tan humillada ni despreciable como esa mañana en la que caí en que me había acostado con dos hermanos con una semana de diferencia. Logan ignoró las llamadas y los mensajes que le envié para explicarle que

no sabía que eran hermanos. Que no lo conocía *a él* cuando Theo se me acercó en el bar.

No me contestó.

A partir de entonces, ignoró mi existencia todos los domingos cuando jugaba al golf con sus hermanos.

Debería haberle obligado a escucharme, pero estaba avergonzada y dolida. Me acobardé y rehuí de la confrontación. Con el paso del tiempo, Logan fue reduciendo los giros de cabeza dramáticos y el cruzarse de brazos, pero aparte de intercambiar un «hola» o un «Bud Light, por favor», no hablábamos. Eso fue hasta que decidí dejar de hacerme la sueca con la infidelidad de mi mejor amiga.

Ahora, nuestros ojos se encuentran desde puntas opuestas de la sala.

Las palmas se me enfrían y humedecen, los nervios florecen en la superficie y el corazón me late como un equipo de música. Espero una sonrisa engreída, que apriete los dientes, un giro exagerado de cabeza o que ponga los ojos en blanco, pero nada de eso pasa. Simplemente me mira, sus ojos escanean el largo de mi cuerpo con una pasada lenta y acalorada.

Me veo cautiva de la intensidad de su mirada abrasadora durante unos largos y tensos segundos. Se da la vuelta, evidentemente pillado por sorpresa por Nico, quien se detiene junto a él en toda su gloria inaccesible.

Los hermanos Hayes son altos, tonificados y de tez cálida, con cabellos castaños o negros y ojos de varios tonos de marrón. Su aura inquietante hace que te entre el recelo desde lejos, pero no resultan tan intimidantes una vez te acercas.

Al menos no lo los seis.

Shawn es como un osito de peluche grande y blandito. Puede que sea poli y vaya armado, pero es el más amable de los Hayes. Theo es el bromista, siempre animado, dispuesto a ayudar y aliviar la tensión. Logan tiene poca paciencia, está a la defensiva y es agresivo si quiere, pero tiene un corazón de oro y una actitud relajada respecto a la vida.

No he pasado mucho tiempo con los trillizos, pero Cody, Colt y Conor parecen ser versiones mejoradas de sus hermanos mayores, solo que más temerarios. Supongo que todavía se están encontrando a sí mismos mientras crecen no solo como hombres, sino como personas.

Y después está Nico. En cierto modo, está cortado por un patrón distinto a los otros seis. Tiene un aspecto similar, pero es más alto, tiene un pecho amplio y musculoso y una red de tatuajes le marcan las manos, los brazos y el cuello. Mandíbula cuadrada, pelo negro azabache y ojos del color del carbón. Es el hombre más amenazador que haya visto nunca, cosa que no cambia cuando te le acercas. Más bien, la sensación solo va a más.

Desvío la mirada antes de que me pille mirando.

Vuelvo a escanear la sala, buscando a alguien con quien hablar, pero Thalia y Mary-Jane están ocupadas con sus medias naranjas. En vez de quedarme sola junto a la pared como Annie la huérfana, voy fuera para respirar aire fresco mientras todos disfrutan de la tarta.

Normalmente yo también comería tarta, pero, como lleva avellanas, necesitaría una inyección de epinefrina si me tomase un trozo.

El jardín está vacío de momento, pero está decorado para la fiesta con globos, guirnaldas y una zona para sacarse fotos equipada con atrezo y un fondo colorido. Es solo cuestión de tiempo que la fiesta se traslade aquí fuera.

Me detengo junto a la piscina, donde un flamenco hinchable se mueve con el viento. Agradezco este instante de paz. Este instante para aclararme la cabeza que termina demasiado pronto. Mary-Jane se me une con su novio desde hace dos semanas, Timothy, y tres camareros a tiempo parcial que trabajan con Thalia en el restaurante de Nico, el Olive Tree.

—Eh, ¿qué haces aquí? —me pregunta MJ mientras los tres chicos se quitan la ropa.

Sus tres chapuzones me obligan a dar un paso y alejarme del borde.

—Necesitaba un poco de aire. Hace demasiado calor ahí dentro.

—¡Venga, Mary-Jane! —grita uno de los chicos—. Métete. El agua está genial.

Le echa una ojeada a Timothy, como para ver lo que piensa y, al no ver ninguna señal de desacuerdo, me da la espalda y se aparta el pelo de la espalda.

—Desabróchame, por favor.

El vestido verde botella se desliza por sus piernas delgadas y bronceadas para revelar unas bragas negras y un sujetador *push-up*. No es para nada una chica tímida, pero teniendo en cuenta que la edad de los invitados a esta fiesta pasan de los diecinueve de los trillizos a los setenta y muchos o incluso ochenta y pocos de sus abuelos, me sorprende que se apunte a lo de la piscina.

Quiero decir, el puñetero alcalde está en esta fiesta.

Los chicos de la piscina aúllan mientras Timothy se ríe por lo bajo, viendo cómo MJ menea las caderas de izquierda a derecha y le sopla un beso antes de saltar de cabeza.

—¡Venga, Cass! ¡Es tu turno!

Retrocedo dos pasos más.

—No, así estoy bien. Gracias.

Uno de ellos, Jax, creo, apoya las manos en los azulejos y se pasa la mano por su pelo claro y tirando a largo. Los músculos del brazo se le marcan cuando se impulsa para salir, con un brillo en sus ojos azul tormentoso.

—Suéltate el pelo, nena. No hay nada debajo de ese vestido que no hayamos visto antes. Métete en la piscina.

Me preguntó si así serán todas las fiestas de Theo y Thalia o si los tres chicos jóvenes de la piscina han confundido esta celebración con una fiesta de fraternidad. Están en la universidad, al fin y al cabo, y trabajan por las noches en el restaurante para pagarse las bebidas.

Por cada paso que Jax da hacia delante, yo retrocedo.

Extiendo una mano para que se quede a una distancia razonable.

—He dicho que no. —Mi espalda choca contra los muebles de jardín y el pulso se me acelera como loco cuanto más se acerca él.

—Vale, vale. Tranqui, tía. —Se ríe y levanta las manos en señal de derrota—. Tú misma. —Se da la vuelta y da un pasito hacia sus amigos.

Suelto un suspiro de alivio… antes de tiempo.

Jax vuelve a girarse, da una zancada para agarrarme de la muñeca y Timothy se abalanza a ayudar. Una pena que esté ayudando a Jax y no a mí. El grupito de la piscina vitorea, riendo mientras estos dos me arrastran hasta el borde a pesar de mis intentos de zafarme de ellos.

—¡No! —grito con el pánico apoderándose de mi cabeza y de mi voz. La mente se me acelera y no puedo… Joder, mi cabeza… Ya no puedo respirar—. ¡No estoy de broma! ¡Soltadme! ¡No sé nadar! Por favor, no…

La frase se interrumpe cuando me empujan al agua, totalmente vestida y todavía sujetando la copa de vino. El líquido se derrama por los azulejos.

No hay tiempo para tomar una buena bocanada de aire. Cualquiera que fuera la cantidad de aire almacenada en mis pulmones, se vacía cuando mi pecho conecta con la sábana de agua. El miedo se apodera de mí en cuento me sumerjo.

Mi vestido mojado me arrastra hacia abajo a pesar de mis intentos frenéticos de nadar hacia la superficie. O puede que el mover las manos y patalear descoordinados me hunda más rápido.

No tengo nada a lo que agarrarme. Nada contra lo que apoyar las piernas y nada a lo que asirme. No lo sé; no puedo ver donde es arriba y donde es abajo. Los pulmones me queman, suplicando por aire, una punzada de dolor intenso me recorre como el fogonazo blanco de un relámpago y siento las costillas como si me las estuviesen aplastando con cadenas de metal.

El oxígeno se vacía de cada célula de mi cuerpo en una agonía pura. Sin poder pensar ya con lógica, jadeando en busca de aire y superada por la necesitada imperiosa de respirar, dejo que mis labios se abran. No debería. Sé que no debería, pero es un reflejo contra el que no me puedo resistir.

El agua me llena los pulmones.

Un dolor agudo y punzante se apodera de mi sistema nervioso como si fueran cientos de agujas, y el dolor se ciñe en torno a mi corazón.

Envuelta en el horror, mis ojos se abren y veo el brillo de la luz del sol relejándose en la superficie del agua como para burlarse de lo vulnerable… lo *indefensa* que estoy, ahogándome en silencio.

CUATRO

Logan

—¡Venga, Mary-Jane! —grita alguien en el jardín, y mi cabeza se gira motu proprio en esa dirección para escudriñar a lo tres críos en la piscina—. Métete. El agua está genial —añade el chico.

Theo se encoje de hombros, restándole importancia con un gesto cuando le lanzo una mirada interrogante.

—Ya contaba con ello cuando Thalia me dijo de invitar a todos los del curro. Están en la uni.

Eso explica los huevos que le echan para irse a nadar a la piscina mientras la casa está llena de invitados que van de menos a más sofisticados. Está aquí el alcalde con su mujer. Y mis abuelos también están presentes.

Colt se nos une con un puñado de cervezas, asumiendo el rol de nuestro barman para esta velada.

—Son majos. —Me pasa una botella de Bud Light—. El del flamenco es DJ. Pinchó en nuestra fiesta de vacaciones de primavera.

—¿Hablas de la fiesta por la que Nico casi os manda a los tres una carta de desahucio? —Theo se ríe, mirando de reojo al hombre en cuestión, que está en silencio y perdido en sus pensamientos, como siempre.

—Tenéis que aprender a controlar a vuestros invitados, chicos —digo antes de beberme un tercio de la birra—. Y el año que viene encasquetadles el trabajo sucio a los novatos.

—¿Como rascar vómito de la acera? —pregunta Conor, apartándose el pelo más bien largo de la cara—. No es mala idea.

Bien pensado, *bro*. —Sonríe, dándome unas palmaditas en la espalda.

Será chulo el cabroncete.

Los trillizos tienen diecinueve, pero les quedan solo unos meses para cumplir los veinte y cada semana se vuelven más y más chulitos.

Un fuerte chapuzón llega a mis oídos cuando alguien, seguramente Mary-Jane, salta a la piscina. Nico interrumpe su griterío cerrando la puerta que da al patio y se masajea las sienes como si el ruido le estuviese provocando una migraña.

Qué delicado me es. Mide uno noventa y levanta ciento sesenta kilos, pero, a la vez, en rara ocasión lo ves sin un auricular o AirPod en la oreja, escuchando rock y pop indie alternativo o como se llame esa mierda.

—Este sí que es un consejo buenísimo —digo, paseando la vista entre los trillizos—. Alquilad unos inodoros portátiles el año que viene y encontrad la forma de conseguir que Nico no esté en casa esa noche.

—¿De parte de quien estás tú? —salta Nico, apoyándose en la pared—. Viste cómo me dejaron la casa después de la fiesta, Logan. ¿Por qué te crees que quiero renovar la planta baja? Hay una mancha enorme en la pared del baño de invitados después de que una tía vomitase vino tino como si fuese un proyectil.

Rompo en carcajadas al recordar las fotos que envío al grupo la mañana después de la fiesta, hace dos semanas. Decir que era un caos absoluto es quedarse corto. Había muebles rotos, vasos de plástico rojo desperdigados por toda superficie y confeti y lanza serpentinas de colores de esas de espray suficientes para llenar tres cubos.

Ah, y el piano…

No me cabía duda de que los trillizos pagarían con sus cabezas por la cerveza que le habían derramado encima y el imbécil echándose una siestecita encima de las teclas. Nico ya no toca, pero el instrumento en su sala de estar es sagrado. Nadie más que nuestra madre tiene permitido ni siquiera respirar en su dirección.

A los trillizos les llevó tres días limpiar aquel desastre. Reemplazaron la tele de pantalla plana que acabó en la piscina y volvieron a pintar el baño de abajo, pero no pudieron reparar los azulejos rotos ni el boquete que algún imbécil abrió en la pared con la cabeza de otro gilipollas. Compadeciéndome de la Santísima Trinidad, les mandé a mi equipo de contratistas a echar una mano. Ahora me deben una gorda, cosa que me vendrá que ni pintada cuando llegué el momento de que cobrarme su deuda.

Le doy una palmadita a Nico en la espalda.

—¿Te has olvidado de las que montábamos nosotros cuando teníamos su edad? No seas tan duro. Ya aprenderán para el año que viene. Si no, siempre puedes agenciarte toda la pasta de sus carteras de inversiones para cubrir las reparaciones y contratar a una empresa profesional de limpieza.

Los trillizos niegan con la cabeza al unísono, aterrados ante la idea. Dentro de dos años, tendrán acceso a las carteras de inversiones que Nico les abrió hace unos años; y resulta que yo sé que la de cada uno oscila ya en la linde norte de los seis ceros.

La mía va en camino de alcanzar el millón *otra vez* para finales de año. Ya me embolsé un millón el año pasado para comprar la casa a precio de promotor. En el mercado se venden por más de dos millones, pero yo la diseñé y construí. Es justo que la consiga más barata.

—¡No sé nadar! —un grito agudo llega a mis oídos a pesar de la puerta cerrada del patio—. Por favor, no…

Me yergo, reconociendo la voz angustiada de Cassidy.

No llega a terminar la frase, interrumpida por un fuerte chapoteo. Hay dos tíos de pie junto al borde de la piscina y dos más en el agua junto con Mary-Jane, pero Cassidy no está con ellos. Su chillido de pánico hace que los vellos de la nuca se me pongan de punta. La ansiedad me punza el cerebro y arrastra unos dedos fríos por mi columna mientras espero a que salga a la superficie.

Los segundos pasan, pero no hay rastro de su cabeza rubia. Los tíos están mirando y sonriendo para sí, y es por eso que yo no me muevo. No estaría ahí parados como si nada si ella no estuviese

bien. Pasan otros quince segundos antes de que uno le dé un codazo al otro y señale el agua con una expresión que es la viva imagen de una confusión cohibida. No espero más.

Están pegados en su sitio como preguntándose qué deberían hacer a continuación.

«¡Pues saltar a la puta piscina!».

El miedo me acribilla como esquirlas de acero. Ha pasado casi medio minuto desde que Cass se hundió. Debería haber salido ya a flote. Le estampo mi cerveza a Colt en el pecho, me pongo en pie de un salto y cruzo la habitación con los ojos puestos en los dos tíos de pie junto a la piscina. En sus semblantes reina todavía más la duda con cada segundo.

El «¡no sé nadar!» de Cassidy se repite en mi cabeza como un disco rayado, silenciando los demás ruidos. Abro la puerta corredera y echo a correr, alerta y concentrado mientras aparto a los dos gilipollas que siguen mirando hacia la piscina.

Sin tomarme un instante para analizar la situación, salto, apuntando hacia la chica del vestido rojo que se hundió en el fondo como un ancla.

Se está retorciendo como si unas manos invisibles la sacudiesen con violencia.

Nado más cerca con los músculos duros como piedras. Sé por qué se está revolviendo de este modo. Esto ya lo había visto durante un entrenamiento de natación en la universidad. Uno de los chicos se desmayó del esfuerzo y cayó en la piscina. Le quedaba poco aire en los pulmones cuando cayó al agua, el oxígeno no tardó en agotársele y empezó a revolverse con violencia igual que le está pasando a Cassidy ahora mismo, que está ahogándose en la piscina de mi hermano.

El pavor inunda mi mente de la misma forma en que el agua inunda sus pulmones. El miedo me oprime la garganta. Los recuerdos se difuminan con la realidad, pero la adrenalina me da alas, haciéndome ir más hondo y rápido.

Tres segundos. Eso es todo lo que tardo en llegar hasta ella, pero siento como si llevase nadando toda la puta eternidad.

Tres segundos que bastan para que ella deje de moverse. Está totalmente quieta, ya no queda ni una onza de oxígeno en su cuerpo. Descansa en el suelo de la piscina, con los brazos y pelo flotándole alrededor de la cabeza, la boca abierta y los ojos cerrados. La agarro de la cintura, tirando de su cuerpo inerte para pegarlo a mi costado. Planto los pies en el suelo para coger impulso, haciendo acopio de toda mi fuerza para salir despedido hacia arriba, con la vista borrosa y los ojos escociéndome a causa del cloro.

Cuando salimos a la superficie del agua, tomo un aliento jadeante, llenándome de oxígeno los pulmones.

Pero no oigo que lo mismo pase con Cass.

No está respirando.

El peso de lo inevitable me aplasta desde dentro.

Mis hermanos se encuentra junto al borde con los ojos muy abiertos y las cejas alzadas. El resto de la fiesta también está fuera, observando cómo Colt y Conor sujetan a Cass por las axilas y la sacan a pulso de la piscina.

Un segundo más tarde, me arrastro por el césped artificial para cubrir la corta distancia hasta donde está ella, pálida como un cadáver e inmóvil. El agua me gotea del pelo, la nariz y la ropa, y el corazón me golpea en el puto pecho como si estuviese hueco.

No respira.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —grito, empujando a Cassidy para que quede boca arriba y llevo la oreja hasta sus labios.

Una presentimiento de catástrofe inminente me trepa desde la boca del estómago, apoderándose de mi cerebro acelerado. Le aprieto la nariz, le ladeo la cabeza y le abro la boca con manos temblorosas antes de cubrir sus labios con los míos y enviar aire a sus pulmones.

Una vez.

Dos veces.

Y otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Nada.

No funciona.

—Venga, Cass —mascullo, tragándome algo caliente y amargo pegado al fondo de mi garganta. Encuentro su esternón con los dedos y pongo la palma encima, empezando a realizarle compresiones torácicas—. Vamos, respira. Respira, respira… —repito con voz queda, sordo ante el ruido que nos rodea, concentrado en la chica sin vida con los labios azules y las mejillas blancas como la leche cortada. Le soplo cinco bocanadas más de aire en los pulmones—. Joder, respira, Cass. —Los músculos me arden cada vez que presiono contra su pecho.

—La ambulancia está a dos minutos —informa Theo a mi espalda. Su tono está aderezado con una fracción diminuta del terror que me recorre a mí, amenazando con convertirse en un pánico paralizante de un blanco brillante.

Esto no puede estar pasando.

Ella no se puede morir.

—No pares, sigue… —se interrumpe cuando Cassidy jadea, luchando por inhalar una sola bocanada de aire.

Los ojos se le abren de golpe, con un pánico animal y carente de sentido grabado a fuego en sus iris azules. Un estremecimiento de alivio tamborilea por mi cuerpo como si una imagen volviese a enfocarse. Rompe en un ataque de tos.

—No pasa nada, no pasa nada —digo, recolocando su cuerpo débil en la posición lateral de seguridad—. Estás bien, Cass. Estás bien. Cálmate, céntrate solo en respirar.

Se sacude sobre los azulejos, jadeando en busca de aire mientras tose la mitad del agua de esa maldita piscina. Encuentra mi mano y la agarra con fuerza. Dios mío, qué… ¡Joder! No soy capaz de centrarme.

Le aprieto los dedos, acariciándole la columna hasta que deja de escupir agua como una manguera averiada y yo recupero algo de cordura al ver que está respirando.

Se sienta con una sacudida, respirando de forma errática y con sus ojos agrandados mirando a los míos. El agua le resbala del pelo

y de la nariz y tiene las mejillas manchadas con unos riachuelos pequeñitos de máscara de pestañas.

—No intentes hablar —le digo. El cloro debe de estar abrasándole la garganta y solo empeorará la situación—. Céntrate solo en respirar, ¿de acuerdo? —La agarro de los hombros, inhalando una bocanada profunda y temblorosa por la boca y animándola a ella a hacer lo mismo—. Bien, bien —la arrullo—. Eso es. No pasa nada. Vas a estar bien.

Envuelve su cuerpo tembloroso y débil con los brazos, los dientes le tiemblan más del miedo que del frío. El pelo rubio se le pega al cuello mientras se abraza a sí misma, callada y batallando por mantener a raya el pánico.

Mi pulso sigue siendo un galope sin orden ni concierto, pero ahora que ella respira, puedo oír las voces susurrantes que nos rodean; escucho que Theo sigue al teléfono con el teleoperador sanitario.

—Dios, me has dado un susto de muerte. —Thalia se arrodilla a nuestro lado, envuelve a Cass con una toalla y me pasa otra a mí. Abraza a Cassidy contra su costado, lo que anima a otras personas a acercarse para comprobar si está bien.

Casi se muere. Claro que *no* está bien.

Las conversaciones suben de volumen cuando me aparto, secándome la cara a golpecitos y frotándome el pelo con la toalla; mis huesos se han evaporado, dejándome con nada más que piel para sujetarme.

Miro hacia la piscina, buscando mi gorra de béisbol para mantener mi mente ocupada y controlar mis emociones frenéticas, pero no la localizo antes de que mis ojos se topen con el hijoputa que casi ahoga a Cassidy.

No me detengo a pensar. Nunca lo hago.

Me abalanzo hacia delante como un resorte, lo pesco del cuello y echo la mano hacia atrás antes de enviarla volando por el aire a toda velocidad. Mi puño se estrella contra su mandíbula. La cabeza se le gira a un lado y le brota sangre de la boca. Vuelvo a pegarle, cegado por el tornado de emociones que se revuelven en mi

cerebro. Dinamita la última pizca de compostura que me quedaba igual que un tornado de verdad destruye ciudades.

No puedo ni pensar. No consigo asir ni un solo pensamiento racional a medida que mi puño entra en contacto otra vez con la cara del imbécil. Más sangre le brota de la nariz. Se escurre de mis manos en algún momento, desplomándose de rodillas y tapándose la cara con las manos.

Unos cuantos gritos ahogados avergonzados y el «¡Logan!» lleno de rabia y miedo de mi madre llega a mis oídos como si fuesen la banda sonora de una escena en marcha, pero no les presto atención.

Y no paro.

A penas puedo ver nada más allá de la neblina de locura roja.

—¿En qué cojones estabas pensando? —bramo, tirando de él por el cuello de su camiseta para volver a ponerlo en pie—. ¡Hasta yo pude escuchar cómo gritaba que no sabe nadar desde el puto salón!

Se pellizca el puente de la nariz, con la cabeza echada hacia atrás para incrementar la distancia entre nosotros o para frenar la hemorragia. Los ojos le brillan de miedo y los hombros se le hunden.

—¡C-creí que es-estaba de b-broma! L-lo s-siento, no…

—¿No pensaste?

Nico me agarra del hombro, hundiendo los dedos en el hueso lo bastante como para dejarme moratón cuando me obliga a retroceder un paso de un empujón.

—Tranquilízate, Logan —sisea en voz baja y entre dientes apretados para que solo yo pueda oírlo—. Ella está bien. Va a estar bien.

La sirena de una ambulancia se oye en el aire de la tarde, haciendo que recuerde a Cassidy. Echo un vistazo a mis espaldas hacia donde está sentada en el suelo, presionada con firmeza contra el costado de Thalia. Aprieto los dientes, empujando la rabia al fondo, pero no antes de empujar al hijoputa responsable con todas mis fuerzas.

Tras un minuto de respirar profundamente, he recuperado la compostura cuando el equipo de paramédicos entra en el jardín, guiados por mi padre. Sus ojos se posan en mí sin mostrar ni una pizca de condena en su semblante por cómo acabo de estallar.

Por otra parte, la cara pálida de mamá podría rivalizar con la blancura de las mejillas de Cassidy.

Me calmo todavía más cuando los paramédicos le ponen oxígeno a Cass y la suben a una camilla para llevarla al hospital y revisarla.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente? —pregunta uno mientras otro cubre a Cass con una manta.

Sigue temblando, con una expresión torturada y desolada en su cara bonita y los ojos llenos de miedo.

—Unos dos minutos y medio, puede que tres —responde Theo, acercándose al paramédico—. Logan le practicó primeros auxilios en cuanto la sacó del agua.

Solo estoy centrado a medias en ayudar a Theo a responder a las preguntas porque A, mi interpretación de los hechos está contaminada por el estremecimiento de pánico que me recorrió las venas antes de que Cass empezase a respirar y B, sigo demasiado agitado como para centrarme en ninguna otra puta cosa que no sea ella. La mayor parte de mi atención está en ella mientras convence a Thalia de no seguirla al hospital.

¿Por qué cojones le dice que no vaya?

Alguien debería ir con ella. Alguien debería mantenerla distraída. Casi se *ahoga*. No debería estar sola.

—¡Uff, vale! —Thalia bufa y el acento se le marca, una señal inequívoca de que no está contenta—. Pero llámame en cuanto salgas del hospital. Y llámame si necesitas cualquier cosa. —Entra corriendo dentro de la casa para ir a por el bolso de Cassidy.

Tres minutos más tarde, observo cómo los paramédicos cargan con ella por el jardín hasta el portón lateral.

***

Más tarde esa noche, estoy en vela y contemplando el techo de mi habitación. La luz de la luna baila sobre la tela blanca, proyectando unas sombras que, de un modo retorcido y raro, me recuerdan al cuerpo sin vida de Cass. Podría haberse muerto hoy.

Así sin más.

Unos segundos más tarde y quién sabe si hubiese podido revivirla. ¿Y si hubiese estado en el baño? ¿O delante de la casa, echándole una ojeada al coche nuevo de Nico? O en casa, asegurándome de que Ghost no se coma a Ares.

¿Y si no hubiese estado yo allí?

Nadie más prestó atención a lo que estaba pasando en el jardín. ¿Cuánto tiempo tendría que pasar para que alguien reaccionase y saltase a sacarla de la piscina?

Las preguntas y las infinitas posibilidades no tienen fin durante horas. En el despertador de la mesilla se lee que son las 2:00 cuando me salta una notificación en el teléfono.

Cass: Nunca será suficiente, pero es todo lo que tengo... gracias.

Releo el mensaje diez veces como si estuviese escrito en griego. Mis dedos se quedan suspendidos sobre la pantalla varios minutos ante de teclear una respuesta humorística para intentar romper la tensión. Siento como si me hubiesen realizado una traqueotomía, pero en vez de un tubo, alguien me hubiese metido la boquilla de un compresor de aire en la tráquea y le hubiese dado al interruptor para inflarme los pulmones como globos.

Yo: Creo que tu ángel de la guarda tiene un problema con las drogas.

Cass: Se ha cansado de mí. Hace tiempo que hace su trabajo de pena.

Yo: ¿Sigues en el hospital? ¿Qué te dijeron los médicos?

Cass: Que debería apuntarme a clases de natación y que estaré bien. Me dan el alta por la mañana.

Yo: Duerme un poco.

Cass: Buenas noches.

Escribo una respuesta, después la borro, vuelvo a escribir y borro ésta también. Tras un par de intentos más, lanzo el teléfono en la mesilla con un profundo quejido, obligándome a cerrar los ojos.

CINCO

Logan

Esto está mal.

Si cualquiera de mis hermanos supiera que estoy aquí, jamás me volverían a dirigir la palabra, pero no puedo ordenarles a mis piernas que se detengan. Me he pasado el día tratando de convencerme de no venir, pero, como resulta evidente por el hecho de que esté apeándome del Charger delante del edificio de Cassidy esta bonita mañana de domingo, fracasé en el intento.

Los músculos de mis hombros, brazos y pectorales han estado en tensión desde que me largué ayer a todo correr del salón de Theo. Una ráfaga de sentimientos terribles sigue anudada con fuerza a mis huesos y no soy capaz de quitármela de encima.

Necesito verla con mis propios ojos para creerme que está bien. Para sustituir la imagen de su cara cenicienta y sus labios azules que me relampaguea tras los putos párpados cada vez que cierro los ojos.

El mensaje que me envió a primera hora de la mañana cuando el médico le dio el alta del hospital no bastó para calmar mi ansiedad. Sigue presente como una presión constante en mi pecho.

No debería estar aquí.

No debería…, pero lo estoy.

En contra de mi buen juicio, llamo a la puerta tres veces. La anticipación me cosquillea la nuca y las yemas de los dedos, y después la piel me pica por todas partes… y no de un modo placentero.

Mierda. ¿Seguirá viviendo aquí siquiera?

Lo más inteligente habría sido pensar en ello antes de llamar a la puerta, ¿no? Han pasado tres años desde la última vez que estuve aquí. ¿Y si se ha mudado?

La puerta se abre de golpe, dándole un descanso a mi mente durante un breve segundo. Me ha abierto Cassidy. Sigue viviendo aquí.

Y está desnuda, joder.

Bueno, no exactamente, pero el camisón negro tiene encaje en la zona del vientre y solo cubre las zonas estratégicas. Creo que mi propia sangre podría provocarme unas quemaduras de segundo grado. El pulso me late con fuerza en la cabeza cuando la miro, la curva de su cadera, la hinchazón de sus pechos… Dios, ten misericordia.

Los ojos se le abren como platos y sus mejillas, que ya no están de color ceniciento, se le ruborizan antes de cerrarme la puerta en las narices. Un soplo de aire cálido que huele a ella me acaricia la cara.

—¡Un momento! —grita mientras sus pisadas suaves se adentran en el piso.

Espero con las piernas clavadas al suelo. Espero, a pesar de las ganas que me carcomen por tirar la puerta abajo, correr tras ella y arrancarle el camisón de su cuerpo sexy y perfecto. Espero, a pesar de que quiero estamparla contra la pared, cubrirle la boca con la mano y obligarla a morderme mientras se corre sobre mi polla.

No.

Ni de puta coña.

Eso no va a pasar. No puede pasar. Sería hombre muerto si Nico o Theo se enterasen.

La puerta se vuelve abrir, más esta vez, y Cassidy me hace un gesto para que entre. En los treinta segundos en los que se ausentó, cambió el camisón negro por unos pantalones de chándal grises y una camiseta. Una pena que no se molestase en ponerse un sujetador.

Unos pezones fruncidos se marcan contra la tela blanca, que es tan fina que puedo distinguir la forma exacta de sus areolas. Debería irme. Siento como si me encontrase al borde de un

acantilado, tratando de mantener el equilibrio y que no se me resbale un pie. Una avalancha de calor intenso se enciende en mi pecho y va directa a mi paquete.

—Eres la última persona que me esperaba que se pasase por aquí —admite, apoyando la espalda contra la encimera de la cocina, cruzándose de brazos bajo las tetas y haciendo que destaquen aún más.

«Sus ojos están más arriba, imbécil. Mira hacia arriba».

Eso hago. No sin esfuerzo. Hoy los ojos le brillan con incertidumbre. Es mejor que el pánico que vi ayer en ellos.

Ayer…

Casi se ahoga y aquí estoy yo, pensando en formas de empalarla en mi polla.

—Quería ver cómo te iba.

Una sonrisa pequeña le curva sus labios rosas. Los mismos que ayer se pusieron de un feo color azul.

—Estoy mejor. ¿Quieres beber algo? —Abre la nevera—. Tengo zumo, agua y cerveza. Pero no Bud Light, tengo Corona.

—Una Corona está bien.

«No, no está bien».

La cerveza es alcohol; el alcohol te nubla el juicio y tener el juicio nublado mientras estoy a solas con Cassidy es un no rotundo teniendo en cuenta que tengo la polla más dura que una piedra. Menos mal que llevo una camiseta ancha y el bulto se puede disimular.

No cambio mi respuesta y veo cómo les quita la chapa a dos botellas con una facilidad innegable. Su pasado como chica del carrito sale a relucir a pesar de que dejó el trabajo en el club de campo el año pasado para perseguir su sueño. Ahora es dueña de un estudio de fotografía en el centro.

Me pasa la botella con los ojos puestos en el cuello de ésta en vez de en mi cara.

—No dormiste mucho —digo, rompiendo el incómodo silencio que me pita en los oídos.

—¿Cómo lo sabes?

«Porque no tienes muy buena cara» puede que no sea de lo mejorcito que le puedes decir a una mujer. Me decido por una opción menos ofensiva.

—Me escribiste en mitad de la noche y otra vez temprano esta mañana.

—No dormí nada de nada. Las camas de hospital son incómodas, y las pesadillas tampoco ayudaron. —Vuelven a calentársele las mejillas como si hubiese hablado de más—. No hacía falta que te pasases por aquí, pero gracias.

—Deja de darme las gracias. —Le doy un trago a la botella, cambiando el tema de conversación a aguas más seguras—. ¿Cómo es que vives al lado de la playa en un pueblo donde prácticamente todas las casas tienen piscina y aun así no sabes nadar?

Va hasta al sofá al otro lado de la sala, haciéndome un gesto para que la siga. Sentarme con ella en el sofá de dos plazas es impensable. Demasiado cerca. Demasiado íntimo.

Me apropio del sillón recogido en una esquina bajo una fila de estantes flotantes, que se están curvando bajo el peso de novelas románticas. La última vez que estuve aquí, estaba a oscuras y yo demasiado ocupado con desvestir a Cassidy como para prestar atención al entorno. El piso es minúsculo pero funcional. El sofá está arrimado contra la pared, hay unas cuantas plantas en la repisa de la ventana y una lámpara de pie grande cuelga sobre el sillón en el que estoy yo.

Cass recoge las piernas bajo el trasero, dobla una manta mullida y reacomoda unos cuantos cojines como si no pudiese estarse quieta. En cuanto se queda sin cosas que hacer, coge su cerveza de la mesa de centro y me mira.

—Ninguna de mis familias pensó en apuntarme a clases de natación y ninguna tenía piscina. Ni playas al lado.

—¿Familias? —pregunto, quitándome la gorra de béisbol—. ¿En plural?

—Sí, catorce. Viví con familias de acogida durante seis años antes de cumplir los dieciocho.

¿Cómo es que no sabía yo eso? Sabía que se graduó en fotografía. Me encantaba la pasión en su voz cada vez que hablaba

de su sueño de abrir un estudio. Su color favorito es el azul. Su cumpleaños es en noviembre, no soporta el marisco y es alérgica a las avellanas. Conozco las respuestas a todas las preguntas estándar para una primera cita, pero no sé nada sobre las movidas que importan.

«¿Por qué te importan?».

—¿Seis años y catorce familias? ¿Por qué te trasladabas tan a menudo? ¿Y cómo terminaste en un programa de acogida?

Apoyo el tobillo en la rodilla, observándola mientras ella me mira a mí como preguntándose si mandarme a paseo o dar un salto de fe y confiarme su pasado.

Hace tres años no habría titubeado, pero ahora las cosas son diferentes. La conexión que teníamos entonces murió de forma triste e inmediata cuando supe que se acostó con mi hermano una semana antes de que pasásemos la noche más memorable de mi vida juntos.

A día de hoy, todavía recuerdo ese tirón intenso en mis entrañas, esa necesidad imperiosa de tenerla cerca, tocarla, besarla y tenerla abrazada con fuerza toda la noche. Fue, sin lugar a dudas, el sentimiento más raro y fascinante que experimenté nunca.

—Mi padre empezó a beber cuando yo tenía tres años —dice Cass, rascando la esquina de la pegatina de su cerveza con una uña larga y beige—. Dos años más tarde, mamá también bebía. Básicamente me crio nuestra vecina, la señora Jones. Me daba de comer e iba a hacer la compra todos las mañanas mientras yo caminaba al colegio para poder acompañarme. Mis padres estaban borrachos la mayoría de los días y, para cuando cumplí los diez, empezaron a desaparecer y dejarme sola durante días. —Se sorbe la nariz con tristeza y derrota y alza la mirada para encontrarse con mis ojos; los suyos están apagados, faltos de su brillo natural—. Creo que la señora Jones se creía que estaba haciendo lo correcto para mí cuando llamó a los servicios sociales.

¿Qué clase de padres abandonan a un hijo durante días? Intento no imaginarme a la niña rubia y asustada, sentada a solas

en una casa fría y vacía, hambrienta y preocupada, pero ahí está el problema… cuando intentas no pensar en algo, no puedes parar.

—¿Y no estaba haciendo lo correcto? Tus padres te tenían desatendida, Cass. Yo diría que debería haber llamado mucho antes.

Saber esto no debería afectarme como lo hace. No debería afectarme en absoluto, pero no estoy hecho de piedra y una bola de tristeza se hincha tras mis costillas. Cass ya no es esa niñita, pero, aquí sentada en el sofá, da la impresión de que sus ojos no recuerden cómo se sonríe.

La vida es injusta. A mí me cuidaron, quisieron y colmaron de afecto toda mi vida, vivía en la mansión de mis padres, rodeado de mis hermanos. Cassidy tuvo que buscarse la vida sola. No puedo sacudirme las imágenes que me aturullan el cerebro, de esos ramalazos rarísimos que confieren una escena horrífica. Ni siquiera sé si se le acercan ni un poco a lo que ella tuvo que pasar, pero lo veo igualmente; ojos llorosos, ropa sucia y rodillas raspadas.

—Mis padres no eran los mejores —admite con un ligero encogimiento de hombros—, pero hay gente peor ahí fuera. Algunas de las familias que me acogieron… —Sacude la cabeza, rechazando los recuerdos—. Comprendí enseguida que el hambre y la soledad no son lo peor que puede sentir una.

La pregunta persiste en mi punta de la lengua. Sin formular. Quiero saber qué es lo peor que se puede sentir, pero, al mismo tiempo, no quiero oírlo. Los escenarios que se multiplican en mi cabeza se tornan más siniestros a cada segundo. Ya me estoy poniendo como una moto sabiendo que la dejaron desatendida. No quiero que reviva cómo las pasó canutas.

—¿Alguna vez has vuelto a ver a tus padres después de que entrases en el programa de acogida?

—No. Ni siquiera sé si siguen vivos. —Suelta una carcajada triste y forzada y se pone recta al instante, con las mejillas coloradas de nuevo—. Perdona, no era mi intención que la conversación se volviese tan seria. Es cosa del pasado. Hace años que estoy bien.

Dios, ¿qué me está haciendo esta chica? Una sola palabra y casi me rompe en dos. ¿«Bien» en vez de «feliz»? No puedo evitar preguntarme si alguna vez habrá sido feliz de verdad. Desde luego, no lo parece.

—Hace ya unos años que vives en Newport —digo, cambiando otra vez la dirección de mis pensamientos—. Has tenido tiempo de sobra para aprender a nadar.

Un golpecito suave en la puerta nos sobresalta a los dos.

—Perdón, seguramente sea Kaya.

Todo sentimiento que experimenté hace un segundo se disipa y se ve reemplazado al instante por una ira pura abrasándome las venas.

Qué puta suerte la mía.

Aunque estoy un poquito agradecido por la interrupción de Cruella. Cualquiera que tenga lazos con esta zorra es automáticamente cómplice de la ruina de Nico, lo que quiere decir que venir aquí fue una idea estúpida. A pesar de mis intenciones nobles e inocentes…

Yo. No. Debería. Estar. Aquí.

Aunque, teniendo en cuenta el tiempo que he pasado babeando por las tetas de Cass, puede que mis intenciones no sean tan puras. Una llamada habría bastado, pero Logan piensa *después* de actuar.

Es un tarado ese tío.

—Me largo. —Me pongo en pie.

En su cara bonita se refleja la decepción y yo aprieto los dientes, inflexible respecto a lo de irme. Me dedica un asentimiento tenso, consciente de que ni de putísima coña pasaría yo un segundo con Cruella. Cruzamos la habitación y Cassidy abre la puerta para revelar al mismísimo demonio, una morenada delgada con un aspecto exterior arrebatadoramente precioso que no casa con su interior arrebatadoramente vil.

Dios, es tan puto guapa que ningún hombre sobre la faz de la Tierra se resistiría a sus encantos.

Mi presencia provoca que una ceño fruncido combinado con sorpresa contorsione la cara perfecta de Kaya y se le desencaja la

mandíbula.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —me espeta, poniendo los brazos en jarras.

Paso de largo a lado de la zorra con las piernas en automático.

—No seas maleducada —sisea Cassidy—. Tú entra, ¿vale? Ahora vuelvo. Logan, espera. Por favor.

La puerta de su piso se cierra con más fuerza de la debida y unas pisadas suaves salen detrás de mí. Una mano pequeña y caliente me envuelve el brazo. O lo intenta, por lo menos. Los dedos de Cass ni se acercan a poder tocarse.

—Lo siento. Se suponía que iba a venir hace horas. Creía que ya no aparecería tan tarde. —Me rodea. Su pelo claro, casi platino, le ondea sobre los hombros—. Gracias por venir. Si alguna vez hay algo que pueda hacer por ti… Lo que quiero decir es que te debo una.

—Deja de darme las gracias —resoplo, adoptando una expresión de indiferencia para que no sepa lo excitante que resulta el contacto de su mano alrededor de mi bíceps—. No me debes nada, pero si quieres hacer algo, consíguete un nuevo ángel de la guarda. Yo no estaré cerca la próxima vez que te des un chapuzón y alguien debería estarlo.

Sonríe de forma adorable tras mis palabras; es una sonrisa que, por primera vez, llega a sus ojos azul claro rodeados de unas pestañas largas y negras, y el compresor de aire en mi pecho se pone en marcha de nuevo.

¿Qué cojones es esto?

Sea lo que sea, me empuja a dar un paso adelante. Invado su espacio, elevándome sobre su cuerpo delgado de metro sesenta y cinco, y *siento* el calor que irradia su cuerpo en ondas; el olor fresco y enérgico a jengibre y limón; la atracción magnética. Alza la vista para mirarme, quieta con los ojos oscurecidos y las pupilas agrandadas. El aire que nos rodea se vuelve demasiado espeso como para inhalar cuando abre los labios y deja escapar un aliento largo y tembloroso.

La puerta a mi izquierda se abre y uno de los vecinos de Cassidy se detiene en el umbral con una bolsa de basura negra en

la mano. Aprovecho la oportunidad para alejarme un paso de Cass y dejar pasar al chico. Robada de su proximidad, mi cabeza se libra de la neblina lujuriosa y mis manos se cierra en puños de la frustración.

No tengo ningún autocontrol cuando estoy cerca de esta chica.

—Buenas noches, Cass.

Pone otra mueca de decepción.

—Buenas noches, Logan.

«Muévete, puto imbécil. Huye, coño».

Y eso hago.

Abandono el edifico porque mi fuerza de voluntad pende de un hilo y, o bien aumento la distancia que nos separa o la reduzco hasta que nuestros cuerpos se fundan en su cama.

SEIS

Cassidy

La campana sobre la puerta repica cuando el último cliente de la semana entra a las seis menos cinco la tarde del sábado. El pelo rubio rojizo le ondea alrededor de su cara preciosa mientras le echa un vistazo al local. Estirando su cuello largo de izquierda a derecha, escanea las muchas fotos que cuelgan de las paredes.

—Hola, ¿puedo ayudarla? —pregunto, interrumpiendo la tediosa tarea de limpiar y ordenar el espacio antes de que echemos el cierre.

Bueno, antes de que *yo* lo eche. Mi socio, Luke, se tomó la tarde libre para ir a prepararse para una fiesta y me dejó a mi a cargo de que el atrezo vuelva a quedar guardado a salvo en los armarios y el estudio esté listo para la sesión de fotos comercial que tiene agendada para la mañana del lunes con una joyería local.

—Hola, sí. Tú eres Cassidy, ¿verdad? Me han dicho que eres la mejor fotógrafa de retratos de la zona. —Se acerca con los ojos todavía puestos en las fotos durante un segundo antes de tenderme la mano—. Soy Aisha Harlow.

—Harlow —repito, frunciendo las cejas—. Aisha Harlow. ¿Por qué me suena ese nombre?

Esboza una sonrisa radiante y se muerde el labio cubierto de un brillo rosa, evidentemente complacida por que reconozca su apellido.

—¿A lo mejor has leído uno de mis libros?

—¡Sí! —exclamo cuando por fin caigo. Aisha Harlow, la reina de las novelas románticas guarrillas—. Los he leído todos, tía. Dios,

amo cómo escribes. —Tiene talento para narrar. Desde las primeras palabras, te ves absorbida por la historia y no puedes parar de leer.

«Solo un capítulo más…». Sí, claro. Cada vez que cae en mis manos uno de sus nuevos libros, no lo empiezo a leer hasta que tengo entre seis y ocho horas libres para terminármelo de una sentada.

—No sabía que eras de por aquí.

—No mucha gente lo sabe —reconoce, volviendo a rodear el local—. Acostumbro a decir que soy del condado de Orange, pero no especifico que soy de Newport Beach. —Se gira sobre sus tacones de aguja para volver a quedar cara a cara—. Bueno, el caso es que necesito a un fotógrafo de confianza para que saque las fotos de las portadas.

Enseguida me vienen a la cabeza las portadas de los libros de Aisha y me pregunto qué clase de fotografía tiene en mente.

—O sea, ¿hablamos de hombres guapos y medio desnudos en poses sexis y melancólicas?

—Exacto. Yo contrataré a un modelo que me guste y le pasaré tu dirección para que puedas obrar tu magia. —Señala las fotos de Luke expuestas junto a la entrada. La cámara lo adora. Es guapo y un tanto narcisista y le encanta recibir las atenciones que trae consigo posar delante del objetivo de la cámara. En su tiempo libre, se presenta voluntario de buena gana para modelar para mí cuando necesito ampliar mi porfolio—. Algo del estilo. Sé que se está haciendo tarde y tengo que estar en otro sitio ahora mismo, pero ¿qué te parece que discutamos el tema tomándonos un café cuando a ti te venga bien?

Saco mi agenda para comprobar el calendario.

—Estoy libre el martes de doce a tres. ¿A ti te viene bien?

—Perfecto. Nos vemos en la cafetería de la esquina.

Intercambiamos números de teléfono y Aisha se marcha con paso animado, balanceando cabello y caderas. Un hombre alto, petado y calvo espera por ella fuera, apoyado contra una moto negra. Es la viva imagen de uno de los personajes masculinos de sus libros y me pregunto si será su novio o si se trata solo de una labor de investigación.

Termino de recoger, echo el cierre y le envío un mensaje a Luke. Mi emoción puede palparse en el aire.

Yo: ¡No te vas a creer QUIEN acaba de venir al estudio!

Luke: Jesús.

Me río, abro la puerta de mi coche y dejo el bolso en el asiento del pasajero.

Yo: Casi. Aisha Harlow. ¿Recuerdas el libro que te di la semana pasada? Lo escribió ella. Quiere que yo saque las fotos para sus portadas. ¡Hemos quedado la semana que viene para discutir los detalles!

Luke: ¡Hostia puta! Fruta con suerte. Más te vale que me recomiendes como modelo para una de ellas.

Yo: Vio tus fotos. Creo que igual tienes suerte.

Intercambiamos mensajes durante un rato y, una vez más, intenta convencerme de que me una a la fiesta de esta noche. Por mucho que quiera a Luke y a su novio, no me entusiasma con quien se relacionan. Demasiado alcohol y rayas de coca para mi gusto.

Lanzo el móvil al asiento del pasajero y enciendo mi querido Fiat amarillo, dando marcha atrás en la plaza de aparcamiento. *Mickey* de Toni Basil suena por los altavoces, pero no están conectados a la radio. El que suena es mi móvil con el tono que le tengo asignado a MJ.

—¿Hola?

—¡Nena! ¡Por favor, dime que estás libre esta noche! —gimotea —. Amy me ha dejado plantada, ¡y necesito una compinche!

—¿Una compinche? ¿En plan alcahueta? —No, eso no suena bien. ¿Igual ayudante de ligoteo?—. No tengo planes, pero…

—¡Gracias a Dios! Amy está con gastroenteritis y… —Deja escapar un grito ahogado cargado de dramatismo—. ¡Me cago en la fruta! ¿Igual está embarazada? Quiero decir, ¿quién empieza a

potar así de la nada? Y también ha estado de un humor de perros últimamente.

—Nena, te estás desviando del tema. La gente sí que vomita de la nada, ¿sabes? —Miro por el retrovisor cuando alguien pita mientras estoy esperando a que el semáforo cambie a verde. Mierda, ya ha cambiado—. No es que te llegue una postal una semana por adelantado para avisarte de que vas a ponerte enferma.

—Ya, ya —masculla. Creo que está comiendo algo. Conociéndola, seguramente sea una rosquilla glaseada. Ojalá tuviese su metabolismo. Puede comerse todo lo que quiera y no engordar, mientras que yo tengo que matarme en el gimnasio para mantenerme en forma—. Pero si sí está preñada, recuerda que yo lo adiviné primero.

—Tomaré nota de ello. Ahora ve al grano.

—Ah, sí, cierto. ¡Porfi, porfi, porfi, ven conmigo esta noche! ¡Nos lo pasaremos genial, te lo prometo!

—¿Que vaya contigo a dónde?

—¡A las citas exprés! He reservado dos huecos, pero dado que Amy podría o no estar encinta, no va a venir. Porfi, porfi…

—¡Vale! —Interrumpo sus ruegos. No parará de repetir sus «porfis» hasta que diga que sí. Gruño, poniendo el intermitente—. Eso suena a un plan espantoso. ¿Por qué ibas a querer ir a esa cosa?

—Pues para conocer chicos, ¿por qué si no? —Resopla al otro lado de la línea—. Venga, a ti también te vendría bien conocer a algún tío. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

Hace tres meses. Salí con un chico que conocí en línea. Se llamaba Mathew y le puso mucho empeño en que me quedase claro que se deletreaba con una sola «t». Él es la razón de que me borrase todas las aplicaciones de citas. El dios jovencito de las fotos resultó ser un hombre escuchimizado y andrajoso con complejo de Napoleón. La peor cita de mi vida. Por lo menos, en las citas exprés no me la darán con queso.

—Está bien. ¿Dónde y a qué hora?

—Bueno… Es en ese bar nuevo que no queda lejos de Q. Amarretto o Argento. Tenemos que estar allí a las siete. Te recogeré a menos cuarto.

—¿¡A las siete?! Son las seis y diez y ni siquiera he llegado a casa aún.

—¡Te quiero! —Suelta una risita tonta antes de cortar la llamada.

Estupendo. Tengo media hora para llegar a casa, darme una ducha, vestirme y maquillarme. ¿Quién demonios se cree que soy yo, el puto Sonic?

SIETE

Logan

Treinta personas.

Quince mujeres y quince hombres. Cinco minutos por cita.

No es cómo me imaginé pasando la noche del sábado, pero Nico, Adrian y Toby se están poniendo de lo más creativos. Bueno, supongo que, en este caso, es obra del cerebro turbio de Nico. Fue suya la estúpida idea de participar en las citas exprés.

—¡Esta noche es la noche! —brama Toby, entrando en el moderno bar de cócteles con paso animado—. Vas a caer, Logan. ¡Vas a morder el puto polvo!

Y una mierda.

Adrian me agarra de los hombros, balanceándome de izquierda a derecha; su emoción se ve reflejada en la sonrisa que le va de oreja a oreja, dejando a la vista todos sus dientes. Es posible que vayan por buen camino. Las citas exprés son el sitio perfecto para encontrar a una chica que me mande a freír espárragos. No es lugar para peña que busca divertirse un poco. No, las citas exprés están diseñadas para aquellos que buscan un alma gemela y se están desesperando.

Pero no me preocupa. De hecho, no podría soplármela más.

Las apuestas empezaron siendo divertidas, pero, pasadas unas semanas, se han vuelto tan aburridas como todo. Es una pena que mi orgullo no me permita ondear una bandera blanca. He ganado ocho relojes gracias a esas apuestas, y ganaré este noveno.

La anfitriona junto a la puerta escribe nuestros nombres en unas pegatinas blancas y nos las pega al pecho. No está mal, es

rubia, tiene unos pechos decentes y buenas caderas, pero, como la mayoría de mujeres en Newport Beach y el condado de Orange, es poco memorable.

—Podéis cogeros algo de beber y después tomar asiento en la mesa que prefiráis cuando suene la primera campana. —Hace un gesto hacia las puertas dobles.

Adrian entra primero, girando la cabeza de izquierda a derecha. No se corta a la hora de mirar, en busca de alguien con quien mojar el churro esta noche. Le servirá cualquiera. Adrian no es muy tiquismiquis.

Con cinco minutos para pedir algo de beber antes de que la tortura dé comienzo, apoyo los codos en la encimera, esperando a que me atienda el barman. Aún no había estado en este local, a pesar de que lleva abierto seis meses. Newport es la meca para los que están forrados. Los bares nuevos como este aparecen continuamente por todas partes fruto de unos jóvenes emprendedores que tratan de ganar dinero a costa de los más acaudalados.

La sala tiene una iluminación tenue, con quince reservados pequeños repartidos en forma de semicírculo, todos equipados con una mesa y un ramito de lirios. Su aroma pende denso en el aire, imponiéndose sobre quince marcas de perfume y quince marcas de colonia. La mayoría de los reservados están ya ocupados por mujeres a la espera de que comiencen las citas.

Por suerte, no reconozco a ninguna de ellas, y ninguna me llama la atención como para dedicarle algo más que una ojeada rápida.

Toby llama al barman mientras yo escaneo el local, preguntándome a qué mujer escogerán mis amigos para que sea mi objetivo esta noche. Ninguna sobresale entre la multitud y ninguna tiene pinta de estar buscando divertirse mucho.

Tampoco ninguna tiene pinta de estar predispuesta a decirme que no.

—¡Toma ya! —susurra a gritos Adrian, estirando el cuello para ver algo a mis espaldas.

Hago un giro de ciento ochenta grados justo cuando dos hombres se retiran con sus copas, dejando a la vista una mujer delgada y de rasgos afilados que va en traje: camisa blanca, chaqueta rojo y pantalones a juego. Necesita con un urgencia que le realicen lo que a mí me gusta llamar: «palotomía». Es decir, tiene un palo metido en el culo y alguien debería extirpárselo de inmediato.

Dudo que sea yo el que consiga tal tarea. Es justo el tipo de Nico. Pelo oscuro y recto recogido en una coleta alta, unas rasgos lo bastante afilados como para cortar cristal y una expresión de no tolerar gilipolleces grabada en su preciosa cara. Me giro hacia mi hermano, pero no está interesado en la morena, si no que está mirando algo al otro lado de la sala.

Sigo su mirada y maldigo para mis adentros.

Mary-Jane cruza la sala, seguida de cerca por ninguna otra que Cassidy. Un vestido azul marino de manga corta le rodea las caderas y cintura, acentuando sus tetas no demasiado grandes.

—Me largo —dice Nico, terminándose el vaso de whiskey que le pasó el barman hace menos de treinta segundos—. Llamadme cuando terminéis aquí.

—Ni se te ocurra. —Lo agarro del antebrazo antes de que se aleje—. Relájate, son solo Cassidy y Mary-Jane. No está Kaya.

—Sí, y lo que sea que pase esta noche llegará a oídos de Kaya en un periquete. Gracias, pero no.

—¿Y a ti qué te importa si sabe lo que haces? —Por favor, Dios, te lo pido por favor, no dejes que mi hermano siga sintiendo algo por Cruella o tendré que volver a hacerle entrar en razón con un bate de béisbol—. Que le den a esa zorra, Nico. Y que le den a Jared también.

Aprieta los dientes, fulminando a Cassidy con la mirada como si fuese ella quien le puso los cuernos. Pasan un minuto en el que Nico decide qué hacer de esa forma tan suya: sobreanalizando y pensándose las cosas de más.

—De acuerdo. —Se gira hacia el bar para pedirse otra—. Pero serás tú el que cubra mis citas con Cass. Yo no tengo nada que hablar con ella.

Una idea tonta.

En serio, es una puta idea tontísima. Mi cerebro lleva estando ocupado por Cassidy desde hace dos semanas ya. No debería pasar otro minuto en su presencia, pero es eso o que Nico salga por esa puerta hecho una furia sin mirar atrás.

—Sí, lo que tú digas. La chica no muerde, tío. No te olvides de que es gracias a ella que…

—Cierra el pico —me suelta con un tono que implica que me arrancará la cabeza de cuajo si no dejo el tema en paz.

No hay forma de hablar con él de la noche en que vio a Kaya en una postura comprometida pero creativa.

La chica que Adrian ha escogido como mi reto de la noche taconea por la sala con pasos pequeños pero seguros, con los hombros echados hacia atrás y la cabeza alta. Su larga coleta se balancea a los lados antes de que tome asiento y cruce una pierna sobre la otra. Es inaccesible de un modo sexy. Cada uno de sus movimientos está acentuado por un aura de superioridad que hace que los hombres se giren al verla pasar. Casi puedo escuchar las cosas que se les pasan por la cabeza.

Cierra sus labios rojos como la sangre alrededor de una pajita, ahuecando las mejillas a propósito cuando sorbe un traguito de su cóctel rosa como para dejar caer de forma sutil que le va la caña en la cama.

Consigue su cometido. Le tirarán la caña todos y cada uno de los imbéciles aquí presentes. Yo incluido, parece ser.

—A lo mejor esa no es la mejor idea. —Toby hace una mueca, admirando a la bomba sexual con un destello de maravilla y timidez en sus ojos azules—. Creo que sería capaz de arrancarle a Logan el pito de un mordisco si hace el movimiento equivocado. No quiero que eso pese sobre mi conciencia.

—Coincido —digo yo, verdaderamente aliviado. No me va nada bien con las mujeres superseguras de sí mismas y distantes—. Está muy fuera de mi alcance. Que se la quede Nico. Si alguien puede amansar a esa abeja reina, eres tú. —Le doy un codazo en las costillas para animarlo un poco, pero la sonrisa de satisfacción que esperaba recibir de su parte no se materializa.

Quién lo iba a decir. El día que este capullo sonría de verdad, seguro que me pilla tan de sorpresa que tendré un puto aneurisma.

Echa un vistazo a sus espaldas para pasarle revista, moderadamente interesado. No creo que haya una mujer en este planeta capaz de hacer que Nico caiga de rodillas.

—Me apunto —dice.

Adrian resopla, nada divertido.

—Vale, puedes quedártela, Nico. Y tú —me agarra del hombro y vuelve a darles un repaso a las mujeres—, ve a por la de la mesa seis.

La chica en cuestión no puede ser mayor que una universitaria de último curso y lleva comiéndonos con los ojos desde que entramos por la puerta.

—Por lo menos podrías intentar que me supusiese un reto.

—¡Mírala! —grita en voz alta y unas cuantas cabezas se giran en nuestra dirección—. Fijo que es la hija de un pastor. —La hija de un pastor necesitada de que le echen un buen polvo—. No caerá en tus redes. Y si cae —mira de Nico a Toby—, le compraré ese reloj yo solo. Hasta me tatuaré tu cara en el culo si te da su número, macho.

No siempre quiero arrearle un puñetazo a Adrian, solo la mayor parte del tiempo, pero es que es tan animal…

—O sea, ¿que esta vez no tengo que besarla?

—No, pero solo tienes dos citas para obrar tu magia.

—De verdad que no quiero tatuarte la cara de Logan en el culo, Adrian —dice Toby—. ¡No quiero tocarte el culo!

—Buenas noches y bienvenidos a Citas exprés. —Un hombre al frente de la sala habla al micrófono, poniéndole fin a nuestra conversación. Qué pena—. Las reglas son simples. Por favor, pegaos las pegatinas con vuestros nombres al pecho y sentaos en una mesa de vuestra elección. En cuanto suene la campana, los caballeros se moverán a la siguiente mesa en el sentido de las agujas del reloj. Tendremos un descanso de quince minutos tras la primera ronda, y podéis llamar por alguna camarera en cualquier momento si queréis que os rellenen las copas. Disfrutad.

La mayoría de los hombres se apresuran a tomar asiento, pero nosotros cuatro tenemos todo el tiempo del mundo. Igual si pudiese sentarme en la mesa cinco y comenzar con el espectáculo, me daría prisa, pero ya hay un capullo sentado. En cuanto la mayor parte de los hombres han escogido una mesa, me siento en la mesa doce, donde una tía buena sin coco, malcriada, con un fideicomiso y tanto bótox que prácticamente le sale de los poros juguetea con un mechón de pelo rosa.

Cass se encuentra al otra lado del semicírculo y tengo una vista clara de su cara bonita. Sigo sin saber qué demonios ha cambiado que ha hecho que su belleza resalte más que de costumbre, pero atrae mi atención como un bombo en una noche silenciosa.

De vez en cuando, miró de reojo hacia la mesa de mi objetivo, con la esperanza de aprender algo de ella antes de nuestra cita. Me gusta contar con un as bajo la manga, pero no me da nada que pueda utilizar. Su lenguaje corporal es reservado, tiene las manos en la copa y los hombros ligeramente encogidos. Me giro hacia ella más a menudo porque es lo único que me detiene de observar a Cassidy sin miramientos cuando ríe con los hombres diferentes que se sientan a su mesa.

No sabría ni por dónde empezar para hacerla gritar.

En la pegatina de la chica de la mesa seis se lee: Sofie. Su copa de vino lleva vacía por lo menos desde las dos últimas citas, pero ninguno de los imbéciles que han ido delante de mí se han dado cuenta. Llamó por una camarera y pido otra cerveza para mí y un vino para ella. Esa es mi estrategia usual: conquistar a la chica invitándola a copas.

—No bebo vino. —Carmen, la mujer delante de mí, señala su jarra alta de cerveza.

Si el hecho de que engulle la cerveza con más ahínco que un tío no fuese lo bastante repulsivo, el pegote negro y grande de máscara de pestañas que tiene en el rabillo del ojo, lo es. No me molesta que las mujeres beban cerveza, pero Carmen no está bebiendo, sino que se vierte el líquido dorado por la garganta sin tragar como si fuese un truquito de fiesta que debiese impresionarme.

—Me he dado cuenta.

La campana vuelve a sonar. Es mi turno de sentarme frente a Cassidy, pero paso por su lado levantando el dedo índice para hacerle saber que vuelvo ya mismo. Me detengo en la mesa seis y dejo el vino junto a la copa vacía de Sofie. Sus ojos se pasean por mi cuerpo, con un brillo de satisfacción reluciendo tras estos y los labios fruncidos. Es guapa y puedo imaginarme dejando un rastro de besos por la columna de su cuello, pero entonces abre la boca y la burbuja estalla.

—¿Se supone que ahora tienen que caérseme las bragas? —pregunta con un deje de guasa en la voz.

Su frase no me afecta como debe. En vez de sentirme excitado por la posibilidad, siento ganas de poner los ojos en blanco.

—Se supone que tienes que dar las gracias, cielo.

Un leve sonrojo se apodera de sus mejillas y se le extiende por el cuello y escote.

—Gracias… —baja la vista a mi pecho—, Logan. Creo que aún no ha llegado tu turno de sentarte a mi mesa.

No, aún no, y el hombre impaciente a mi izquierda cree lo mismo, con los brazos cruzados sobre el pecho y clavándome en el sitio con la mirada fulminante de sus ojos.

—Vuelvo en cinco minutos —añado antes de dar marcha atrás y sentarme con Cassidy.

Ésta juguetea con los cubitos de hielo en su vaso medio vacío, con aspecto de encontrarse fuera de lugar, insegura de qué esperarse de nuestra cita. Yo tampoco lo sé. Un aura de peligro inminente se asienta a nuestro alrededor mientras el aroma a jengibre y limón de su loción corporal me asalta la nariz y mi polla se revuelve endemoniada en mis pantalones.

«Abajo, chaval».

—¿Te has apuntado a clases de natación? —pregunto cuando no se me ocurre nada mejor. La mente se me queda en blanco con ella cerca.

Una cháchara ligera e informal es lo que busco. Nada inapropiado. Nada que sugiera que siento el impulso de abrirla de piernas en la mesa minúscula que nos separa, lamer su dulce sexo

hasta que se corra y después hundirme en ella hasta lo más hondo para sentir cómo llega al orgasmo contra mi miembro.

—No y no voy a hacerlo —reconoce. La inquietud se disipa y una sonrisa ocupa su lugar. Eso está mejor—. A lo mejor mi ángel deja de drogarse.

—No te fíes de ese tío. —Y… me quedo en blanco. No tengo ni idea de cómo proceder. No me he comportado con tanta torpeza con una mujer desde nunca. Cass y yo pasamos unas cuantas veladas juntos hace tres años, por lo que ya me conozco las cosas de las que se suele hablar en las primeras citas. No puedo volver a preguntarle cuál es su color favorito—. Bueno… —Grillos. Eso es lo que se escucha: grillos. ¿Qué cojones digo ahora? Mi pulso se amotina antes de que una idea no muy brillante y de último recurso se me pase por la cabeza—. ¿Qué te trae a este sitio? ¿Qué tipo de chico estás buscando?

—Amy no se encuentra bien y MJ necesitaba una carabina.

—No has respondido a mi pregunta. —Bebo de la botella de Bud Light—. ¿Qué clase de hombre buscas, Cass?

—¿Y tú qué? —Se va por la tangente otra vez, peinándose esos cautivadores mechones rubios que se le enredan en los pendientes grandes que lleva puestos.

Quiero extender la mano, desenredarle el pelo y después hundir la cara en el hueco de su cuello e inhalar.

¿Por qué no me ha respondido? ¿Está avergonzada? ¿No se decide? Igual no está soltera. Igual tiene un novio esperando pacientemente a que llegue a casa en su diminuto estudio.

Es poco probable.

Ningún hombre en su sano juicio dejaría que a esta chica le tirasen la caña quince hombres.

—Veo que sigues apostando con los chicos a que no encontrarán a una tía capaz de resistirse a tus encantos. —Echa una mirada disimulada a sus espaldas, inspeccionando a mi objetivo de la noche—. Es mona. No creo que pierdas esta noche.

Ya me había olvidado de la hija del pastor, demasiado ensimismado con Cassidy. No me había percatado de que me estaba echando cada vez más y más hacia delante sobre la mesa

hasta que ella apoya los codos en la superficie de ésta, imitando mi postura. El aroma placentero de su cuerpo se intensifica, convocando de nuevo los recuerdos.

Los jadeos dulces y sin aliento cuando me hundí en ella, mi mente en un estado de confusión total porque esa noche no estábamos follando. No puedo decir que estuviésemos haciendo el amor, pero fue más de lo que experimenté nunca antes ni volví a experimentar.

—Adrian cree que es demasiado buena chica como para caer en mis redes.

Cassidy vuelve a echar otra mirada a sus espaldas. Tiene la delicada piel del cuello de gallina, que capta mi atención, y necesito resistir el instinto de inclinarme sobre la mesa y besar la zona hasta que desaparezcan.

—Puede que a Adrian no se le dé muy bien calar a la gente. No te hará falta esforzarte mucho.

Lo sé. Sofie no para de mirar boquiabierta hacia aquí cada treinta segundos, lamiéndose los labios con aire seductor. Me dejaría hacer lo que quiera con ella en la trastienda de este bar sin protestar.

Suena la campanilla, poniendo fin a la cita, y compruebo la ubicación de Nico para asegurarme de intercambiarme con él cuando toque. Está a tres mesas de distancia, a punto de sentarse enfrente de la abeja reina.

—Buena suerte —me susurra Cass cuando me pongo en pie.

—No necesito suerte, princesa.

Los labios se le abren con un «oh» inaudible ante el apelativo cariñoso, los ojos se le ensanchan y las pupilas se le dilatan. Seguramente recuerde la última vez que la llame así. Fue hace tres años… «Córrete para mí, princesa».

Sofie sonríe radiante cuando llego a su mesa y me reajusto los vaqueros mientras tomo asiento. He perdido interés en conquistar a esta chica, pero incluso sin cortejarla ni entablar conversación, Sofie se retuerce el pelo con el dedo y me bate las pestañas.

«Te estás esforzando demasiado, cielo».

Desde aquí aún puedo oír lo que pasa en la mesa de Cassidy. Le estoy dando la espalda, por lo que no puedo verla, pero el tono de voz del hombre me pinta una imagen clara de la postura de Cass ahora mismo: brazos cruzados, ojos entrecerrados y labios fruncidos.

—Eres imposible —dice él más alto de lo necesario—. ¿Qué tuvo de malo nuestra cita? Comimos bien, te reíste, hablamos…

—¿Crees que puedes coaccionarme para que acceda a tener otra cita? —pregunta Cass—. Ten un poco de dignidad.

—Tienes que madurar y rápido, corazón. ¿¡Crees que vas a encontrar a tu príncipe azul aquí?! ¡Mira a tu alrededor! Soy el mejor candidato.

—No quiero un príncipe azul y, desde luego, no quiero un perrito que no sabe comportarse.

Me muerdo la lengua para no reírme. La camarera se pasa por nuestro reservado para ver si queremos pedir otra. Actuando por impulso, me pido una cerveza para mí y un daiquirí para Cass, dándole instrucciones a la camarera de que lo lleve a su mesa.

Sofie me da la tabarra durante dos minutos más antes de que suene la campana. Si me tuviesen a punta de pistola y me pidiesen que citase una sola frase que salió de su boca durante nuestra cita, acabaría con una herida de bala en la cabeza.

Es tan aburrida que podría dormir a alguien que sufra de insomnio.

Cuando paso a la siguiente cita, ni siquiera me molesto en fingir interés. Estoy perdido en mis pensamientos, tratando de darle sentido a mi obsesión repentina con Cassidy.

Su cuerpo sin vida relampaguea ante mis ojos como para responder a las preguntas incesantes. ¿Es por eso que no puedo dejar de pensar en ella? ¿Porque le salve la vida?

Pues es exasperante.

No puedo ahogarla para arreglar el puto problema.

Y es un problema. Ir tas ella equivale a ir en contra de mi familia y eso no puede ocurrir. Ellos son lo primero.

Siempre. No importa lo que pase.

La mujer delante de mí parece ligeramente mosqueada, y con razón. Estoy distraído, desinteresado y no paro de mirar hacia atrás para echarle un vistazo a Cass y no a Sofie.

Un tío con un polo blanco está sentado frente a ella con actitud relajada, despreocupada incluso. Cass se aparta unos mechones de la cara justo cuando suena la campana, y vuelve a ser mi turno de entretenerla durante cinco minutos cuando Nico se intercambia conmigo, ocupando la mesa nueve.

El chico del polo se encuentra con mi mirada mientras se levanta con una mueca de molestia.

—No te molestes con ésta. Solo te va a dejar las pelotas azules.

—Me apuesto a que las tuyas ya lo están. Muévete o te pondré un ojo morado a juego con el par.

Resopla, negando con la cabeza como si se compadeciese de mí.

A los niños se les enseña álgebra, la mitosis y dónde está Mongolia, pero nadie les enseña que cabrear a un tío el doble de su tamaño es una mala idea. Alguien debería incluir eso en el plan de estudios ya. A lo mejor, si al del polo lo hubiesen avisado, se lo habría pensado dos veces antes de pasarme por alto. Este es el strike número uno. Dos más y sabrá lo que es bueno.

Pasa a la siguiente mesa y su actitud cambia a la de un gigolo cuando ve el caramelito que es Sofie.

Cass se aclara la garganta, captando mi atención.

—¿Qué? —pregunto, sentándome—. ¿Preferirías que estuviese Nico aquí?

—No —murmura, alarmada ante la idea. Mi hermano tiene ese efecto en las mujeres, las asusta sin necesidad de decirles una sola palabra—. Gracias por intercambiarte con él.

—Amenazó con pirarse cuanto te vio, así que no me quedó más remedio.

Su sonrisa se desvanece de inmediato.

—Si prefieres quedarte junto a la barra durante estos cinco minutos, no me importa.

Mis ojos bajan hasta sus labios un breve segundo antes de alzarlos a tiempo de ver cómo se le calientan las mejillas.

—Me quedo aquí.

OCHO

Cassidy

MJ me envuelve el brazo con la mano y me arrastra por un pasillo estrecho. Abre la puerta del baño de un empujón, con los ojos vidriosos por el vino, la emoción o porque está cachonda.

No sabría decir.

—¡Me he enamorado! —chilla.

Cachonda. Sin duda.

—¿Ya? Tú no tardas mucho, ¿eh? —Me giro hacia el espejo para ver cómo tengo el pelo y el maquillaje—. ¿Quién es el afortunado?

Me agarra el antebrazo con más fuerza, cambiando el peso de un pie a otro como una mocosa impaciente y eufórica.

—Adrian, el tío que está siempre con Nico y Toby. Nos estuvimos mensajeando en el pasado, pero él perdió el interés y ahora… —Vuelve a chillar—. ¡Creo que está listo para empezar de cero! ¿Qué debería hacer? Lo deseo. ¡Lo deseo muy mucho! Quiero quedarme con él una temporada. Igual para siempre.

Esto no es nada nuevo. MJ se enamora tres veces al mes de media. Su afecto muere tan rápido como cobró vida, igual que unos fuegos artificiales baratos. Timothy es un buen ejemplo de ello; «¡lo quiero!», y dos semanas más tarde pasa a ser un: «¡lo odio!». Es todo un reto complacerla.

Trato de hacer memoria, repasando las citas para intentar recordar a Adrian y la impresión que me causó, pero desde que Logan se sentó a mi mesa, he estado observándolo desde un

objetivo de una sola lente y todos los demás hombres se convirtieron en un borrón.

MJ me chasquea los dedos delante de la cara.

—Planeta Tierra a Cassidy. ¿Qué pasa? ¿A quién se deben esos ojos soñadores?

—A nadie que merezca mi tiempo —digo en voz alta como un recordatorio del espantoso hecho que no paro de olvidar—. Volviendo a lo de Adrian… No tengo ni idea de qué deberías hacer. Le preguntas a la persona equivocada. Llevo mucho tiempo sin tener una cita decente.

—¡Pero los tíos siguen volviendo a ti aun así! Por ejemplo, James. ¡Lleva mirándote toda la noche! Te desea a pesar de que le diste calabazas cuando llevabais una hora de cita.

—James quiere pasarme por la piedra. Cosa que me imagino que Adrian ya hizo. ¿A lo mejor podrías intentar hace que tenga que currárselo esta vez?

Me besa las mejillas como si acabase de revelarle un secreto ancestral. En cuanto volvemos a la sala poco iluminada, James me bloquea el paso. MJ se da el piro, guiñándome el ojo cuando él no la ve, con el corazón y la mente enfocados en hacerme de cupido.

—Hola, nena. —Arrastra las palabras con una sonrisa impertinente—. ¿Qué te parece darme otra oportunidad? Larguémonos de aquí y vayamos a cenar, ¿sí? ¿Qué me dices, nena?

Quiero decir «no me llames nena, es cutre», pero tengo la ligera sospecha de que eso podría infundirle ánimos. Me toca la cara con la mano, acariciándome la mejilla y me mira a los ojos de una forma que él considera seductora, pero que resulta escalofriante.

—No eres idiota, así que no entiendo que parte de «no me interesa» no entiendes. —Doy un paso atrás para que no pueda tocarme—. No va a haber otra cita.

Le salta un tic nervioso en la mandíbula y su paciencia se agota igual que en nuestra primera cita. Me agarra de la muñeca, obligándome a seguirlo a una esquina del local. Me empuja contra la pared y se cierne sobre mí, todavía asiéndome de la muñeca. El

corazón me late más rápido. Su aliento caliente me abanica la cara, provocando que me entren escalofríos.

—¿Cuál es tu puñetero problema, Cass? Sácate el palo del culo y vamos a divertirnos. Te encantará lo que te voy a hacer.

Una pequeña sonrisa florece en mis labios cuando Logan se materializa a sus espaldas, lo agarra por el hombro, con los nudillos blancos cuanto más aprieta, tira de James hacia atrás y lo fulmina con una mirada furibunda dirigida a su cráneo.

—No puedo decir que a ti vaya a encantarte lo que te haré si no la sueltas. No hace falta mucho para ponerme de mala hostia, así que te sugiero que te vayas a tomar por culo.

James pone los ojos en blanco, sin anticipar con lo que se encontrará tras él.

—¿Tienes algún problema? —Se da la vuelta y se encoge sobre sí mismo cuando se ve obligado a echar la cabeza hacia atrás para encontrarse con la mirada de Logan—. Esto no te concierne, colega. Cassidy está aquí conmigo.

¿Qué? Pero, ¿quién se cree que es?

—Claro que no —suelto cortante, apartándome de la pared.

Los ojos de Logan se disparan hacia mí, deslizándose por mi cuerpo brevemente antes de volver a centrarse en James.

—Como he dicho, no hace falta mucho para ponerme de mala hostia, *colega*. Ya te la estás jugando. Tenlo en mente mientras decides qué hacer a continuación.

Las manos de James se cierran en puños a sus costados y, durante un brevísimo instante, pienso que va a mandar toda precaución a paseo, dar un salto de fe al confiar en sus cuestionables capacidades y pegar a Logan, pero un segundo más tarde, se desembaraza de su aprisionamiento y se larga echo una furia.

—Gracias. Es un pesado. —Doy un paso más cerca, atraída por Logan, la seguridad que ofrece y el olor embriagador de su cuerpo tonificado.

—Ya veo. Vuelve a tu mesa. Estamos a punto de empezar con la siguiente ronda. —Me empuja con cuidado en la dirección correcta. El calor se expande por mi estómago cuando su mano

grande entra en contacto con la parte baja de mi espalda—. Te veo en media hora.

Una media hora que no podría haber pasado más lenta. Me esfuerzo en no mirar hacia donde se encuentra Logan, en no observar cómo entretiene a las mujeres que lo miran como si pudiesen obligarlo telepáticamente a follarlas aquí mismo. Las pocas veces que me rindo y echo una miradita, sus ojos están sobre mí y un estremecimiento me recorre la columna, acelerándome el pulso.

Adrian se sienta a mi mesa no mucho después. Sobre todo, habla y me pregunta por MJ, lo cual es un agradable cambio de tema respecto a las preguntas estándares de una cita: tus favoritos en todo. Me termino la bebida cuando Logan vuelve con una copa de daiquiri en la mano y una expresión inescrutable.

Desliza la copa por la mesa, fijándose en mis labios durante una fracción de segundo antes de apartar la mirada.

—¿Te vas a quedar para la fiesta de después?

—¿Fiesta de después? —repito. Nadie ha mencionado tal cosa.

—Sí, Toby dice que una vez se terminan las citas, la peña se queda para poder conocerse mejor.

—¿Eso es antes o después de cuando se supone que tengo que darle a alguien mi número?

—Después. ¿Cuántos tíos van a conseguir tu número, Cass?

«Cero».

—Aún no lo tengo claro.

Los ojos se le estrechan y aprieta los dientes, creo. Se recompone tan rápido que no estoy segura de si de verdad he visto una sombra de molestia cruzarle por la cara o si me lo he imaginado.

—Adrian, Nico y Toby no conseguirán tu número. Tampoco ese idiota… ¿James, se llamaba? Te quedan once.

—El del polo blanco tampoco. Diez.

Se recuesta en su silla.

—El tío de la mesa siete se está sacando los mocos. Nueve.

—Mesa trece; es ginecólogo y me dio un sermón sobre los síntomas que apuntan a un cáncer de ovarios.

Reducimos la lista de posibles candidatos a tres y, con cada uno que eliminamos, los motivos son cada vez más tontos.

—Mesa uno —dice Logan por lo bajini, con las manos apoyadas en la mesa y nuestras caras a centímetros de distancia mientras susurramos para que no nos oigan los hombres que descartamos—. Tiene algo pegado a un diente. Dos.

La sombra de una sonrisa, apenas el amago de una, le baila en sus labios carnosos. Dios, es tan guapo… El olor de su colonia me envuelve, acunándome en una falsa sensación de seguridad. Lo único que quiero es moldear mi cuerpo en torno al suyo y quedarme dormida con la cara enterrada en el hueco de su cuello. Quiero que me envuelvan sus brazos. Quiero sus labios sobre mi sien. Quiero que me *desee*.

Que se preocupe por *mí*.

—¿Cass? —Me da unos golpecitos con el dedo en la mano—. ¿En qué piensas?

—Perdona. —Echo un vistazo rápido a la sala—. No tengo claro quien queda, pero sea quien sea el penúltimo, seguro que tiene algún pero; por lo tanto, solo queda uno.

—Creo que vas a tener que fastidiarte conmigo, princesa.

Espero por todo lo sagrado que no pueda ver lo mucho que me afecta ese apelativo cariñoso. Los recuerdos me golpean con fuerza a medida que la noche que pasamos juntos se reproduce en mi mente.

—¿Tú no estás apalabrado con la rubia mona de la mesa de al lado? —digo, obligando a mis cuerdas vocales a trabajar mientras inhalo para calmarme con disimulo—. Además, tú ya tienes mi número.

Pone una cara larga, se le tensa un músculo en la mandíbula y junta las cejas cuando suena la campana, como si estos últimos cinco minutos se hubiese olvidado de que yo soy el enemigo y la chica que se acostó con su hermano.

Muevo la boca para esbozar una sonrisa creíble, a pesar de sentirme como un cachorrito pateado.

Una oportunidad, eso es cuanto quiero. Una oportunidad para empezar de cero y demostrarle lo mucho que podría quererlo.

Jamás ha habido nadie en mi vida a quien quisiese de veras. Los sentimientos se agitan en mi interior, a la espera de que les dé salida. Logan sería feliz conmigo. Me aseguraría de ello si tan solo me lo permitiese.

Asiente con la cabeza en acuerdo y los labios sellados y, con una última mirada en mi dirección, se aleja para ocuparse de la rubita guapa sentada detrás de mí.

Echo un vistazo rápido, viendo cómo el hombre que no puedo quitarme de la cabeza liga con otra.

***

—¿Y bien? —pregunta MJ cuando salimos del bar de copas después de que terminen las citas exprés. Para gran sorpresa mía, no quiso quedarse para la fiesta de después y pegarse a Adrian. Ha decidido que deberíamos irnos a la discoteca y que, si Adrian quiere encontrarla, tiene su número—. ¿A cuántos chicos les has dado tu número?

—A dos. —Miro de izquierda a derecha antes de cruzar la calle.

—¿¡A dos?! Pero, ¿qué coño, Cassidy? ¿Por qué solo dos? ¡Había muchos tíos buenos esta noche! Y estoy segura de que todos ellos daría un riñón por salir contigo. Bueno, quitando a Adrian, claro. ¿Quiénes son los dos afortunados?

Yo no los llamaría afortunados. Seguramente no conteste a sus llamadas si deciden ponerse en contacto. No tiene sentido aceptar ninguna cita mientras no pueda dejar de pensar en Logan.

—Mathias y Wes. ¿Cuántos consiguieron tu número?

—¡Seis! —bufa, entrelazando su codo con el mío—. Ya sabes, por si acaso Adrian no me llama. Pero si sí me llama… Dios, ¡estoy muy nerviosa! ¡Creo que estoy enamorada de él!

Menuda teatrera está hecha.

—Te llamará. Sería un idiota si no lo hace. Venga, te invito a una copa. —Afianzo mi codo con el de ella y echamos a andar por la calle principal.

Llegamos a delante de Q, la discoteca más de moda de Newport, pero no pasamos por la puerta antes de que MJ se

detenga a medio paso y tire el bolso al suelo. Se deja caer de rodillas y busca su móvil con frenesí. Por el modo en que le tiemblan las manos y los labios se le estiran en una amplia sonrisa, sé que tiene la esperanza de que sea Adrian.

—¿Hola? —La sonrisa se le ensancha aún más—. Ah, vale. Sí, claro. Estamos a punto de entrar en Q. —El semblante se le hunde un poco—. Ah… Bueno, eh… —Me mira con una mueca de dolor.

No necesito una explicación para su repentino titubeo. Es Adrian quien está al otro lado de la línea y quiere verla, pero no quiere que *yo* vaya con ella. Aunque seguramente sea Nico el que amenazó con irse si me uno a ellos.

No tiene motivos para evitarme. Debe de pensarse que le cuento a Kaya todo lo que hace, pero no paso tanto tiempo con su ex como antes. Ésta se encuentra en una espiral descendente, negándose a luchar contra su alcoholismo y ganándose otra adicción más a las drogas.

O igual es Logan el que no quiere que vaya.

—No pasa nada —articulo con los labios—. Ve.

Tapa el micrófono con la mano.

—¿Estás segura? ¡No quiero dejarte tirada!

Sí que quiere, pero ya estoy acostumbrada. Al menos tiene una razón que comprendo. Muchos antes que ella no la tenían. He sido alguien prescindible para la mayoría y, en algún momento, me he acostumbrado a que me dejen tirada.

—Estoy segura. Volveré a casa en taxi.

Me da un beso en la mejilla y se aprieta el teléfono contra la oreja.

—Enseguida estoy ahí.

Mientras tanto, yo me pregunto si mensajear a Thalia a las diez de la noche y pedirle que se encuentre conmigo en el centro para tomar una copa es tentar a la suerte con Theo. Seguramente sí.

—Lo siento muchísimo, cielo. —Mary-Jane suspira y una expresión de perro extraviado retuerce sus rasgos—. Sé que fui yo quien te pidió que vinieras, pero…

—No lo sientas, solo prométeme que no terminarás en la cama con él esta noche, ¿vale? Oblígalo a que se lo curre.

Asiente con vigor, me abraza otra vez y echa andar en la dirección del bar de copas que acabamos de abandonar, dejándome sola en la acera. En vez de incordiar a otro hermano Hayes solicitando la presencia de su mujer, me subo a un taxi y me dirijo a casa.

Aunque entiendo a MJ, el estómago se me retuerce y un nudo de tristeza se forma tras mis costillas.

De regreso en mi piso, me quito los tacones, abro una botella de Corona y me dejo caer delante de la tele, acurrucada bajo una manta suave. Un episodio y medio de *You* después, salta una notificación en mi móvil sobre la mesa de centro. Un mensaje de la persona de la que menos me esperaba tener noticias me espera en la pantalla. La sangre se me calienta y pone pegajosa al ver su nombre y cuatro palabras.

Logan: *Creo que deberíamos follar.*

Mi corazón se acelera como si quisiera salírseme del pecho cuando una avalancha de imágenes altamente eróticas y tentadoras se reproducen dentro de mis párpados. La piel se me estremece y siento como los vellos de la nuca se me ponen de punta.

¿Me desea?

¿Después de todo lo que pasó?

¿Por qué? ¿Qué es lo que estoy pasando por alto? ¿Qué ha cambiado?

Maldigo para mis adentros, furiosa con él por escribirme y conmigo por contemplar la idea. No podemos hacer esto. Lo único que quiere es sexo y, aunque sé que sería maravilloso, también sé que, cuando llegue la mañana, mis sentimientos repuntarán y olvidarlo será aún más difícil.

Mis dedos se ciernen sobre la pantalla. Cientos de respuestas a ese mensaje se forman en mi mente. Algunos mordaces, otros groseros, otros muy inapropiados, pero me salvó la vida hace poco, así que me decanto por una contestación menos agresiva.

Yo: Si esto es una broma, no tiene gracia.

Puedo hacerme la que no me afecta a través de mensaje, pero lo cierto es que se ha descubierto el pastel y lo único en lo que puedo centrarme es en esa noche de hace tres años en la que nos acostamos. En el modo en que sus labios carnosos me rozaron la piel, con sus dientes raspando la carne delicada; el ritmo acelerado y exigente de sus embestidas; sus suaves susurros en mi oídos; sus manos fuertes en mis caderas; el calor de su piel…

Me retuerzo en el sofá, juntando los músculos, ya a punto caramelo como la fila al completo a las puertas de un burdel una noche cualquiera. Después de un minuto de silencio de su parte, lanzo el móvil a un lado y me encamino al baño.

Necesito una ducha. Una ducha fría para calmarme porque ni de coña me rindo a esta necesidad y me corro pensado en Logan. Otra vez, no.

El agua helada no refresca el fuego abrasándome el cerebro y la entrepierna. Si cabe, estoy aún más cachonda cuando salgo del baño envuelta en una toalla blanca y mullida.

Mi teléfono suena otra vez.

Logan: Tres palabras. Dos dedos. Una noche.

Una ola de calor viaja desde mi cabeza a mi abdomen y me acaricia la parte posterior de los muslos. Recuerdo esas tres palabras. Recuerdo a Logan empujando dos dedos dentro de mí y sus labios calientes contra mi cuello mientras susurraba: «córrete para mí».

Y me corrí. Muchas veces esa noche. Estaba exhausta cuando nos desplomamos el uno al lado del otro, jadeantes, sin aliento y sudorosos. A Logan le gusta complacer. Le entra un subidón al ver cómo una mujer se corre gracias a sus atenciones. Aunque no es que tenga que esforzarse mucho para provocar un orgasmo. No solo tiene talento con los labios, polla y dedos. Sabe cómo ocuparse de la mente.

No contesto al mensaje. No le daré esa satisfacción. Está con Nico y éste debe de ser su concepto de entretenimiento.

«Veamos si Cass todavía se muere por tu polla, tío».

¡Aj! A la mierda la integridad. Necesito correrme y me correré pensado en Logan. Busco en el cajón de la mesilla para sacar a mi amigo de silicona de confianza. Es largo y grueso, igual que el pene de Logan, pero, por más gusto que me dé enterrado dentro de mí, no es rival para el miembro de verdad.

NUEVE

Logan

Tres años.

Tres. Putos. Años.

Y puf.

Otra vez vuelvo a pensar en Cassidy todos los días, imaginándome cómo sería volver a acorralarla contra el colchón después de todo este tiempo.

¿He dicho pensar? ¡Ja! Más bien me obsesiona.

Me he acostado con muchas mujeres desde que estuve con ella, pero ninguna me hizo sentir como Cassidy aquella noche, como si estuviese flotando. Una experiencia extracorpórea no se puede comparar a practicar sexo con ella. El mundo podría haberse literalmente acabado mientras estábamos en la cama que yo no me habría enterado.

No.

Debería.

Estar.

Aquí.

Pero esta noche no pienso con el cerebro. Pienso con la polla, que no sabe lo que le conviene, por lo que, una vez más, llamo a la puerta de su piso. Pasa un buen rato antes de que ésta se abra y me cuesta quedarme en mi sitio cuando lo hace. Lo único que quiero es agarrarla de la cintura, tirar de ella hacia mí y cerrarle la boca con la mía.

Está sonrojada, con la respiración un tanto entrecortada y vestida otra vez con un camisón de tela escasa. La expresión que le

nubla la cara delata lo que estaba haciendo hace unos segundos.

Conozco esa expresión.

La recuerdo.

El brillo en sus ojos vidriosos es inconfundible.

Me mira ceñuda, con las mejillas de un radiante tono rosa y las pupilas dilatadas.

—¿Qué haces tú aquí?

Los labios se le entreabren ligeramente con cada respiración superficial, los ojos le relucen de placer y tiene la cara iluminada, haciendo que su belleza se acentúe aún más.

Chica mala.

La he pillado con las manos en la masa.

Bueno, casi.

—¿Estabas pensando en mí? —Me acerco más, viéndome arrastrado por una cuerda invisible. Junta las cejas, haciéndose la tonta a pesar de que ambos sabemos que no me lo tragaré. Prácticamente puedo oler su excitación—. ¿Cuándo te llevaste al orgasmo ahora mismo… estabas pensando en *mí*, princesa?

Su ceño se acentúa, se rodea la cintura con ambas manos y los ojos se le oscurecen en un azul tormenta. El tono rosa de sus mejillas pasa a ser escarlata, expandiéndose por la columna de porcelana de su cuello hasta su escote.

«No tengas vergüenza, cariño. Hace calor».

—Tres palabras, un dedo —espeta, haciéndome una peineta y alzando la barbilla para dar la impresión de seguridad—. Que te follen.

—Preferiría follarte yo a ti. —Doy un paso al frente, dejando espacio suficiente para que pueda cerrarme la puerta en las narices si quiere, mientras le rezo a cualquiera que me vele desde arriba que no permita que eso pase—. No tienes novio.

—No, pero eso…

Atrapo su muñeca y tiro hasta que sus tetas se presionan contra mi pecho. Sus pezones duros como caramelos sobresalen, casi asomándose a través de la tela como una invitación implícita para que acoja uno en mi boca. Una corriente eléctrica azota mis terminaciones nerviosas al contacto con su cuerpo caliente y el

pecho se me comprime del mismo modo que hace tres años. Cassidy Annabelle Roberts tiene algo que me deja completamente perplejo.

Los ojos se le oscurecen, su excitación aflora a pesar del orgasmo reciente que se provocó a sí misma. Tomo su cara entre mis manos y mis labios descienden sobre los suyos en un beso profundo y apremiante.

Tres *años*, pero la reacción de su cuerpo a mi contacto sigue siendo la misma. Se entrega sin titubear, temblando entre mis brazos, y su enfado se disipa cuando nuestras lenguas se enredan, explorando, saboreando… Madre del amor hermoso. Sabe tan bien…

—Tu boca dice no, pero tu cuerpo dice sí —susurro, acariciando su pezón erecto con la yema del pulgar. Muevo el otro brazo por sus omóplatos, apretándola contra mi pecho. Sigue sin estar lo bastante cerca. La quiero más cerca—. Una noche, cariño. Solo sexo. Te haré sentir mejor que el juguetito que hayas usado ahora y me habré ido antes de que las piernas te dejen de temblar. —Le aprieto el culo, a la espera de un sí, pero, en su lugar, un jadeo agudo y dulce abandona sus labios. Esa es la luz verde que necesitaba.

La alzo en brazos, entrando en su estudio.

—Una noche —murmura contra la curva de mi oreja cuando la puerta se cierra. La humedad de su entrepierna se restriega contra mi camiseta, empanado la tela sobre mi abdomen—. Más vale que estés a la altura.

—La memoria te falla. —Cruzo por la conocida sala de estar con paso alegre mientras alcanzo su dormitorio en cinco zancadas largas—. La última vez me suplicaste que dejase de hacer que te corrieras. —La lanzo sobre la cama y me paso la camiseta por la cabeza—. Esta noche, eso no va a pasar.

—¿No vas a hacer que me corra?

Me arrodillo con la polla latiéndome y presionada contra la cremallera, pero hay algo que necesito más que mi propio clímax.

La agarro por los muslos y tiro de ella hasta el borde de la cama como un puto salvaje.

—No voy a parar. Ahora… Abre, cariño. Enséñame lo mojada que estás. —Una vez más, no duda. Deja que las piernas se le abran cuando subo con mis dedos por su muslo, atrapado en algún tipo de realidad alternativa mientras veo cómo se le pone la piel de gallina—. Dos dedos —susurro, introduciéndolos en la humedad caliente de su sexo perfecto—. Tres palabras… Córrete para mí.

La cabeza me da vueltas. No me queda autocontrol cuando bajo la cabeza, inhalo su aroma y me permito volverme loco.

Succiono y lamo su clítoris, sintiendo cómo sus paredes se aprietan alrededor de mis dedos en cuestión de segundos. Parece ser que es un talento, uno que pocos hombres poseen. La mayoría pueden hacer que una mujer se corra con sus labios o dedos, pero no muchos pueden conseguirlo así de rápido.

Si pongo mi empeño en ello, puedo hacer que Cassidy esté jadeando en menos de un minuto, y hoy estoy que lo peto. Centrado, resuelto y hambriento de cada sonido que emite cuando se corre.

Tres años no han borrado los recuerdos de la noche que pasamos juntos. Me llevó un tiempo aceptar que entre nosotros no habría lo que yo quería en aquel entonces.

Soy dolorosamente consciente de que no deberíamos estar haciendo nada ahora mismo. Ni siquiera algo de este calibre físico y animal, pero romper las reglas no escritas es combustible para mi apetito. Esos gemidos jadeantes y eróticos tienen un algo que me ponen eufórico.

La penetro más rápido, doblando los dedos para tocar su punto G cuando el cuerpo le vibra y su sexo apretado se contrae mientras se corre, estrujándome la cabeza con los muslos y jadeando mi nombre.

Su sabor me coloca.

Este momento me provoca un subidón y no estoy para nada cerca de haber terminado. Tenemos una noche y aprovecharé al máximo cada segundo. Cass sigue cabalgando la cresta de la ola cuando vuelvo a empezar, curvando los dedos para arrancarle otro orgasmo lo más rápido posible.

Cassidy se retuerce, levantando las caderas y apretándose contra mis labios mientras yo succiono y pellizco su botoncito de nervios hinchado e hipersensible en el vértice de su entrepierna.

—Otra vez, princesa —ordeno con voz ronca, aumentando el ritmo de mis dedos que entran y salen de ella—. Tienes que correrte otra vez.

Y otra vez y otra… porque si hay algo de lo que no tuve suficiente la última vez, fue de sentir cómo se corría. Bajo mi otra mano hasta su sexo, cubriendo mi pulgar con su humedad antes de bajar más y trazar unos círculos en su entrada trasera mientras aplico la presión suficiente para que me deje entrar.

Quiero todo lo que me pueda dar esta noche.

Cass se queda quieta y con la espalda rígida cuando yergue la mitad superior de su cuerpo apoyándose en los codos.

—Logan, yo…

—Tranquila —la interrumpo, cubriéndole el vientre desnudo de besos delicados—. Sé lo que hago. Te gustará muchísimo, cariño. —Me arrastro más arriba, capturando sus labios con los míos—. ¿Confías en mí?

Se muerde el labio e inhala una bocanada de aire abrupta; su cara un rictus de duda.

—Yo… —Se interrumpe, suelta todo el aire de sus pulmones y relaja los hombros—. Toma todo lo que quieras —susurra y vuelve a dejarse caer con esos ojos azul aciano cerrados con fuerza.

Eso haré. Le enseñaré unos puntos álgidos que no sabía ni que existían.

Hacen falta unos minutos para que vuelva a fundirse con el colchón, pero en cuanto la yema de mi pulgar desaparece, Cass se corre con fuerza, con mi nombre en sus labios en medio del despliegue de gemidos a resuello.

—Quiero hundirme en ti primero —digo, ladeando la cabeza para observar cómo se calma lentamente y sus labios hinchados se entreabren a medida que inhala unas bocanadas agudas y dulces —. Cuando estés a punto caramelo, satisfecha y cómoda, me adueñaré también de tu culo.

Abre los ojos de sopetón, esta vez no hay nada más que un brillo satisfecho en ellos. Hunde los dedos en mi pelo, alentándome a que suba más hasta que puede alcanzar mi boca y colar su lengua dentro. El beso es lento, pero lo bastante sensual como para prenderle fuego a mis pulmones.

—No me hagas daño —farfulla, pellizcándome el labio inferior con los dientes. Deja escapar un suspiro suave cuando se recuesta y deja caer las manos en la almohada como muestra de sumisión.

Sí, joder.

Me encantó cuando hizo esto mismo hace tres años, una muestra evidente de que estaba preparada para lo que quiera que le echase encima. Esta será la mejor noche de su vida, lo juro.

—No te haré daño. Dime que tomas anticonceptivas. —Me desvisto y le quito a ella su camisón.

—Sí, pero…

—Pero nada. —Vuelvo a subirme a la cama, el colchón se hunde bajo mi peso. Su cuerpo torneado irradia calor y siento lo caliente que está incluso antes de apoyarme sobre ella, pecho contra pecho —. ¿Crees que pondría en riesgo tu salud, Cass? Jamás. Estoy limpio, cariño. —No me arriesgaría a practicar sexo sin protección de no estar seguro de ello. De hecho, jamás lo he hecho sin protección, pero por los cojones voy a dejar que nada nos fastidie esta noche. Guio mi polla hasta su entrada, sujetándola por las muñecas con ambas manos—. No quiero que nada se interponga entre nosotros. Quiero sentirte, así que bésame o dime que me largue si no estás de acuerdo.

Se muerde el labio, escudriñándome la cara como si estuviese intentando decidir si puede confiar en mí.

—Me parece bien y no tienes que preocuparte por nada de mi parte tampoco —dice con voz queda y las mejillas sonrojándosele —. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve con…

De eso, nada.

Empujo las caderas hacia delante, enterrándome dentro de ella de un solo empellón apremiante para callarla.

No vamos a ponernos a hablar de su vida sexual ahora mismo.

Jamás vamos a hablar de los hombres que la tuvieron antes que yo. Si dice que está limpia, la creo. Cass es muchas cosas, pero mentirosa no es una de ellas. Un gemido de satisfacción resuena en la habitación diminuta cuando me tomo un segundo para saborear el momento.

—Joder —gruño. Entrelazo nuestro dedos y planto nuestras manos bien lejos de su cabeza—. Te he echado de menos.

No me muevo, enterrado hasta el fondo. El corazón me martillea en el pecho y el suyo iguala mi ritmo, retobando contra su caja torácica tan fuerte que lo siento en todas partes.

Una pequeña sonrisa le curva las comisuras de los labios unos segundos antes de que tire de mí hacia abajo para otro beso profundo; su lengua redescubre mi boca con tal insistencia que uno pensaría que está famélica.

—Yo también te he echado de menos. —Arquea la columna mientras yo me retiro y adoptamos un ritmo.

Dejo de pisar el freno, cada embestida es más profunda y fuerte. Estoy perdiendo la puta chaveta, concentrado únicamente en lo bien que se siente a mi alrededor, en lo cálida que es y en cómo su aroma calma mis sentidos.

Ella mueve las caderas, encontrándose con mis acometidas aceleradas y clava las uñas en mis manos, que siguen agarrando las suyas.

—Sí, justo así. Logan, no pares.

Le envuelvo la cintura, usando su cuerpo como palanca y ancla.

—¿Tengo pinta de… —me retiro y vuelvo a entrar, arrancándole un gimoteo de necesidad— necesitar indicaciones?

Desde luego que no las necesito.

Solo nos acostamos una vez antes, pero fue suficiente para aprenderme su cuerpo. Sé dónde ejercer presión y morder para arrancarle una reacción; para acercarla al borde y mantenerla ahí hasta que esté listo para catapultarla por el precipicio. Para hacerla gritar y contraerse.

Y, esta noche, vivo para esos momentos.

—No te reprimas —susurro, acelerando el tempo cuando siento temblar su cuerpo con la promesa de otro clímax. Me deshago en

atenciones con un pezón, masajeándole el otro pecho mientras ella enreda los dedos en mi pelo—. Uno más, uno más —canturreo, con la mirada fija en su cara—. Uno más, cariño.

—Logan —gimotea, obligando a mi frente a descansar sobre la suya cuando se aferra a mí, arañándome y trazando unas rayas furiosas a lo largo de mis omóplatos conforme el orgasmo se abate sobre ella con fuerza—. Ya basta. Por favor, n-n-no… puedo…

—Sí que puedes. —Le beso la frente y dejo ahí los labios durante un instante antes de apoyarme en mis pantorrillas—. Aún no he terminado contigo. —Le doy la vuelta para que quede de espaldas a mí cuando se calma—. Boca abajo y con el culo arriba.

Le enrollo el pelo en una coleta con los dedos, tirando hasta que la columna se le abolla, dejando ver una línea sexy. Satisfecho, deslizo el glande entre sus pliegues hinchados y empapados, acariciándola de arriba abajo unas cuantas veces antes de moverme más arriba y presionarme contra su entrada trasera. Se tensa, se queda quieta y deja de respirar a la vez.

—No pasa nada, princesa. Relájate. —Me cierno sobre su espalda, incrementando la presión en su agujero virgen—. Te gustará, te lo prometo. Te encantará sentirme aquí dentro.

Cuelo una mano bajando por su vientre hasta encontrar su clítoris con dos dedos. Trazo círculos pequeños mientras me hundo en su entrada trasera centímetro a centímetro con lentitud, con una lentitud de cojones, mientras dejo que se adapte.

Cass deja escapar un grito bajo y de satisfacción, aferrándose a las sábanas con ambas manos. Le beso la espalda, los hombros y el cuello, retirándome y volviendo a entrar a un ritmo estable y sin prisas, colándome más y más hondo cada vez. Mis penetraciones cuidadosas y lentas del principio van cogiendo ritmo con cada ruidito de satisfacción que hace.

—Oh, *oh* —chilla. Los muslos le tiembla—. Justo así.

Vaya con esta chica.

—Si no paras de decirme lo que tengo que hacer, no te dejaré correrte otra vez. —Le suelto el pelo y presiono la palma contra un lado de su cara para obligarla a apoyar una mejilla en la almohada.

Está tan preciosa cuando se le entreabren los labios y le salen unos gemidos inconexos cada vez que la penetro, enfocado en cómo tiembla cuando toco un punto sensible. Eleva más alto su culo tonificado, pidiéndome más en silencio.

Perfecta. Es tan puto perfecta…

Vuelvo a entrelazar nuestros dedos, atrapándola en la jaula que he construido a propósito con mis brazos, el pecho contra su espalda y una bruma de sudor cubriendo nuestros cuerpos mientras muevo las caderas de delante hacia atrás. Este ángulo me permite llegar tan hasta el fondo que me cuesta mantener mi orgasmo a raya.

Esto no pasa jamás. Podría aguantar durante horas, pero ya estoy al límite con Cass, conteniéndome a duras penas.

Aprieta ambos muslos, haciendo que el espacio estrecho entre ellos sea aún más estrecho.

—¡Ay, Dios!

—Te dije que te encantaría —le digo al oído. Siento los músculos en carne viva y el pecho me sube y baja rápido. Golpeo el mismo punto una y otra vez, perdiendo mi conexión con la realidad—. Uno más, cariño. Solo uno más, ¿vale? —Necesito sentir cómo ahoga mi polla con su culo.

Empieza a contraerse a mi alrededor, el placer intenso que le recorre el cuerpo es diferente a lo que está acostumbrada, estoy seguro. Unos cuantos empellones más y todo el aire abandona mis pulmones en una explosión abrupta cuando yo también me corro, sintiéndome como si fuese ingrávido.

DIEZ

Cassidy

El aire de la habitación huele a lujuria, la colonia potente de Logan y mi perfume, dando una pista de lo que fueron testigos las cuatro paredes que nos rodean hace unos segundos.

Siento las rodillas débiles e incapaces de sostener mi peso durante mucho rato, pero mi respiración se estabiliza junto con los latidos de mi corazón. Que eran erráticos mientras Logan me arrancaba… no sé ni cuantos orgasmos, y son más lentos ahora que estoy tendida en cama y con los ojos cerrados. Las sábanas verdes de satén solo cubren el lado izquierdo de mi cuerpo exhausto y pegajoso. Tengo el pelo extendido en abanico a mi alrededor, con unos mechones húmedos pegados a mi cuello y frente. Está hecho un desastre, igual que me imagino que debe de estar mi maquillaje, pero me da igual.

No importa.

Logan es lo que importa.

Cómo me hace perder todas mis inhibiciones, cómo me hace sentir importante y apreciada por primera vez en mi vida… Cómo me hace creer que nada malo puede ocurrir si él está cerca, eso es lo que importa.

Han pasado años desde que estuvimos así de cerca. Años que me pasé recordando cada caricia tierna de sus manos deslizándose por mi cuerpo. Años que pasé implorando por sus labios y sus atenciones, anhelando que sus ojos marrón oscuro se clavasen en mí y me *viesen*.

Y esta noche, me ha visto. Ha visto a través de mí.

Durante un breve rato, mientras se esforzaba en complacerme de diez formas diferentes, me vio, pero ahora ni siquiera me mira mientras vuelve a ponerse la camiseta y tira de ella hasta que le cubre el abdomen. Este hombre es pecado puro. Estoy convencida de que Dios lo puso en este planeta para que las mujeres babeen por él. Se sube un par de vaqueros negros por sus piernas largas antes de ponerse el cinturón.

Ninguno de los dos habla. El aturdimiento lujurioso da paso a una tensión incómoda, que pende densa en el aire. Se me asemeja a una mano que me agarra de la nuca y tira de mí hacia abajo.

Vivía en una fantasía que me atormentaba desde nuestra primera noche. Una fantasía que no se compara con la realidad. Logan sabe dónde tocar, besar y acariciarme para provocarme un orgasmo explosivo. Estoy segura de que los sentimientos que tienden sus redes en mi cerebro tienen la culpa, pero los orgasmos con Logan son de otro mundo. Ni uno solo de los hombres que he dejado entrar en mi cama a lo largo de los años podía compararse.

Es el hombre más extraordinario que he conocido nunca. Tierno, exigente y cariñoso en la cama; frío, arrogante y distante en cuanto se cierra el telón. La decepción no debería plagarme la mente mientras él se viste. Sabía cómo iría el asunto antes de que pasase nada.

Tres palabras.

Dos dedos.

Una noche.

Accedí porque soy físicamente incapaz de decirle que no a Logan mientras sus manos y dedos veneran mi cuerpo. No estoy segura de si le diría que no aun si no me estuviese tocando. Sus ojos fascinados, casi posesivos, deslizándose por mi cuerpo habrían sido suficientes para decir que sí.

Logan se pone la gorra para atrás, como siempre, y se gira hacia mí, apoyando los puños en la cama.

—Esto queda entre tú y yo —dice con un hilo de voz apenas más alto que un susurro. Baja la cabeza y su cara se cierne sobre la mía—. Nadie puede saberlo.

Asintiendo, tiro más de las sábanas para cubrir más de mi piel. Sabía cómo terminaría esto, pero las lágrimas me escuecen los ojos y se me cae el alma a los pies. Es una suerte que la habitación esté bañada en penumbras y la única luz sea la de las farolas de la calle, que se cuela por el hueco entre las cortinas.

—Lo sé —susurro, sintiendo miedo de alzar demasiado el volumen por si acaso se me quiebra la voz—. Soy un sucio secretito.

Baja aún más la cabeza y me deja un beso suave y delicado en los labios.

—Nos vemos por ahí. Duerme, princesa.

La puerta del piso se cierra tras él unos segundos más tarde.

Inhalo profundamente, abanicándome la cara con las dos manos para frenar las lágrimas. Con una bocanada profunda y tranquilizadora, me pongo de lado y le rezo a Dios por que, para cuando llegue la mañana, pueda enterrar los sentimientos que él me provoca una vez más.

***

Cuando dan las doce del martes, dejo todo lo que estoy haciendo y cojo mi bolso, lista para salir del estudio e ir a la cafetería de aquí al lado para encontrarme con Aisha. Luke me ha estado dando la brasa toda la mañana, rogándome prácticamente de rodillas, acerca de acompañarnos a tomar un café.

—La conocerás cuando venga por aquí para la primera sesión de fotos. No puedo llevarte conmigo hoy. Tú no fotografías a personas, por lo que no hay razón para que estés presente más allá de tu fascinación perturbadora con los hombres de sus libros.

Luke se especializa en fotografía comercial, pero le encanta sacar la cámara a paseo por la naturaleza para tomarle fotos a animales salvajes. Aunque eso es más un hobby que una fuente de ingresos.

—¿Perturbadora? Tía, si esos hombres fueran reales, no volvería a sacarle una foto a joyas nunca más. Me dedicaría a fotografiarles las pollas hasta el fin de los tiempos. —Me entrega mi porfolio y se

sopla unos cuantos mechones rubios y sueltos lejos de la cara—. Está bien. Pero no tardes mucho o me moriré de curiosidad. —Me sopla un beso en el aire cuando salgo antes de cerrar la puerta detrás de mí.

Aisha ya está en la cafetería, sentada en una de las mesas y charlando mientras se toma un café con una jovencita guapísima que parece que se haya teletransportado directamente de los años cincuenta. Lleva un vestido blanco con falda de vuelo y estampado de flores azules y rojas. Una diadema a juego le aparta el cabello largo y rubio oscuro de su carita de muñeca. Me imagino las cientos de fotos diferentes que podría sacarle a esta chica. La cámara adoraría su piel perfecta, su ojos grandes y sus labios escandalosamente carnosos y rosas.

Yo voy vestida sin ninguna elegancia con unos vaqueros *boyfriend* y una camiseta blanca. Aisha lleva un vestidito de asas diminutas y escote bajo junto con joyas suficientes para dejar a la altura del betún a los clientes de Luke.

—Hola, lo siento si llego tarde.

—No, no, no. No llegas tarde. Siéntate. —Aparta su bolso de la silla y llama al camarero—. Nos hemos tropezado fuera. —Señala a su amiga—. Pero ella ya se iba, ¿verdad?

La rubia le lanza una mirada de ojos inocentes. Aunque tiene unos ojos tan grandes y redondos que puede que ofrezcan esa impresión siempre.

—Sí, os dejo a lo vuestro —dice, poniéndose en pie. Unos pies que van calzados en unos tacones monísimos. Coge su café para llevar y se echa el bolso al hombro.

—Ha sido un placer conocerte —digo en automático y ya es muy tarde para morderme la lengua. Técnicamente no nos hemos conocido. Ni siquiera sé su nombre, pero el ambiente entre ella y Aisha se ha enrarecido de repente y tenía que aliviar la tensión de algún modo.

La chica se pone roja como un tomate antes de que pueda pestañear, ya sea de vergüenza o de incomodidad. Me ofrece una sonrisa torpe y se marcha taconeando con garra cuando abandona el café en un torbellino de pelo ondulado y vestido de flores.

—Mierda, lo siento. —Miro a Aisha—. ¿He hecho algo para disgustarla?

Descarta mis preocupaciones con un gesto de la mano y poniendo los ojos en blanco.

—No te preocupes. No está disgustada, solo es algo torpe con la gente.

El camarero se acerca para tomarnos la comanda mientras le enseño a Aisha mi porfolio y los retratos y fotos de cuerpo entero que he sacado a lo largo de los años que puedan pegar con la estética de las portadas de sus libros.

—Este es el chico que quiero para la próxima portada. —Saca su teléfono y me ensaña fotos de un modelo tonificado, tatuado y taciturno con ojos de una marrón intenso y pelo oscuro—. En el libro, es un expresidiario recién salido de la cárcel donde ha pasado tres años por ser cómplice de un homicidio involuntario.

Me explica su visión para la sesión de fotos y agendamos una fecha en la que el modelo está disponible unas horas por la mañana. Me sorprendo pensando en que Aisha me recuerda un poco a Thalia. Ambas hablan por los codos, están llenas de vida y son preciosas.

—Deberíamos celebrarlo —declara una hora más tarde. Mi *latte* está frío y mi cuaderno a rebosar de notas, instrucciones e ideas basadas en su monólogo—. ¿Qué te parece una noche de chicas? ¿Estás libre el viernes? Podrías traerte a tus amigas, yo a las mías y encontrarnos en Q.

Me sorprende la oferta, pero solo un poco. Aisha es extrovertida, abierta, segura y un pelín intimidante con esa actitud suya de no aguantar tonterías.

—Suena bien. Hace siglos que no salgo y una amiga mencionó lo de tener una noche de chicas no hace mucho, así que coincide perfecto.

Nos marchamos cada una por su lado y yo me paso el resto de la tarde respondiendo a demasiadas preguntas por parte de Luke. La parte positiva de que sea tan cotilla es que consigue que me olvide de Logan. Por desagracia, no por mucho tiempo. En cuanto pongo un pie en mi piso vacío, mi mente toma sus propios

derroteros, reproduciendo las imágenes de la noche del sábado que están grabadas a fuego en mi cerebro.

Cada caricia de sus dedos, cada beso y cada embestida regresa para torturarme e intensificar estos sentimientos no deseados.

***

Día y noche.

Noche y día.

Mi mente es rehén de los pensamientos sobre Logan. Sin importar las veces que me intente autoconvencer de que no siento nada por él, en el fondo sé que es mentira. Lleva siéndolo tres años. ¿Cuántas veces tendré que arrastrarme fuera de este pozo? ¿Cuántas veces tendré que intentar dejar de quererlo antes de que surta efecto al fin?

Es una enfermedad que consume mi mente. Esquizofrenia o parafrenia, una de dos o ambas. Sea como sea, estoy delirante teniendo en cuenta que una parte diminuta y débil de mí sueña con tener a Logan para mí solita. Me imagino dándonos la mano; sintiendo sus besos en la punta de mi nariz; escuchando su risa mientras vemos una peli.

No cabe duda de que estoy loca. Solo me faltan los papeles.

Logan es un picor que no puedes rascarte. Un parásito alimentándose de mi cerebro y corazón.

Me río para mis adentros… Es un parásito del corazón.

—No me estás escuchando —espeta Thalia, tocándome la mano para arrancarme de mis ensueños mientras estamos sentadas en la terraza de una pequeña cafetería junto al muelle y disfrutando de unos cafés con hielo—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Sacudo la cabeza, apartando del primer plano de mi imaginación las imágenes en HD de la cara de Logan—. Perdona, tengo muchas cosas en la cabeza.

Entrecierra los ojos y frunce los labios, evidentemente descontenta con mi respuesta. Pues claro que no se traga mi excusa. Nos hemos hecho íntimas estos dos últimos años y mentirle a la cara ya no funciona con ella. Me conoce demasiado

bien como para dejarlo correr así de fácil. Y yo le importo lo suficiente como para indagar más hondo.

Ya no es a Kaya a quien llamo para charlar o pedir consejo, sino a Thalia. Quedamos para comer al menos una vez a la semana, nos telefoneamos constantemente para ver cómo nos va y salimos a tomar unas copas cada vez que podemos cuadrar agendas.

Kaya acostumbraba a estar ahí cuando la necesitaba, pero desde que Nico la pilló poniéndole los cuernos, se lanzó de cabeza a su adicción como si beber entumeciese su dolor de algún modo. Está demasiado ocupada persiguiendo a hombres y viviendo la vida a tope como para recordar que existo la mayor parte del tiempo.

Resoplo, sobándome la cara para alejar la frustración.

—Vale, te lo diré… —Vuelvo a dejar caer las manos en la mesa mientras Thalia se echa más hacia delante, poniendo la oreja—. He conocido a un chico.

«A tu cuñado».

No puedo añadir eso. Por mucho que la quiera y confíe en ella, nunca pondría a Logan en peligro.

La emoción florece en el rostro de Thalia, las mejillas se le sonrojan y me agarra de la mano, dándome un ligero apretón.

—¡Ya era hora! ¡Me alegro un montón por ti! ¿Quién es? ¿Dónde le conociste?

—No te emociones tan rápido. —Me recojo el pelo tras la oreja, esforzándome por mirarla a los ojos—. Fue solo un rollo de una noche. Supe antes de que ocurriese que sería cosa de una sola vez, pero no puedo dejar de pensar en él.

La sonrisa de oreja a oreja abandona su cara, pero los ojos todavía le chisporrotean.

—Vale, has pasado totalmente de mi pregunta. ¿Quién es este chico? ¿¡Dónde os conocisteis?!

Las palabras de Logan repiquetean en mi cabeza como la campana de una iglesia. «Esto queda entre tú y yo. Nadie puede saberlo».

Odio mentirle a Thalia, pero ¿qué otra opción me queda?

—Es solo un tío que conocí en las citas exprés la semana pasada.

—¡Ahh, es verdad! MJ dijo que le diste tu número a dos tíos. ¿Por qué no le dices que estás disponible para otra noche? A lo mejor si os volvéis a enrollar, se da cuenta de que quiere más que sexo.

—No, eso no va a pasar. Me lo dejó muy claro. Además, no quiero una relación, si no sexo… —Y una mierda. Quiero a Logan. Lo quiero todo de él, pero sé que la cosa nunca funcionará por culpa de mi pasado con Theo y que todos los Hayes piensen en mí como el enemigo—. Dios, es buenísimo en la cama —prosigo, dando golpecitos en la mesa con las uñas con aire distraído—. Me quedaría con él una temporadita, para divertirme, ¿sabes? Pero él solo quería una noche, así que así estamos.

Ella resopla y alza una ceja como si no pudiera creerse que sea tan inocente.

—Venga ya, ¿de verdad crees que rechazaría la oportunidad de tener sexo sin compromiso si se lo ofreces? Es un hombre, Cass. Dile que puede hacer contigo lo que quiera y no volver a llamarte y no se lo pensará dos veces.

Eso es cierto con la mayoría de los hombres, pero no con Logan. Al menos no en este escenario en el que yo soy el secreto del que nadie puede enterarse. Volver a enrollarnos es arriesgado. Alguien podría verlo entrando en mi edificio o notar su coche aparcado fuera.

A ver, es poco probable. Los Hayes no tienen motivos para moverse por la zona del pueblo en la que yo vivo, pero no importa lo poco probable que sea, sigue siendo un riesgo y Logan es demasiado leal a sus hermanos como para dejar la prudencia de lado.

—¿Sabes dónde vive? —me pregunta, cubriendo la espuma de su taza con dos cucharadas de azúcar.

—No, ¿por qué?

Se encoge de hombros, pero me guiña un ojo y los labios vuelven a curvársele.

—Qué pena. Podías presentarte en su casa vestida con algo sexy. Ni de coña te rechazaría.

No, eso… Mierda, en realidad no es mala idea. Logan disfruta del sexo y disfruta de mi cuerpo. Si lo pillase por sorpresa, igual no me diría que no. Al fin y al cabo, vi el deseo que ardía en sus ojos cuando me miraba la semana pasada.

—¿Y si me cierra la puerta en las narices?

—¿Y si no?

Si… ¿Y si no me la cierra?

ONCE

Cassidy

Estúpida, tonta, imprudente.

Esa soy yo. Dios, ¿en qué estaba pensado al venir aquí?

Jamás he estado en esta parte de Newport. La urbanización lleva dos años bajo construcción, pero a juzgar por los coches aparcados en las entradas, todas las casas están ahora ocupadas.

Logan ha estado supervisando este proyecto desde el principio. Es el arquitecto jefe en la empresa de construcción residencial de su abuelo, Stone & Oak. Si los rumores son ciertos, es uno de los arquitectos más visionarios que ha visto la empresa en cincuenta años. Sabía que estaba trabajando en esto, pero ignoraba que una de las preciosas casas de dos plantas con un jardín delantero impecable y revestimiento blanco y gris fuese suya.

Conseguir su dirección no fue fácil. No podía pedírsela a Thalia sin arriesgarme a levantar sospechas y que me hiciese unas preguntas a las que no sabría cómo responder, por lo que, en vez de correr riesgos, me decidí por una opción mucho más siniestra y perturbadora.

Lo seguí a casa ayer… en un Uber. Mi coche es demasiado reconocible. Me vería venir desde kilómetros de distancia, así que llamé al chófer al que acudo cada vez que salgo de marcha con Thalia o Kaya. Es un chico enrollado, que trabaja para pagarse la matrícula de la universidad. No le importó jugar a los detectives, pero la expresión en su cara cuando le pedí que siguiese el coche de Logan no tuvo precio.

No me enorgullezco de ello, pero ahora que estoy delante de su puerta, vestida como una prostituta, no consigo arrepentirme de acecharlo. Si hay algo que tengo claro de Logan es que disfruta demasiado de practicar sexo como para mandarme a casa cuando vea lo que se oculta debajo de este cárdigan largo y gris que llevo puesto.

Su coche está en la entrada y se ven luces dentro, por lo que debe de estar en casa. Solo que no sé si está solo. Sería complicado explicar mi visita si está uno de sus hermanos con él y éste decide abrir la puerta en vez de Logan. No es que tenga una mentira creíble preparada. Ni ningún tipo de mentira, la verdad.

Me rompería el corazón si estuviese con una mujer, lista para desnudarse y saltar a su cama. O peor, lista para acurrucarse contra su pecho musculoso en el sofá y ver una serie malísima.

Con suerte, decidir visitarlo un miércoles me resguardará de que me rompa el corazón y salga humillada. Es poco probable que tenga compañía a las ocho de la noche de un día de semana, ¿verdad?

Una bocanada de aire profunda se cuela en mis pulmones, calmando mi mente y manteniendo mi coraje intacto. Esto es lo que quiero, necesito y en lo que no puedo dejar de pensar.

De reproducir.

Pasión, lujuria, deseo.

Quiero volver a sentirlo. Sus manos grandes y fuertes sobre mi cuerpo, sus labios suaves sobre mi piel, sus susurros jadeantes contra mi oreja mientras se esfuerza por hacer que me corra de todas las maneras que puede. Una corriente de calor me sobrecoge al pensarlo, con mis expectativas ya por las nubes.

Los sentimientos están ausentes, encerrados en un recipiente a prueba de balas y enterrados en las profundidades del océano donde nadie (excepto yo mañana) pueda encontrarlos.

Lo de esta noche es físico.

Solo sexo.

Nada más.

Eso es todo lo que he venido buscando aquí: sentir cómo mi cuerpo se relaja en sus brazos antes de tensarse cuando una ola

repentina de placer me golpee como un tren de carga, desarme el cortafuegos de mi mente y me catapulte a un estado donde nada malo puede ocurrirme.

La segunda bocanada profunda es para aclararme la cabeza y centrarme en lo que me espera: el hombre al que anhelo con todo mi ser; el hombre con el que llevo fantaseando sin parar desde hace casi dos semanas; el hombre que hace que mi corazón se salte latidos.

Con una mano temblorosa, llamo tres veces, moviendo la cabeza ligeramente para sacudirme el pelo y que me acaricie los hombros. Desabrocho el cinturón de mi cárdigan, dejando a la vista un conjunto de lencería rojo y de encaje que me compré en exclusiva para Logan. Me pasé la tarde en Victoria's Secret, buscando algo que realce visualmente mis tetas pequeñas y acentúe mi culo tonificado.

Me mato en el gimnasio cinco veces a las semana para mantener este culo. Me parece justo echar mano de mi mejor atributo para convencer a Logan de que vuelva a acostarse conmigo.

Dios, creo que estoy haciendo las cosas al revés. ¿No suelen ser los hombres los que planean artimañas para que las mujeres se acuesten con ellos?

Mi corazón se salta un latido cuando el pomo se mueve, la cerradura hace clic y la puerta se abre hacia dentro. El suave brillo de las luces LED fijadas a la pared unos centímetros por encima del suelo iluminan a Logan, proyectando sombras en su pecho desnudo y su cara guapa.

Esta noche no lleva su típica gorra de béisbol. Su cabello oscuro y peinado de cualquier manera está corto por los lados y más largo en la cima, con unos mechones despistados besándole la frente. Le cuelga una toalla de los hombros como si estuviese preparado para hacer ejercicio.

No dice una sola palabra, sino que me mira, comiéndose con los ojos la lencería cara y lujosa. Un músculo se contrae en su mandíbula y los ojos se le oscurecen con cada centímetro de mi cuerpo que descubre.

Sucede un cambio sutil antes mis ojos cuando el deseo toma las riendas de su cerebro. Agarra el pomo de la puerta con más fuerza y aprieta los dientes. Me observa de arriba abajo con una mirada penetrante y una ola de calor pasa entre nosotros.

El olor de su colonia me hace sentir en casa: segura y calmada. Pero hago esos pensamientos a un lado. «Físico». Se supone que esto es algo físico.

Nada de emociones, sentimientos ni anhelos.

Solo sexo salvaje y loco.

Doy un paso al frente antes de cambiar de opinión y salir corriendo con el rabo entre las piernas. Me pongo de puntillas y aprieto mis labios contra los suyos, apoyándome en su pecho para mantener el equilibrio.

No reacciona.

No se mueve ni me devuelve el beso, tieso como una tabla.

Una vergüenza decepcionante me quema las mejillas, impulsando mi corazón a un ritmo desordenado. Rompo el beso, vuelvo a apoyarme en mis talones y me aparto, pero Logan no me deja dar un paso atrás. Me coge de la mandíbula con una mano, envuelve la otra a mi alrededor y atrapa mis labios con los suyos, arrastrándonos al interior de su casa.

Es una tortura de lo más dulce cuando su lengua provoca a mi labio, rogando por más. Abro la boca, permitiéndole profundizar el beso, echándole gasolina al fuego que crepita en cada célula de mi cuerpo. Soy la entrada de un volcán, lista para entrar en erupción cuando la puerta se cierra de golpe.

Logan me empuja contra ella, devorando mis labios como si esta fuese la primera vez que me besa, como si llevase años esperando a saborearme. Su cuerpo grande se presiona contra mí y siento su erección contra mi vientre.

Baja la mano de mi barbulla, la pasa por el lateral de mi cuerpo y me agarra el muslo, levantando mi rodilla derecha para que descanse contra su hueso de la cadera. La dejo ahí mientras él acaricia el interior de mi pierna, acercándose a mi punto más sensible.

—Sabía que vendrías a por más —dice con tono intenso mientras apoya la frente contra la mía y toca la tela húmeda entre mis piernas—. Qué lista estás para mí…

—Siempre —consigo decir, sin aliento y vergonzosamente excitada.

Un torrente de estremecimientos de placer me recorren la columna cuando hace mis bragas a un lado y me penetra lentamente con dos dedos, como saboreando el momento.

—Ah… Joder, yo… —Las palabras mueren en mi lengua. Solo hace diez segundos que sus dedos están dentro de mí, pero el orgasmo ya está ahí mismo. Y justo cuando está a punto de devorarme, retira los dedos—. Logan, *por favor*…

—Shh, princesa, no pasa nada. Va a llegar, te lo prometo.

Me envuelve la cintura, me alza en brazos y cruza el vestíbulo en dirección a las escaleras. Beso y mordisqueo la piel de su cuello que huele a gloria, embriagada por la endorfinas. Es un pensamiento estúpido e inmaduro, pero quiero hacerle un chupetón. Marcarlo para que ninguna otra mujer se acueste con él en una buena temporada. No sigo adelante con la idea, demasiado temerosa de que me ponga de patitas en la calle antes de que me haga correrme.

Y *necesito* correrme.

Llevo ansiando sus caricias dos semanas, lo cual seguramente sea la razón por la que me tuvo a punto a la velocidad de la luz. La polla larga y de silicona de mi mesilla de noche no hace su trabajo ni la mitad de bien que Logan.

El mundo no existe mientras me lleva por las escaleras. Enredo los dedos en su pelo, tirando con suavidad cuando estamos a mitad del rellano y él se detiene y me empuja contra la pared para besarme otra vez. Ya no queda sangre en mis venas, ha sido sustituida por una mezcla de lujuria y adrenalina.

Los cuadros se caen de sus ganchos cuando retoma la marcha sin que sus labios abandonen los míos. Dudo que vea por donde va, pero me da igual. Mientras sus brazos sigan rodeándome, no me importa nada. El satén frío me provoca escalofríos cuando me lanza a la cama.

—¿Dedos, labios o polla? —me pregunta, bajándome las tiras del sujetador por los brazos. Desabrocha el cierre y tira el retal de tela al suelo. Mis bragas son las siguientes en volar por la habitación un segundo antes de que Logan baje la cabeza para chuparme un pezón.

—Los tres, por favor —susurro, sumergiéndome en el momento.

Vuelve a penetrarme con dos dedos, su contacto es como una descarga eléctrica directa a mi sistema nervioso. Estoy tan cachonda por las dos semanas de imaginarme este momento que Logan vuelve a tenerme al límite en medio minuto. Cierro los ojos y los espasmos me recorren, a la espera del orgasmo inminente.

—De eso, nada —susurra él—. Mírame, cariño. No te encierres en tu cabeza. Tienes que ver cómo te follo. Tienes que ver lo perfecta que estás cuando me acoges. Tienes que memorizar cada segundo para poder masturbarte mientras piensas en mí a partir de ahora, porque esta es la última vez que hacemos esto.

En cualquier otro momento, eso habría dolido, pero me niego a dejar que sus palabras me afecten. De acuerdo a nuestro trato anterior, lo de esta noche no debería estar pasando. Agradezco que hiciese una excepción y no me echase a patadas de su casa.

Mantenerle la mirada no es tarea fácil con las oleadas de placer que me recorren. Quiero cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y rendirme a la emoción, pero no. Sus ojos entornados están pegados a mi cara y sus pupilas dilatadas mientras me lleva más alto.

—Ahora —dice, doblando los dedos para rozarme el punto más sensible—. Córrete para mí, princesa.

Y, como si fuese una orden, mi cuerpo vibra y el orgasmo me golpea. La sangre se me agolpa en los oídos y unos puntitos negros me nublan la vista, pero no aparto la mirada. Retengo sus ojos como rehén, deshaciéndome en pedazos. Una ola de fuego me inunda el cuerpo, intenso y arrollador hasta el punto de que los ojos me lloran.

—Joder, estás tan sexy cuando te corres —dice, sacando los dedos para acariciarme el sexo—. Quiero uno más.

Se sumerge entre mis muslos, lamiendo, succionando y consiguiendo lo que quiere en dos minutos de reloj. Aún no he dejado de temblar cuando se quita los pantalones de chándal y observa cómo yo admiro su pene. No me entra en la cabeza cómo eso cabe dentro de mí.

Vuelve a subirse a la cama, apoya la espalda contra la cabecera y me envuelve las muñecas para ayudarme a levantarme.

—Cabálgame. Enséñame de qué eres capaz.

—Eso deberías habérmelo pedido antes de que mis piernas se transformasen en gelatina. —Le beso los labios y tiro de su brazo para obligarlo a bajarse hasta que ya no está sentado, sino acostado sobre su espalda y con la cabeza apoyada en las almohadas.

Me bajo sobre él, encantada con el control y dominación de tener a Logan a mi merced, de que dependa de mi contacto y ritmo. Me agarra de la cintura cuando apoyo las manos en su pecho y le beso los labios, dejando que mis caderas hagan el trabajo duro.

Es como perrear solo que más rápido, desnuda, de rodillas y con una polla entrando y saliendo de mi interior.

—La hostia. —Hunde los dedos en mi carne con la bastante fuerza como para dejarme moratón. Creo que se da cuenta de ello un segundo después porque afloja un poco—. Cariño, tienes que ir más lento o esto se terminará mucho antes de lo que me gustaría.

Le muerdo el labio, manteniendo este ritmo atroz intacto a pesar de lo débiles que siento las piernas.

—Has dicho que te enseñase de lo que soy capaz, ahora cierra el pico y apechuga.

Debería haberle escuchado…

De hacerlo, habríamos estado en cama mucho más rato que esos pocos minutos intensos, pero no consigo arrepentirme cuando hunde los dientes en su labio inferior en una muestra de placer puro y sin restricciones. Me agarra de las caderas, clavándome en el sitio y con los ojos fijos en los míos cuando se derrama en mi interior con un gruñido bajo y duro.

Un minuto. Ese es todo el tiempo que nos concede para recuperar el aliento antes de darme unos golpecitos en la cadera, instándome a que me quite de encima.

—Es la última vez, Cass —dice, moviéndose para sentarse en el borde de la cama—. No vuelvas a presentarte aquí.

Asiento con la cabeza, volviendo a acostarme sobre la almohada con los ojos cerrados y el cuerpo débil y caliente. Siento cómo se levanta y escucho cómo se cierra la puerta del baño. La ducha se enciende mientras yo me quedo ahí tumbada, acariciándome los labios hinchados con los dedos. Pensar en Logan desnudo bajo el chorro de agua caliente vuelve a ponerme cachonda.

«Es la última vez» se repite en mi cabeza y una punzada de decepción me recorre las venas. Una parte de mí entiende por qué no quiere seguir follando sin compromiso a pesar de lo compatibles que somos. Sus hermanos le importan. Jamás pondría en peligro su relación por echarme un polvo de vez en cuando. Hay cientos de mujeres en Newport que puede tirarse sin consecuencias.

No tiene razones para seguir con esto.

Al contrario que yo.

Yo he estado reprimiendo mis sentimientos, pero es como luchar contra el viento.

«No vuelvas a presentarte aquí».

Lo más sano para mi salud mental sería hacerle caso. Sería más seguro para mi corazón porque el fuego se reaviva cada vez que sus manos tocan mi piel. Quiero quedarme aquí un rato más, admirar a Logan cuando salga del baño; estudiar y memorizar el contorno de su cara, sus pómulos altos y sus labios carnosos que estimularon mi cuerpo con maestría.

Mi corazón se salta un latido cuando apaga el agua y se escucha el sonido característico de la mampara de la ducha al abrirse. Me yergo, acercándome las sábanas al pecho. ¿A lo mejor tiene ganas de otro asalto si esta es la última vez? Estoy débil y agotada, pero conseguiré reunir algo de fuerzas si eso implica aferrarme a él un rato más, pero, primero, tengo que limpiarme.

Se abre la puerta del baño y Logan mira de reojo la cama. Se detiene en seco con el semblante contraído.

—¿Qué haces aún aquí? —me espeta—. Ya sabes dónde está la puerta, Cass. Hemos terminado por aquí. Vete.

La sangre abandona mi cara. Mi sonrisa de satisfacción desaparece sin dejar rastro. No esperaba que hiciésemos la cucharita, pero que me eche como a una puta barata diez minutos después de follarme y antes de que pueda limpiarme su semen que me baja por los muslos me parte en dos.

—Mueve el culo —me suelta otra vez, lanzando mi cárdigan a la cama sin dirigirme otra mirada.

No aparta la vista de su móvil mientras yo me visto con rapidez; siento el interior de los muslos húmedo y pegajoso y me deja perdidas las bragas caras y rojas. Creí haber llegado al límite de la humillación hace tres años.

Me equivocaba. Esto es peor.

Las lágrimas me escuecen los ojos cuando meto las manos por las mangas del cárdigan y me ato el cinturón a la cintura, con cuidado de no mirar directamente a Logan. Hace dos semanas, me besó antes de marcharse de mi piso. Me esperaba que hoy pasase lo mismo. Un beso y un «nos vemos por ahí», pero he debido de sobrepasar una línea invisible cuando me presenté en su casa.

Como es típico de Logan, cogió lo que yo le ofrecía y, en cuanto estuvo satisfecho, me mostró su verdadera cara.

Abandono la habitación como si una jauría de perros rabiosos viniesen a por mí. Casi me tropiezo con mis propios pies enfundados en tacones cuando bajo volando las escaleras, saltando de dos en dos los escalones.

¿Cómo puede una persona sentirse tan sumamente satisfecha y plena un minuto y al siguiente estar a las puertas de estallar en lágrimas?

Ni siquiera sé por qué estoy tan sensible. Estamos hablando de Logan, por el amor de Dios. ¿Qué demonios me esperaba? ¿Qué me trajese una toalla húmeda y templada para limpiarme? Las lágrimas me pican en los ojos y tengo la vista borrosa cuando agarro el pomo de la puerta.

Se escuchan unos pasos pesados a mis espaldas. Logan no se está dando prisa, sino que baja las escaleras con despreocupación.

Siento su mirada abrasadora en la espalda como si me tuviera a punta de pistola.

—¿Has venido en coche? —pregunta, sin rastro de la irritación de hace dos minutos.

No le contesto. Mi voz delataría las lágrimas inminentes y ni de coña voy a darle tal satisfacción.

Abro la puerta, la barbilla me tiembla más con cada paso que doy. Las gotas calientes y saldas se derraman con libertad, bajando por mis mejillas antes de que la puerta se termine de cerrar del todo detrás de mí. Me siento tan… *usada*.

Sin valor, sucia y estúpida por haber venido aquí, para empezar.

Mi coche está aparcado a dos calles de distancia porque yo sí soy considerada y no quería dejar mi Fiat amarillo delante de la casa de Logan por si acaso alguien decidía hacerle una visita.

Bajo y abro el espejo del parasol, compruebo mi estado y me borro el rastro húmedo que la máscara de pestañas me ha dejado en las mejillas. Inhalo tres bocanadas profundas de aire para calmarme.

Esto no es nada.

Estoy acostumbrada a que me traten como a la basura. He sobrevivido a cosas peores que Logan Hayes. Mi vida ha estado repleta de gente a la que yo no le importaba una mierda y para quienes he sido una carga desde el día en que nací. A mis padres alcohólicos solo les importaba los pocos cientos de dólares de la paga del estado. Y a las familias que me acogieron tampoco les importaba nada más que el dinero.

He sobrevivido a estar desatendida, al hambre y a la soledad.

Al dolor y al miedo.

A la humillación.

Al pesar.

Logan no será quien acabe conmigo.

Giro la llave en el contacto y cambio de marcha, pero me interrumpo antes de arrancar cuando unos nudillos golpean contra la ventanilla. Logan se encuentra junto al coche con unos pantalones de chándal y una camiseta blanca, tan bueno como solo podría estarlo un capullo de primera.

—¿¡Qué?! —le espeto, dándole al botón para bajar la ventanilla, con los ojos fijos en la carretera y el pie en el acelerador.

Se dobla hasta que nuestras caras quedan al mismo nivel y apoya los codos en la puerta.

—¿Por qué estás cabreada?

Resoplo. La humillación que me rompe en dos se transforma en enfado.

—No estoy cabreada. —Los dedos se me ponen más blancos cuanto más aprieto el volante, pero curvo los labios en una sonrisa burlona—. Siempre estoy superfeliz de que me traten como a una puta.

—¿Una puta? —Alza una ceja y aprieta los labios mientras intenta contener una sonrisa—. ¿Qué te esperabas? Viniste para que echásemos un polvo, ¿no? ¿Es que no te he satisfecho? ¿O esperabas poder quedarte a pasar la noche?

—¡Pues claro que no! —Puede que viva en los mundos de Yupi, soñando con que Logan sea mío, pero no soy idiota. Es solo sexo, y yo accedí a ello, pero… —Es solo que no esperaba que me echases a patadas de tu casa antes de que pudiese limpiarme tu corrida de los muslos, gilipollas. Apártate antes de que te lleve por delante.

El reconocimiento le relampaguea por el rostro como si se le hubiese encendido una bombilla.

—Mierda. —Se rasca la nuca sin cuidado—. No se me ocurrió, ¿vale? Creí que querías que nos acurrucásemos, y eso no va a pasar. Deberías haberme dicho que querías darte una ducha en vez de largarte echa una furia como una puta dramas. No puedo leer mentes, Cass.

—Es cortesía básica —espeto, con el pecho tan apretado que siento como si los huesos se me hubiesen ceñido en torno a los pulmones. No tiene ni idea de lo incómodo y degradante que es ponerse unas bragas mientras sigo húmeda de *él*—. La próxima vez que te la casques, córrete en los pantalones y ve a darte una vuelta. A ver si te gusta. —Aprieto el botón para subir la ventanilla y suelto el freno, obligándolo a apartarse a un lado si no quiere que la rueda trasera de mi coche le marque el calzado.

DOCE

Logan

Un Audi R8 completamente negro está aparcado fuera del garaje de cuatro plazas al lado de los Mustang de los trillizos, el Ranger de Shawn y el Camaro de Theo. No queda hueco para mi Charger.

Si aparcasen más cerca los unos de los otros, mi coche cabría al lado del Audi reluciente, pero no. Es imposible que quepa ahí después de que Colt aparcase su Mustang como si tuviese noventa años y estuviese ciego de un ojo. Bloqueo la entrada, aparcando de lado en el espacio estrecho a menos de un metro del portón eléctrico.

Nadie se irá a casa esta noche.

El aire cálido de la tarde apesta a humo de barbacoa y brisa del océano, con un viento suave agitando las hojas de un roble cercano. Cierro el coche y me meto las llaves bien al fondo de mi bolsillo trasero. Con una botella del vino favorito de mamá en mano, llamo a la puerta de la obra de arte que es la casa de mis padres. Unas ventanas que van del suelo al techo rodean la casa de tres plantas y nueve habitaciones en la que viví veintiún años.

En aquel entonces, mi cuarto estaba en el piso de arriba, con vistas al jardín equipado con una cancha de tenis, spa y piscina. Solía usar la barandilla del balcón para bajar al del piso de abajo y desde ahí saltar al porche para así escabullirme a alguna fiesta hasta altas horas de la madrugada. Mamá y papá se enteraron de mis escapadas cuando estaba en segundo de carrera. Metí a una chica en mi cuarto y, más tarde, intenté sacarla del mismo modo en que entró: por el balcón.

Por desgracia, estaba algo piripi y se torció un tobillo al aterrizar en el porche a las tres en punto de la madrugada.

Mamá me echó una buena bronca y papá me dio permiso para traer a chicas por la puerta principal y que saliesen también por ahí. Es un tío de lo más enrollado. Supongo que es un requisito fundamental cuando uno cría a siete chicos.

Como dicta la tradición familiar, llego elegantemente tarde para la comilona mensual que mi madre insistió en celebrar en cuanto los trillizos se mudaron con Nico.

«Tenemos que pasar más tiempo juntos».

Aunque no me importa, me preocupa. Mamá se vuelve más insegura a cada semana. Batalla para sentirse necesitada y ansía las atenciones de sus hijos hasta el punto de que me da miedo que chantajee a papá para tener otro bebé. Me estremezco, haciendo a un lado las imágenes de mis padres tratando de concebir a su edad. Sería todo un logro que mamá pudiese aguantar un embarazo y un parto a sus cincuenta y siete años.

Theo abre el flanco izquierdo de la enorme puerta doble, distrayendo a mi mente turbia de imaginarme a mis padres practicando sexo.

—Me alegro de que llegues tarde —dice, agitándome un billete de cien en la cara—. Nico estaba seguro de que hoy llegarías puntual.

Ese tío tiene demasiada pasta si está dispuesto a apostar que yo llegue puntual.

—¿Es que no me conoce? —Paso al lado de Theo y su sonrisa amplia, deshaciéndome de la chaqueta en el vestíbulo.

La cuelgo de la barandilla de la escalera imponente y sonrío cuando una versión acústica a piano de *Imagine* de John Lennon llega a mis oídos. La casa huele a tarta de manzana recién horneada, lo que significa que la abuela está aquí.

Voy hasta una de las tres salas de estar donde mi madre se encuentra sentada delante de un piano Steinway de gran cola modelo 1904, con las manos en las teclas y moviendo la cabeza al ritmo de la música.

Como esperaba, Nico está en el reposabrazos del sofá Chesterfield blanco, con los ojos clavados en nuestra madre. Me apostaría cien dólares a que fue él quien le pidió que tocase. Y con esa apuesta no perdería nada de dinero. Nico rara vez se relaja, pero siempre que escucha a mamá tocar, la ira que normalmente le rodea como una nube de tormenta está ausente.

Mamá deja que la última nota persista en el aire cuando la canción llega a su fin. Recuerdo que se pasaba todas las tardes delante del piano cuando yo era niño, pero no conseguí apreciar su talento y aprecio puro por el instrumento hasta mucho después.

Una sonrisa se le extiende en la cara cuando se gira en la banqueta.

—¡Logan! —vitorea, apresurándose a venir a mi encuentro en su vestido ligero y vaporoso.

No muchas mujeres de cincuenta y siete años podrían llevar un vestido como este, acampanado en la falda y ceñido en la cintura, pero mi madre es preciosa por naturaleza; la nombraron Miss California hace unos treinta años. Luce una figura delgada con cintura de avispa y cara de ángel. Si tuviese una hermana que hubiese heredado los rasgos de mamá junto con una pizquita de la abuela, sería la chica más guapa a este lado del Atlántico.

Y sus siete hermanos se pasarían el día dando palizas a diestro y sinestro para mantener alejados de ella a los capullos que no se la merecen.

—Ya están todos fuera —anuncia, cogiendo el vino y estampándome un beso suave en la mejilla. Me frota la zona, seguramente borrándome la mancha color cereza de su pintalabios —. Creo que puede que tu padre necesite que le echen una mano con la barbacoa.

El tiempo ha mejorado este último par de semanas. Mayo trajo consigo una ola de calor digna de los meses estivales más calurosos, por lo que podemos disfrutar de una barbacoa en el jardín en vez de pasar el tiempo en la mesa larga del comedor.

—También hemos invitado a los Maroon —añade con unos destellos danzándole en sus ojos grises como el hierro fundido. Es incomprensible que ninguno de mis hermanos heredase este color

inusual. Todos lucimos distintos tonos de marrón, desde el color caramelo de Cody hasta los ojos de Nico, que son casi tan negros como su puta alma—. Volvieron a mudarse aquí hace un par de semanas.

—¿Quiénes? —pregunto, arrugando el entrecejo.

—¡Los Maroon! —repite, como si pensase que no la oí bien la primera vez.

—Mamá, te estoy preguntando quiénes son los Maroon.

Theo chasquea la lengua en una esquina, negando con la cabeza y con un semblante crispado de decepción enturbiándole las facciones y acentuándole la cicatriz que le marca la mejilla.

—Qué bajeza, Logan.

—Es atroz de cojones —añade Nico, igual de escandalizado, aunque suena más sincero viniendo de él que de Theo—. Deberías avergonzarte. ¿Cómo has podido olvidarte del apellido de tu prometida?

Una sonrisa de comemierda le curva la boca a Theo, seguida de una carcajada breve.

—¡Aún tiene el puto anillo que le diste!

—Esa boca, Theo —lo reprende mamá, lanzándole su mirada característica de no tolerar tonterías.

Theo echa las manos al aire.

—¿En serio, mamá? ¿*En serio*? Dentro de poco voy a cumplir treinta. Y no le dijiste nada a Nico cuando ha dicho la palabra que empieza por C. No es justo.

—Nico, cuida tu lenguaje, tesoro. Por favor —dice, pero con tono suave y ojos divertidos. El muy cabrón siempre se sale de rositas.

—De vuelta al tema en cuestión. ¿De qué pu…? —Esquivo la mina, captando el ceño fruncido de mamá a tiempo para rectificar —. ¿De qué fruto anillo me hablas?

—Del anillo de compromiso que hiciste con cable de cobre y pegamento —explica Nico—. Hoy es la primera vez que lo veo, tío, y, sinceramente, buen trabajo.

Mierda. Un anillo de cobre con una piedrita blanca adherida en el centro con pegamento extrafuerte. Me pegué los dedos al

fabricar el anillo de compromiso para la vecina y estuve llorando una hora antes de que mamá volviese a casa y me ayudase.

Annalisa Maroon.

Una rubia preciosa con unos ojos grandes cubiertos por un flequillo raro. Annalisa, la abusoncilla. La abusona guapa con las trencitas tan monas. El amor de mi vida durante un mes o así en parvulitos. ¿¡Cómo es posible que me olvidase de la niña con la que me quería casar cuanto tenía cuatro años?!

«Es intolerable».

No es que se mudase a la otra punta del planeta para irse a vivir a Australia antes de que empezásemos primaria y jamás volviese a Newport hasta, parece ser, ahora.

—Sigue siendo tan guapa como cuando era niña. —Mamá esboza una sonrisa luminosa, con ese brillo de cariño de regreso en sus ojos.

Es imposible seguirle el ritmo a esta mujer. Por un lado, está celosa de Thalia y molesta porque le robase a su hijo. Por otro, quiere que otro de sus hijos siente cabeza. O no es capaz de sumar dos más dos o tiene más cosas en contra de Thalia de lo que ni ella ni papá están dispuestos a reconocer.

Está el tema de que a Thalia la acusasen de matar a su marido cuando vivía en Grecia, pero no creo que mis padres estén al tanto de esto. Y, aunque lo supieran, retiraron los cargos y declararon inocente a Thalia, por lo que mamá no tiene motivos para su mala uva.

No es como si hubiese matado al tío ese, de todos modos. Al menos, esa es la postura oficial y en conjunto del señor y la señora de Theo Hayes.

—Ve a saludar. —Mamá me empuja con suavidad hacia las puertas que dan al jardín—. Está fuera.

—Sí, Logan, ve a saludar —insiste Theo—. No ha parado de hablar de vosotros dos desde que llegó.

No quiero ir a saludar, pero ¿qué alternativa tengo? Me encamino al jardín, seguido de mis hermanos. Annalisa está sentada junto a la piscina con Thalia, riéndose de algo que debe haber dicho mi cuñada. Es cierto que sigue siendo guapa. Un halo

de cabello rubio platino le cae hasta la mitad de la espalda, sus piernas son largas y suaves y es tan delgada como la que más.

Demasiado delgada.

Se le marcan las clavículas y los huesos de los hombros y el escote de su vestido oculta un pecho plano. Cassidy también es delgada, pero tiene algo de grasa en los huesos a la que poder agarrarse y unas tetas lo bastante grandes para llenarme las manos.

Va a ser un día largo si sigo comparando a una rubia con otra. ¿Por qué estoy pensando siquiera en Cass? Ha pasado una semana y media desde que se fue echa una furia de mi casa, a punto de llorar. Al principio, me molestó de narices su salida dramática. Fui a mi cuarto en la planta de arriba, preparado para echarme a dormir, pero la culpa me carcomía el cerebro como una termita.

Puede que me pasase de brusco al decirle que se marchase, pero, en mi defensa, no me esperaba que siguiese en mi cama cuando salí de la ducha. Ninguna mujer se queda jamás tanto rato. Es una regla no escrita que todas en Newport Beach parecen saber, entender y seguir a rajatabla, así que, que Cass rompiese la regla me pilló por sorpresa.

¿Es que no le había llegado la información?

Más allá de que se quedase más tiempo del debido, en vez de echarme a dormir el resto de la noche, pesqué una camiseta del vestidor y seguí a Cass hasta su coche. No soy un caballero de brillante armadura, ni por asomo, pero tampoco soy un adolescente. Dejar que se marche una chica cuando está angustiada, sin intentar al menos averiguar la razón, es una jugada que puedes esperarte de mocosos arrogantes y despreocupados.

Ahora que sé por qué se marchó con esas prisas, desearía haber sido un adolescente egoísta solo en esta ocasión. De esta forma, seguiría pensando que estaba disgustada porque herí sus sentimientos.

Pero resulta que me precipité a sacar conclusiones. Ella no hizo nada malo. Yo la cagué al mandarla a casa sin ofrecerle una toallita. Jamás había estado en una situación parecida. Nunca me he corrido dentro de una chica antes de Cass. La idea de que mi

corrida pudiese dejarla perdida y chorrease de su dulce sexo y a lo largo de sus muslos no se me pasó por la cabeza.

Nunca se me pasa nada por la cabeza cuando tengo a Cassidy desnuda y jadeante. La puta mente se me queda en blanco y se centra solo en ella. Es adictiva. La forma en que se corre, entreabre los labios y gime mientras la penetro…

Me arrodillaría sobre cristales por follármela otra vez.

Y es por esa razón que no puedo.

Mientras estoy sumido en la pasión del momento no me cuesta olvidarme de que, si mis hermanos se enterase de mi escarceo con la mejor amiga de la enemiga pública número uno, los perdería. A lo mejor no me apartarían de sus vidas de forma categórica, pero no pasaríamos tiempo juntos como hacemos ahora. Me echarían del grupo de chat, dejarían de llamar y de pasarse por casa. Solo nos veríamos en ocasiones especiales como cumpleaños y bodas.

Hay una razón por la que los siete estamos tan unidos: reglas. Empezamos a elaborarlas en cuanto alcanzamos la adolescencia y la testosterona que nos salía por las orejas se interpuso en que nos tuviéramos aprecio los unos a los otros.

«Los hermanos van primero».

«Nada de pedirse a tías».

«Jamás toques a la chica de tu hermano».

Hay más y también hay excepciones, pero lo que tengo con Cassidy no encaja en ninguna excepción. Se folló a mi hermano. Es mejor amiga de la chica que le hizo daño a Nico. Eso basta para que sea terreno prohibido para todos los Hayes, pero la lista de pecados no termina ahí. A lo largo de los años, Cassidy ha estado echando pestes sobre nosotros a nuestras espaldas, advirtiendo a las chicas de que no se nos acerquen. Hasta advirtió a Thalia cuando conoció a Theo. Lleva interponiéndose en nuestro camino mucho tiempo.

—Mira quién está aquí. —Annalisa esboza una sonrisa radiante, se pone de pie y se echa el pelo rubio sobre un hombro. Alguien debería darle de comer a esta chica. Sus piernas parecen dos palillos—. Empezaba a preocuparme que no aparecieras. —Invade

mi espacio para besarme la mejilla como si fuéramos amigos de toda la vida.

Hace veinticinco años que no la veo. Es una desconocida y no aprecio para nada el gesto.

—Hola, Ann. Me alegro de verte —digo, confiando en que mi frase escueta y sucinta baste para que se haga a la idea de que Logan no está disponible ni interesado. Me desvío a la derecha, me inclino sobre la hamaca de Thalia y le beso la mejilla antes de que me cante las cuarenta. Es la mujer más fogosa que jamás he conocido—. Hola, cielo. Por favor, dime que preparaste la ensalada griega y la salsa.

Una barbacoa no es lo mismo sin la salsa tzatziki desde que Thalia pasó a formar parte de la familia.

—Y las brochetas —admite, cogiendo un vaso alto de té helado.

Sus ojos inquisitivos saltan de mí a Annalisa, quien debe de seguir ahí de pie unos metros detrás de mí. Si Thalia supiese cuánto tiene en común con mi madre… Ambas intentan jugar a ser cupido de vez en cuando como si fuese incapaz de encontrar a una mujer yo solo. Mi historial de relaciones confirma tal afirmación, supongo.

Tiene gracia que ninguna de las dos haga lo mismo con Nico.

—¿Y tú que has traído? —pregunta en tono normal antes de articular con los labios un «¡es mona!».

Respondo a su observación con una firme negativa de cabeza, rogándole que deje a un lado el arco y las fechas con la punta en forma de corazón con las que no me cabe duda que me está apuntando al culo, antes de responder a su pregunta.

—Mi presencia.

—Eso es lo mismo que trajiste la última vez. Empieza a aburrir.

Le despeino la masa de rizos y vuelvo a girarme hacia la mujer rubia y delgada como un palillo. Duele solo de pensar en follarla. Me saldrían moratones en los muslos de embestirla por detrás.

La abuela me salva de tener que entretener a mi gran amor perdido cuando emerge de la casa con un plato con porciones de tarta de manzana. A sus setenta y nueve años, es la mujer más elegante que conozco. Siempre va hecha un pincel.

Ahora mismo, sus tacones bajos se oyen contra el porche a medida que se acerca a la mesa con su vestido por encima de la rodilla, las perlas que le adornan el cuello y las orejas y el pelo corto y blanco peinado hacia atrás. El abuelo se encuentra junto a la barbacoa, igual de elegante en su camisa amarilla metida en unos pantalones de pinzas grises.

Por suerte, aparte de las generaciones más mayores, nadie se ha vestido con tanto esmero. No destaco con mis vaqueros negros, mi camiseta de Los Angeles Dodgers y mi típica gorra blanca.

—Logan —me llama el abuelo. Su tono indica que quiere hablar de negocios y veo cómo mi madre frunce el ceño—. Solo serán cinco minutos, corazón —le asegura él, me pasa el brazo por los hombros y me aleja de cualquiera que pueda poner la oreja—. Quería decírtelo a ti primero antes de dar el anuncio en la reunión de la junta directiva esta semana. —Apoya la espalda en la valla que rodea la cancha de tenis.

Entrecierro los ojos, tratando de adivinar cuáles son las noticias por la expresión de su rostro, pero William Hayes tiene una cara de póquer matadora. Un aura autoritaria lo envuelve sin importar dónde esté o lo que haga. Me yergo cuan recto soy en su presencia como un soldado en posición de firmes; mi columna es como un tubo de metal. El abuelo exuda confianza y te hace sentir como si estuvieras en peligro.

Tanto Nico como Colt heredaron esta cualidad. Aunque Colt es más sosegado, mientras que Nico cogió los genes del abuelo y los exprimió a tope.

—He decidido jubilarme a final de verano —anuncia, articulando con cuidado cada palabra—. Tu abuela… —Se aclara la garganta y se afloja el cuello de la camisa—. *Yo* creo que ha llegado la hora de que disfrute la vida que me queda.

Ya, claro. No fue decisión suya. La abuela lo obligó a hacerlo, estoy seguro. Lleva dándole la tabarra desde hace años, pidiéndole que se jubile, y parece que por fin ha conseguido que se rinda y acepte. A sus ochenta años, cualquiera esperaría que llevase por lo menos diez años jubilado, pero nunca me lo pude imaginar entregando de buena gana la empresa que levantó desde cero. Creí

que moriría delante de su escritorio, trabajando hasta expirar su último aliento.

El pavor me invade al pensar en que venda Stone & Oak al mejor postor.

—Me alegro por ti —digo y me sorprendo a mí mismo cuando suena sincero—. Te mereces descansar.

Asiente y echa un vistazo a mis espaldas con los ojos desenfocados.

—Quiero que tú tomes el relevo, Logan.

Se produce un momento de silencio como si alguien hubiese silenciado a todo el puñetero mundo con sus palabras. Me lo quedo mirando, preguntándome si le habré oído bien. No se puede negar que me dejo la piel en la empresa y, sin querer sonar arrogante, soy un buen arquitecto, pero solo llevo en ella seis años. Ni en mis mejores sueños habría esperado recibir una oferta como esta.

—Es muy generoso de tu parte, pero no estoy seguro de que yo sea la persona correcta para ocupar ese puesto. No tengo el conocimiento ni la experiencia…

Me hace callar con un gesto desdeñoso de la mano.

—No es tan duro ni complicado. No me voy a jubilar mañana. Tenemos tiempo para que te adaptes a tus nuevas responsabilidades. Sé que te lo he soltado a bocajarro y necesitas consultarlo con la almohada, así que no nos comamos la cabeza con el tema hoy y centrémonos en disfrutar de la barbacoa. Podemos seguir hablando mañana. —Me da unas palmaditas en el hombro y me regala una inusual sonrisa—. Si no creyese que tienes lo que hay que tener para dirigir mi empresa, no te habría escogido a ti.

Vaya, menuda forma de inflarme el ego.

Estoy en el séptimo cielo el resto del día, bromeando con mis hermanos, esquivando los coqueteos de Annalisa e hinchándome a comida y cerveza. Cody termina moviendo mi coche para que puedan marcharse todos cerca de las nueve de la noche, pero yo no me voy. Duermo en mi antiguo cuarto, preguntándome cómo será mi vida en unos meses cuando tome el relevo de Stone & Oak.

TRECE

Cassidy

Aisha está sentada en el sofá de dos plazas de mi estudio, dando golpecitos nerviosos con el pie contra el suelo y ojeando el reloj cada diez segundos. El modelo que contrató para la sesión de fotos debería haber llegado hace media hora.

Por suerte, no tenía ni idea de cómo sería trabajar con Aisha o lo exigente o quisquillosa que es, por lo que no agendé ninguna otra sesión para hoy. No me importa esperar.

—Igual está atrapado en un atasco —sugiero, saliendo de la cocinita con unos cafés—. Viene desde Los Ángeles, ¿verdad?

Asiente con los labios apretados en una línea firme y vuelve a echar otra miradita al reloj con los ojos entrecerrados.

—¿Tienes su número?

—Intenté llamarlo, pero me manda directa al buzón de voz. —Se saca el teléfono y toquetea la pantalla—. Llamaré a su agente. Igual él sabe lo que está pasando.

Sorbo mi café, contemplando la calle, mientras Aisha se pasea de un lado a otro con el móvil en la oreja. Resopla con una mano apoyada en la cadera y echando fuego por los ojos cuando fulmina con la mirada mi cámara y el set de decorado pensado para capturar la imagen perfecta.

Estos últimos días, me he dedicado durante horas a estudiar las portadas de sus libros e investigar en Amazon, tratando de dar con lo que es tendencia y juzgar qué vende. En las portadas de Aisha aparecen hombres taciturnos, sexis y petados. Por atrayente que sea, no puedo sacudirme de encima la visión que me asaltó cuando

me contó más acerca del argumento y la protagonista, una jovencita de pelo largo y rubio, que es la hija de un agente de policía que metió en la cárcel al personaje masculino.

Por supuesto, se enamoran. La protagonista se mete en un lío, pero, a pesar de que pone en riesgo la libertad del protagonista, éste la pone en un pedestal y actúa en contra de sus principios y creencias para protegerla.

Ella es la parte más importante de la historia y la veo en la portada junto con el protagonista masculino.

Aisha gruñe y vuelve a tirar el móvil dentro de su bolso diminuto.

—No va a venir. Su agente le agendó dos citas en el mismo día y está de camino a una sesión en otra parte porque pagan mejor. —Da un pisotón—. ¡Una pensaría que tendrían la decencia de llamar e informarme de ello! —Se deja caer en el sofá y oculta su cara bonita entre las manos—. Dios, ¿y ahora qué voy a hacer? El diseñador necesita las fotos para finales de esta semana. ¡La fecha para revelar la portada es dentro de dos!

—Eh, no te preocupes. Si consigues contratar a otro modelo, me las apañaré para hacerte hueco y que así tengas las fotos listas. No me importa trabajar fuera de horario.

Levanta la cabeza con el estrés claramente pintado en la cara.

—Ese es el problema. No puedo conseguir a otro modelo. Llamé a diez agencias diferentes antes de reservar a Killian, ¡y hoy llevamos un montón de tiempo esperando! No hay nadie disponible.

Ese sí que es un problema. Puedo hacer la sesión de noche, pero no servirá de nada si no tenemos modelo. Luke estaría encantado de ofrecerse, pero no encaja para nada con la descripción del prota. Le pega más el papel del villano del libro.

—¿Qué me dices del tío aquel de la moto? —pregunto, recordando que era alto, musculado y podría pasar por el prota.

Aisha pone una mueca y agarra la taza con las dos manos.

—No, ya no estamos en buenos términos precisamente. ¡Aj! Tengo que empezar a organizarme con antelación. —Fulmina la puerta con la mirada como si estuviese invocando a un tío bueno

para que entrase por ella y nos salvase—. ¿Y tú? ¿Conoces a alguien que encaje con el personaje y esté dispuesto a hacer la sesión? Pagaré el doble de la tarifa de Killian, y ese tío cobra una pasta gansa.

¿Si conozco a algún hombre de cabello oscuro, con aire taciturno, guapo y lleno de músculos? A más de uno. Se me vienen a la cabeza tres de inmediato, pero dudo que ninguno acceda a ayudar. No si soy yo la que pide ayuda.

A Aisha se le ilumina la cara como si pudiese leerme la mente.

—Sí que conoces a alguien, ¿verdad? Ay, por favor, por favor, por favor, llámale. —Prácticamente se ha puesto de rodillas y tiene las manos juntas como si estuviese rezando. Por favor.

Me obligo a respirar, notando cómo se me ponen los vellos de la nuca de punta al pensar en ponerme en contacto con Logan después de que me echase a patadas de su casa hace tres semanas. Aprieto los dientes, masticando las palabras y saboreando en la lengua la bilis que me sube por la garganta. No quiero hacerlo. Un peso de plomo me oprime el pecho y tengo los dedos entumecidos de apretar con demasiada fuerza la taza que tengo en las manos.

En circunstancias normales, ni se me ocurría pedirle a él ayuda, pero… *Siempre* hay un puto pero.

Estamos hablando de mi trabajo.

Aisha es mi cliente y la felicidad de mis clientes siempre está primero. Además, la chica me cae bien y me encantan sus libros. Si no encontramos un modelo, tendrá que modificar la fecha de publicación y me consta que muchos lectores se cabrearán.

—Puedo preguntar, pero no te hagas ilusiones. —Me obligo a pronunciar las palabras entre dientes, preparándome para perder un poco más de respeto propio—. No es una persona fácil de llevar.

—¡Vale, vale! No me haré ilusiones. —Esboza una sonrisa radiante que contradice sus palabras—. Por favor, pregúntale.

Soy demasiado gallina para telefonearlo, por lo que me limito a enviarle un mensaje, escribiendo y reescribiéndolo tres veces antes de que las palabras cobren sentido.

Yo: Hola. Esto es del todo inusual, pero ya no se me ocurre qué más hacer y mi clienta se está volviendo loca. El modelo que teníamos para la sesión de fotos de hoy no se ha presentado. Necesito un sustituto: alto, tonificado, pelo y ojos oscuros. ¿Te recuerda a alguien? Nico y Theo me dan demasiado miedo como para preguntarles y los trillizos son demasiado jóvenes.

Me late el pulso en los dedos cuando le doy a enviar y contemplo la pantalla. Logan lee el mensaje pasados unos segundos como si ya tuviese el móvil en la mano cuando le llegó. Los tres puntitos empiezan a bailar en la pantalla y un sudor frío hace que sienta la piel húmeda y pegajosa.

Logan: Si deseas mi ayuda, vas a tener que pedírmela bien.

Pero qué huevos le echa.

Él no se molestó en hablarme bien cuando me pidió que me marchase de su casa. Cabrón. Empiezo a escribir «olvídalo», pero capto de reojo la expresión de El Gato con Botas en el rostro de Thalia, que me mira como si yo fuese un genio a punto de cumplirle su deseo. Inhalo profundamente, pastoreando la ira que me corre por las venas. Borro el mensaje y me meto el orgullo en el bolsillo trasero de momento.

Yo: ¿Podrías, por favor, quitarte la camiseta delante de mi cámara hoy? Tendrás que firmar unos formularios de permiso para que se puedan usar las fotos para la portada y marketing. Aisha paga bien la sesión.

Puede que esta no sea la forma de convencer a Logan. No está corto de dinero en ningún sentido.

Logan: ¿A qué hora quieres que esté ahí?

¿Va a hacerlo? ¿Así como así? ¿Sin nada de preguntas?

Una sonrisa engreída me tira de los labios. Creo que soy yo la que sale ganando por primera vez desde que lo conocí. Debe de sentirse al menos un poco mal por lo que pasó si está dispuesto a ayudar.

Yo: Lo más pronto posible. Yo ya estoy lista.

Logan: Eso ya lo sé, princesa.

El estómago se me contrae en sincronía con la avalancha de calor que me cosquillea las mejillas. ¿A qué demonios está jugando? Dijo que habíamos terminado. Me dijo que memorizara lo que se siente cuando nos acostamos y echase mano de mi imaginación cuando quisiera correrme (cosa que he hecho un número humillante de veces estas últimas tres semanas) porque no íbamos a volver a follar, pero ahora parece que se me esté insinuando en su mensaje.

¿Ha cambiado de parecer?

Espero que no. Ni de coña recibiría otra vez con los brazos abiertos a este gilipollas después de lo despreciable que me hizo sentir.

No, eso es una mentira.

Soy demasiado débil y me siento demasiado indefensa en su presencia como para decirle que no si quisiese continuar desde donde lo dejamos.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunta Aisha, removiéndose en su asiento. El vestidito azul y diminuto que lleva se las ve con la muerte para intentar contener sus tetas en su sitio.

—Tenemos modelo. Estará aquí enseguida.

Se pone a aplaudir como una cría antes de abalanzarse hacia delante, envolverme entre sus brazos y besarme las mejillas.

—¡Te debo una bien gorda!

Sí que me la debe y, un día de estos, llamaré a su puerta para saldar la deuda: treinta y seis de sus libros *firmados*.

Nos pasamos cuarenta minutos discutiendo los detalles por centésima vez, pero no puedo deshacerme de la idea que tengo en la cabeza.

—¿Alguna vez has pensado en incluir a una pareja en tus portadas? —Paso las páginas de uno de los álbumes para mostrarle lo que tengo en mente—. Se me ocurrió una idea cuando me hablaste de la protagonista. —Señalo una foto de Luke, descamisado y fulminando con la mirada la lente de la cámara, y con la mano

sobre los hombros de una mujer que está de pie a su izquierda, a menos de treinta centímetros, y girada hacia él.

—Uhh, me gusta —dice—. Podemos pensárnoslo para el siguiente libro. A menos que tengas a una amiga que encaje en la descripción de la prota.

—Yo no, pero tú sí. Esa chica tan mona de la cafetería.

—¿¡Mia?! —Alza una ceja interrogante y estalla en carcajadas cuando asiento—. Ni de broma. Quiero decir, tienes razón en que encaja en la descripción hasta cierto punto, pero jamás accedería a salir en la portada. Es demasiado tímida.

—Nadie sabría que es ella. No se ve la cara de la chica en la foto. —Le doy unos toquecitos con el dedo a la imagen—. Solo la espalda y el pelo.

Aisha se inclina sobre el álbum, pensándoselo unos momentos antes de encogerse de hombros.

—No se pierde nada por preguntar, supongo. —Marca el número mientras le da sorbitos al café—. Oye, una pregunta. Estoy haciendo la sesión de fotos para lo portada hoy, ¿cómo te sentirías posando con el chico? —Hace una pausa, escucha a Mia y pone los ojos en blanco—. Nadie sabrá que eres tú. Espera un momento. —Le saca una foto a la muestra del álbum—. Mira lo que te acabo de mandar. Esa es la idea que tengo. —Otra pausa, esta vez más larga. Lo bastante larga para que Aisha empiece a dar golpecitos con el pie en el suelo—. Por favor, te llevaré en coche a Austin en septiembre si haces esto por mí.

Hace falta un poco de tira y afloja, pero cuando Aisha salta en el asiento, sonriendo de oreja a oreja, sé que Mia ha dicho que sí. Antes de que terminen la llamada, se abre la puerta del estudio y entra Logan, con el cabello húmedo y sin gorra de béisbol en la cabeza. Una corriente de brisa cálida pasa por el estudio, trayendo consigo el olor de su colonia y extendiéndolo por la sala.

Las rodillas se me aflojan y todos los músculos del cuerpo se me agarrotan. Es muy injusto que yo me convierta en un charco a sus pies cada vez que lo veo y a él yo no le afecte en absoluto.

Aisha corta la llamada con los ojos puestos en la obra de arte que es el hombre quitándose su chaqueta de cuero marrón. No lleva la

camiseta de ningún equipo, sino una blanca y básica, que está húmeda en el cuello, donde las gotas de su pelo caen sobre la tela.

—¿Quién lo habría dicho? —Aisha se ríe, pero es un sonido con un trasfondo coqueto—. Bienvenido, señor Hayes.

Con una ceja más arriba que la otra, él la mira de arriba abajo. Por su expresión, diría que le cuesta reconocer a Aisha.

—Vaya, lo siento, bonita, pero vas a tener que recordarme quién eres.

Aisha hace un aspaviento con su sonrisa intacta.

—No me conoces, Logan, pero este pueblo es demasiado pequeño para que haya nadie que no sepa quiénes son los Hayes. Te he visto por ahí. Yo soy Aisha Harlow. —Se pone de pie sobre sus tacones de diez centímetros y le tiende la mano, escrutando a Logan como si fuese un par de zapatos a los que tiene que acostumbrarse.

Se dan un apretón de manos y, por fin, Logan me mira. La presión de sus ojos que recorren mi cuerpo, las enriquecedoras complejidades de las motas marrones y doradas y el modo en que contiene una sonrisa hacen que mi corazón se vuelva loco de contento. Con mis vaqueros y camiseta *oversized* no estoy tan sexy como Aisha en su vestidito, pero su atención está puesta en mí y no en ella, y maldita sea si eso no me acaricia el ego.

—Mierda. Seguro que no tienes a un peluquero disponible, ¿verdad? —Aisha resopla, pasándole las manos por el pelo a Logan —. Esto hay que peinarlo antes de la sesión.

Una punzada de envidia, como darle un trago a un whiskey, me quema por dentro. «Quítale las manos de encima, tía».

—Te he conseguido un modelo —digo con cuidado de que no se note en mi tono que quiero apartarle la mano—. Él solito puede peinarse.

—Ya, seguro, pero me ocuparé yo de ello hoy. Tengo que ir a recoger a Mia a la universidad, así que pararé a comprar un par de cosas de camino. —Coge su bolso y se apresura a salir del estudio, haciéndome un gesto de pulgares arriba a espaldas de Logan.

¿Por qué le pedí que viniese? Aisha es preciosa, rubia, segura y no es enemiga del clan Hayes. Seguramente termine en cama de Logan esta noche.

Ladeo la cabeza y cierro los ojos un instante para mantener a raya estos sentimientos irracionales. Si se la quiere follar, yo no puedo hacer nada para impedírselo.

El ambiente cambia en cuanto Logan y yo nos quedamos solos, como si Aisha se hubiese llevado la mayor parte del oxígeno con ella y ahora el aire fuese demasiado denso para respirarlo.

—Gracias por acceder a ayudar —digo. «Desearía que no lo hubieses hecho». Señalo el sofá—. Siéntate. Tenemos que esperar a que llegue la chica para poder empezar.

Se sienta y ahora tengo mucho más cerca el olor fresco a recién duchado de su cuerpo. Me deja la cabeza hecha un lío.

—¿Qué chica? —pregunta.

—Un añadido de último minuto. —Señalo el álbum en la mesa de centro—. Esto es lo que queremos recrear.

Se acerca más, estudiando la foto mientras yo cojo las tazas y me voy a preparar más café. Cualquier cosa para tener las manos ocupadas.

Logan me sigue. Su alta figura invade el espacio pequeño cuando se apoya en el marco, observando cada uno de mis pasos como un halcón a su presa. La cafetera va a paso de tortuga para llenar una taza alta de café solo. La parte positiva es que el aroma amargo bloquea el olor del gel de Logan.

Cambio el peso de un pie a otro, consciente de la humedad entre mis piernas. Odio que mi cuerpo traicione a mi mente. Odio que a pesar del daño que me puede hacer Logan, me sienta cachonda cada vez que lo veo.

Logan se aparta de la pared para ponerse detrás de mí y agarrarse la encimera a ambos lados de mi cintura. Siento el calor que desprende y cómo su pecho se cierne sobre mi espalda.

—¿Sigues enfadada, princesa? —Baja la cabeza y siento su aliento cálido en el cuello.

—No estaba enfadada.

Me asalta una ráfaga repentina y caliente, una sensación que solo Logan me provoca. La vibración de su voz viaja desde su pecho al mío cuando se acerca más, se apoya en mí y siento el contorno de su erección presionándose contra mi trasero.

—¿Estás disgustada?

—N-no sé por qué esperaba que fueses menos imbécil, para empezar. —Mi voz es débil y mis palabras son casi un susurro cuando planta una mano sobre mi barriga y extiende los dedos con gesto posesivo—. Tienes que soltarme, Logan.

—¿Por qué? —murmulla, rozándome con los labios ese punto débil donde el hombro se une a mi cuello—. Tú no quieres que te suelte, Cass. Admítelo

Niego con la cabeza, pero los ojos se me cierran cuando deja un camino de besos hasta la oreja, rozándome la piel con los dientes.

—Hemos terminado —susurro, pero ladeo la cabeza para darle mejor acceso—. ¿Recuerdas? Tú mismo lo dijiste.

—Ni siquiera empezamos, cariño. —Mueve la otra mano para agarrarme de la cintura y se presiona con más fuerza contra mí—. Nunca empezaremos, pero se te ha dado bien lo de no abrir el pico y parece que no soy capaz olvidarme de ti… Creo que tengo que follarte hasta que se me pase.

No tengo control de mi cuerpo cuando él está tan cerca. Él tiene la sartén por el mango. Él decide lo que pasa. Yo soy una marioneta, reaccionando a sus caricias y replegándome a su antojo, pero sigo teniendo el control de mi cerebro, por lo menos durante un rarito más.

—¿Crees que voy a responder a tus llamadas cuando quieras echar un polvo después de cómo me trataste la última vez?

Mueve una mano hasta mi pecho y me lo masajea con delicadeza, arrancándome un gemido suave de los labios antes de que pueda tragármelo. La cabeza me cae hacia atrás y se apoya en su hombro.

—Sí, eso creo —dice con tono satisfecho. Será engreído el muy cabrón—. ¿Qué tienes que perder?

Mi dignidad.

Integridad.

Orgullo.

Mi *corazón*.

Se me ponen los ojos en blanco cuando me pellizca el pezón, aumentando la anticipación que me cosquillea en la entrepierna.

—Di que sí. —Me da la vuelta. Sus ojos oscuros se clavan en los míos, pone una mano bajo mi barbilla y me ladea la cabeza para que mire hacia arriba. Con la otra mano toca el botón de mis vaqueros. Lo abre, baja la cremallera y cuela la mano bajo la tela, tocando mis bragas empapadas. Aplicando la presión justa, me frota en círculos pequeños y perfectos—. Siempre estás tan lista para mí… —dice, recordándome lo que yo misma le dije hace tres semanas—. ¿Quieres correrte, cariño? Dime que te haga correrte.

Y, una vez más, estoy desarmada. Estoy indefensa ante la necesidad que me zumba por todo el cuerpo.

—Sí. —Me restriego contra él, presionándome contra sus dedos —. Haz que me corra.

Sus labios se estrellan contra los míos y retira la mano enseguida, bajándome los vaqueros hasta mitad de muslo.

—No tenemos mucho tiempo antes de Aisha vuelva, así que *yo* escojo. —Vuelve a darme la vuelta para que quede de cara a la cafetera y sitúa mis manos en la encimera—. Polla. Vas a correrte sobre mi polla.

La tela de sus vaqueros se arruga cuando se los baja, me agarra de la cadera con una mano y aparta a un lado mis bragas empapadas. Dobla las rodillas y guía su erección a mi entrada. Me espero una embestida rápida, pero Logan frota su glande hinchado contra mis pliegues; la humedad resbaladiza le asiste en su tarea.

—Agárrate —suelta entre dientes apretados y me envuelve con una mano bajo mis pechos mientras la otra sigue en mi cadera mientras me llena con una estocada precisa—. Dios, qué gusto da sentirte.

Qué gusto da sentirlo *a él*. Siempre que está cerca, me siento más calmada que nunca. En paz. Serena. Feliz a pesar de que nuestra relación sea puramente física. La presión reprimida que ha estado acumulándose en mi interior desde la última vez que lo tuve así de cerca se desmorona. Me encanta cuando sus manos se pasean por mi cuerpo mientras se hunde en mí a un ritmo pasional e implacable; cuando posa los labios en mi cuello u hombro y pega del todo su pecho a mi espalda.

No debería sentirme a salvo con Logan. Debería huir, esconderme y no dejar que me toque porque este hombre será mi muerte. Ya es el dueño de mi corazón y cuerpo. No falta mucho para que se apodere de mi mente. Una vez la pierda, no habrá forma de resguardarme del dolor.

Logan Hayes me devorará y me escupirá cuando ya se haya hartado.

Y yo no puedo hacer nada para frenarlo.

CATORCE

Logan

Habiendo aprendido la lección de mi error, cojo un rollo de papel de cocina cuando me salgo de Cassidy, la giro y me arrodillo.

—Puedo hacerlo yo sola. —Extiende la mano para quitarme el papel de las manos, pero se la aparto, sintiendo cómo el corazón me late más rápido.

Estoy fascinado, contemplando como el riachuelo color perla de mi semen gotea de su sexo rosado y le baja por la piel pálida y lechosa de los muslos. Es innegablemente sexy que me deje correrme dentro de ella; que confíe en mí tanto.

—En esta ocasión no, pero no te acostumbres. —La limpio con cuidado y lo mejor que puedo con estas toallas de papel—. No estoy haciendo muy buen trabajo aquí abajo, princesa.

—Gracias —dice cuando me pongo de pie.

Se abrocha el botón de sus vaqueros claros y anchos y se gira para quedar mirando la cafetera. Tiene la piel del hueco del cuello irritada por mis dientes. Solo soy consciente a medias de lo que hacen mis labios y manos cuando estoy con Cass. Cada vez que me sumerjo en ella, el mundo deja de girar.

Solo estamos nosotros, encerrados en una dimensión alternativa.

Igual que la primera vez, el mundo podría irse a la mierda mientras estoy enterrado en ella que no me enteraría. Su puto olor me vuelve incoherente y esos gemidos suyos tan monos alimentan mi hambre. Me hace seguir adelante a pesar del dolor de mis músculos, que me arden por el esfuerzo, y seguir embistiéndola

como un animal en celo, hambriento por la forma en que me empapa la polla y se contrae a mi alrededor cuando se corre.

—¿Cuánto vamos a tardar? —pregunto, pillando una taza de café solo de la encimera.

Cass vuelve a poner la cafetera en marcha y selecciona un *caramel latte* en la pantalla.

—Eso depende de lo bien que funcionéis Mia y tú juntos y con la cámara.

Se escucha la campana de la puerta, informándonos de la llegada de Aisha.

Llega en el momento perfecto, ni un minuto demasiado pronto.

Salgo de la cocina para empleados, sintiendo curiosidad por la chica con la que voy a posar. Aisha se detiene junto al sofá y se descuelga una bolsa grande del hombro, jadeando por el esfuerzo. Medio escondida tras ella se encuentra una chica diminuta, vestida con un pichi rosa, una blusa blanca de manga larga y unas deportivas blancas.

La verdad sea dicha, jamás he visto a una chica con una figura tan delicada. Con su poco más de metro cincuenta, recuerda a una muñeca de porcelana. Su pelo rubio oscuro y largo está trenzado en forma de corona, tiene las mejillas de un tono rosa profundo y unos ojos grandes, verdes y monos.

—Hola —saluda con una voz dulce y melódica y la sombra de una sonrisa curvándole los labios carnosos y protuberantes—. Tú debes de ser Logan.

—Sí, y tú debes de ser Mia.

Asiente con la cabeza y mira a Aisha, que está vaciando la bolsa y llenando la mesita de café con productos para el pelo antes de lanzarle a Mia unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca de asas.

—Ponte eso.

«¿Dónde?».

Aparte de la cocina sin puerta, no hay ningún sitio en el que esta chica pueda cambiarse, y no creo que vaya a desnudarse como si nada en medio del estudio sin estallar en llamas. Joder, es tan tímida que me siento como un lobo feroz cuando me muevo

para coger el biombo alto y ella da un paso atrás a pesar de que no se está interponiendo en mi camino.

Es probable que el biombo solo sea atrezo caro, pero servirá. Bloqueo la entrada a la cocina y le hago un gesto a Mia para que entre en cuanto sale Cassidy con una taza de café.

—¿Cuántos años tiene? —le susurro a Cass con las cejas juntas. Ni de coña voy a ponerle una mano encima si es menor de edad.

—Dieciocho —apunta Aisha, sin molestarse en absoluto en bajar la voz—. Siéntate, Logan. —Señala la silla de director junto a la ventana, peine en mano—. No pongas esa cara. No es la primera vez que hago esto.

Solo estoy poniendo una cara porque me preocupa tocar a Mia por si se rompe en pedazos ante el menor roce de mi mano.

Mientras mi pelo se ve sometido a todo tipo de tirones, lluvia de productos en espray y peinados, Cassidy prepara el set, murmurando una retahíla de palabras incoherentes por lo bajo. De vez en cuando, capto alguna palabra como «iluminación», «exposición» y «lentes», pero aparte de eso, me suena todo a un galimatías.

Mia sale de la cocina vestida con unos vaqueros claros y un top de asas, ocultando los cinco centímetros de piel desnuda bajo sus clavículas con el brazo y con las mejillas de un rojo escarlata.

Menos mal que ella no tiene que mirar a cámara. Es tan tímida que ya siento pavor por las horas que nos esperan, pero no paro de echar miraditas a su cara redonda y absolutamente perfecta. Es casi antinatural. No lleva ni gota de maquillaje, pero parece que la hayan retocado con Photoshop.

Me apuesto lo que sea que alguno de lo trillizos perdería la cabeza por esta tía. Es preciosa. Seguramente no sea su tipo por la clara inseguridad que irradia, pero Conor podría apañárselas. Se hace el duro, pero es el más cariñoso de los siete.

«Deja de jugar a hacer de casamentero, idiota. Son todos unos críos».

—¿Estás en la universidad, Mia?

—Sí, en la Orange Coast.

—Entonces seguro que conoces a mis hermanos. Son tres, Cody, Colt y Conor.

—Sí, es imposible no notarlos —admite, tirando de sus brazaletes como si hablar conmigo la estresase mucho—. Vamos a las mismas escuelas desde parvulitos.

—¿Se están comportando?

—No tengo forma de saberlo. —Acepta una taza de café de Cass, se relaja un poco y deja de taparse el pecho—. Van un curso por delante de mí. No tenemos ninguna clase juntos.

—¿Y en las fiestas? —pregunto, y hago una mueca cuando Aisha me tira demasiado fuerte del pelo—. Ándate con ojo —le digo.

Ella se limita a bufar.

—¿Te tiene pinta de fiestera?

La expresión de Mia se hunde ante el comentario y los ojos le dejan de brillar mientras se hunde en sí misma, retraída.

Guau, ¿cómo puede alguien ser tan tímida?

—Vale, creo que ya está perfecto —añade Aisha—. Ahora quítate la camiseta, hombretón. Veamos esos pectorales.

Enarco una ceja y sonrío cuando me paso la camiseta por la cabeza, sin importarme una mierda destrozar el peinado en el que lleva trabajando diez minutos. Sus ojos se pasean por mi pecho y ladea la cabeza, como si yo fuese un vestido que está pensando en comprar. Cass se gira, clava los ojos azules en mí y traga saliva con fuerza para aliviar el deseo que le atasca la garganta. Sería más seguro que dejase de comerme con los ojos como si estuviese lista para aceptar mi polla otra vez.

—Empecemos solo contigo. Voy a necesitar unas pocas fotos para el material promocional —dice Aisha.

A juzgar por la mirada furibunda y el tic en los labios de Cassidy, puede que Aisha se esté adentrando en terreno pantanoso al intentar asumir el mando. Ocupo mi lugar delante de la cámara y, durante los siguientes treinta minutos, descubro que posar no es tan fácil como parece. Cass no para de recolocarme la cabeza o los brazos, dando una reprimenda por cómo luzco en cámara.

«Deja de sonreír».

«Sonríe».

«Hombros atrás».

«No frunzas el ceño».

«Frunce el ceño».

«Mira hacia la puerta».

«Mira hacia mí».

«Pon cara de enfado».

Madre del amor hermoso. Mientras tanto, ella se dedica a saltar de un lado a otro por el set, reajustando la iluminación después de cada foto, cambiando el ángulo de la cámara o reemplazando la lente. Está en su elemento, se le nota su confianza y pasión en la cara, cosa que me pone como una moto. Además, tiene talento. Juega con las luces y sombras para capturar unas fotos de lo más atractivas.

Le echo un vistazo a las fotos mientras ella cambia el fondo. Aisha se asoma a mirar por encima de mi hombro, lo cual no es tarea fácil con su altura, pero se las apaña para conseguirlo sin apoyarme la barbilla en el hombro.

—Mia, ¿estás lista? —le pregunta Cass.

La aludida levanta sus ojos grandes de una copia de *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne y se guarda el libro en el bolso. Cruza la habitación con pasos cortos y los hombros tensos.

—Suéltate el pelo, hermanita —dice Aisha y Cass y yo nos giramos hacia ella de golpe—. ¿Qué?

—No dijiste que era tu hermana.

—Creí que saltaba a la vista. Nos parecemos. Y, ¿qué importa, de todos modos?

Vale, está decidido, no me gusta Aisha. La actitud que tiene con Mia es detestable. Le ladra órdenes como si fuese un perro y Mia obedece sin rechistar. No tengo ni idea de dónde sale esta necesidad de luchar sus batallas, pero invade mi organismo, y quiero arrancarle a Aisha la cabeza de los hombros.

—¿Dónde me pongo? —Mia se suelta el pelo largo y ondulado, deteniéndose a medio metro de mí—. ¿Aquí está bien?

—Primero vamos con Logan. —Cass me pone en posición para que le dé la espalda al decorado, fulminado la cámara con la mirada, y después le enseña a Mia cómo debería posar.

—¡Ponte recta! —ladra Aisha, entrando en estampida en el set para empujar a Mia a que dé un paso adelante—. Logan no muerde, ¿sabes?

Mia rebota contra mi pecho. Apoya las palmas contra los músculos de mi abdomen y al instante se retira.

—Perdón.

—Siéntate y cállate o ya puedes buscarte a otro para las fotos. —Le pongo mala cara a Aisha. No vamos a avanzar nada si la señorita Soy Una Autora Importante no cierra el pico—. O aún mejor… ya casi es hora de comer. Ve y cógenos algo en el Olive Tree. —Me saco unos cuantos billetes de cien de la cartera y se los pongo en la mano—. Dile a la chef que vas de mi parte.

—¿El Olive Tree? —pregunta con un tono tan dulce como el azúcar, ignorando totalmente mi explosión—. ¿Por qué? Eso queda en la otra punta del pueblo.

Y, por lo tanto, tendremos una hora para trabajar en paz.

—Mi cuñada es la jefa de cocina. Ella sabe lo que me gusta. —Estoy seguro de que, si Aisha no estuviese desesperada por tener las fotos hoy, me diría que me largase, pero me necesita demasiado como para discutir.

—¿Por qué la has mandado al restaurante de Nico? —me pregunta Cass en cuanto Aisha se marcha—. ¿Y si…?

—Está estresando a Mia —digo, mirando al manojo de nervios en cuestión, que juguetea con sus anillos de oro—. Deberías mandarla a tomar por culo de vez en cuando.

Otra sonrisa apenas presente le tira de las comisuras de los labios y las mejillas se le sonrojan como en sincronía.

—Es más fácil seguirle la corriente.

—No puedes dejar que te pisotee de esa forma.

No contesta y le echa una miradita a Cassidy, a la espera de instrucciones. La sesión nos lleva solo media hora sin los comentarios y órdenes de Aisha.

La primera vez que le envuelvo la espalda a Mia con la mano, tiembla como una hoja al viento, pero después de unos cuantos chistes no muy graciosos de mi parte, se tranquiliza y me deja que la acerque más a mí.

QUINCE

Logan

Las semanas pasan volando desde que acepté la oferta del abuelo de tomar las riendas de la empresa. Mayo se convirtió en junio antes de darme cuenta. Y ahora junio casi se ha terminado también. Las últimas semanas son un borrón de reuniones que se estiran hasta la noche y sexo alucinante con Cassidy.

Al principio, limité las visitas a dos veces a la semana, pero a mitad de la segunda semana, no pude aguantarme hasta el sábado y me presenté antes de tiempo en su piso.

Ahora vengo cada dos días y aun así quiero más. Quiero estar aquí dos veces *al día*, hacer que se corra con mis dedos y polla antes del trabajo y otra vez después de salir, pero he trazado el límite en día sí, día no. Ya es demasiado así. Y también es malo que, tras dos meses de sexo regular, sigamos dándole al tema como conejos.

Cass abre la puerta cuando aparezco en su casa el miércoles hecha un torbellino de molestia adorable: enfadada e irritada, mejillas coloradas y el pelo recogido en un moño desordenado en la coronilla. Tiene aspecto de haberse pasado la tarde en la cinta de andar, corriendo a treinta kilómetros por hora.

—Esta noche no es buen momento. Iba a escribirte, pero se me olvidó. Perdona. ¿Puedes volver mañana? —pregunta, aunque abre más la puerta—. Estoy ocupada armado un cristo y haciéndome daño. —Se lleva el dedo a la boca y se chupa la sangre de su nudillo raspado.

La polla no debería ponérseme dura al ver esto, pero pasa. Cada acción de Cassidy resulta ridículamente excitante.

No hay muebles en su piso, o al menos no en el espacio abierto del salón-cocina-comedor. La puerta de su cuarto pequeño está abierta y bloqueada por el sofá de dos plazas y se ve que la habitación está a reventar de cosas. Creo que ni Josh encontraría la forma de colarse ahí dentro.

—Mi casero decidió cambiar los suelos —explica mientras yo contemplo el panorama—. Pero el albañil hoy solo tuvo tiempo de retirar el antiguo.

—Y has decidido encargarte de poner el nuevo suelo tú solita y sin herramientas. —Me quito la chaqueta y me subo las mangas de la camiseta—. Tienes razón, solo estás armando un cristo. —Señalo la lama de parqué astillada de la esquina—. Espera a que vuelvan los albañiles.

Se cruza de brazos, empujándose las tetas y dejándome dolorosamente claro que no lleva sujetador debajo de su camiseta negra. Es tan sexy que es ridículo, hasta cuando va vestida como una pordiosera. Los pantalones de chándal le cuelgan bajos en las caderas, unos mechones de pelo se le escapan del moño, rozándole los hombros y tiene la camiseta manchada de pegamento y huellas de sangre en la frente.

—Ese es el problema —resopla, abriendo la nevera para coger dos cervezas—. Mi casero me llamó hace una hora para decirme ¡que el tío no va poder volver hasta dentro de dos semanas! Está intentando buscarle un sustituto, pero nadie va a pasarse por aquí mañana. —Me pasa una botella de Bud Light, se sube a la encimera y empieza a despegarle la pegatina a su Corona con nerviosismo—. No me importa dormir en el suelo unas noches, pero no puedo llegar hasta mi ropa ni al baño y llevo sin mear seis horas.

Pues tomarse una cerveza no va a mejorar el asunto.

Analizo el espacio, contando los paquetes de lamas junto a la pared para asegurarme de que hay suficientes, antes de comprobar qué herramientas tiene: un martillo chiquitito, tres destornilladores, un cuchillo de cocina grande de narices y una cinta de medir.

No bastará. ¿Es que tenía pensado cortar las láminas a medida con unas tijeras?

No vine hasta aquí para poner unos suelos. Vine para poner a Cass sobre la cama y devorarla, pero no hay donde tenderla.

Joder, pues supongo que toca hacer de manitas.

Dejo la cerveza a un lado y salgo del piso para ir a por mi caja de herramientas en el maletero. Tengo por costumbre llevarla en el coche. Me gusta hacer de manitas de vez en cuando y ser a quien recurre mi familia siempre que necesitan arreglar algo, pero este último año he estado encerrado en mi despacho y apenas he tenido tiempo para jugar con mis herramientas.

Ahora que voy a asumir las riendas de Stone & Oak, no voy a ensuciarme las manos nunca.

—Creí que te habías ido —dice Cassidy cuando vuelvo y dejo la caja de herramientas en medio de la sala que no es más grande que el baño de mi habitación—. Puedo hacerlo yo sola, Logan.

—Dame las gracias y mueve ese culo bonito hasta aquí para ayudar. —Desmonto las tres lamas que colocó ella antes de abrir un rollo de aislante para suelos—. Esto va primero.

—Creí que era para cubrir el suelo que ya está listo mientras sigo con el resto —reconoce, ayudándome a desenrollar la base de aislante y cortarlo a medida—. Vale, ¿y ahora qué? —Ahora está emocionada, sentada con las piernas cruzadas en el suelo y con una sonrisa.

La cara se le ilumina con esa sonrisa y durante un segundo me cuesta respirar. Ese estúpido compresor de aire se acciona en mi pecho, insuflándome los pulmones hasta tal punto que se me ciñen en torno al corazón.

—Ahora, ponemos el suelo —explico, aclarándome la garganta —. Sin pegamento, eso sí. Encajan haciendo clic.

Le enseño cómo se hace y, cuando le pilla el truco, la dejo hacer mientras yo corto las lamas a medida para cubrir los huecos junto a las paredes. Media hora más tarde, la mitad de la sala está hecha y la botella de Bud Light a mi lado está vacía.

—Necesitamos más cerveza, cariño.

Maldigo para mis adentros, poniendo una cara de indiferencia mientras evito mirarla a los ojos, centrado en la tarea que tengo entre manos. No es para tanto.

Ya, claro.

Las cosas se están saliendo de control si no puedo tragarme los apelativos cariñosos fuera del dormitorio.

Cass o no lo nota o decide no tomárselo muy en serio, cosa que le agradeceré eternamente. Lo de follármela para conseguir dejar de pensar en ella no está funcionando. Creí que habría superado la atracción a estas alturas. Hemos follado en todas las posturas imaginables y en todas las superficies de su piso, pero nunca tengo suficiente de esta chica sin importar lo que haga. Ella es un ansiolítico y, por lo que parece, yo sufro de una ansiedad grave.

Me la estoy jugando al venir aquí cada dos días. En algún momento, alguien se dará cuenta. Alguien me verá saliendo de su piso y las noticias llegarán a oídos de mis hermanos y… Ni siquiera quiero pensar en qué pasaría.

—Me he apuntado a clases de natación —dice Cass, pasándome otra cerveza—. Ayer fui a la primera clase.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te fue?

—No muy bien. —Se levanta la camiseta para enseñarme el moratón rojo y morado que tiene en la espalda. Una punzada de ira me azota las costillas. Su profesor, quien quiera que sea, se merece una paliza por dejar que le pasase esto—. Me resbalé en la escalera cuando bajaba a la piscina y me hundí.

Unos escalofríos helados me suben por la espalda y siento el estómago hueco cuando las imágenes de su cuerpo sin vida parpadean ante mis ojos con tanta viveza como si estuviese pasando en tiempo real. Creo que nunca olvidaré el miedo que me subió por el pecho cuando le insuflé los pulmones de aire, tratando de traerla de vuelta a la vida.

—Entiendo que no sabes nadar, pero hay más detrás de eso, ¿verdad? Te da miedo el agua.

—No es tan feo como suena —insiste ella, juntado los omóplatos. Deja de encajar las láminas en su sitio, tan tiesa de repente como un animal disecado—. No me asusta el agua que sale

del grifo. Solo cuando hay suficiente como para poder sumergir la cabeza en ella.

Trago más allá del nudo caliente atascado en mi garganta. La expresión en esos ojos azul aciano hace que me cosquillee la piel. No es tristeza. No, esto es más siniestro: vulnerabilidad entremezclada con miedo. Su hidrofobia tiene un motivo. Algo le pasó para provocar esta respuesta en ella.

—¿Te ahogaste cuando eras pequeña? —pregunto, fallando en el intento de mantener un tono de voz ligero. Estoy inquieto por dentro, recordando lo que me dijo sobre el programa de acogida.

«Digamos que comprendí enseguida que el hambre y la soledad no son lo peor que puede sentir una».

Cass se gira hacia el otro lado, apretando los dientes para contener los recuerdos que la abruman. Continúa encajando las lamas en su sitio, pero lo deja diez segundos más tarde.

—Tenía cinco años… —Sentada con la espalda hacia mí, mira por la puerta del balcón como si no soportase mirarme a la cara mientras narra esta historia—. Fue durante las únicas vacaciones que organizaron mis padres. Nada del otro mundo, solo unas noches en un motel barato de Laguna Beach. Había una piscina —dice con voz queda—. Recuerdo lo emocionada que estaba porque nunca había estado en una antes. Ni siquiera había visto nunca una piscina en aquel entonces, así que me pasé la mayor parte del primer día en el agua mientras mis padres bebían y tomaban el sol en las hamacas.

No me gusta a dónde se dirige esto. Un aura pesada y de mal agüero se asienta a nuestro alrededor. Una sensación de inquietud privada de oxígeno que hace que se me pongan los pelos de punta. Me alegro de que confíe en mí lo suficiente para hablarme de esto, pero temo lo que vaya a decir a continuación cuando se pasa un mechón de pelo detrás de la oreja, con la cabeza gacha.

—Mi padre estaba dormitando y mamá le gritó que volviese a nuestro cuarto. En ese entonces ella no bebía mucho en público, pero no estaba sobria en absoluto. Recuerdo que papá se tambaleaba al andar, demasiado borracho para ver por dónde iba. Se cayó a la piscina y el agua fría hizo que se le despejase un poco

la borrachera. Lo bastante para que se diera cuenta de que tenía que salir.

Las manos se me cierran en puños. El cabreo me sube por la mente, el pecho y el corazón. Esto es peor de lo que me esperaba.

Peor de lo que me imaginaba.

—Me usó para impulsarse y mantener la cabeza fuera del agua, hundiéndome a mí una y otra vez en el proceso —continúa con una voz carente de emociones. Sus palabras son distantes, como si estuviese leyendo un guion en vez de reviviendo el infierno por el que pasó—. Mamá corrió dentro para buscar ayuda. Solo tenía cinco años, pero lo recuerdo tan claramente… Las burbujas que flotaban hasta la superficie a mi alrededor, el dolor que me gritaba en los pulmones que se me llenaban de agua, cómo papá luchaba con frenesí por el temor a ahogarse, pero no de que me ahogase yo. —Endereza la espalda y exhala un aliento de derrota—. La piscina no era muy profunda. El agua no debía de llegarle más allá del cuello estando de pie, pero estaba demasiado borracho para darse cuenta de ello.

Las palabras me fallan. Estoy temblando por dentro con tanta fuerza que siento los huesos como si fuesen uno de esos muñecos cabezones que se menean. ¿Qué le puedo decir a una chica a la que casi mata su padre? He escuchado más que unas cuantas historias macabras igual que ésta de parte de Shawn, pero esas les pasaban a desconocidos. No les pasaban a nadie conocido ni que me sonasen, por lo que jamás me impactaron tanto.

—¿Y qué pasó después? —pregunto con la voz ronca y la garganta seca—. Mierda, Cass… dime qué pagó por hacerte daño.

Sacude la cabeza con suavidad.

—No sé qué pasó después. Me desperté en el hospital a la mañana siguiente y me pasé tres días en la UCI. Cuando volví a casa, papá estaba allí, borracho. —Alza la cabeza y se gira lentamente.

Ninguna lágrima le mancha las mejillas. Ni una sola le empaña los ojos. Es como otra puñalada directa a mi cuello. Debería llorar. Debería *sentir* algo, pero parece estar entumecida y hueca por dentro.

Le rodeo la muñeca y tiro de ella para subirla a mi regazo y obligarla a acurrucarse contra mi pecho.

No somos pareja.

Nuestra relación no incluye abrazos.

Dudo que ella me considere un amigo, pero mi reacción es un reflejo involuntario. No sé si se siente segura conmigo, pero, joder, espero que sí. Alza la mano lentamente y con cuidado, como si no estuviese segura de si tiene permiso para hacerlo, pero termina enredando los dedos en el pelo de mi nuca.

—En una de las casas de acogida de cuando tenía quince años había un chico de mi edad —dice, su aliento cálido me abanica el cuello—. Estaba enfadado con el mundo entero. Estoy segura de que le hicieron daño cuando era un niño y esa era su forma de lidiar con sus traumas, pero… —Inhala profundamente, hundiendo aún más la cara contra mí—. Enseguida se dio cuenta de que me daba miedo el agua y me metía la cabeza en la bañera prácticamente todos los días para poder ver cómo yo gritaba y pataleaba, como si mi miedo le proporcionase algún tipo de placer enfermizo.

Siento el impulso de encontrar y matar a ese cabronazo. A él y al padre de Cass. Puede que en teoría solo nos estemos acostando juntos, pero hace años que forma parte de mi vida de un modo u otro. No puedo quedarme a un lado y sin inmutarme con lo que dice.

—Siento que tuvieras que pasar por eso, princesa.

—No pasa nada. En cierto modo, tú suplantaste los malos recuerdos cuando me sacaste de la piscina de Theo. Fuiste muy cuidadoso conmigo y estabas resuelto en calmarme. Zack se reía cuando yo escupía el agua entre toses en el suelo del baño. Ver cómo tú intentabas ayudar… no sé, disminuyó el miedo de alguna forma.

El pecho se me hincha con una sensación de orgullo y la apretujo más contra mí sin darme cuenta. Empieza a relajarse contra mi cuerpo. Sus músculos ceden con más facilidad, pero puedo sentir lo fuerte que le late el pecho contra las costillas.

Solo entonces caigo en que le he estado acariciando el pelo y peinándoselo detrás de la oreja una y otra vez. Parece tener un efecto calmante en ella, así que no paro.

Debería, pero no lo hago.

—Dos años más tarde, me acogió una pareja mayor que no podía tener hijos. Eran gente encantadora y aprendí a confiar en ellos después de meses de ayuda y cariño. Pagaron por mis sesiones de terapia. Sané tanto como pude. No dejo que lo que pasó en mi pasado me defina, pero… —Se ríe sin fuerzas, apartándose un poco para poder mirarme—. No me gusta el agua y no creo que eso vaya a cambiar nunca. —Se mueve, retirándose de mi regazo para continuar con la tarea.

No puedo contener la decepción que me invade. Tenerla cerca sin que fuese un preludio del sexo, que fuese solo un momento de cariño… Joder, lo sentí como si fuese lo correcto.

Todo lo que tiene que ver con nosotros está mal, muy mal, pero este momento que acabamos de compartir estuvo bien de narices.

Quiero consolarla de alguna manera, volver a dibujarle una sonrisa en la cara, pero dudo que quiera compasión.

En menos de una hora, el suelo ha quedado finiquitado y su cuarto ya no está a rebosar. Nos pasamos la siguiente hora en la ducha y en la cama, pero el sexo es diferente esta noche. No quiero que las cosas cambien, pero no puedo hacer una mierda para cambiar cómo me siento. Mis caricias sobre su cuerpo son más tiernas, mis besos más profundos y significan *más*.

No es solo otro encuentro físico.

Sigue siendo pasional y exigente, pero la calidez que me llena el pecho y cómo me afectan sus caricias es algo nuevo.

DIECISÉIS

Cassidy

Logan: Un Uber te recogerá a las 19:00 y te llevará a mi casa.

Me quedo mirando el mensaje con dos arrugas marcándome la frente. No he vuelto a poner un pie en su casa desde mi visita por sorpresa.

Follamos en *mi* cama.

En *mi* cocina.

En *mi* sofá.

En *mi* ducha.

La programación no ha cambiado desde mi confesión impulsiva de hace dos semanas cuando le conté que mi padre me ahogó. Logan sigue pasándose por aquí cada dos días y no ha vuelto a sacar el tema.

Y yo que me alegro. No debería haberle contado nada. Bajar la guardia fue estúpido e irresponsable en el mejor de los casos. Ni siquiera Kaya sabe los malos tragos que pasé a manos de mis padres y las familias de acogida. Zack fue el único en aprovecharse de mi fobia, pero hubo otras familias más que se enorgullecieron de convertir mi vida en un infierno aún mayor del que ya era.

El casero me transfirió unos cuantos cientos de dólares a mi cuenta cuando le dije que el suelo ya estaba montado. Logan es demasiado orgulloso para aceptar dinero por ayudarme a hacerlo, pero no es tan tonto como para rechazar un regalo.

O eso espero.

Llevo un tiempo buscando algo que sea significativo pero impersonal y esta mañana por fin tuve una epifanía.

Me doy un baño largo y me consiento con esponjas y mascarillas faciales antes de meterme en uno de los tres conjuntos de ropa interior que tengo. Me pongo un vestido ligero encima y, como me sobra tiempo, me maquillo con esmero. Aunque no con el bastante esmero para que salte a la vista que me he esforzado para impresionarlo. Logan no es idiota. Vería lo que me traigo entre manos desde un kilómetro y medio de distancia y no pienso poner en riesgo lo que tenemos.

Sé que solo quiere sexo, pero después de tres meses en sus brazos, sintiendo sus besos sobre mi piel y viendo el empeño en su rostro cada vez que se esfuerza para provocarme el más intenso de los placeres, mentiría si dijera que no tengo esperanzas de más.

Y dejo que la esperanza me consuma cachito a cachito porque últimamente no se trata *solo* de sexo. Desde que me ayudó con los suelos, nos hemos estado mensajeando sin parar. No hablamos de nada importante ni significativo, pero se me antoja como ir un paso más allá.

Un día me envío una foto de la gorra de béisbol que se compró; la semana pasada fue una pregunta sobre qué flores comprarle a su madre por su cumple; ayer, antes de despertarme ya me esperaba un «vas a necesitar un paraguas».

Mi lado romántico se aferra a la idea de un «nosotros» igual que un niño se aferra a su manta favorita. Sueño despierta como una adolescente enamorada, imaginándome que Logan y yo salimos juntos, nos besamos delante de sus hermanos, cenamos en el restaurante de Nico y nos quedamos dormidos el uno junto al otro.

Tontita e inocente de mí.

Aunque soñar es gratis; todos tenemos algún sueño que es muy poco probable que se convierta en realidad. Ganar la lotería sería un ejemplo perfecto de ello. Logan es un billete de lotería premiado, pero no seré yo quien lo cobre. Solo lo tengo prestado.

A las siete en punto, me subo al asiento trasero del Uber que me pidió Logan. Veinte minutos más tarde, oculta bajo un par de

gafas de sol extragrandes y un sombrero de paja blanco y de ala ancha, llamo a su puerta.

Ésta se abre de golpe, revelando al hombre de mis sueños normales y húmedos, cuyos ojos se pasean por mi figura y una sonrisa engreída le curva una comisura de la boca.

—Vas vestida como si estuvieses a punto de ponerle los cuernos a tu marido con el chico de la piscina.

Me quito las gafas, entro y le arreo con el borde mi sombrero a la moda.

—Creí que agradecerías que me tome tales molestias teniendo en cuenta que esto —señalo el espacio entre nosotros cuando la puerta se cierra— es un gran secreto, ¿no?

La diversión abandona sus rasgos y entrecierra los ojos al mirarme.

—Debería haberte avisado de que no te maquillaras. Hay toallitas de bebé en el baño al final del pasillo. Quítatelo.

Me pasé media hora dibujándome y redibujándome el delineado para que quedase igual en ambos ojos ¿para borrar ahora todo mi esfuerzo? Va a ser que no.

—¿Por qué?

—Quiero reemplazar otro recuerdo malo con uno bueno.

—Lo que dices no tiene sentido, Logan. Prueba otra vez.

Se rasca el cogote y resopla, evidentemente incómodo.

—Quiero que te metas en la piscina conmigo.

Doy un paso atrás como si estuviésemos ya fuera, junto al borde la piscina. Durante la clase de natación fallida, mi corazón intentó abrirse paso a través de mi pecho, la garganta se me secó y los ojos me escocían de las lágrimas sin derramar. Me mordí la lengua con tanta fuerza que saboreé sangre antes de poner un pie en la piscina, y el pánico se apoderó de mí después de descender dos escalones.

A Logan le dije que me resbalé, pero la verdad es que tenía las piernas tan débiles que sentí como si estuviese caminando por una tabla estrecha a cincuenta pisos de altura un día de viento fuerte.

No me resbalé.

Me desmayé.

Por suerte, solo durante unos segundos. Y esos pocos segundos duraron los suficiente para que ya no estuviese en el agua cuando abrí los ojos. Estaba tendida sobre las baldosas, completamente empapada.

—Esa no es buena idea. Ya lo intenté y fracasé y…

—Oye —dice, acercándose más para acunar mi cara entre sus manos y obligarme a mirarlo—. No te voy a lanzar, Cass. Nada de presiones, tú solo inténtalo, ¿vale? Te compré unas botellas de Corona para que te relajes. Yo no voy a beber para poder estar completamente alerta, por si acaso.

Esto no es lo que me esperaba cuando me subí al Uber. Se suponía que íbamos acostarnos como siempre, pero ¿*esto*? Me invade una felicidad repentina e irresponsable de que quiera ayudar, pero, a la vez, me siento como un cerdo directo al matadero.

Aun así, no hay mucho que le negaría a Logan.

—No hace falta que me quite el maquillaje. Ni de coña voy a sumergir la cabeza bajo el agua por voluntad propia.

—Vale, déjate el maquillaje.

Algo me toca la pierna por detrás y una punzada de un terror escalofriante hace que me abalance hacia delante, dándole un cabezazo a Logan en la barbilla, labios y nariz, y chille como una cría de cinco años.

—Mierda. ¿Qué cojones? —murmura Logan, masajeándose la mandíbula—. Creo que me has roto un diente.

Apenas distingo lo que dice mientras veo cómo una serpiente enorme, blanca y amarilla trata de subírseme por la pierna. Vuelvo a chillar y trepo por Logan como a un árbol. Lo envuelvo con brazos y piernas y me aferro a sus hombros, clavándole las uñas en el cuello. La serpiente solo está en el vestíbulo a medias. Dos tercios de su cuerpo de al menos cuatro metros y medio de largo siguen estando en el salón.

—¿También te dan miedo las serpientes? —masculla Logan con un deje de diversión—. Tranquilízate.

Reacomoda las manos para sujetarme del culo, dándole un leve apretón. No hace falta que me sujete, no me bajaré mientras la

serpiente esté a sus pies. Anclaré las uñas en la carne de Logan, aferrándome como si fuera hiedra, antes de tocar el suelo.

—Se llama Ghost. Dile hola.

—¿¡Hola?! —chillo, arqueándome para mirarlo. Una punzada terca de culpa me asalta la conciencia cuando veo que se le está hinchando el labio, pero no es lo bastante potente para distraerme del problema principal—. ¿¡Tiene nombre?! ¿¡Pero a ti qué te pasa?!

Logan se ríe y me aprieta aún más el culo.

—No es venenoso y es bastante lento. Corres tú más rápido que él. A menos que prefieras colgarte de mi cuello, eso también está guay, aunque descubrirás que no le supone ningún problema escalar hasta aquí.

Me subo aún más y mis tetas se presionan contra la cara de Logan.

Me deja besos en el suave valle entre ellas.

—Estoy disfrutando de esto —susurra con la voz cargada de lujuria—. Me lo traeré conmigo la próxima vez que vaya a tu casa.

—¡Ni se te ocurra! —Reboto en sus brazos—. Muévete, Logan. ¡Muévete! ¡Sácame de aquí!

Vuelve a reírse y me besa la columna del cuello antes de pasar por encima de la serpiente. Me lleva a la cocina donde me sienta en la isla extragrande.

—No te hará daño. Es totalmente inofensivo. De hecho, le gusta acurrucarse.

—¿Acurrucarse? ¡No se está acurrucando contigo! —Le hundo un dedo en el pecho—. ¡Te está midiendo para poder comerte!

Ya no se está riendo flojito, ahora se está riendo en mi cara a carcajada limpia. Como la mujer madura que soy, me cruzo de brazos.

—Tendría que ser el doble de grande de lo que es para comerme. Investigué a fondo antes de comprarlo. Si no lo dejo enrollarse a mi alrededor y lo guardo en su terrario por las noches, no pasará nada.

La serpiente entra en la cocina. Debe de oler mi miedo porque clava sus ojos rojos en mí y yo levanto las piernas sin prestarle

atención a mi postura: sentada de piernas cruzadas en la isla con un vestido. Estoy hecha toda una dama sofisticada.

—¿Puedes guardarlo en su terrario, por favor?

Logan se agarra a la encimera y se inclina hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura.

—¿Te meterás en la piscina?

—¡Eso es chantaje! —Mis ojos están clavados en la serpiente monstruosa arrastrándose por el suelo de mármol con una gracia innegable—. Olvídalo. Me voy a casa.

—No, no te vas. Aún no hemos terminado aquí. —Se aparta para ir a cogerme una botella de Corona antes de recoger a Ghost del suelo y llevarlo medio a rastras fuera de la cocina—. Ya está —dice un momento más tarde—. Encerrado bajo llave.

—Tú no eres normal —resoplo, dándole un buen trago a la cerveza—. Te matará. Recuerda mis palabras.

—Hace cuatro meses que lo tengo y jamás me ha hecho daño, tú, por otra parte… —Se apunta a la cara y al labio hinchado, dejando el resto de la oración en el aire—. Vamos, puedes sentarte junto a la piscina mientras yo me doy un chapuzón.

Vuelvo a echarle una miradita al suelo, esperando que la serpiente se materialice en mi camino.

—¿Quieres que te enseñe que está encerrado?

—Sí.

Me alza en brazos y me lleva hasta la sala de estar, donde la serpiente está, en efecto, encerrada en un terrario del tamaño de mi cuarto de baño. Creo que mi piso entero cabría en su salón.

—Vale, ya puedes bajarme.

No me baja. Me lleva al jardín trasero y me sienta en un sofá cómodo a medio metro del borde de la piscina. Observo sin tapujos cómo se menea para quitarse los pantalones y se pasa la camiseta por la cabeza, dejando a la vista su cuerpo tonificado.

Los Hayes son todos guapísimos, habiendo combinado los buenos genes de sus padres y abuelos para crear unos especímenes celestiales con una retahíla de rasgos sexis, pero Logan es *mi* concepto de tío bueno: con músculos, pero sin estar petado; hombros anchos, abdominales, tríceps y oblicuos bien

definidos. Tras un ruido de chapoteo, está en la piscina, nadando a lo largo bajo la capa de agua cristalina para resurgir hacia el final.

—Presumido —mascullo, dándole traguitos a la botella—. Haces que parezca muy fácil.

Se acerca nadando, apoya los codos en los azulejos que rodean la piscina y se pasa los dedos por el cabello oscuro.

—Es que es fácil. ¿Qué te parece remojar solo las piernas primero? —Apoya el peso de su cuerpo con una mano y me quita las sandalias con la otra antes de señalar los azulejos—. Siéntate aquí.

—Está mojado. —Me estoy agarrando a un clavo ardiendo, buscando excusas para no acercarme demasiado al agua—. Se me echará a perder el vestido.

—Quítatelo. Aquí nadie puede verte.

—¿Y qué hay de tus vecinos? —Le echo un vistazo a las casas cercanas, pero todas miran al jardín de Logan en ángulo y ninguna tiene una ventana desde la que nos puedan ver. Con un resoplido, me bajo las asas del vestido por los hombros—. Me parece que te gusta lo que ves —lo provoco para romper la tensión cuando sus ojos se pasean por mi cuerpo vestido en un conjunto de lencería negra.

—¿Qué no iba a gustarme? —Da unos golpecitos en el espacio entre sus codos y me tiende la mano—. Siéntate. Pon las piernas sobre mis hombros.

La determinación en su mirada me ayuda a mantener el miedo a raya. Me siento y aprieto los dientes cuando el agua fría me moja las bragas. Logan se hunde más para que pueda posar las piernas en sus hombros, con las rodillas a ambos lados de su cuello y los pies en el aire, a una distancia segura de la superficie de agua en calma.

Es relajante y desconcertante a la vez porque es Logan quien tiene el control ahora mismo. Puede hundirse aún más y sumergir mis piernas, cosa que no estaría tan mal si se detiene ahí, pero sus manos me están acunando las caderas y no le costaría arrastrarme al agua.

El corazón se me acelera al pensarlo.

—Bebe —me dice, acariciándome la piel con las yemas.

Me arqueo para coger la botella y él aprovecha la oportunidad para acercarme más al borde.

—Tranquila, te dije que no te lanzaría. Tienes que entrar por tu cuenta, pero —cuela la mano entre mis piernas, me engancha las bragas con los dedos y las mueve a un lado para dejar mi sexo al aire— hueles tan bien que tengo que probarte.

Se sumerge entre mis piernas sin esperar a que le dé luz verde y estimula el manojo de nervios en mi entrepierna con la punta de la lengua. Sentada tan cerca como estoy del agua, estoy tensa, pero Logan hace un buen trabajo a la hora de relajar mi cuerpo y mi mente.

Una emoción insana sacude mis sentidos. Estamos en el jardín, a plena vista. Sigue siendo de día y me está devorando como si hiciese días que no come. Un gemido suave se escapa de mis labios y los ojos se me cierran.

—Shh —habla contra mí, su aliento cálido me abanica la piel—. Nadie puede vernos, pero te oirán si no te estás callada.

Arqueo la espalda, apoyando la cabeza contra el final del sofá. Me muerdo el interior de la mejilla para no gemir en voz alta, imaginándome qué aspecto ofrecemos como si nos estuviese viendo desde arriba: Logan en la piscina con la cara entre mis piernas, que descansan en sus hombros.

Los muslos se me contraen cuando acaricia mi punto G, acercándome al precipicio. Tarda más que de costumbre, pero en cuanto llega el orgasmo, Logan me cubre la boca con la mano, ahogando mis jadeos mientras sus dedos entran y salen de mí para prolongar el clímax. Un puntitos blancos me bailotean delante de los ojos; el orgasmo es tan intenso que me quiero tirar de los pelos.

—Mírame —me ordena. Sus manos ya no tocan mi piel y su aliento cálido ya no está sobre mi clítoris.

Abro los ojos para encontrarme con la satisfacción felina de su mirada. Está flotando a metro y medio del borde, instándome a echarle un vistazo a mis piernas. Están en el agua, sumergidas hasta las rodillas. Tomo una respiración profunda y calmante. Esto

no está tan mal. Tener las piernas en el agua está bien. Es parecido a las veces en que me he acercado a las olas de la orilla en la playa.

—¿Qué tal? —Se acerca nadando y me aparta las piernas para poder colocarse entre ellas—. ¿Te da un miedo aterrador o es soportable?

Sonrío mirándolo.

—Soportable.

—Bien. —Toma impulso para salir de la piscina y desaparece dentro de la casa para cogerme otra botella de Corona. En vez de volver a saltar al agua, aparta el sofá y se sienta detrás de mí, con sus muslos enjaulando los míos—. Recuéstate.

Me recuesto contra su pecho mojado y frío, demasiado tranquila y cómoda para mi propio bien.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué intentas ayudarme?

—¿Y por qué no? —Me pasa el brazo por las clavículas para arrimarme más—. Aun así, me hundiré en ti más tarde. —Me mordisquea el lóbulo de la oreja—. Tengo la fantasía de follarte en la piscina, así que en realidad mis motivos son egoístas.

Muevo los pies con lentitud, enfocándome en la sensación placentera en vez de en los recuerdos. El agua se mueve alrededor de mis piernas en remolinos, creando una extraña sensación de libertad.

—¿Me abrazarás? —Giro la cabeza, presionando la mejilla contra su pecho. A pesar del chapuzón que se ha dado, huele a su colonia especiada en vez de a cloro. Me estoy aprovechando de la situación, agarrando puñados de intimidad, curvándome en sus brazos y memorizando la felicidad y calma que me colma el pecho cuando él está cerca—. Si me meto dentro —aclaro—. ¿Me abrazarás y sujetarás para que mi cabeza quede por encima del agua?

—No te soltaré, Cass. —Me agarra de la barbilla y me vuelve a ladear la cabeza para alcanzarme los labios. Mi cuerpo se enciende con el beso. No se parece a ninguno que hayamos compartido. No es el típico besuqueo urgente y exigente diseñado como parte de los preliminares. Esto es diferente: íntimo, casi cariñoso—. Estás a

salvo conmigo. —Me acaricia la mejilla con la nariz, haciendo que el ritmo de mi corazón entre en el rango de paro cardíaco—. Yo me meteré primero.

Siento frío cuando salta a la piscina y resurge un instante después, salpicándome más gotas frías.

—Envuélveme el cuello con las manos —me dice, volviendo a posicionarse entre mis piernas. A pesar de la creciente inquietud en mi estómago, hago lo que me dice—. Dime que pare si no te sientes cómoda, ¿de acuerdo?

Tengo las palabras atascadas en la garganta, por lo que un mero asentimiento de cabeza es la única respuesta que obtiene. La anticipación del miedo puede que sea peor que el miedo en sí mismo.

Logan me sostiene la mirada mientras me arrastra cada vez más cerca y con lentitud tirando de mis caderas, hasta que ya no siento los azulejos bajo el culo. Sostiene mi peso cuando me baja al agua y yo le envuelvo las costillas con las piernas, aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello.

Poco a poco, empiezo a bajar hasta su cintura, centrándome en la determinación que brilla en sus ojos. Mi cuerpo se ha desprendido de mi mente, temblando como Bambi al dar sus primeros pasos sobre el hielo.

Estoy asustada, pero no *tan* asustada.

El miedo es controlable cuando Logan está cerca.

Apoyo las manos en sus hombros, aferrándome a su cuerpo como si fuese mi salvavidas y con los ojos cerrados con fuerza. El agua sube de mi cintura a mis pechos antes de que él envuelva un brazo por mi espalda baja.

—¿Qué tal? —pregunta, con su mejilla pegada a la mía y su voz apenas un susurro—. Estamos junto al borde. Puedo sacarte en un abrir y cerrar de ojos.

Expulso todo el aire mis pulmones por la nariz en una larga exhalación y abro los ojos, echando un vistazo alrededor y hacia abajo para ver donde mi cuerpo está bajo el agua en brazos de Logan.

Un miedo de esos que te hacen temblar y te convierte la sangre en gaseosa aletea en la boca de mi estómago. Un vapor glacial me cosquillea por la columna, invocando recuerdos demasiados dolorosos para soportarlos.

Me aferro a Logan, la única persona de mi vida que me ofrece un amago de paz. Estrello los labios contra los suyos, abriéndome paso en su boca y centrándome en esta necesidad intensa para distraer mi mente y ponerle freno al pánico que se extiende por mi cuerpo como una vibración.

—Fuera —susurro la orden—. Por favor, llévame a la cama. Necesito una distracción.

—No digas «por favor» cuando me quieres dentro de ti —gruñe, mordiéndome el labio—. Cierra los ojos. No vamos a salir. —Me empuja las bragas a un lado y me impala en su polla larga y tiesa. La invasión repentina mientras estamos envueltos en la encarnación de mi miedo incrementa la sensación: una mezcla de placer y pavor—. Eso es… Los ojos puestos en mí, Cass. Céntrate en lo bien que te sientes cuando estás conmigo, cariño. —Se acerca al borde, instándome a que sostenga mi propio peso—. Echa los codos hacia atrás. Dije que no te soltaría y no lo haré. Quiero que arquees la espalda.

Asiento, poniéndome en posición. Me embiste con más fuerza, con una mano en mi cadera y la otra alrededor de mi espalda, ejerciendo de escudo para que no me amorate la piel al darme contra el borde duro de la piscina.

Me concentro en los primeros rayos de naranja y rosa que pintan el cielo azul al atardecer, sorda ante el agua que salpica a nuestro alrededor y entumecida ante todo menos las caricias de Logan.

La determinación en sus ojos encapotados, sus labios entreabiertos y sus músculos que se tensan con cada acometida activan un interruptor en mi cerebro que transforma el miedo en dicha. La valentía se abre paso contra todo pronóstico como una flor que crece en el desierto.

Es ahora o nunca.

—Muévete hacia atrás —digo, cogiendo impulso para apartarme del borde hasta que quedo casi tumbada, con solo mi cara por encima del agua. Él sigue penetrándome, pero ahora sus acciones son más calmadas y lentas—. No pares. No me sueltes.

Clava los dedos en mi hueso de la cadera cuando inspiro hondo y echo la cabeza hacia atrás, sumergiéndome con una fusión de miedo y libertad.

El fondo de la bañera en la que Zack me hundía la cabeza relampaguea ante mis ojos. Veo las burbujas de oxígeno que suben con prisa a la superficie. Veo cómo flota mi pelo alrededor mientras presiono las manos contra el fondo, luchando por impulsarme hacia arriba, pero Zack era más fuerte.

El cerebro se me aturulla, cerrándose en sí mismo en un nudo. El pánico me atenaza el pecho más rápido de lo que puedo parpadear. Salgo a la superficie rápida como un rayo, sacudiéndome y aferrándome a Logan; mi cerebro es como el interior de un avión después de haber perdido un motor.

Los labios de Logan bajan a los míos antes de que pueda tomar ni una bocanada de aliento. No necesito aire después de tres segundos sumergida, pero el pánico intenta ahogarme, es un puño grande y tenso que se cierra en torno a mi garganta.

Se afloja tan rápido como apareció cuando mi boca se mueve en sincronía con la suya. El beso es lento, apasionado y calmante.

—Tranquila. —Apoya la frente contra la mía, sin moverse, con la polla aún dentro de mí y los brazos alrededor de mi espalda—. Tranquila, princesa. Estás bien.

Asiento, tragando aire y aferrándome a su pecho.

—Estoy bien. Estoy bien, lo siento. Creía que podía hacerlo.

—Y puedes. Lo has hecho, tú sola. Quieres desprenderte del miedo, pero llevará su tiempo. No esperes finiquitarlo en una tarde. Hoy lo has hecho muy bien. Creí que te quedarías ahí sentada con los pies a remojo todo el rato.

Le beso la frente.

—Gracias, yo…

El sonido del timbre nos sobresalta a los dos. Ahora mismo estábamos en otra parte, no disponibles para el resto del mundo,

pero la realidad se cuela, tenebrosa, amarga e indeseada.

Logan se tensa bajo mi contacto y fulmina con la mirada las puertas que dan al jardín.

—Mierda. —Me saca del agua—. Joder, seguro que es uno de mis hermanos. —Salta fuera, coge su móvil y le da unos cuantos golpecitos a la pantalla antes de volver a maldecir por lo bajo y enseñarme la grabación en directo de la cámara sobre la puerta principal.

Nico está ahí, igual que su coche aparcado junto al bordillo.

En medio de una confusión precipitada, cojo mi vestido y me lo pongo sobre el cuerpo mojado y con los pelos erizados.

—Tú solo… —Los ojos de Logan salen disparados de la pantalla de su teléfono a los míos—. Mierda, tienes que esconderte. —Me coge del brazo, tira de mí y me arrastra dentro de la casa—. Coge tu bolso.

Estoy demasiado conmocionada para pronunciar palabra cuando echamos a correr por la cocina. Recojo el bolso, las gafas y el sombrero de la isla, me aprieto el calzado contra el pecho, siguiéndole el ritmo a duras penas a las largas piernas de Logan.

Abre la puerta del garaje de un tirón.

—Quédate aquí hasta que venga a buscarte. —Me empuja dentro y cierra de un portazo.

Los ojos me escuecen al llenárseme de lágrimas frescas. ¿Quién se cree que es para encerrarme aquí? ¿No me pudo decir que fuese arriba y esperase en su cuarto? O mejor aún, ¿no podía mentirle a Nico y librarse de él de alguna manera? Ante la primera oportunidad de que lo pillasen conmigo, el hombre encantador que lleva siendo Logan toda la tarde volvió a transformarse en un capullo.

¿Por qué me sorprende?

¿Por qué me duele que me dejase aquí sola y fría?

¿Por qué me esperaba que hiciese algo completamente distinto?

Dejé que el lado romántico de mí tomase las riendas esta tarde. Logan se ha estado comportando de forma impropia y me permití tener esperanzas de que estuviésemos yendo en la dirección correcta. De que, a pesar de lo empeñado que está en que

mantengamos una relación puramente sexual, la cosa sea más profunda. De que le importe.

Seré tonta, estúpida e idiota.

Me hundo en el suelo de cemento en medio de la oscuridad total, temblando de frío y los retazos de miedo y buscando mi móvil en el bolso. Una bolsita de regalo plateada capta mi atención.

Se me olvidó dársela a Logan…

DIECISIETE

Logan

—Estás distraído. —Señala Nico, dándole un trago a la botella de Corona—. ¿Qué pasa?

Sacó a Ghost del terrario mientras yo corría al piso de arriba para ponerme unos pantalones de chándal y una camiseta. La serpiente se enrolla con pereza en un donut que tiene al lado, sorprendentemente cómodo para estar cerca de alguien que no conoce. Supongo que las criaturas feroces se reconocen entre sí.

Ya no tengo forma de salir de este aprieto. Por algún motivo, el clan al completo de los Hayes está al caer. De no haber tenido el móvil en silencio mientras estaba con Cass, podría haber evitado su visita, pero cuando Nico me llamó diez veces seguidas, yo no contesté y él decidió venir hasta casa. Ahora, Shawn, Theo y los trillizos incluidos están en camino.

Aquí hay gato encerrado.

No es raro que invadamos la casa de alguno, pero noto en los huesos que algo malo está pasando.

A cada segundo que pasa, me sudan más las manos.

Creo que saben lo mío con Cass.

Creo que esto es una intervención.

Creo que Nico me cantará las putas cuarenta en cuanto los otros cinco entren por esa puerta.

—Nah, estoy bien —miento descaradamente, muriéndome de ganas de echarlo fuera y sacar a Cassidy del garaje.

Una vez más, si me hubiese detenido a pensarlo un segundo, la habría mandado al piso de arriba, pero se me aturulló el cerebro

cuando vi a Nico delante de mi puerta a través de la aplicación del sistema de seguridad.

—El trabajo va como siempre —añado—. ¿Te importa decirme por qué se vienen todos aquí esta noche?

—Habríamos quedado en mi casa si tú contestases al teléfono. —No hay diversión en su mirada. No es que sonría nunca, pero dadas las circunstancias, me tenso aún más—. Paciencia, tío. Ya te lo contaré cuando estén aquí todos.

Llaman al timbre cinco minutos después y los trillizos irrumpen dentro sin esperar invitación. Siendo sincero, me sorprende que Nico no irrumpiese en casa sin más. Yo no insisto en que llamen a la puerta igual que Theo. Es bastante espacialito respecto a su intimidad. E incluso más desde que conoció a Thalia, cosa que es comprensible, supongo.

Yo no me arriesgaría a entrar en su casa sin llamar antes por si acaso me encuentro a mi hermano pequeño mojando el churro.

Colt y Conor bromean por el pasillo antes de entrar en el salón. Cody lleva un pack de cervezas pegado al pecho y lleva el pelo lo bastante largo como para hacerse una coleta en la nuca, pero no es el peinado de Cody lo que hace que Nico y yo arruguemos el entrecejo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —pregunto, lanzándome una mirada furibunda al labio partido y ojo morado de Colt—. ¿Has dejado que te pegue algún gilipollas?

—Sí, unas cuantas veces antes de que apareciese yo para ayudar —dice Conor, apartándose la masa de rizos de los ojos con un soplido. Se parece al Harry Styles de 2013. Un día de estos, lo emborracharé como una cuba y le cortaré el pelo yo mismo—. A mí me dieron un puñetazo en las costillas. —Hincha el pecho con orgullo y se levanta la camiseta para enseñar un cardenal de un púrpura oscuro del tamaño de mi mano—. Pero ganamos nosotros.

—¿Por qué os estabais peleando? —Nico se obliga a pronunciar las palabras a través de dientes apretados.

—¿Cómo es que no lo sabías? ¡*Viven* en tu casa!

—Hace tres días que no los veo, Logan. —Vuelve a girarse hacia Colt—. ¿Por qué te pegaron? ¿Es que no te he enseñado nada?

Cody abre el pack de cerveza y les pasa unas botellas a los otros dos.

—No te pases con él. El tío era de tu tamaño y estaba hecho una furia.

—¿Y dónde estabas tú mientras les daban una paliza?

—Asegurándome de que la chica a la que ese hijoputa drogó para violarla en la trastienda de Q estuviese bien —sisea Cody, con nada más que ansia de sangre en su mente cuando se atreve a *fulminar con la mirada* a Nico. Un gesto atrevido—. ¿¡Alguna otra puta pregunta?!

Nunca lo había visto saltar de esta forma. El pecho le sube y baja y ha cerrado las manos en puños como si estuviese preparándose para zurrarle a Nico si dice una sola palabra más. Buena suerte. Terminaría en la UCI si se atreviese a arrear el primer puñetazo. Nico lo dejaría inconsciente antes de que el puño de Cody se acercase siquiera a su cara.

La puerta de casa vuelve a abrirse, salvándonos de una situación incómoda.

—¿¡Hay alguien en casa?! —Shawn ríe al entrar en la sala de estar con una botella de vodka en la mano—. ¿Qué tal está vuestra amiga? —le pregunta a los trillizos—. ¿Va a testificar?

—Estamos trabajando en ello —admite Cody. Su tono ha vuelto a la normalidad—. Está afectada, pero es una tía dura. Se recuperará.

—¿Una tía dura? —resopla Shawn—-. Le vomitó a Colt en los pies, tío. De dura no tiene nada.

—¡Casi la *violan*! —estalla Cody de nuevo, poniéndose en pie con rapidez—. ¿Esperabais que se estuviese riendo ya del tema? ¡Dadle un respiro! Conseguiremos que esté en comisaría para el lunes. Te asegurarás de que Asher no se vaya de rositas con nada más que un aviso, ¿verdad?

—¿Asher Woodward? —pregunto, recordando al tío al que Thalia le dio una patada en los huevos hace dos años. Vio cómo adulteraba la bebida de alguien y le plantó cara.

—Sí, el mismo. Ahora debería tener suficiente en su contra para enchironarlo un par de años.

—¿Un par de años? —bufa Conor, pasándose la mano por ese desastre que él llama pelo—. Debería haberle hecho saltar un par de dientes más.

El último de los siete llega con más cerveza. Esto se está convirtiendo en la típica juerga Hayes. No se irán hasta dentro de horas. Quiero enviarle a Cass un mensaje, pero como tenga el volumen del teléfono alto, puede que los chicos oigan la notificación.

Meneo la pierna sin parar.

—Bueno, ¿a qué viene esta reunión? —le pregunto a Nico en cuanto todos tienen una cerveza o alguna otra bebida en la mano —. ¿Celebramos algo?

La sala se queda en silencio. El corazón me late como un tambor mientras Nico se hace de rogar, dejando que la anticipación y la tensión vayan a más. Se saca un fajo de papeles del bolsillo de su chaqueta y me los pasa con rostro estoico. Siento que voy a vomitar cuando desenrollo los papeles, esperando encontrarme fotos de Cass y yo enrollándonos en la puerta de su piso.

Pero no son fotos.

Junto las cejas en el medio. «Contrato de compraventa» está escrito arriba de todo en negrita y «club de campo» es lo que capta mi atención en medio de todo este texto.

—¿Esto es…? —empiezo a decir, mirando a Nico—. ¿Has *comprado* el club de campo?

Asiente con la cabeza, sin tener ya una expresión impasible en la cara. De hecho, está esbozando una puta sonrisa de verdad.

—Le hice a ese gilipollas una oferta que no pudo rechazar.

—¿¡Hablaste con Jared?! —retumba Theo.

—Por medio de mi abogado. De todos modos, esto —me quita los papeles de las manos y los deja con fuerza sobre la mesa de centro— no es el motivo por el que quería que vinieseis todos. Sino este. —Se saca otro fajo de papeles y nos entrega seis copias.

Leo la mía por encima y los ojos se me salen de las órbitas. Nico dividió el club de campo en siete, dándonos un catorce por ciento de las acciones a cada uno.

—¿Por qué? —Shawn es el primero en sacudirse la conmoción inicial de encima.

Nico se encoge de hombros, pero sé que hay una razón de peso. Nunca toma ninguna decisión sin planearlo y pensarlo largo y tendido.

—Tú estás casado y tienes un hijo. Ya no tienes mucho tiempo para dedicárnoslo a nosotros. Theo también está casado y dentro de nada todos tendremos nuestras propias familias. ¿Creéis que quedaremos, solo nosotros siete, para tomarnos una cerveza igual que ahora?

—¡Pues claro que sí, coño! —brama Colt—. ¡Los hermanos van antes que las guarrillas!

La frase le gana una colleja en la nuca de parte de Theo.

—Vuelve a llamar guarrilla a mi mujer y tendrás que recoger los dientes de la alfombra, *hermano*.

—Nos veremos, claro —continúa Nico—. Pero será en cumpleaños, Navidades y en las comilonas de mamá. Dirigir un negocio nos mantendrá unidos. Las reuniones de análisis de la gestión son obligatorias, tal como se incluye en los contratos. Dos semanas al año en una ubicación confidencial.

—«Cariño, es por trabajo, lo juro. Sí, nos vamos a Las Vegas, pero… Joder, tú mira en el contrato. ¡Tengo que ir!» —dramatiza Cody.

No me puedo creer que mi hermano se haya gastado unos cuantos millones en asegurarse de que tenemos un motivo para darnos un descanso de nuestras vidas y pasar tiempo juntos, solo nosotros siete.

—Mierda —dice Shawn, secándose los ojos con el dorso de la mano—. Me estás haciendo llorar, cabrón.

Nos reímos, pero lo cierto es que yo también noto un nudo en la garganta. No me imagino mi vida sin ellos seis y eso me hace dolorosamente consciente de que ha llegado la hora de ponerle fin a mis escarceos con Cassidy. Al principio, me parecía bien tener un rollo informal, pero esta última semana me ha costado concentrarme y deseaba que pasasen rápido las horas para poder

conducir hasta su piso y abrirla de piernas sobre la encimera de la cocina.

Estoy en la cuerda floja. Un paso en falso y me caeré. La pregunta es: ¿caeré de cabeza o de pie?

Creí que ya me habría saciado de ella a estas alturas, pero cuanto más continuamos con este acuerdo, más anhelo su cuerpo. Y, últimamente, los pensamientos eróticos no se limitan a metérsela y sacársela. Me imagino besándola. Me imagino envolviéndola en mis brazos y acariciándole la espalda mientras estamos tumbados en la cama pequeña e incómoda de su cuarto.

Es un parásito del que no me consigo librar, y tengo que hacerlo. Cuanto más tiempo sigamos, más grande será el riesgo de que mis hermanos descubran el secreto.

Celebramos durante unas cuantas horas, hablando, poniéndonos al día y riéndonos de las anécdotas que cuenta Shawn sobre Josh causando estragos allá donde va. Se marchan en torno a la una de la madrugada y, tan pronto desaparece el último de los coches al final de la calle, cruzo el pasillo, abro la puerta del garaje con una exhalación y enciendo la luz.

—Mierda, lo siento mu… —Me detengo, echando un vistazo a la habitación vacía. ¿Dónde demonios se metió?

Una bolsa pequeña y plateada descansa en el suelo. La recojo y junto las cejas cuando extraigo una notita.

Gracias por ayudarme con el suelo. Y gracias por escuchar. Los asientos no son tan buenos como los que tú escogerías, pero espero que lo disfrutes.

Dos entradas para el partido de Los Angeles Dodgers de dentro de dos semanas se encuentran en la bolsita. Mi corazón se retuerce de nuevo. Aquí estoy yo, listo para darle la patada, y ella escoge este momento para comprarme entradas para ver jugar a mi equipo favorito.

Me saco el móvil del bolsillo y compruebo la aplicación de seguridad para ver cómo se las apañó para irse sin que la vieran.

Me alivia ver que salió por un lateral del edificio al frente de la casa, lo que quiere decir que…

Aparto la vista de la pantalla para contemplar la puerta del personal en la pared opuesta. He usado esa puerta dos veces desde que me mudé. Igual lo más inteligente sería cerrarla con llave. No hay nada que robar en el garaje, pero no cierro la puerta que da a la casa y ahí sí que hay mucho que robar.

Seguramente ya esté dormida a estas horas, pero le envío un mensaje de todas formas.

Yo: Lo siento. Me pasé de capullo hasta para ser yo. Gracias por las entradas.

El «enviado» bajo el mensaje cambia a «leído» casi al instante, pero los tres puntitos no se ven por ninguna parte. Pasa un minuto y dos y cinco. Nada de respuesta.

Yo: No me ignores. Debería haberte dicho que te fueras arriba, pero no estaba pensado.

Una vez más, aparece el «leído» pero no hay respuesta. Está cabreada de narices. La verdad es que me merezco que me haga el vacío. Encerrarla en el garaje oscuro y frío, mojada y aún asustada después de sumergirse en el agua fue de lo más rastrero.

Yo: Venga, no te pongas así. Lo siento.

Los tres puntitos empiezan a bailotear. Abandono el garaje y me encamino arriba con los ojos clavados en la pantalla mientras teclea. Y parece que esté escribiendo una puñetera tesis sobre el tema. Me desvisto, me cepillo los dientes y me meto en cama, todo ello mientras espero a que termine de echarme un rapapolvo y le dé a enviar.

Los puntitos se detienen y luego aparecen otra vez y pasan al menos diez minutos antes de que a mi teléfono le salte una notificación.

Princesa: Estoy bien. Buenas noches.

Un tipo de culpa lenta, terca e inapagable me recorre. Eso ha dolido.

No está bien. Ni de coña.

Vuelve a estar disgustada.

Por *mi* culpa. *Otra vez*.

La imagen de su cara manchada de lágrimas centellea ante mis ojos. Intento tragarme la vergüenza que me quema la garganta, pero está ahí atascada como un trozo grueso de manzana.

Tengo que dejar marchar a esta chica. No quiero ser otra persona en su vida que está ahí para coger y no dar nada a cambio.

DIECIOCHO

Cassidy

Mary-Jane, Kaya y yo entramos en Rave a las diez de la noche. Esta última llamó para invitarme en el último segundo, pero, como no tenía ningún otro plan, acepté su oferta.

No recuerdo la última vez que salí con las chicas. Últimamente paso casi todo mi tiempo libre con Logan y, aunque no lo cambiaría por nada, mi ansiedad crece sin parangón con cada día de silencio por su parte. Han pasado tres días desde que me encerró en el garaje y, quitando la medio disculpa que me dio en mitad de la noche, no he vuelto a saber de él.

No vino por casa a echar un polvo.

No debería haberle hecho sentir mal por encerrarme. No estaba pensando… simplemente le entró el pánico.

Odio estar inventándome excusas para ese gilipollas, pero, sobre todo, odio que no pasemos tiempo juntos. Lo echo de menos. No quiero que lo nuestro se termine… pero, en el fondo, sé que él ha terminado conmigo.

Aun así, me aferro a las excusas. ¿A lo mejor es que está ocupado? ¿O que no le apetece follar? ¿Igual le surgió una emergencia familiar?

«No, idiota. Se ha terminado».

Dios, ¿por qué duele tanto?

Kaya me da un codazo al pasar junto a mí, vestida para quitar el aliento con un conjuntito tentador cubierto de lentejuelas plateadas que reflejan las luces estroboscópicas, que cambian de color como

un caleidoscopio y atraen la atención todo hombre que pueda verla.

No son las lentejuelas lo que captan sus miradas, sino el escote estrecho y bajo que le llega hasta el ombligo y que no lleve sujetador sobre sus impresionantes implantes.

—¡Primero a por las bebidas! —grita, dirigiéndose a la barra—. ¿Qué nos tomamos esta noche?

Me inclino sobre la barra para que el barman pueda oírme por encima de la música atronadora que sale de los altavoces repartidos por toda la discoteca.

—Un daiquiri de kiwi, por favor.

Kaya arruga la nariz antes de pedirse lo de siempre: una botella de vino espumoso. Yo antes también me la pedía, pero ahora que tengo un negocio y vi cómo mi mejor amiga se hundía en una espiral de alcoholismo, he rebajado mi consumo.

Compruebo el móvil mientras esperamos con la esperanza de ver un mensaje de Logan, pero no me espera ninguna notificación.

—Esperaré arriba —le digo a Kaya cuando le echa unas miraditas al tío que tiene a su lado. Acabará enrollándose con él en menos de un minuto y no quiero presenciar cómo le pone los cuernos a su marido.

Copa en mano, me dirijo a las escaleras al otro lado de la sala, pero no he recorrido ni la mitad del camino cuando me quedo congelada en el sitio y el pulso me late en los oídos.

Logan se encuentra a no más de tres metros de distancia, vestido con su típica camiseta de algún equipo, vaqueros y una gorra de béisbol ocultando su cabellera oscura. El estómago se me encoge y la bilis me sube a la garganta.

Está besando a una chica.

Sus labios se mueven en acelerada sincronía y las manos de él le soban a ella el culo, que apenas está cubierto por el vestido ceñido que lleva puesto. La chica se balancea al ritmo de la música, entrelazando los dedos en su pelo y presionándose cada vez más contra el hombre que quiero.

No sé qué es lo que me mata más, que la esté tocando o que lo haga en público. Un pitido agudo comienza a invadirme los oídos.

El mundo se resquebraja poco a poco a mi alrededor mientras yo observo, incapaz de apartar la vista de ellos. La está besando en medio de la discoteca donde cualquiera puede verlos.

Ella no es un secreto.

No se avergüenza de ella…

Las lágrimas me escuecen los ojos cuando la morena sonríe contra sus labios, con las mejillas sonrojadas y un semblante ebrio y satisfecho en su cara bonita. Le guiña un ojo y se da la vuelta, apretándole el culo contra su entrepierna y restregándose como si Logan fuese una barra de *pole dance*.

Logan la abraza con la camisa de fuerza que forman sus brazos, soportando el peso de las tetas que rebotan cuando baja la cabeza para morderle la oreja.

Kaya se detiene junto a mí y sigue mi mirada. Un brillo abrasador de enfado le sube al rostro antes de que me ponga los ojos en blanco.

—Madre mía, ¿aún no has superado a ese idiota? Ríndete de una vez, Cass. Han pasado tres años.

Han pasado tres días, pero eso Kaya no lo sabe. Solo sabe lo que aquella noche que pasamos juntos. En aquel entonces, ella era una persona diferente, se preocupaba y era cariñosa. Cuando la llamé, llorando a moco tendido, dejó todo lo que estaba haciendo y veinte minutos más tarde estaba llamando a mi puerta, armada con helado y vino.

Echa un vistazo alrededor, escaneando la pista de baile para comprobar cuántos Hayes acechan en las sombras. No me cabe duda de que Nico está aquí, en alguna parte. Él y Logan estrecharon su relación desde que Theo se casó y rara vez salen por separado.

Es patético que sepa esto. Logan nunca me lo ha dicho. Simplemente presto atención a su vida, hurgando en busca de pedacitos de información.

La morena en brazos de Logan vuelve a girarse y baja la mano pequeña por su pecho para agarrarle la bragueta de los vaqueros. Una brasa caliente de celos, dolor y decepción me arde tras las

costillas. La forma en que se le encapotan los ojos me parte en dos.

Más lágrimas me empañan los ojos, pero trago saliva con fuerza, poniéndome una máscara de indiferencia justo cuando Logan se gira en nuestra dirección como si pudiese sentir cómo lo achicharro con la mirada. Entrelazamos miradas a través de la pista de baile y la completa falta de emoción en su rostro hace que se me hiele la sangre en las venas.

Se aleja un paso de la chica, pero no lo perturba mi presencia, no se avergüenza de sus actos ni se siente mortificado porque lo haya pillado.

Aprieto los dientes, esforzándome por no dejar que Kaya o Mary-Jane vean lo alterada que me siento por dentro y por no darle a Logan la satisfacción de echarme a llorar en medio de la pista.

Sabía que era solo sexo, a pesar de que me permitiese a mí misma tener esperanzas de más una y otra vez, pero creía que lo nuestro era exclusivo. Estaba en mi cama cada dos días, pero, por lo visto, eso no era suficiente y necesita a otra chica para rellenar los huecos. ¿Con cuántas más se acostó desde que empezamos a enrollarnos?

«Ay, Dios…». ¡Confíe en él para no usar un puto condón!

—Vamos —grita Kaya por encima de la música atronadora y con tono de molestia cuando enlaza su codo con el mío—. Tenemos una mesa reservada arriba.

—¿Quieres quedarte? —Es lo último en mi lista de pendientes ahora mismo—. Estoy segura de que Nico está arriba. —«Por favor, vámonos».

Se echa el pelo largo por encima de un hombro y alza aún más la barbilla.

—¿Y qué? Puede irse si no quiere verme, pero yo de aquí no me muevo. Me gusta este sitio.

No me lo trago. Kaya lleva buscando a Nico desde una semana después de la boda. Delira que flipas porque conserva la esperanza de que él le dé otra oportunidad.

¿Por qué casarse con Jared si no es él el tío con quien quiere estar? ¿Por qué tirarse a la mitad de Newport en vez de volver a

ganarse la confianza de Nico y suplicarle perdón? Igual es que soy corta, pero no comprendo sus decisiones.

Quiero darme la vuelta y huir con el rabo entre las piernas, pero antes de poder inventar una excusa creíble que poder venderle a Kaya, me lo pienso mejor.

No voy a darle a Logan la satisfacción.

Kaya y yo subimos las escaleras que llevan al bar de arriba y nos sentamos en el reservado que resulta estar justo enfrente de donde Nico se sienta con Toby. Ninguno nos mira, pero por la forma en que Nico aprieta la mandíbula con furia, sé que ha notado cómo Kaya se contoneaba hasta aquí como si fuese la dueña de este sitio.

—¿Qué coño es eso? —espeta, arrugando su naricita adorable al ver el daiquiri de kiwi en mi mano—. Tienes que emborracharte, no ponerte cachas, zorra. Voy a por chupitos.

Oyó cómo le pedía esta copa al barman y como éste me la entregaba. La única razón por la que ahora le supone un problema es para tener una excusa para pasar por delante del reservado de Nico otra vez, meneando las caderas de izquierda a derecha.

No es que a él le importe. Sus ojos no se apartan de la pantalla de su teléfono. Kaya no lo reconocerá en voz alta, pero si pudiera retrocedería en el tiempo y nunca le pondría los cuernos.

Estoy bastante segura de que también dejaría la bebida por él, pero es demasiado tarde, por lo que continúa saliendo de fiesta como si tuviese dieciséis años.

—A Jared se le iría la puta pinza si supiese que Nico está aquí —dice Mary-Jane, dejándose caer junto a mí—. ¿Deberíamos decírselo? Es un gilipollas, pero…

Sí que es un gilipollas y no hay pero que valga.

—Haz lo que quieras, MJ. Me la suda.

Pone cara de disgusto y se cruza de brazos.

—Vale, desembucha. Estoy hasta el moño de esta actitud tuya. Has estado feliz y triste y toda una gama de emociones de por medio de forma repetida desde hace semanas. ¿Qué pasa?

—Estoy bien. Es solo que estoy cansada de las tonterías de Kaya. —No es mentira, pero no es la verdad que quiere Mary-Jane.

No puedo contarle a nadie lo mío con Logan sin importar lo dolida y cabreada que esté.

—Ya, claro. Llevas años aguantándole sus tonterías, nena, no me digas que acabas de darte cuenta ahora de que la tía se las trae. Sé que algo va mal. ¿A quién se lo vas a contar si no a mí? ¿Es por un tío?

Me bebo la mitad del daiquiri y me siento recta a pesar de las ganas que tengo de meterme en cama y esconderme tal y como hacía cuando era más joven. No servía para que Zack me dejase en paz en ese entonces y tampoco ayudará con mi corazón sangrante ahora.

—Es un gilipollas, no un tío. No importa. Se ha terminado. Ni siquiera empezó, en realidad, así que… pues eso. —Echo un vistazo alrededor para comprobar la ubicación de Kaya. Es mi amiga a todos los efectos, pero es la última persona que quiero que sepa nada sobre mi hombre misterioso—. No se lo menciones a Kaya. No quiero pasarme el resto de la noche esquivando sus preguntas entrometidas.

MJ frunce los labios hasta que forman una línea delgada. Creo que le duele que no le confiese mi secreto, pero debe de percibir mi mal humor y decide no presionarme en busca de respuestas.

Gracias a Dios. El solo hecho de pensar en Logan me parte en pedazos y me hierve la sangre al mismo tiempo.

—¿Sabes lo que necesitas? —Me da un empujoncito juguetón—. Un ligue por despecho. A un tío bueno que te ayude a olvidar a… —Hace una pausa y se acerca más con ojos grandes y redondos antes de suspirar cuando no caigo en su trampa—. Confía en mí. Un buen orgasmo es lo que necesitas.

Eso *no* es lo que necesito. No es como si hubiera otro hombre en Newport con tanto talento como Logan. No es posible. A los hombres como él te los encuentras una vez en la vida y te arruinan las expectativas para cualquiera que ocupe su lugar hasta el fin de los tiempos.

Acurrucarme es lo que necesito.

Netflix, una botella de vino, una manta mullida y un pecho caliente contra el que apoyar la mejilla. Alguien que juegue con mi

pelo mientras miramos una peli. Alguien que se quede a pasar la noche, me bese la cabeza y me susurre esas dos palabritas que aún nadie me ha dicho nunca.

Veinticinco años y nadie me ha dicho «te quiero». Ni una sola vez. Ni mis padres, ni mis familias de acogida ni mis amigos. Qué vida tan, *tan* triste.

No le digo a Mary-Jane nada de esto porque, por el rabillo del ojo, capto un destello de Logan deslizándose en el reservado ocupado por su hermano pequeño.

No está solo.

La morena se sienta a su lado, bebiendo de un vaso alto y arrastrándole los dedos por la nuca.

—Creo que tienes razón —le digo a MJ, obligando a mis labios a esbozar una sonrisa—. Necesito un hombre.

Si Logan puede presumir de su rollo más reciente delante de mí, le daré a probar su propia medicina.

Como si la hubiese invocado, Kaya llega con cuatro hombres. Uno lleva una bandeja con al menos veinte chupitos y los otros tres dejan botellas de *prosseco* y seis copas en la mesa. Está casada, pero no le supone ningún problema follarse a un desconocido en el aseo de hombres.

Si Jared no está enterado de los escarceos de su mujer, es que debe de ser el mayor pardillo del planeta Tierra.

—Estas son Mary-Jane y Cassidy —nos presenta Kaya cuando ellos cuatro nos obligan a MJ y a mí a hacerles sitio.

Termino de frente al reservado ocupado por Logan y su nuevo juguetito. Él no la está tocando, pero no hace nada por evitar que ella lo toque a él. Tomo nota mental de no mirar en su dirección. Por el contrario, me centro en el tío a mi derecha. Tiene un piercing en el labio inferior y un par de ojos de un azul tormentoso y profundo.

—Salud. —Kaya sonríe, cogiendo un chupito e instándonos a imitarla—. Por los que nos desean lo mejor…

—¡Todos los demás pueden irse al infierno! —terminamos Mary-Jane y yo al unísono.

No soy fan del vodka, sobre todo si lo juntas con otras bebidas alcohólicas, pero esta noche voy a tirar mis inhibiciones y la razón por la ventana, preparada para enfrentarme a las consecuencias por la mañana.

Y sé que serán severas si tengo que guiarme por lo que pasó la última vez que bebí vodka.

—Vamos, necesitas algo con menos alcohol para bajar el vodka —me dice al oído Rush, el chico a mi lado, apuntando hacia la barra.

Normalmente diría que no, pero A: quiero darle a Logan donde duele y B: he visto una cara conocida en la barra y quiero pasarme a saludar. Le doy un codazo a Mary-Jane para que ella y su amigo de esta noche se muevan para dejarnos salir. Me escribió el día después de que me dejase tirada por Adrian delante de Q que es un gilipollas y no se merece su tiempo. El amor no le duró mucho.

Centro la mirada en los labios de Rush para asegurarme de no mirar a Logan al pasar de largo. Nos apoyamos contra la barra a la izquierda de la balconada y Rush llama al barman mientras yo escaneo la multitud en busca de una cabellera rubio oscuro.

Estaba aquí hace un instante. ¿Adónde se ha ido?

—¿Qué vas a pedirte? —me pregunta Rush.

—Según tú, algo que no lleve alcohol. Una Coca-Cola.

Asiente y se inclina sobre la barra para pedir nuestras bebidas. No puedo apartar la vista de cómo se le mueve el piercing al hablar. Ese anillo plateado hace que su labio posea una extraña sensualidad. Me pregunto que se sentiría al tenerlo presionado contra mis labios… o mi clítoris.

—Me estás mirando, Cass —me dice al oído antes de mover las manos para agarrar la barra a ambos lados de mi cuerpo y cernirse sobre mi espalda—. A los labios.

—Si jugueteas con el piercing atraes ahí las miradas.

Sonríe contra mi cuello y el anillo de metal me roza ese punto sensible bajo la oreja. De verdad que tengo ganas de sentir cómo se clava en mis labios.

«No, lo que quieres es devolvérsela a Logan».

Cierto. Y no es justo para Rush. O para Logan, en realidad. No es mío. Nunca lo fue y nunca lo será. No me prometió una relación ni un margen de tiempo establecido para nuestros escarceos sexuales. Además, si soy sincera, sé que a Logan no le importa que Rush invada mi espacio.

No debería sentirme mal por ligar. Debería ponerle freno a mi sufrimiento y usar a este desconocido tan guapo como un anestésico para fines específicos. Me giro sobre los talones y las palabras se me atascan en la garganta cuando se roza el piercing con los dientes blancos.

—Deja de mirar —dice con voz ronca—. Me pones muy difícil no besarte cuando me miras así.

Mi mente sádica empuja al frente la imagen de Logan besando a la morena como para alimentar mi ira y obligarme a dar el paso.

A besar a Rush para devolvérsela a Logan.

El problema sigue siendo que a Logan no le importa. Yo no importo lo suficiente. Solo soy un agujero caliente y húmedo en el que meter la polla cada vez que le apetezca. Soy como una muñeca hinchable de carne y hueso.

—¿Tienes miedo de que muerda? —lo provoco.

No me sale coqueto, para sorpresa de nadie. No me apetece ligar con este tío. Preferiría estar en casa y llorándole a mi almohada hasta expulsar a Logan de mi organismo.

Rush sonríe con satisfacción.

—Espero que muerdas, nena, pero me seguiré torturando un ratito más.

«Nena». Una palabra con un significado oculto cuando sale de la boca de un tío que conociste en la discoteca. A grandes rasgos, se traduce como: «solo quiero echarte un polvo rápido, así que no te hagas ilusiones».

El barman deja un vaso de Coca-Cola y dos chupitos en la barra. Nos los bebemos en sincronía y cojo a Rush de la mano.

—Venga, baila conmigo. Me quedaré mirando tus labios durante un buen rato de lo más inapropiado. —La cabeza me da algo de vueltas y parece que estos tres chupitos en menos de veinte minutos me hacen ser valiente.

Rush lleva la mano a mi espalda baja mientras nos abrimos paso entre la multitud.

—Veamos cuanto tardo en rendirme.

Las luces estroboscópicas saltan por la sala y dejo que mis ojos las sigan durante un instante; los colores que cambian intermitentemente me cautivan mientras bajamos las escaleras a la pista de baile.

Safari de J. Balvin retumba a nuestro alrededor y la pista está abarrotada a más no poder. Rush no necesita espacio. Me atrae a sus brazos hasta que mi espalda queda pegada a su pecho.

Esta noche no me motiva la música, pero no se puede decir que sea culpa del DJ. Es mía. No consigo entrar en ambiente y no han pasado ni tres canciones cuando volvemos arriba.

Esta vez, no consigo evitar que mis ojos se desplacen hasta Logan. La morena ya no está ahí, ha sido reemplazada por otras dos y a una de ellas la conozco. Me mira y una sonrisa amplia le estrecha los labios.

—¡Cass! ¡Eh, tía! —Aisha salta fuera del reservado y me envuelve en sus brazos—. ¿Qué tal todo?

—Bien. ¿Qué tal tú?

Me lanza una mirada cómplice, me coge de la mano y me arrastra hacia la barra.

—Por favor, dime que Nico está soltero —me chilla al oído antes de apartarse y echarle una miradita a su reservado—. ¡Está cañón!

—¿Nico? —Junto las cejas. A ver, no está de mal ver, pero no es la clase de tío al que las mujeres se acercarían de forma voluntaria. Por otra parte, Aisha es vivaz como la que más, por lo que dudo que le tenga miedo—. Eh, sí, está soltero, pero…

—Bien. Esta noche es mío. —Vuelve a echarle otra mirada, mordiéndose el labio inferior con aire seductor—. Será mi nueva musa.

—No le van las rubias, Aisha, y, además, es muy… —Me interrumpo, sin saber cómo describir a Nico con palabras.

—¿Taciturno? —aporta ella con una sonrisa cada vez más grande—. ¿Sexy? ¿Arrogante? ¡Lo sé! Por eso me gusta. Y créeme,

esta noche le gustarán las rubias. Una en concreto. —Me guiña un ojo y se acerca para darme un beso en la mejilla—. Yo.

¿Quién soy yo para contradecirla? A lo mejor Aisha tiene un talento para hacer que los hombre se postren a sus pies.

—Diviértete. Ah, y hazme un favor, no le menciones a Nico que Logan posó para tu portada, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Es tímido? —Se carcajea, pero entonces los ojos se le ensanchan—. Mierda, ¿es que estáis juntos o algo así? ¿Tenéis una aventura secreta?

Joder, es buena. Mis intenciones era buenas al intentar cubrir a Logan, pero no me paré un segundo a pensar en que impresión daría mi petición.

—No —desestimo con una risa—. Es solo que quería darles él la sorpresa, pero aún no ha tenido tiempo.

—Ah, vale. Claro, no te preocupes. Tampoco es que pueda seducir a Nico enseñándole fotos de su hermano descamisado.

—¿Por qué coño tardas tanto? —espeta Kaya, deteniéndose a mi lado—. Estamos todos esperando por ti. Quiero jugar a un juego y es posible que Rush empiece a echar esperma por las orejas si no mueves el culo de una vez.

Aisha entrecierra los ojos en dirección a Kaya y ésta le devuelve la misma mirada fulminante. «Dios, por favor, no dejes que Aisha mencione a Nico».

—Nos pondremos al día pronto, ¿vale? —le digo a Aisha antes de que pueda desatarse el caos—. Llámame cuando tengas tiempo para tomar un café.

—Eso haré, cielo. —Me está hablando a mí, pero es a Kaya a quien mira con una ceja alzada y un gesto rebosante de burla. Entonces, el reconocimiento le relampaguea por el rostro como si se acabase de dar cuenta de quien es la mujer preciosa a mi lado —. Diviértete esta noche, Cassidy. —Sus ojos regresan a Nico durante un segundo—. Yo tengo claro que lo haré. —Se gira para pedirse algo de beber, pero antes de que pueda coger a Kaya y llevármela de vuelta a nuestro reservado, Aisha me agarra de la mano—. Nico bebe Corona, ¿verdad?

Gruño por dentro. Es imposible que Kaya no lo haya escuchado. Y teniendo en cuenta lo territorial que se pone respecto a Nico, sobre todo cuando ya se ha tomado unas cuantas copas, *esto* no va a acabar bien.

Hace unos meses, le arreó un bofetón a una chica en Tortugo cuando vio que Nico la invitaba a una copa. Al segundo de que abandonase la barra con sus amigos, emboscó a la chica en el baño y le tiró de los pelos. Yo no estaba allí esa noche, pero Amy me contó lo sucedido con pelos y señales.

No comprendo que es lo que intenta conseguir Kaya, portándose como una puta pirada. Tampoco sé a qué viene esta lucha de poderes por parte de Aisha, pero lo que sí sé es que tendré que ser yo quien tranquilice a Kaya antes de que se arme un follón.

Pero no tengo ocasión.

Kaya está roja y con la aletas de la nariz ensanchadas.

—¿Nico? —pregunta, plantándose delante de Aisha—. Siento cortarte las alas, Barbie, pero Nico no se folla a rubias.

—Pues es hora de enseñarle lo que se está perdiendo —replica Aisha con una sonrisa dulce—. Por lo que he oído las morenas no le están haciendo ningún bien.

—¿¡Qué se supone que significa eso?!

—Venga. —Agarro a Kaya del brazo, reteniéndola como a un perro con correa—. Nico no es tuyo, ¿recuerdas? —Me acerco más para hablarle al oído—. Y si quieres recuperarlo, no te estás haciendo a ti misma ningún favor ahora mismo.

Aprieta la mandíbula y fija una mirada asesina en Aisha unos cuantos segundos más antes de que mis palabras le calen y dé un paso atrás, se alise el vestido con ambas manos y alce la barbilla como si estuviese intentando demostrar que ella es la madura aquí.

«A duras penas».

Sin decir una palabra más, gira sobre los talones y se aleja. Aisha me ofrece una sonrisa pequeña antes de volverse hacia el bar y yo me quedo ahí de pie, demasiado cansada para preguntarle a qué está jugando.

DIECINUEVE

Cassidy

Los ojos de Logan se encuentran con los míos cuando regreso a nuestro reservado. Apenas echa una vistazo de mí a su móvil sobre la mesa y le da tres golpecitos a la pantalla antes de volver a centrar su atención en Nico.

Ni una sola palabra.

Ni siquiera un vistazo como es debido en mi dirección, solo una orden no verbal de que compruebe mi teléfono. Los hermanos Hayes son arrogantes, unos consentidos y unos ligones, pero cuentan con virtudes entre sus defectos.

La lealtad a su familia se encuentra en la cima de la lista. Al acostarse conmigo, Logan está violando su confianza. Mi conexión con Kaya es razón suficiente para odiarme, incluso sin sumarle lo de Theo.

Tomo asiento y acepto el chupito que me pasa Rush, muriéndome de ganas de mirar el móvil, pero después de pensármelo un minuto dejo el bolso donde está, sobre la mesa y a plena vista, para que Logan sepa que he desobedecido su orden directa.

Si cree que puede mandarme un mensaje para echar un polvo después de que lo haya pillado liándose con una chica cualquiera, va listo.

—Necesitamos más chupitos —grita Kaya con la mano echada sobre el amigo de Rush, Jason, quien asiente y se levanta para ir a la barra—. ¡Vale! Juguemos a algo. —Coge la botella de *prosseco*, se termina los tres dedos de espumoso que quedan y la deja

tumbada sobre la mesa—. ¡Al juego de la botella! —Sonríe al ver cómo la botella se detiene en Aaron, el chico que está al lado de MJ.

Nadie protesta. Nadie pestañea siquiera cuando Kaya se inclina sobre la mesa. Aaron no duda y cierra la distancia para presionar los labios con los de ella en un beso sensual y de lo más inapropiado. Que está casada, por el amor de Dios.

Una mujer casada que está emperrada en poner celoso a su ex. Le echa miraditas a Nico cada pocos segundos para comprobar si la está mirando, pero éste no le presta ninguna atención, ocupado en charlar con Aisha.

Necesito otro chupito si quiero sobrevivir a esta noche.

MJ gira la botella que se detiene en Kaya y, una vez más, ninguna de las dos duda antes de lanzarse de cabeza a enrollarse. Dios, vamos a acabar en un orgía de siete a este paso.

Jason regresa con otra bandeja de chupitos y, por suerte, unos cuantos vasos de limonada. Cojo uno y lo abrazo contra mi pecho; siento el estómago revuelto del vodka y el daiquiri de kiwi.

No ha sido la mejor de las combinaciones.

Le toca a Aaron girar la botella y las manos me sudan cuando el cuello de ésta me salta por los pelos y aterriza en la persona a mi lado, Rush.

—Ni de coña —grita sobre el sonido atronador—. Me tomaré un chupito de multa.

—¿Chupito de multa? —pregunto, me gusta la idea.

—Sí. Si no quieres besar a alguien, tómate un chupito.

Hay cinco personas en esta mesa y solo una a la que me plantearía besar. Aunque estando Logan a seis metros, incluso eso me parece insoportable. O me marcho de aquí borracha como una cuba o me obligo a besar a desconocidos y amigas.

La mesa vibra bajo mi mano. Lanzo una mirada disimulada hacia la barra y mis ojos se detiene en Logan, cuya pantalla del móvil está mirando hacia arriba e iluminada. Toby está entretenido enrollándose con una de las chicas mientras que Nico está apretando los dientes y fulminado con la mirada a Aisha.

Supongo que no quiere ver lo que se está perdiendo.

Un instante más tarde, me rindo, curiosa por saber qué es lo que tiene que decir Logan. Si quiere pasarse por casa esta noche, creo que estoy lo bastante borracha y envalentonada como para pelearme con él. Cojo mi teléfono para comprobar los mensajes y me echo hacia atrás para asegurarme de que nadie pueda ver la pantalla.

Logan: Una actitud muy madura. Deshazte del gilipollas.

Logan: No me pongas a prueba, joder. Levántate y vete a casa.

Logan: ¿Crees que se irá de aquí sin un rasguño ahora que has dejado que te toque?

Una emoción insana se abate sobre mí y mi corazón se acelera. Le molesta. Me muerdo el interior de la mejilla para contener la sonrisa que quiere ensancharme la boca. Le importa. Solo mi cuerpo, sí, pero le importa lo suficiente como para no querer compartirme con nadie más.

Eso debería habérselo pensado antes de besar a la morena en medio de la pista.

Se me vienen a la mente unas cuantas ideas de respuesta, pero todas suenan patéticas, celosas y retadoras. Todas pueden usarse en mi contra y lo único que quiero es cortar nuestra minúscula conexión con un escalpelo; será un corte limpio y no un feo hecho con un cuchillo de cocina. No habrá discusiones, ni ruegos ni lloros.

Ya no habrá nada con lo que herirme.

Un pequeño vitoreo estalla en la mesa, recorriéndola como a una ola. Levanto la cabeza para comprobar por qué están todos tan emocionados.

Rush me mira jugueteando con su piercing y señala la botella, cuyo cuello me está apuntando a mí. La adrenalina me prende las terminaciones nerviosas cuando sonríe con satisfacción y me mira los labios.

Se acerca a mí lo bastante como para que sienta su aliento cálido en la mejilla.

—¿Qué va a ser, nena? ¿Quieres un chupito o un beso?

Aparto la vista para mirar al enfrente y posar los ojos en Logan. Está clavando los dedos en su botella de cristal como si quisiera que explotase en su palma. Está sentado tan tieso que se nota a leguas la tensión de sus músculos. Tiene los hombros echados hacia atrás, los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

Me siento cautiva de su mirada. Las mariposas echan vuelo en mi barriga y una ola de calor abrasador me recorre la columna y viaja hacia abajo para acariciarme los muslos por detrás.

¿Durante cuánto tiempo puedo seguir con esto? ¿Cuánto falta para que no pueda volver a levantarme después de que la gente me tire abajo? ¿Cuándo dejaré de conformarme con ser prescindible? Durante toda mi vida, no he sido más que un medio para un fin. Nunca he sido la prioridad de nadie. Nunca me han cuidado ni querido.

Me han usado.

Desatendido.

Abusado.

Descartado.

Y olvidado.

Un ciclo sin fin de dolor que gira y gira como un carrusel. Primero, mis padres. El dinero que les pasaba el gobierno por tener una hija era más importante que yo. Después, las familias que me acogían para cobrarse las ayudas. Más tarde, los muchos amigos que solo recuerdan que existo cuando necesitan ayuda.

Cientos de moratones y cortes pequeños e invisibles en mi corazón y mi mente. Infinitas noches que pasé llorando. Infinitos días que pasé viviendo con miedo.

Pero me levanto en cada ocasión y me enfrento a un nuevo día con una sonrisa porque conservo la esperanza. Creo que un día, el carrusel se detendrá y empezará a girar en la otra dirección; la felicidad me encontrará si espero lo suficiente.

Hasta entonces, no tengo más remedio que luchar por mí misma; que proteger mi corazón y mente de que me hagan más daño porque no estoy segura de donde está mi límite. Puede que esté peligrosamente cerca del punto de no retorno.

Trago saliva con fuerza, haciendo acopio de la fuerza que me queda para darle la espalda a Logan.

Lo nuestro nunca iba a funcionar. Es hora de dejarlo ir, llorar y dejar de vivir en la fantasía de un cuento de hadas. Los felices para siempre solo ocurren de vez en cuando.

—Necesito ambos —le digo a Rush.

Cojo un chupito y observa cómo me lo bebo mientras él le da sorbitos a su limonada. En cuanto vuelvo a dejar el vasito sobre la mesa, me agarra de la mandíbula y me cierra los labios con los suyos. El beso es duro, sensual y dulce gracias a la limonada que saboreo en su lengua. Su piercing se clava en mi labio inferior cuando le devuelvo el beso lo mejor que puedo.

Pero no siento nada. No hay mariposas, calor ni cosquillitas en mi pecho. Nada más que una vergüenza vil que se encalla en mis huesos.

Me estampa un besito adorable en la nariz y me suelta la mandíbula. Entreabre los labios, pero no dice nada cuando el móvil me vibra en la mano, obligando a Rush a apartarse.

Desbloqueo la pantalla, esforzándome a lo grande por mantener una expresión impasible mientras leo el mensaje.

Logan: Dos palabras, un dedo. Hemos terminado.

Las palabras me golpean como un puño de hierro. Logan saben qué decir exactamente para infligir el mayor daño, para retorcer el cuchillo y hacerme sangrar lo máximo posible. Una frase y todo lo que queda de mí es una concha sin su perla.

Mis instintos asumen el mando y batallo para calmar el dolor que me resuena por dentro como la nota más baja de un piano.

Un sollozo amenaza con escapárseme del pecho mientras mi corazón cae en picado, pero bajo el teléfono para que quede bajo la mesa. Abro y cierro los puños y respiro hondo por la nariz, fingiendo la sonrisa más sincera que soy capaz de esbozar.

Yo: Gracias. Espero que un día encuentres a alguien que sea tu prioridad y no solo una opción.

VEINTE

Logan

Todo está mal esta noche.

¿La morena y yo?

Mal.

¿Que Cass me viese besarla?

Aún peor.

¿Creer que puedo borrar a Cass de mi organismo con la primera chica fácil a la que le eche el ojo?

Lo peor de todo.

En cuanto la vi, una sensación de calma se coló por las grietas de mi cerebro en guardia, haciendo que retornase a mi cauce por un brevísimo segundo.

Mis pensamientos se convirtieron en una carrera del *Mario Kart* cuando caí en que vio cómo mis manos le sobaban el culo a la morena.

Me vio besarla.

¿Debería importarme? Nop. No estamos juntos. No hice nada malo. Jamás podré superar su numerito con Theo. Soy un puto santo en comparación, pero… una quietud densa cayó sobre mí cuando nuestros ojos se encontraron. Su sonrisa se apagó, desapareció e, incluso desde una distancia, vi cómo la cara se le contraía de dolor.

Fue solo un instante, pero lo vi: la decepción.

Después, adoptó esa expresión de altanería que lleva tanto, una máscara diseñada para esconder sus inseguridades.

Quise ir tras ella, pero ¿qué podía decir para explicarme? «Mierda, no esperaba que apareciese aquí» no es una puta excusa. Aunque tampoco es que tenga que explicarme. Cassidy conocía las reglas. Sabía que teníamos un trato de solo sexo. Nada de emociones ni apego. No es como si le hubiese puesto los cuernos… pero, ¿entonces por qué siento como si sí lo hubiese hecho? ¿Por qué siento el estómago tan tenso, revuelto y retorcido? ¿Por qué les cuesta tanto respirar a mis pulmones?

Me llevo los dedos a la sien para masajeármela un momento antes de dejar caer la mano y apretar mi cerveza. A tres metros a mi derecha, Cruella DeMonio gira la botella sobre la mesa de su reservado y sus ojos oscuros se dirigen hacia aquí, enfocándose en mi hermano cada pocos segundos.

Las manos se me entumecen y enfrían cuanto más lento gira la botella. El enfado se expande por mi organismo, yendo derecho a mi pecho donde acampará en mi corazón y la ira líquida explotará a través de mi puto torrente sanguíneo.

Puedo sentir cómo va cogiendo carrerilla, aumentando de tamaño a un ritmo alarmante como una bola de nieve que rueda por una cuesta en picado. Nada salvará al gilipollas que se atrevió a tocar a Cassidy en la pista de baile como se decida a volver a ponerle un puto dedo encima.

Ella es mía.

Nadie la toca salvo yo.

¿El problema de esta línea de pensamientos? Que es mentira. Cassidy no es ni nunca será mía.

Aprieto los dientes, luchando por no perder la puta olla mientras la frustración tira de mi cerebro. La bola de nervios alojada en mi garganta me dificulta el tragar.

¿Cómo llegué a esto? El sexo era lo único que quería al principio. Solo su cuerpo. Ese cuerpo sensual, delgado, tonificado y habilidoso, pero, de pronto, ansío más.

Estoy celoso.

Me preocupo.

Quiero verla constantemente, estar cerca de ella, tocarla, besarla y, joder, protegerla del puto mundo entero.

Esto no puede pasar. No ahora. Y no con *ella*.

Cass y yo no podemos ser. Nunca. Por eso es que besar a la morena me pareció un plan estupendo. Una noche para reprogramar mi cerebro, olvidarme de la rubia preciosa de la que nunca tengo suficiente y canalizar mis pensamientos obsesivos en una tía buena sin coco ni nombre. Una noche para volver a meter mi cabeza en vereda.

Es una pena que no funcionase y abriese la caja de Pandora llamada Rush. Lo conozco. Su hermano mayor es amigo mío y Rush no es el tipo de hombre que Cassidy necesita cerca. Es un mujeriego, un coleccionista, como se llama él mismo.

Un coleccionista de mujeres.

Estaba en la balconada mientras ellos bailaban en la planta de abajo y tuve que pelear contra mis instintos para quedarme en mi sitio cada vez que las manos de él le tocaban el vientre o la cintura. Me imaginé rompiéndole esas manos de diez maneras diferentes y estuve a nada de dar rienda suelta a mis fantasías. Es un milagro que consiguiese mantener mi genio a raya tanto tiempo. En el fondo, sé que no tengo derecho a fastidiar Cass.

Nuestra relación puramente sexual no funciona para ella.

No *debería* fastidiarla, pero aquí estoy, móvil en mano y habiéndole enviado ya tres mensajes. Agito la pierna con impaciencia cuando llega el turno de Rush de girar la botella. Mira a Cass tan a menudo como Kaya mira a Nico, y me está poniendo de un puto humor de perros.

El único consuelo es que Cass está centrada en su móvil, leyendo mis mensajes.

Nico está demasiado ocupado, ceñudo, irascible y perdiendo la paciencia con Aisha. Se le sentó a horcajadas hace un momento, susurrándole ternezas al oído y balanceando las caderas sobre su regazo. Mi hermano no está prestando atención al reservado opuesto al nuestro. Y está demasiado irritado como para darse cuenta de que llevo de morros desde que me senté.

La botella gira cada vez más y más lento hasta que al fin se detiene y apunta a Cassidy. Pues claro que la apunta a ella. Esto es

obra del karma. Estoy seguro de que es un «¡Ja! Toma esa, capullo».

Una presión latente me comienza en las sienes y tengo el cuerpo tan tenso que no puedo mover ni un músculo, pero casi me doblo en dos y poto cuando Rush se acerca más a Cass. Sus labios se mueven y por eso sé que está hablando, todo un caballero, comprobando si puede poner su boca sobre la de ella.

No, no puede. No si quiere seguir teniendo dientes cuando se termine esta noche.

Ella le responde algo. Y ese enfado, esa presión latente de mi cerebro… ¡Joder!

Soy incapaz de respirar cuando él la agarra de la mandíbula y sus labios entran en contacto. Estoy *a un pelo* de partirle la botella en la crisma y después sacar a Cassidy de la discoteca al estilo bombero. Me la llevaría a casa para recordarle a quién le pertenece.

¿El problema de esta línea de pensamientos? Sí…, que también es mentira. No me pertenece a mí.

Pongo una mueca cuando la presión en mi cabeza va a más.

Fin del juego.

Es el fin.

Con la vista hacia abajo, tomo unas cuantas respiraciones profundas y calmantes. No me sirven de una mierda para enfriar la lava que me quema las venas, pero me pongo una máscara de indiferencia, controlo la violencia que bulle dentro de mí y le envío otro mensaje.

Yo: Dos palabras, un dedo. Hemos terminado.

Vuelvo a echar un vistazo en su dirección para comprobar su reacción, esperando encontrarme sus labios fruncidos y sus ojos llorosos, pero no. Le *sonríe* al teléfono, irritándome más de lo que se puede comprender.

¿Acaso he malinterpretado sus intenciones? Hasta ahora, estaba seguro de que quería algo más que sexo, pero la sonrisa que le

ilumina su cara preciosa cuenta una historia diferente, así como el mensaje que me manda.

Princesa: Gracias. Espero que un día encuentres a alguien que sea tu prioridad y no solo una opción.

«¿Gracias?». ¿Qué es lo que me agradece? Menuda manera de retorcer el cuchillo un poco más.

Cassidy: 1. Logan: 0.

Tiene razón. No es mi prioridad y se merecer ser la prioridad de alguien. A pesar de las etiquetas de mierda que le pone la gente a sus espaldas, es maravillosa. Apasionada, lista y cariñosa. Inocente y demasiado confiada, un hecho que se vuelve en su contra una y otra vez. La agente usa su buen corazón y se aprovecha de lo mucho que ansía una conexión humana después de años de desatenciones y que la tratasen con frialdad, dureza y reserva.

La cabeza me da vueltas cuando apago la pantalla y me meto el móvil en el bolsillo trasero.

Los putos cerdos acaban de echar a volar.

***

Va piripi. Se está tomando los chupitos como si no hubiese un mañana, negándose a besar a nadie más de la mesa. Aunque me alegro por ello, me pongo de malas cada vez que le sonríe a Rush.

Alrededor de media noche, observo cómo se encamina al pasillo que conduce a los baños con pasos inciertos, el alcohol ha perjudicado sus funciones motoras.

Le echo una ojeada a Nico para comprobar si le está prestando atención al reservado de enfrente, pero está riñendo con Aisha. Escuché cómo le decía sin rodeos que no se la iba a follar, pero ella lo ignoró y sigue sacándolo de sus casillas como si ver cómo le sale humo la nariz fuese de lo más entretenido.

Como están los dos entretenidos y Toby está en la pista, cojo al toro por los cuernos y sigo a Cass. Tiene que largarse de aquí ya, irse a casa y dormir. Ya he tenido suficiente por esta noche.

El aire está cargado y la peste a pis, alcohol y sudor me asalta las fosas nasales cuando me apoyo contra la pared enfrente del aseo de mujeres, esperando y mordiéndome mis propios putos dientes.

En cuanto Cass sale por la puerta, la agarro por la muñeca y la arrastro al pasillo a mi derecha. Está vacío, oscuro y apartado. El sitio perfecto para tener una conversación.

—¿Qué cojones estás haciendo? —espeto, moviéndola hasta que estamos junto a la puerta de «solo personal» al final del pasillo. El pecho me sube y baja. El contacto con su piel, el olor de su perfume y el vestido que abraza sus curvas causan nuevos disturbios en mi cabeza—. ¿Y qué coño es *esto*? —La empujo contra la pared, trazando con el dedo el borde de tela de su escote.

Apenas puedo verla en la penumbra. Nada más que la luz leve de una tira LED sobre la puerta le ilumina la cara y las tetas que casi se le salen del vestido endeble que lleva puesto.

—Esto —dice ella, tocando la tela que yo mismo acabo de tocar — se llama vestido.

—Esto se llama inapropiado. ¿Te haces una idea de cuántos gilipollas te han estado comiendo con los ojos? ¡Pareces el sueño húmedo de todo pervertido!

Mira hacia abajo y unas líneas profundas le marcan la frente.

—No voy enseñando nada, gilipollas. Tu *amiguita* iba menos tapada, pero a ella no vi que le cantases las cuarent…

—¡Ella no es responsabilidad mía! —estallo antes de poder pensar en mis palabras y tardo un segundo en darme cuenta de lo mal que suena eso—. Y tú tampoco —me apresuro a añadir, poniéndome a mí mismo en un aprieto. No hay forma racional de explicar por qué su vestido me molesta tanto—. No puedes estar aquí —prosigo, volviendo al problema principal y sintiendo que me pitan los oídos. Me tiemblan las manos y el disturbio de mi pulso me vuelve loco mientras me cierno sobre ella—. Estás borracha, Cass. Tienes que irte a casa. —Pero en vez de apartarla, le agarro la muñeca con más fuerza—. ¿Crees que no sé lo que estás intentando hacer con Rush? Intentas ponerme celoso, ¿no es así?

¿Vas a follártelo para demostrar algo? Pues déjalo. Hemos terminado. Se acabó.

Retuerce el brazo, tratando de zafarse de mí. «Buena suerte, princesa». No voy a soltarla hasta saber que se irá directa a la salida.

—Te lo tienes muy creído, ¿verdad? —espeta, obligándome a retroceder un paso de un empujón—. ¿Y si es que me gusta? No eres el único tío que hay en Newport, ¿lo sabes? No te necesito *a ti* para echar un polvo.

—Sí, solo tienes que tirarte a uno de mis hermanos, ¿verdad? Los trillizos ahora son mayores de edad, así que…

Ella toma represalias.

Me hace daño de la única manera en que sabe cómo.

Me arrea un sopapo tan fuerte que la cabeza se me gira a un lado. El sonido de su palma entrando en contacto con mi mejilla hace eco en el espacio vacío.

Pero, ¿qué…?

Aprieto los dedos contra la piel en carne viva, mudo por primera vez en mucho tiempo mientras las palabras que acabo de decir me retumban en la mente.

Joder.

Eso no venía a cuento.

—Cass, lo…

—Ni se te ocurra —espeta, recuperando su mano de un tirón.

Unas lágrimas frescas le empañan los ojos azules cuando me aparta de un empujón con ambas manos y, verla de esta forma, al borde de las lágrimas, me parte en dos por dentro. Observo, pegado al suelo, congelado e incapaz de moverme. ¿Qué cojones acaba de pasar?

¿Por qué dije eso? Yo no… Mierda, no *pienso* eso. Ya superé lo de ella y Theo. No me conocía cuando acabaron en la cama. Sé que no lo habría ni mirado si nosotros dos nos hubiéramos conocido primero. Cassidy volcó toda su atención en mí desde la primera vez que nos vimos hace tres años, pero… soy un puto gilipollas.

La sangre me lleva hirviendo desde hace dos horas, los celos estaban teniendo una pataleta en mi cabeza cuando la vi en ese vestido precioso y ceñido sonriéndole a ese despojo que no llega ni a hombre.

Exploté.

Cass da un paso atrás, pero vuelvo a agarrarla de la mano sintiendo el pulso por las nubes.

—Lo siento.

No me mira, tiene la mirada gacha.

—Suéltame —susurra.

Le leo los labios más que escucho lo que dice. La vergüenza se enrolla en mi estómago y siento como si alguien acabase de estrangularme. La música sigue sonando a nuestro alrededor, el bajo sacude el suelo, pero el sonido se antoja distante, como si llegase a través de una película de cristal grueso.

Acuno su cara entre mis manos y le retiro las lágrimas que noto bajo mis pulgares. Le tiembla la barbilla. Un gimoteo pequeño y de dolor se le escapa de los labios y el estómago se me hunde.

—No lo decía en serio.

—Sí que iba en serio. —Me aparta las manos de un golpetazo y vuelve a dar un paso atrás—. Creí que había llegado al límite de lo diminuta y despreciable que se puede sentir una persona cuando me pasaban de una familia de acogida a otra como a un saco, pero tú me enseñaste que me equivocaba cuando me mandaste aquel mensaje hace tres años. —La voz se le rompe, otro golpe directo a los testículos. Se retira las lágrimas y se obliga a soltar un aliento tranquilizador por los labios—. Creí que había tocado fondo en aquel entonces, pero volviste a demostrarme que estaba equivocada cuando me echaste de tu casa. Y una vez más cuando me encerraste en el garaje… hace tres noches, y esta noche… No carezco de valor, Logan. No me merezco sentirme así. Yo jamás te he hecho daño a propósito.

—Cass…

—¿Qué? —suelta a regañadientes, poniéndose un poco más recta—. ¿Lo sientes? —Se ríe a pesar de las lágrimas, pero no hay

rastro de humor en su voz, solo un océano de dolor—. No lo sientes. Al menos ten la decencia de no mentirme a la cara.

Con eso, gira sobre los talones y se marcha.

No la detengo.

No voy tras ella.

Hemos terminado. Se acabó. Esto ya ha durado demasiado tal y como están las cosas, pero no me puedo sacudir de encima la debilidad de los miembros.

¿Está implosionando el mundo entero?

VEINTIUNO

Logan

El reservado de Cassidy se vacía en torno a la una de la mañana, pero para entonces ella ya hace una hora que se fue. Ya se había ido para cuando obligué por fin a mis pies a moverse y me volví a sentar con Nico.

Solo quedan Rush y uno de sus colegas en su mesa y mi hermano y yo en la nuestra.

Toby se llevó a una chica mona a casa hace diez minutos, sobándole el culo de camino a la salida. Esperaba que mi hermano siguiese su estela. En cuanto se libró de Aisha, una morena ágil ocupó su lugar y se pasó una hora restregándose contra su cremallera. La chica parecía ser su tipo, pero la mandó a paseo, dejando pasar a una tía perfectamente buena por ninguna razón aparente.

Al menos, espero que no haya ninguna razón. Espero que la presencia de Cruella y las miraditas evidentes y seductoras que le estaba lanzando a Nico cada vez que podía no hayan reavivado las cenizas en su cerebro, sino, que Dios nos asista, porque le partiré la puta mandíbula como se le ocurra siquiera volver a ir tras esa zorra.

—¿Qué pasa? —le pregunto, acercándome más para no tener que gritar por encima de Ava Max y su *The Motto* que retumba por los altavoces—. ¿Por qué mandaste a esa tía a paseo?

Se termina su cerveza de un trago y ladea la cabeza para mirarme.

—Se le escapó que está en la universidad.

—Las universitarias son unas fieras en la cama, tío. Deberías habértela tirado.

Niega con la cabeza una sola vez y estampa la botella contra la mesa.

—Son demasiado jóvenes, demasiado pegajosas y demasiado pesadas. Y no me tires de la lengua con Aisha. Menuda tía, coño.

Sonrío con burla, despegándole la pegatina a mi cerveza.

—No me digas que no te lo pasaste bien con ella, que te conozco muy bien.

—No me faltó nada para retorcerle el cuello. Es una pesada, por decir poco —espeta, pero una sonrisa minúscula y de lo más inusual le curva la comisura de los labios—. ¿Por qué no estás tú a la caza esta noche?

Me encojo de hombros y me bajo mi octava Bud Light.

—Tengo esto —me doy unos toquecitos en la sien— demasiado ocupado con las movidas que el abuelo quiere que haga antes de jubilarse.

Ojalá pudiera hablarle sobre Cassidy. A él o a cualquiera de mis hermanos. Yo estoy muy fuera de mi elemento y ellos siempre saben qué hacer. Me vendrían bien sus consejos, pero no puedo hablar con ellos. Estoy solo en esto, recorriendo un laberinto oscuro, tenebroso y sin salida.

Nunca debería haber tocado a la morena. El beso fue malo y antimorbo, todo gracias al relleno de pacotilla que le pusieron en los labios. No se me puso dura cuando se presionó contra mí, moviendo las caderas y restregándome el culo.

No sentí nada, a pesar de que era perfectamente follable.

Joder, no han pasado ni dos horas desde que le dije a Cassidy que hemos terminado, pero estoy tan lúgubre como un cementerio en una mañana húmeda y neblinosa… Pero puede que la suerte me esté sonriendo cuando localizo algo que podría levantarme el ánimo.

Rush va de camino a la barra, brindándome una oportunidad estupenda de descargar mi rabia. No podía levantarme y zurrarle sin más mientras estuviera ahí sentado sin levantar las sospechas

de mi hermano, pero sé cómo vengarme ahora que está en la zona del bar.

Lo único que tengo que hacer es provocar al gilipollas para que sea el primero en soltar un puñetazo y estaré servido. Hasta le dejaré darme ese primer golpe.

—¿Quieres otra cerveza? —le pregunto a Nico y obtengo un asentimiento brusco a cambio—. Ahora vuelvo.

Se saca el móvil mientras yo me pongo en pie y me crujo el cuello y los nudillos. La idea de hacer sangrar a ese cabrón afloja la cadena que me ciñe con fuerza la caja torácica.

Me detengo junto a la barra, con una estrategia ya en mente cuando apoyo el codo entre Rush y otro tío, los empujo a un lado y pillo por banda a Mick, el barman. Soy un rencoroso de narices, pero me la suda tres cojones.

—Lo mismo de antes, tío —le pido, perfectamente consciente de que no es mi turno.

—Hay que ponerse a la cola —espeta Rush.

Jamás nos hemos llevado bien, lo que hace que parta con ventaja esta noche. No puedo arrearle con el puño en la mandíbula sin más sin que Nico se haga preguntas o llegue a sus propias conclusiones. Es listo y observador. Sumará dos más dos y entonces seré yo el que termine sangrando.

—Sabes que esas reglas a mí no se me aplican —le respondo de la misma forma y con los ojos clavados al frente mientras veo cómo Mick coge nuestras cervezas.

—Querrás decir a Nico. Es *su* discoteca, no la tuya.

Técnicamente, Adam Banes es el dueño. Nico es solo un socio silencioso, o eso le gusta pensar a él. En realidad, todo Newport sabe que le compró el negocio a Adam a principios de este año y que lo nombró director general.

Lanzándole una mirada de reojo a Rush, me encojo de hombros.

—Viene siendo lo mismo. El caso es que a mí me atienden y tú esperas. Se llama jerarquía y tú estás bastante abajo en el escalafón.

Mick desliza dos botellas en mi dirección.

—Lo pondré en tu cuenta.

—Gracias, tío, y… —Agarro a Rush del hombro, clavándole los dedos en el hueso con fuerza bastante para dejarle un cardenal mientras lo señalo con la barbilla—. Este puede esperar hasta que hayas atendido a todo el mundo.

Rush se sacude mi mano de encima y, gracias, Señor, me planta cara.

—Pero, ¿a ti qué cojones te pasa, Logan? —Agarra un puñado de tela de mi camiseta.

No es un puñetazo, pero me sirve. Quiero decir, hay testigos. Fue él quien empezó, ¿verdad?

Nico así lo creerá también.

Espero.

Sea como sea, no me queda ni una pizca de autocontrol en mi interior. Lo cojo por la muñeca y se la retuerzo hasta que afloja el puño y un semblante de dolor le enturbia los rasgos.

—Ten cuidado con a quien le pones las manos encima —gruño, refiriéndome tanto a Cassidy como a mí—. Toca a la persona equivocada y sangrarás. Esta noche, sangrarás dos veces.

Muevo la mano hasta su cuello, le hundo los dedos en la piel y le estrello la cara contra la encimera. Se tambalea hacia atrás, rebotando contra algunas personas, pero alza los puños, listo para más. Y más es lo que tendrá.

Le he arreado puñetazos a mucha gente a lo largo de mi vida, pero *este* puñetazo es el puto padre de todos los puñetazos. Siempre recordaré cómo eché el codo hacia atrás y después impulsé el puño hacia delante para aterrizar en el objetivo.

Que no es su mandíbula, ni su nariz, ni siquiera su pómulo, sino sus labios. El inferior se le parte, le empieza a manar sangre y ambos se le hinchan al instante.

Eso es por besarla.

Golpeo de nuevo, esquivando el puño a medio gas que intenta atizarme, y mi puño entra en contacto con un lateral de su cara en esta ocasión.

Eso es por tocarla.

—¿Has terminado? —pregunta Nico, deteniéndose a nuestro lado como si nada y con las cervezas que yo pedí en la mano—. ¿A

qué viene esto?

—¡Se saltó la cola! —espeta Rush, ladeando el cuerpo para alejarse de mí, temeroso y con unos ojos suplicante clavados en mi hermano, como si él fuese a ayudarlo—. Déjame en paz de una puta vez, Logan —añade, cogiéndome la mano con la que lo tengo sujeto por la camiseta.

Lo empujo hacia atrás, soltándolo, y él se apresura a marcharse, habiéndose olvidado por completo de pedirse nada de beber. Quiero seguirlo. Aún no he terminado con él. Ni siquiera he empezado a sudar, pero Nico me agarra por el hombro y me guía de vuelta a la mesa, por lo que no me queda más elección.

—Pierdes la razón demasiado rápido —musita, volviendo a tomar asiento en el reservado.

Alzo una ceja, bebiendo dos tragos abundantes.

—Mira quién habla. —Le señalo sus propios nudillos, que aún no se han curado del todo después de que zurrase a un gilipollas cualquiera en Tortugo la semana pasada.

Sigo sin saber a qué vino eso.

—*Touché* —reconoce, echando un vistazo por encima del hombro hacia la multitud de cuerpos en movimiento en la pista de baile.

He zurrado a Rush, pero la realidad sigue siendo la misma.

Cass y yo hemos terminado.

VEINTIDÓS

Cassidy

Todo el finde se trató de autocuidados.

Como era de esperar, me desperté con una resaca encima de un dolor de cabeza y también una migraña. Los dolores eran a causa del alcohol, pero la migraña era por llorar. Me quedé dormida deshidratada, dolida y exhausta. Si pudiese enseñarle a Logan lo mal que me hace sentir, lo carente de valor y prescindible que me siento, no sería capaz de volver a mirarme a los ojos nunca más.

Mi habitación daba vueltas hasta bien entrada la tarde del sábado cuando me arriesgué a salir de cama para tomarme un puñado de analgésicos con un vaso de agua del grifo. No se quedaron conmigo mucho tiempo. Menos de tres minutos más tarde, vomité las pastillas, el agua, los chupitos y el daiquiri de kiwi.

Demasiado débil para moverme, me quedé grogui apoyada contra la pared del baño. Y qué buena elección fue esa… Estuve potando de forma intermitente hasta bien entrada la noche. Para cuando llegó la tarde del domingo, fui capaz de beber sorbitos de agua sin devolverla, con el cuerpo sin fuerzas tendido en el sofá y una toalla húmeda en la frente. Llevaba sin comer desde el viernes, pero el estómago no me estaba pidiendo que lo llenase y me daba demasiado miedo comer por si acaso potaba otra vez.

La parte buena de sentirme cómo si hubiese pasado una hora en una lavadora en marcha y me hubiese tragado un cubo de lejía es que no tenía fuerzas para pensar en Logan. De haberlo dejado

entrar en mis pensamientos, habría llorado y gritado para desahogarme.

«Dos palabras, un dedo. Hemos terminado».

«Terminado». Tiene gracia… Recuerdo que dijo que nunca empezamos.

Estuve dormitando la mayor parte del día, con la tele puesta como ruido de fondo, pero en algún momento me quedé dormida de verdad y no me desperté hasta las seis de la mañana del lunes.

El dolor de cabeza ha desaparecido, pero no me siento lo bastante bien como para comer, por lo que me conformo con una taza de café solo y amargo mientras doy pisotones por el piso en busca de mi móvil. Encuentro al muy escurridizo debajo de la almohada y lo pongo a cargar mientras me doy una ducha para limpiar la peste a alcohol, vómito y sudor.

La última vez que me emborraché tanto fue en la uni. Hoy siento un nuevo respeto por Kaya. Siempre está fresca como una rosa la mañana después de una juerga y es capaz de funcionar como una persona normal a pesar de lo pedo que fuese la noche anterior.

Debe de ser un talento. O eso o ha desarrollado una resistencia hiperalta y las resacas ya no la molestan. O igual es que empina una botella de vino espumoso todas las mañanas en vez de un café.

He oído que eso ayuda.

Consideré lo de optar por seguir borracha el sábado, pero un solo vistazo a la botella de Corona en mi nevera bastó para que se me revolviese el estómago.

Duchada, vestida y oliendo bien y a limpio, me siento de piernas cruzadas delante del espejo de mi cuarto mientras trato de cubrir mis ojeras con corrector y base. Funciona hasta cierto punto. Lo bastante como para que no me dé vergüenza salir de casa o pedir cita en el ginecólogo para las nueve de la mañana.

Logan violó mi confianza y aunque no creo que pusiese en riesgo mi salud a sabiendas, no soy tan tonta como para no hacerme una prueba de ETS. Ya puede rezar para no haberme contagiado clamidia.

Aunque… Supongo que de entre todas las enfermedades de transmisión sexual, la clamidia tampoco sería tan mala.

Le escribo un mensaje a Luke para hacerle saber que llegaré tarde al trabajo y me subo al coche para dirigirme a la clínica en la otra punta del pueblo. La recepcionista me saluda con una sonrisa y la enfermera me acompaña hasta una sala privada en cuestión de minutos.

—Aquí tiene la bata. Cámbiese y súbase a la camilla. El médico estará con usted en unos minutos.

Doblo mis vaqueros y camiseta, escondo mis bragas rosas en medio y me siento en la camilla, sujetando con fuerza la espalda de la bata azul. Voy a enseñarle mis partes al médico en un minuto, pero mientras tanto me aferraré a mi pudor.

Unos pósteres gráficos del sistema reproductor femenino y las señales de alerta del cáncer de mama abarrotan las paredes junto con una hilera de frases alentadoras. Se supone que deben hacerte sentir en calma y cómoda para hablar de sexo y ETS con un extraño mientras éste te mete un tubo de plástico en la vagina.

La puerta se abre un instante más tarde y me alivia ver una cara conocida. El doctor Jones, un hombre mayor de unos sesenta años, lleva siendo mi médico desde que me mudé a Newport. Me alegra que aún no se haya jubilado, aunque no debe de faltarle mucho.

—Buenos días, Cassidy —saluda con tono alegre, subiéndose las gafas rectangulares por su nariz larga y torcida—. ¿Qué te trae hasta aquí? ¿Vienes solo a hacerte una revisión?

—Ojalá. Necesito hacerme una prueba de ETS.

—Vale, podemos hacerlo. —Acerca un taburete sin ni una pizca de censura visible en su rostro. Estoy segura de que habrá visto de todo en todos los años que lleva ejerciendo y nada puede sorprenderle ya—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que practicaste sexo sin protección? Algunas infecciones tardan en aparecer en las pruebas. Puede que sea mejor esperar para extraerte sangre.

—Si me he contagiado de algo, aparecerá —le aseguro, avergonzada de haber permitido que Logan me la metiese durante tres meses a pesar de todo el daño que me causó a conciencia—.

Dudo que haya nada de lo que preocuparse, pero mejor prevenir que curar.

No creo que Logan me haya contagiado una ETS, pero ya no confío en él y no soy tan tonta como para no hacerme la prueba.

Aunque sí soy lo bastante tonta como para dejarle prescindir del condón.

Mi vida ha estado yendo cuesta abajo desde que nací, pero *esto* es tocar un nuevo fondo. ¿Cómo terminé yo aquí?

Le echo la culpa a Thalia y a su estúpido, considerado y cariñoso marido que le montó una fiesta. De no haber sido por esa fiesta…

Sacudo la cabeza, apartando esos pensamientos. Lo hecho, hecho está. No puedo retroceder en el tiempo, así que no tiene sentido comerse la cabeza con algo que se escapa a mi control.

—También estaba pensando en ponerme un implante anticonceptivo.

El Dr. Jones pasa las hojas de mi historial médico y anota algo en su libreta, asintiendo.

—¿Por alguna razón en particular? ¿No te sienta bien la píldora?

—No, pero los implantes son menos embrollo.

—Podemos hablar de ello en cuanto tengamos tus resultados. Hace un tiempo que no te haces una revisión, así que te examinaré rápidamente ya que estás aquí, recogeré una muestra, después orinarás en un vasito y te extraeré sangre. —Señala la camilla, invitándome a que me ponga cómoda o tan cómoda como puede estar una en la consulta del ginecólogo—. ¿Tus menstruaciones son regulares? ¿Ningún problema?

—Sí, no hay ningún cambio en ese frente. Apenas sangro con la píldora. ¿Tendré menstruaciones normales otra vez con el implante?

Coge un espéculo y lo cubre de lubricante antes de abrirme con sus dedos enfundados en guantes de látex. Odio esta parte; el gel está frío y el espéculo que me estira para que el Dr. Jones pueda echar un buen vistazo me recuerda a un abrelatas por algún motivo.

—Es difícil predecirlo —murmura, alzando la cabeza de entre mis piernas—. Puede que tengas menstruaciones normales o que no

tengas en absoluto. —Vuelve a bajarse y su pelo cano es lo único que puedo ver—. ¿Qué tal el trabajo?

Sí, ¿por qué no mantener una conversación superflua mientras me está mirando con lupa ahí abajo? Seguro que me distrae de lo que está haciendo y por qué estoy aquí.

Como prometió, el examen dura cinco minutos. Después de que recogiese muestras, me revisase por dentro y me palpase el pecho en busca de tumores, me encierro en el baño para mear en un vasito y vuelvo a vestirme.

¿No es este el sueño hecho realidad de cualquier chica?

Todo un cuento de hadas en la vida real: enamorarse del hombre perfecto, hacer el amor toda la noche y después ir a comprobar si tienes gonorrea porque es un gilipollas que no puede guardarse la polla en los pantalones.

—Deberíamos tener los resultados para el miércoles —me informa el Dr. Jones, que viene a mi encuentro en el vestíbulo en cuanto la enfermera me extrae sangre—. Te llamaremos en cuanto los recibamos para programar otra cita. ¿Quieres pedir también cita para el implante?

—A lo mejor cuando vuelva —digo, sintiéndome nerviosa por primera vez desde que entré por la puerta, como si mi cerebro acabase de darse cuenta del horror de la situación—. Esperaré a que me llaméis.

Coge una tira de preservativos de colores de un cuenco enorme en recepción y me los entrega con una sonrisa descarada.

—Ábrelo, desenróllalo y pónselo.

Suelto una carcajada forzada y escondo los condones en el bolso.

—Gracias. Es una pena que sea un poco tarde para eso.

***

Me despierto con sobresalto por un fuerte golpe. El corazón me está latiendo ya a toda pastilla incluso antes de abrir los ojos del todo.

¡Bam, bam, bam!

Frunzo el ceño, echándole una mirada a mi móvil sobre la mesilla de noche y un poco confundida después de haberme quedado frita en el sofá. Ni siquiera son las nueve de la noche todavía. Unos cuantos mensajes sin leer me esperan en la pantalla, pero lo primero es lo primero.

Los golpes continúan, haciendo temblar las ventanas de mi piso diminuto. Es martes por la noche. A mis vecinos no les hará ninguna gracia estos ruidos, ya que la mayoría tienen que levantarse a las cinco o seis de la mañana para ir a trabajar.

—Ya voy —mascullo, apartando la manta de un puntapié.

Debería haber mirado los mensajes antes de abrir la puerta porque lo más seguro es que sean de la misma persona y, de haberlo sabido, habría fingido no estar en casa.

—Márchate, Logan —digo, agarrando la puerta, sin estar segura de si cerrársela en las narices o abrirla más. La mera imagen de él provoca que mi organismo se inunde de endorfinas—. Márchate —repito.

Es mi única línea de defensa, pero mi tono carece de resolución. Ni siquiera yo me creo que quiera que se vaya. Es malo. Me hace daño y me hace sentir peor que nadie que forme parte de mi vida, pero lo echo de menos. Su olor, sus ojos oscuros, la firme caricia de sus manos que veneran mi piel…

—Por favor, déjame en paz, ¿vale? Dijiste que habíamos terminado.

—Sí, lo recuerdo. —Entra en mi casa, pasando por mi lado y directo a la cocina—. También dije que follaríamos solo una vez y mira qué pasó. ¿Por qué no has contestado a mis mensajes?

—Estaba durmiendo y no tengo nada que decirte —espeto, alimentándome de su enfado para avivar el mío—. Márchate, Logan.

Se apoya contra la encimera con la mandíbula apretada y ojos entrecerrados.

—No hasta que me expliques por qué besaste a Rush.

Me cruzo de brazos, imitando su postura.

—Tú no tuviste ningún problema en meterle la lengua en la boca a la morena y no veo que te expliques. —Doy un paso más

cerca con el pecho jadeante. La ansiedad asociada a los resultados de las pruebas que recibiré mañana se funden con el dolor y el enfado, creando una mezcla explosiva—. Supongo que lo que teníamos no era exclusivo. ¡Podrías haberme avisado antes de follarme sin preservativo! —Lo empujo hacia la puerta—. Márchate. Ya mismo.

Me agarra por el antebrazo, tirando de mí para acercarme más a él.

—Era exclusivo. *Es* exclusivo. Yo besé a la morena, pero tú besaste a Rush, así que estamos en paz.

Intento sacudirme su mano, pero me agarra con más fuerza.

—Nada de «es», lo que teníamos se acabó, Logan. ¿Crees que puedes presentarte en mi casa como si no pasase nada? ¡¿Cómo si no hubieses dicho todas las barbaridades que dijiste el viernes?! —Le apuñalo el pecho con el dedo—. ¡Sal de mi casa! ¡Y ya puedes rezar para no haberme contagiado una ETS o te juro que te mataré en cuanto tenga los resultados!

Me suelta con las cejas alzadas y un expresión de incredulidad total en su cara bonita y estúpida.

—¿Te has ido a hacer pruebas? ¿Por qué? Jamás te tocaría si no estuviese seguro de que estoy limpio. Lo sabes, Cassidy. ¡Confías en mí!

—¿Que *confío*? —Tiene que estar de puta coña—. *No* confío en ti y no quiero que vengas por aquí. ¡Márchate y no vuelvas! —Lo vuelvo a empujar—. Dos palabras, un dedo. ¡Fuera, coño!

El silencio se abate sobre la habitación y la animosidad de Logan se borra como unos dibujos hechos a tiza bajo una lluvia primaveral.

—Siento lo que dije el viernes. De verdad que lo siento, Cass. No quiero que nos despidamos de esta forma —dice, soltando un pesado suspiro—. Besé a aquella chica porque…

—¡No me importa! Aunque no lo hubieses hecho, nosotros… —Me interrumpo, mordiéndome el labio. No hay un «nosotros»—. *Esto* —señalo del uno al otro— iba a terminar pronto de todos modos. —Inhalo profundamente porque el enfado amaina y el dolor ocupa su lugar, amenazando con hacerme caer de rodillas—. Ya has

tenido lo que querías, Logan, y me tiraste a un lado como a un juguete roto. Hemos terminado. Tú mismo lo dijiste. Ahora, largo.

—No te estoy tirando a un lado. —Se quita la gorra de béisbol y se agarra un puñado de pelo—. Ya sabes cómo va esto. Accediste a que fuera solo sexo y ahora, ¿qué? ¿Quieres más? ¡Eres la mejor amiga de Kaya, por el amor de Dios!

—Y no te olvides de que me follé a Theo.

Aprieta los dientes y me clava en el sitio con una mirada dolida; su cara es la viva imagen de la devastación. Y, entonces, su actitud cambia delante de mis ojos. Los rasgos se le suavizan y me mira a los labios con una expresión de determinación inquebrantable en sus ojos marrones un segundo antes de rodearme la muñeca y tirar de mí hacia él.

Reacciono como siempre hago ante su contacto, con una marabunta de estremecimientos y calor inundándome el estómago. Como si pudiese percibir que mi fuerza de voluntad se está resquebrajando, sus labios atrapan los míos. La suavidad y familiaridad de su boca tiran abajo el muro que llevo construyendo a mi alrededor desde hace días. Ese primer pensamiento de apartarlo de un empujón desaparece sin dejar rastro más rápido de lo que apareció.

Cuando me abraza, cuando sus labios batallan con los míos, con besos codiciosos, casi despiadados, ya no sé por qué estaba cabreada con él para empezar. Está borroso. Es una recuerdo desdibujado y desvaído. Es algo del pasado que tiene menos de un minuto de antigüedad.

Un gemido necesitado se me escapa y Logan se bebe ese sonido directamente de mis labios; su lengua provoca a la mía de una forma más sensual y calmada.

—Sé que soy un gilipollas. Sé que no paro de hacerte daño, pero… no quiero que pongamos fin a esto cuando estamos cabreados, ¿de acuerdo? —susurra, desplazando los labios a mi cuello y rozándome la piel con los dientes—. Nos reconciliaremos en la cama y después habremos terminado, lo prometo. —Me envuelve la muñeca con una mano y con la otra baja por mi

costado hasta encontrar mi cadera—. Eres increíble, cariño, ¿lo sabes? Te haré sentir bien. Siempre lo hago.

Ahí está.

Ese sonido.

Ese crujido al fondo.

Esa es mi determinación y mi fuerza de voluntad de no dejarlo acercarse, de no dejar que me toque y me lave el cerebro, haciéndose añicos.

No puedo luchar contra él.

Lo quiero y lo deseo y lo necesito.

Me sube encima de la encimera, con sus labios sobre los míos y las manos subiendo por mis muslos hasta que los dedos le desaparecen bajo el dobladillo de mi camisón y su respiración se entrecorta.

—Qué suave —murmura, mordisqueándome el labio inferior—. Qué caliente. Abre, cariño —me insta—. Ábrete del todo.

Extiendo las piernas con mi cerebro vacío de cualquier pensamiento racional. Solo somos él y yo.

Él.

Nada más importa.

Me hace las bragas a un lado y desliza dos dedos con lentitud, como si tuviese miedo de que fuese a arremeter contra él si no va con cuidado.

—Voy a sacarte ese enfado a base de follarte, pero primero… —dobla los dedos, acariciando mi punto G— te correrás para mí. Quiero sentir cómo goteas por mis dedos.

Entreabro los labios y descanso la frente en su hombro con los ojos cerrados y las tetas pegadas a su pecho. No puedo parar esto. No me quedan fuerzas en el cuerpo para empujarlo, para proteger mi mente que prácticamente me ha abandonado en estos momentos.

No tengo autocontrol cuando él está cerca. Solo intento controlar la situación cuando hay distancia entre nosotros, por lo que no debería haberle dejado entrar esta noche. No debería haber abierto la puerta. Puedo gritar y pelear cuando está a un metro de distancia, pero no puedo defenderme cuando me toca.

Y no quiero.

Estoy perdida en este hombre. En su ternura y ferocidad. En su afecto reservado para los breves momentos en los que estamos solos en el mundo.

—Te he echado de menos —susurra, presionando los labios contra mi sien cuando sus dedos me acercan más al borde—. Te echaba de menos con locura.

El corazón se me hincha, rodeado de una calidez placentera. No soy tan inocente como para pensar que esto importa, que a lo mejor quiere más que sexo, pero sus palabras tienen el efecto de un bálsamo calmante sobre los cientos de cortes y moratones de mi mente desatendida.

Logan nunca me verá como nada más que un rollo, pero cuando me aprieta así contra su pecho, con una mano sobre mis omóplatos como para acurrucarme contra él; como para protegerme y cuidar de mí, me veo incapaz de pelear con él.

Volveré a llorar a mares mañana, pero por ahora quiero saborear su cercanía, la paz que me trae y la felicidad que provoca.

Ningún otro hombre ha podido llevarme al borde del orgasmo tan rápido como Logan. Está en sintonía con mi cuerpo. Sabe lo que hacer, dónde presionar y donde apretar para llevarme al más alto de los clímax. Para hacerme gemir y aferrarme a él.

Mis jadeos llenan el aire, volviéndose cada vez más sonoros. Los retortijones en mi abdomen se intensifican y embisto contra él con cada caricia precisa y acertada de sus dedos.

—Está bien, cariño. Está bien —me arrulla con voz suave—. Déjame dártelo. —Me arrima más a él, envolviéndome con más fuerza y con sus labios presionados con firmeza contra mi sien cuando me corro contra sus dedos, quieta y en silencio antes de morderle el hombro—. Eso es. No te resistas. No luches contra mí. —Se aparta, retira los dedos y me acaricia el muslo antes de acunarme la cara y clavar los ojos en los míos—. ¿Mejor?

Asiento, demasiado temerosa de hablar por si acaso rompo en llanto. Pero él no espera que hable, sus labios vuelven a atrapar los míos en un beso lento y profundo, casi afectuoso. Como si quisiera

consolarme. Como si estuviese intentando disculparse con gestos porque sabe que no me creeré sus palabras.

—*Yo* te hago sentir bien. Nadie más. Solo yo, princesa. —Me estampa un beso en la cabeza y deja caer las manos sobre mis muslos—. He cambiado de idea. Te quiero en la cama.

Mis piernas no tienen más opción que enrollarse en su cintura cuando me alza de la encimera a sus brazos. Estimulada al máximo y casi cegada por la lujuria, intento quitarle la camiseta, pero mis acciones son demasiado descoordinadas. Logan tampoco me ayuda a centrarme, besándome el cuello y mordiéndome la oreja. Tiro de la tela hacia arriba, cuelo las manos debajo y toco sus abdominales inmaculados.

—Qué impaciente —murmura, lanzándome a la cama. Se quita la camiseta de un tirón antes de cubrir mi cuerpo con el suyo.

Me entrego al momento, impulsada por la pasión y el anhelo. Lucho por sentir sus caricias mientras nuestra ropa vuela por el cuarto hasta que ambos estamos desnudos y yo me aferro a su piel caliente. En cuanto mi mirada se encuentra con la suya, Logan empuja las caderas hacia delante sin previo aviso, llenándome con cada centímetro de su envergadura. Un estremecimiento desgarrador sacude mi cuerpo, la sensación resulta casi insoportable de tan perfecta que es.

—Abrázame —murmuro, arañándole la espalda—. Por favor, simplemente…

Me acalla con un beso y sus brazos me enjaulan, piel contra piel, pecho contra pecho, mientras se retira con parsimonia para volver a penetrarme.

—Uno más —me dice al oído, haciendo que mi corazón se salte un latido y una ola de calor me inunde la entrepierna—. Quiero oírte, cariño.

Le rozo el hombro con los dientes, dejando besos profundos en la curva de su cuello, pero cada empellón desesperado y fuerte que me desliza hacia arriba de la cama me acerca a otro orgasmo. Ya no puedo contener los gemidos suaves y casi inaudibles.

Logan alterna mirarme con besarme cada centímetro de piel que alcanza. Los gruñidos bajos y respiraciones superficiales provocan

que un arranque de estremecimientos me recorra la columna.

Dios, no quiero verle nunca en otro estado diferente al que se encuentra ahora, observándome con ojos oscuros y lujuriosos como si yo fuera la única persona del mundo que necesita.

—Ahí está —suelta con voz ronca cuando el orgasmo me golpea, pintándome el interior de los párpados de una blancura cegadora—. Bien, eso es… Me encanta verte así.

Lo acerco a mí tanto como puedo mientras mi cuerpo está en su posesión y haciéndose añicos de la forma más dulce. Una sonrisa satisfecha y apacible le curva los labios antes de retomar su tempo atroz durante unas embestidas más hasta que se queda quieto y se corre en *mis* brazos con tanta fuerza como yo me corrí en los suyos.

Sus labios vuelven a encontrarse con los míos como si me hubiese echado de menos a pesar de tenerme ahí mismo en todo momento. Se sale de mí con cuidado, agarrándose a mi cadera y sucede algo de lo más inesperado… Se desploma a mi lado, me envuelve en sus brazos y toma un aliento profundo y calmante.

***

La cama cruje bajo el peso de Logan cuando se sienta y echa las piernas por el borde. Me acurrucó contra su pecho después de un polvo salvaje y debo de haberme quedado dormida, demasiado a gusto con su cuerpo caliente al lado.

No me esperaba que se quedase, pero aquí está, frotándose el sueño de los ojos. Me hincho por dentro y la esperanza reaparece. ¿Es este el primer paso para tener algo más?

Me acuesto de lado, apoyo la cabeza en un codo, le acaricio la columna con las yemas de los dedos y siento cómo los músculos se le contraen bajo mis caricias. El cielo está oscuro fuera y en el reloj de la mesilla pone que apenas pasan de las cuatro de la madrugada.

—No era mi intención despertarte —dice, apartándose de mis caricias antes de ponerse de pie y coger su camiseta del suelo.

Aún estoy medio dormida y me lleva un momento darme cuenta de por qué está levantado en mitad de la noche. Se está escabullendo antes de que mis vecinos se despierten para que nadie lo vea marcharse por la mañana.

Un sentimiento asqueroso de que soy repugnante se envuelve alrededor de mi cuello.

Me hago una bolita y me clavo las uñas en las manos para frenar las lágrimas que se avecinan. ¿Cuántas formas más va a encontrar Logan de romperme? ¿De darme esperanza y arrebatármela con un solo gesto?

Contemplo entre lágrimas cómo se pone los vaqueros, se ajusta el cinturón y se echa la chaqueta encima. A continuación, se cierne sobre mí para dejarme un beso en la coronilla.

Quiero apartarme.

Quiero saltar de la cama, lanzarle a la cara todo a lo que pueda echarle mano y sacarlo a patadas de casa mientras grito a todo pulmón, pero estoy congelada en el sitio, temerosa de mover un solo músculo.

Perderé la compostura y, en vez de pelear, le rogaré.

—Nos vemos por ahí —susurra en la oscuridad antes de marcharse.

Nadie se quedará nunca a mi lado.

Nadie me querrá nunca.

Nadie se preocupará nunca por mí.

VEINTITRÉS

Cassidy

Compruebo el móvil cada diez minutos desde el momento en que me despierto el miércoles hasta que el Dr. Jones me llama a las siete y media. Una sensación de pavor me florece en el estómago cuando me escondo en la cocina para empleados mientras Luke está sacando fotos de una nueva colección de zapatos para un diseñador local.

Respiro hondo antes de darle a aceptar la llamada. «Todo va bien. Tú estás bien. Relájate».

—¿Hola?

—Buenos días, Cassidy —me saluda el Dr. Jones. Su luminosidad habitual está ausente de su voz, reemplazada por un tono formal con un deje afilado.

Un tumulto de enfado me baila por la columna y el corazón me empieza a latir en un rango propio de un paro cardíaco. Algo va mal.

¡Será hijo de puta!

Voy a castrarlo, lo juro por Dios. No podrá volver a meter su polla larga y bonita en ninguna mujer nunca más.

—Buenos días —digo yo con un escalofrío recorriéndome el cuerpo entero—. Por tu tono de voz, no parece que tengas buenas noticias.

El clic del flash de la Nikon de Luke es el único ruido que rompe el silencio pesado.

—Cassidy, ¿puedes pasarte hoy por la consulta?

Otro motín de nervios me encogen el estómago y me imagino cómo torturaré a Logan por este marrón.

—¿Debería preocuparme? ¿Qué es lo que tengo?

—Preferiría hablarlo cara a cara. ¿A qué hora podrías estar aquí?

Le echo una ojeada al calendario de la pared para comprobar mis citas del día. El pulso me late en los oídos, silenciando el sonido de la cámara de Luke y el tráfico al otro lado de la ventana.

Tengo una sesión de fotos familiar en media hora y una sesión con un niño pequeño a las cuatro de la tarde, pero no podré sacar ni una sola foto decente con la diagnosis de ETS pendiendo sobre mi cabeza como un tornado enfurecido.

—Si puedo reagendar a mis clientes, estaré ahí en media hora.

—Vale, bien. Hoy me estoy encargando del papeleo, así que cualquier hora me viene bien. Nos vemos pronto. —Corta la llamada antes de que pueda atosigarle para sacarle más información.

Un silencio opresivo me pita en los oídos. «Dios, por favor no dejes que sea VIH. *Por favor*. *Nunca* volveré a mirar a Logan, lo juro. Pero por favor que *no* sea VIH».

Aprieto el teléfono con todas mis fuerzas, tomando inspiraciones profundas y esforzándome lo mejor que puedo en mantener la calma, pero las lágrimas sin derramar amenazan con caer una vez más.

¿Cuánto puede llorar una persona antes de quedarse sin lágrimas? Desde el viernes, he llorado dos mares, pero las glándulas lacrimales me siguen funcionando perfectamente. Ojalá las tuberías de mi piso fuesen tan fiables.

Llamo a mis clientes para reagendar la cita de esta mañana para la semana que viene y, en cuento me he ocupado de eso, me echo el bolso al hombro.

—Me marcho —informo a Luke. Siento las piernas un poco como si fuesen esponjas—. Volveré más tarde, tengo sesión con un niño pequeño a las cuatro.

Él está concentrado en lo suyo, lanzando miradas de odio de la cámara a un par de tacones bonitos, rosas y de tiras con unos lacitos atrás como si estuviese intentando obligar a los zapatos a

posar mejor. No sé si me habrá oído, pero su respuesta es el silencio.

Con cada paso que me acerca al coche, tiemblo más y más hasta que el cabreo que me sube por el pecho es como una animal acorralado y asustado tratando de salir a base de zarpazos. Y le enseño una forma de salir cuando me siento tras el volante y le envío un mensaje a Logan.

Yo: ¡Muchas gracias, cabrón! No vuelvas a acercarte a mí o te corto la polla. Será mejor que informes a tus chicas de que se hagan las pruebas.

Lanzo el móvil al asiento del pasajero, enciendo el motor y me incorporo a la carretera principal. El sistema de manos libres se activa, inundando el coche con el tono de llamada que le asigné a Logan después de la tarde que pasamos en su piscina, *Swim* de Chase Atlantic. Lo mando al buzón de voz siete veces, pero no se rinde.

—¿¡Qué?! —espeto cuando contesto al octavo intento—. ¡No tengo nada que hablar contigo!

—Sea lo que sea lo que tienes, no te contagiaste por mí, así que llama *tú* a *tus* chicos para informarles.

Bufo, presionando el pedal con más fuerza.

—Hace un año que no estoy con nadie, Logan. ¡Tú me contagiaste esta mierda! No te atrevas a volver a acercarte a mí. Hemos terminado. ¡Se acabó! ¿¡Te queda claro?! ¡SE ACABÓ!

Se escucha un fuerte golpe en su lado de la línea.

—Me hice pruebas antes de lo nuestro, Cass. Yo estaba limpio, así que tú… —Se interrumpe y su voz cambia de la ira a una molestia controlada—. ¿En qué has dado positivo?

—¡No es asunto tuyo!

Aun si supiera qué ETS tuvo la increíble bonanza de compartir conmigo, no se lo diría. Se merece pasar por la humillación de ir a una clínica, mear en un vaso y que le recojan muestras. Se merece la mortificación de recibir los resultados.

Pagaría mucho dinero por ver al todopoderoso Logan Hayes con la cabeza gacha de la vergüenza.

—Nunca había follado sin condón hasta que estuve contigo, así que no me eches la culpa de este marrón a mí. ¿Crees que te lo voy a poner fácil? ¡Ja! —Cambio de marcha y vuelvo a pisarle al pedal—. ¡Olvídalo! ¡Si quieres saber qué tratamiento necesitas, tendrás que pasar por esa puta mierda de proceso igual que yo! ¡Llama a tu médico!

La luz del semáforo del cruce más adelante cambia a rojo. Me he puesto tan como una moto que no he notado la velocidad ascendente ni lo fuerte que estoy pisando el acelerador.

Voy a más de noventa y cinco por hora en pleno núcleo de Newport y no tengo oportunidad de frenar a tiempo. No hay espacio para desviarme a la derecha o a la izquierda para no comerme al Mustang parado a menos de veinte metros.

—¡Mierda! —grito, estampando el pie en el freno.

El sonido de las llantas dando un patinazo me perfora los oídos. Pierdo el control del coche un segundo antes de que un fuerte golpe sacuda mi pequeño Fiat. El tiempo se ralentiza. La fuerza del impacto me empuja hacia delante y los brazos me vuelan por el aire como si la gravedad hubiese dejado de existir.

Un ruido ensordecedor y aplastante de metal doblándose y cristal haciéndose añicos inunda el aire.

El airbag me explota en la cara.

El cinturón de seguridad se bloquea, empujándome otra vez contra el asiento.

Una cascada de cristales cae sobre mí antes de que el mundo se desvanezca en la oscuridad.

Y entonces… dolor.

Mucho dolor.

Es lo primero que noto cuando me obligo a abrir los ojos. Tengo la vista borrosa como si estuviese mirando a través de un par de lentes de cuatro dioptrías teniendo bien la vista.

Parpadeo tratando de ajustar la vista, de *ver* mis manos que tengo extendidas delante de la cara. El pitido agudo de mis oídos ahoga cualquier otro sonido y una sangre caliente y húmeda me

baja por la cara. Alzo la mano para tocarla, tomando una bocanada de aire que habría hecho que me doblase en dos si el espacio que hay me lo permitiese. Un dolor agudo y punzante me recorre la caja torácica.

Un escalofrío me baja por la columna y el pulso me martillea como loco en el cuello cuando la vista se me empieza a aclarar a cada segundo que pasa.

Estoy cubierta de sangre.

Las manos, la blusa, las piernas… están cubiertas de sangre escarlata y diminutos fragmentos de cristal roto. Trago con fuerza tomando bocanadas rápidas y superficiales que no duelen tanto.

—¿¡Cassidy?! ¿Estás bien? —Alguien se agacha junto al coche y mira por la ventanilla, o lo que antes era una ventanilla. Ya no tiene cristal—. ¡Joder! —exclama y se gira—. ¡Conor, llama a una ambulancia!

Con la mirada puesta al frente, mi mente es un nubarrón neblinoso de confusión. El culo del Mustang contra el que recuerdo empotrarme ya no está ahí. Ahora estoy mirando embobada el escaparate de una ferretería. El capó de mi coche se dobló como un acordeón ante el impacto.

Parpadeo, volviendo a reproducir en mi cerebro el accidente. Sí, no me cabe duda de que había un Mustang. ¿Dónde diablos está?

Vuelvo a mirar a un lado hacia el joven junto a mi coche. Me tiene una cara conocida. Ojos oscuros, pelo negro y rasgos marcados.

Logan.

No, es demasiado joven.

Es su hermano.

—Yo a ti te conozco… —digo, las palabras son como cuchillas sobre mi lengua—. Cody, ¿hay… hay alguien herido?

—Te has dado un golpe bastante fuerte en la cabeza, así que lo dejaré correr. —Sonríe con suficiencia y una comisura se le alza ligeramente.

Logan…

No, demasiado joven, pero se parecen mucho.

—Soy Colt, Cassidy, y tú eres la única herida. ¿En qué estabas pensando al ponerte en plan Schumacher conmigo?

—Colt —repito, poniendo una mueca cuando el dolor me azota las sienes. Mi cerebro sigue medio atascado al ralentí. Me lleva tres veces más que el tiempo habitual procesar y entender sus palabras —. ¿Qué es Schumacher?

Vuelve a sonreír con suficiencia y siento ganas de llorar.

Logan.

Daría un brazo por que estuviera aquí. Estoy muy confundida.

—Era piloto de Fórmula 1. En 1998 se estrelló contra el culo de otro turismo… —Se detiene y desestima la idea con un gesto al ver mi expresión desconcertada—. No importa. ¿A qué venían esas prisas? —Mete la cabeza aún más dentro del coche y le echa un vistazo al salpicadero—. Guau, ibas a sesenta y cinco en el momento del impacto. Oí cómo rechinaban las llantas cuando pisaste el freno y miré por el retrovisor, pero ya era demasiado tarde para echarme a un lado. ¿A qué velocidad ibas?

—Eh… —Me presiono los dedos contra la sien, el dolor me lacera la cabeza. Siento como si hubiese explotado una bomba ahí dentro —. No sé. A noventa y cinco, creo. —Vuelvo a echar un vistazo alrededor. ¿Dónde está el coche de Colt? Tengo el cuello demasiado agarrotado para girar la cabeza y mirar por la ventanilla del maletero—. Me estrellé.

—Ya, no jodas. Cómo es posible que sigas con vida es todo un misterio, tía. Te estrellaste contra el culo de mi coche y este… — arruga la nariz y se echa atrás para ojear mi Fiat— *juguete* tuyo salió disparado y giró dos veces hasta de detenerse aquí.

—La ambulancia está en camino. —Otro chico se detiene junto al coche. Conor, creo. O igual es Cody. No puedo diferenciarlos ahora mismo, pero se parece a Colt, por lo que debe de ser uno de los trillizos—. Hola, Schumacher. ¿Todo bien? Tienes que quedarte donde estás hasta que llegue la ambulancia.

—No te molestes, Conor. No pilla la referencia —le informa Colt, nada contento con mi falta de conocimientos sobre Fórmula 1—. No te muevas. A saber lo grave que son tus heridas.

Tiemblo. Unos escalofríos me suben y bajan por todo el cuerpo como si me hubiesen sumergido en un agujero de un lago helado. ¿Por qué hace tanto frío? El sol brilla en el cielo y había casi treinta grados cuando salí del estudio.

—¿Qué es eso? —pregunta Colt, volviendo a meter la cabeza dentro—. ¿Eso es… la radio? No me jodas que sigue funcionando.

Me centro en la suave melodía: *Swim* de Chase Atlantic.

—Es mi móvil.

Logan.

El estruendo ensordecedor de las sirenas de la policía se traga el tono que sale de mi teléfono. Colt y Conor se hacen a un lado, dejándome ver a una muchedumbre de espectadores junto a la acera, sacando fotos y mirando boquiabiertos la escena.

Nadie intenta ayudar. Se quedan ahí parados, horrorizados y curiosos, como si este no fuese un accidente real y solo estuviesen filmando la escena de acción de una película.

Analizo mi postura y los daños que ha sufrido mi cuerpo, contenta de ver que no se me ha clavado ningún objeto de metal. Eso es un consuelo. Tengo las manos y brazos cubiertos de cortes allá por donde los cristales me perforaron la piel, pero nada grave. Nada que necesite puntos. Me toco la cara, siguiendo el riachuelo de sangre desde mi barbilla hasta que mis dedos se topan con un herida abierta sobre mi ojo izquierdo.

Eso *sí* puede que necesite puntos.

Tengo las piernas atrapadas bajo la columna del volante que se me está clavando en los muslos. Mierda, ¿qué voy a hacer si ya no tengo piernas? ¿Y si estoy en estado de shock y no puedo sentir el dolor?

Esa teoría cae por su propio peso cuando empiezo a entrar en pánico y tomo otra bocanada de aire profunda y punzante. La agonía que me parte la caja torácica en dos demuestra que sí puedo sentir dolor. Un dolor atroz.

Meneo los dedos de los pies para comprobar si siguen ahí y suelto un suspiro de alivio al notar cómo se mueven dentro de mis deportivas.

Estoy bien.

Tengo piernas.

Estoy viva.

Colt tiene razón. Es incomprensible que no haya quedado cortada por la mitad. Quiero besar a este *juguete* mío que sobrevive de una forma tan decente a los accidentes por salvarme la vida, pero antes de intentar abrazarme al volante y darle las gracias a este conjunto de metales, Shawn se agacha y mete la cabeza dentro del coche.

—Hola, Cass —dice con voz amable, calmada y suave como si estuviese hablándole a una niña asustada—. ¿Cómo te sientes? ¿Puedes mover las manos y las piernas?

—Sí, estoy bien. Dios, lo siento muchísimo, no estaba prestando atención a lo rápido que iba por la carretera y…

—Eh, calma. Son cosas que pasan. Mis hermanos están bien, así que ahora centrémonos en ti, ¿vale? —Analiza el coche e intenta abrir la puerta, pero está atascada—. Puede que tengamos que abrir el coche para sacarte de ahí.

—No, no, no. Si abres la puerta y echas mi asiento hacia atrás, podré salir sola. No estoy tan malherida. —Alzo las manos para mover las muñecas en círculo y doblar los codos—. ¿Ves?

Él sonríe, negando con la cabeza, antes de enderezarse y llamar por alguien a gritos. Tres bomberos se acercan al coche y sudan la gota gorda intentando abrir la puerta. Mientras tanto, *Swim* de Chase Atlantic sigue sonando de fondo y sin parar por más de tres segundos de cada vez. La melodía rellena las grietas de mi compostura como miel caliente, ayudándome a mantener la calma.

Los paramédicos me ponen un collarín cervical en el cuello en cuanto abren la puerta y echan el asiento hacia atrás para liberar mis piernas. Un joven vestido con el uniforme de técnico de emergencias sanitarias me ilumina los ojos con una linterna y me hace docenas de preguntas antes de subirme a una camilla plegable pese a mis protestas.

Puedo andar.

No estoy tan herida.

Las costillas me están matando y siento como si se me hubiese partido la cabeza en el cogote, pero las piernas y la columna las

tengo bien.

—¡Colt! —grito cuando lo veo apartado a un lado junto a uno de los bomberos. Conor también está ahí, sacándole fotos a mi coche. Colt se acerca corriendo, obligando a los paramédicos a frenar en seco—. Mi móvil —jadeo—. ¿Puedes coger mi móvil, por favor? Tiene que estar por el asiento del pasajero.

—Si puedo encontrarlo —murmura, mirándome de arriba abajo con auténtica preocupación en la mirada—. Vas a estar bien, Cass.

No tengo claro a quien de los dos está intentando tranquilizar. Los trillizos son idénticos salvo por el pelo, pero, de algún modo, cada uno de ellos se parece a uno de sus hermanos mayores más que a los otros dos.

Colt tiene los mismos ojos que Logan. De un marrón intenso y profundo con una sola mota de dorado en el iris izquierdo. Un cosquilleo de pavor me corretea por la piel como un sarpullido y la capa delgada y externa de mi calma serena y fingida empieza a temblar y agrietarse. Desearía que Logan estuviese aquí conmigo ahora mismo.

Desearía que me diese la mano y simplemente estuviese aquí.

Tengo miedo. No voy a reconocerlo en voz alta, pero me aterra lo que pasará en el hospital. Uno de los sanitarios puso cara de circunstancias cuando le describí el dolor de las costillas y cómo siento como si me estuviesen perforando los pulmones con una espada cada vez que respiro. Eso no puede ser nada bueno.

Colt corre hasta el Fiat y a mí me suben a la parte de atrás de la ambulancia. El olor a antiséptico me irrita la nariz mientras contemplo el techo, negándome a mirar lo que los técnicos de emergencias estén haciendo a mi alrededor.

—Toma, te he cogido también el bolso. —Colt salta dentro, deja el bolso junto a mí y me pone el móvil en la mano—. Cuídate, ¿vale? —Me aprieta los dedos y una sonrisa pequeña le curva los labios—. Y pisa el freno, Schumacher.

Me rio, asiento con la cabeza tanto como el collarín me permite y cierro los dedos en torno al teléfono que ya no está sonando. Quiero llamar a Logan y suplicarle que venga al hospital, pero el

recuerdo de cómo se escabulló de mi piso en mitad de la noche relampaguea ante mis ojos y no lo llamo.

No es así como funciona nuestra relación.

No es así como funciona mi relación con nadie.

Estoy sola en esto. No tengo a nadie más que a mí misma con quien contar.

Colt sale de la ambulancia y, un segundo más tarde, los paramédicos cierran la puerta y activan las sirenas.

—Puedes llamar a tu familia si quieres —me dice una de los miembros del equipo, una mujer de treinta y muchos, mientras se abrocha el cinturón de seguridad.

—No tengo familia —murmuro, pero levanto el móvil para ver la pantalla y marcar un número.

—Buenas días, consulta ginecológica de Newport Beach, ¿en qué puedo ayudarla? —La voz melódica de la recepcionista suena en mi oído con esa frase bien ensayada.

—Hola, Darcie, soy Cassidy Roberts. ¿Podrías pasarme con el Dr. Jones?

—Sí, claro. Espera un segundo. —La música de espera da comienzo, pero, por suerte, no resulta tan incordio como la de otros sitios y se termina después de unos segundos cuando vuelvo a oír la voz de Darcie al oído—. Perdona, ha salido un momento a coger algo de comer. ¿Quieres que le deje algún mensaje?

—Sí, dile que no podré acudir a la cita hoy. Lo llamaré mañana para programar otra.

—Por supuesto. Le pasaré tu mensaje. ¡Cuídate!

Ya es un poco tarde para seguir ese consejo…

VEINTICUATRO

Logan

—¡Cógelo! —exploto, no por primera vez, mientras llamo al número de Cass de forma repetida desde hace veinte minutos—. ¡Joder! ¡Cógelo!

Me paseo de un lado a otro por el despacho mientras unas termitas roen la fábrica de papel que tengo en el cerebro. La forma en que gritó «mierda» justo antes de que se cortase la llamada está haciendo que me vuelva loco de puta preocupación.

Estaba conduciendo cuando hablamos, pero me niego a dejar que los escenarios oscuros me infesten la mente.

Cass está bien.

Solo está cabreada y no quiere hablar conmigo.

Aunque no es que tenga razones para estarlo. Tengo claro que yo no le contagié ninguna ETS. Ni de coña fui yo. Estaba limpio. Me hago unas pruebas rutinarias todos los años y justo coincidió que mi cita fue el día antes del cumpleaños de Thalia.

Estaba limpio antes de ponerle un dedo encima a Cassidy.

Ahora, ya no lo estoy. Todo gracias a ella y al cabrón asqueroso al que se haya cepillado mientras se acostaba conmigo.

El enfado queda relegado al fondo por el momento. El estómago se me retuerce con terror mientras llamo una y otra vez a su número. Lo intento cinco veces más antes de que el móvil me suene en la mano: es la notificación de un mensaje en el grupo de los Hayes. Antes de que pueda abrir la aplicación, llegan tres mensajes más.

Conor: Colt hoy no está teniendo muy buen día. Qué puta suerte la suya.

Estudio la foto que mandó del Mustang de Colt, el parachoques trasero y el faro izquierdo están hechos polvo.

Nico: ¿Estáis bien?

Theo: Joder, ¿cómo hizo eso?

Conor: Sí, estamos bien. Deberíais ver el otro coche. Al de Colt no le ha pasado nada en comparación.

Manda otra foto. Es de un Fiat amarillo estrujado como si se hubiese chocado contra un camión y no el Mustang de Colt. La parte delantera está casi irreconocible, el capó está arrugado como una tortita y el parabrisas y la rueda izquierda están desaparecidas.

La bilis me sube por la garganta. Las manos me tiemblan con tanta fuerza que no puedo leer los mensajes que siguen llegando. Conozco ese coche.

Cassidy.

En vez de a ella, llamo a Conor, ignorando las notificaciones incesantes.

—Pero que amorcito eres. —Se ríe en mi oído—. Estamos bien, Logan. Relájate. Ni Colt ni yo nos hemos hecho un rasguño. Cody no está aquí. Salimos a por café y ¡bam! ¡Tendrías que haber visto la cara de Colt, *bro*! —Vuelve a reírse—. Estamos bien, Shawn está aquí y conozco a un tío que…

—¡Conor! —espeto para ponerle freno a sus divagaciones—. Me alegro de que estéis bien. ¿Qué hay de Cassidy? ¿Está *ella* bien?

Se produce una breve pausa en su lado, pero es lo bastante larga para que me quede sin puta respiración. Cierro los ojos, bloqueando otra oleada de escenarios oscuros, pero centellean por dentro de mis párpados y abro los ojos de golpe.

«Está bien. Cass está bien. Que no se te vaya la pinza».

—¿Cómo sabes que fue ella? —pregunta, pronunciando con tiento cada palabra.

—Sé qué coche tiene. ¿Cómo está?

—Está viva… por algún milagro. El velocímetro de ese juguete que conduce se detuvo a sesenta y cinco kilómetros por hora durante el impacto. No tengo ni idea de cómo ese cochecito diminuto resistió el golpe como lo hizo. ¡Salió despedido contra la puta acera!

—¡Me cago en mis muertos! —bramo, apretando los dientes con cada palabra que sale de su boca—. ¡Céntrate, Conor! *Cassidy*. ¿Está bien? ¿Se hizo daño?

—Joder, ¿quién se meó en tus cereales? —masculla, ahora está increíblemente molesto conmigo—. Ya te he dicho que está viva, aunque golpeada y amoratada. Creo que se rompió alguna costilla y tenía una herida muy fea en la cara, pero está mejor de lo que me esperaba tras semejante golpe. Los bomberos la sacaron del coche y… —Las sirenas de la ambulancia se encienden al fondo e interrumpen a Conor a mitad de frase—. Sí, se la están llevando al hospital.

—Gracias. Te llamaré más tarde. —Cojo las llaves del escritorio y salgo hecho un vendaval de la oficina sin molestarme en despedirme de la recepcionista cuando paso junto a su mesa.

***

—¿Cómo que nada de visitas? —le gruño a la enfermera, que se niega a dejarme ver a Cass—. ¡El horario de visitas no termina hasta las cinco!

Ella cambia el peso de un pie a otro.

—Lo siento, pero la paciente ha pedido que no dejemos pasar a nadie. Pero tiene su móvil con ella, así que igual puedes intentar llamarla. Sé que ahora está en su habitación, pero pronto le harán más pruebas. Si me dice que puedes pasar, te acompañaré arriba, pero…

—Vale —resoplo, sacando mi teléfono.

No es que no haya intentado llamar y escribirle mensajes una docena de veces ya. No me responde.

Voy hasta la cafetería, listo para esperar hasta que Cass me deje visitarla. El olor agresivo a antiséptico, friegasuelos cítrico y látex

no consigue enmascarar la peste a enfermedad y muerte que acecha desde cada esquina de este sitio.

—Un café solo —le digo al cajero y me cojo un bocadillo, ya que estoy. Tengo el presentimiento de que estaré aquí un buen rato.

Mientras el cajero se va a prepararme el café, le envío un mensaje a Cass.

Yo: ¿Por qué no quieres ver a nadie? No me iré de aquí hasta que no te vea, princesa.

Mi móvil no para de sonar, el chat sobre el accidente de Colt sigue activo. Le he echado un ojo a sus mensajes unas cuantas veces desde que llegué aquí para asegurarme de que Conor no hubiese convertido mi preocupación por Cassidy en el tema de conversación número uno, pero, por suerte, aún no lo ha mencionado.

Espero que no lo haga. No tengo el tiempo ni la energía de inventarme una excusa para mi repentino interés en su bienestar.

Yo: Tu ángel de la guarda se merece que le den la patada. Es lamentable.

Pasa una hora mientras como y bebo café, contemplando la pantalla y deseando que Cassidy lea los mensajes. Al menos el animado tema del Mustang estrellado de Colt ha llegado a su fin y las notificaciones ya no me están comiendo la batería que se encuentra al veinte por ciento. Puede que tenga que pasar por la tienda de regalos para comprar un cargador.

Yo: Sigo aquí. Solo dime que estás bien.

El tiempo pasa lentamente.

Todos los que me rodean lo están pasando mal. Ya sea por una enfermedad o por ver cómo un ser querido muere lentamente, la gente que charla con voz queda en las mesas pone mis problemas en perspectiva. Una chica jovencita está sentada cerca, tiene la cabeza afeitada, pero una sonrisa valiente en su rostro cansado y

pálido. Le sonríe a su madre, que no para de besarla en la cabeza y apretarle el brazo.

La vida es muy corta y aun así la gente no se da cuenta de ello hasta que es demasiado tarde. Estamos ciegos ante lo evidente. Demasiado cegados para ver que la vida se basa en momentos. Demasiado asustados de salirnos de la raya y decir «que le den, esta es mi vida y mis decisiones».

Al contrario, perseguimos lo inalcanzable. Queremos más: dinero, reconocimiento, respeto. Pero lo cierto es que, al final, nadie recordará el coche molón que conducías ni el sofá nuevecito en el que te gastaste cinco de los grandes.

No veras artilugios caros ni una casa de cinco dormitorios cuando estés jadeando por tu último aliento y veas la vida pasar ante tus ojos. No verás los bienes materiales.

Verás a *gente*.

Momentos.

Recuerdos.

La sonrisa de alguien a quien quieres. Su risa. Recordarás qué se sentía al ser feliz.

La gente no necesita mucho para ser feliz, pero complicamos nuestras vidas a propósito. Nos crían en una sociedad a la que le importan más las apariencias que las conexiones humanas.

Pasan dos horas más y tres tazas vacías descansan en la mesa. También me compré un cargador. Y otro bocadillo. Y un trozo de tarta. Son cerca de las cinco y media cuando «entregado» cambia a «leído» en el último mensaje que envié. Aferro el móvil, esperando a que empiecen a bailotear los tres puntitos.

Pasa un minuto.

Cinco.

Diez.

Y, por fin, empieza a escribir.

Princesa: Dos costillas fracturadas, tres puntos y una contusión leve. Viviré. Mi ángel abandonó el día en que te dejé volver a mi vida. Sabía que terminaría llorando y se dio el piro antes de tiempo. Vete a casa. No quiero verte.

Me quedo mirando el mensaje un largo rato, como si estuviese escrito en griego. El «no quiero verte» salta de la pantalla, cortándome de formas en que nunca me había cortado.

Puntos. Costillas fracturadas. Contusión.

Eso también duele. Imaginarme a Cassidy en la cama, dolorida, sola y asustada hunde el cuchillo aún más hondo, pero esta frase duele mucho más de lo que creí nunca que podían doler las palabras: «Sabía que terminaría llorando y se dio el piro antes de tiempo».

Joder.

Nunca quise hacerle daño. Se suponía que íbamos a pasárnoslo bien. Se suponía que íbamos a follar, porque se nos da de lujo, pero súmale sentimientos a la mezcla y obtendrás la clase de lío que ninguno de los dos necesitamos.

Debería irme. Debería pasar página, pero no puedo hasta que la vea.

Yo: Dímelo a la cara y puede que te crea.

Los tres puntitos aparecen y luego paran de forma repetida durante un minuto de reloj, pero no me llega ningún mensaje. Siento el impulso repentino de lanzar el móvil a la otra punta de la cafetería.

Pero le daría en la cabeza a alguno de los pacientes.

—Disculpa. —La misma enfermera que no me dejo ver a Cass antes se detiene junto a mi mesa—. Cassidy dice que puedes visitarla ahora si…

Estoy de pie antes de que termine de hablar.

—Adelante.

Una sonrisa afectuosa le curva los labios, marcándole las arrugas de los ojos.

—Normalmente no permitimos que pase nadie después de las cinco y media, pero como tú llevas aquí todo el día, haré una excepción.

Tengo la boca demasiado seca como para darle las gracias. Agradezco que me deje pasar, pero al mismo tiempo estoy muy

inquieto por dentro, no sé qué esperarme.

La enfermera me guía fuera de la cafetería y cogemos el ascensor para ir a la quinta planta. No dejo de abrir y cerrar los puños para librarme de esta tensión irracional, ansioso de ver en qué estado se encuentra Cassidy. Las pocas fotos de su Fiat espachurrado que Colt pasó por el grupo confirman que es un milagro que esté viva. Ha salido con solo dos costillas rotas y apenas un rasguño superficial después de semejante accidente.

—Solo tienes diez minutos —me informa la enfermera, abriendo la puerta de la habitación de Cassidy—. Haz que cuenten. —Me guiña un ojo y me hace un gesto para que entre.

Me detengo tras dar dos pasos dentro con los ojos clavados en la chica medio arrellanada en la cama y erguida por unas almohadas blancas.

Contengo un grito ahogado mientras observo los puntos bajo su ceja. Un centímetro y medio más abajo y se habría quedado sin ojo. Se me ponen de punta los pelos de la nuca y siento que voy a vomitar a medida que escruto su tez aceitunada cubierta de cortes y hematomas.

—No me mires así —dice con voz calmada pero débil, como si estuviese exhausta—. Fuiste tú el que pidió subir. ¿Esperabas encontrarme toda maqueada y guapa como siempre?

—Tú estás igual de guapa sin maquillaje que con los labios rojos y los ojos ahumados. —Me adentro más en la habitación. Siento las piernas como si estuviesen hechas de esponja cuando tomo asiento en la silla incómoda junto a su cama—. ¿Cómo te encuentras?

Está de un pálido cadavérico, con los labios de un rosa lechoso y apagado y sombras bajo sus ojos azules. Una cadena pesada me ciñe el pecho. Tiene un aspecto muy frágil, joder.

—Estoy bien. Los analgésicos están haciendo su trabajo, así que apenas siento ya las costillas. —Se aparta el pelo rubio con los dedos y se encuentra con mi mirada—. ¿Por qué estás aquí, Logan? ¿Por qué no me puedes dejar en paz de una vez?

Porque me preocupo. Estoy confundido y no consigo descubrir cómo enfrentarme a lo que siento. No *entiendo* lo que siento, pero

sé que esos sentimientos no son bienvenidos. Me empujan un paso más cerca de perder a mi familia.

—¿Iba en serio lo que me dijiste en el mensaje?

—Quiero que vaya en serio —admite con un suspiro, jugando con la esquina de la colcha que cubre su cuerpo débil—. Sabíamos que esto… que *nosotros* teníamos una fecha de caducidad. Y ya la hemos sobrepasado.

«Nosotros». Ha pasado mucho tiempo desde que formé parte de un «nosotros». Diez años, para ser exactos, pero los rollos de la universidad no significaban nada. No es que lo de Cass y mío debiese haber significado nada, pero aquí estamos. Tres meses de sexo y estoy muy perdido.

—Los planes cambian, Cassidy. No es que ninguno de los dos tenga a nadie esperándolo en casa. —«No le pongas fin a esto. Aún no. Aún no he terminado contigo, joder»—. ¿Qué tiene de malo lo que tenemos?

—No tiene nada de malo. Pero tampoco nada de bueno. —Estabiliza su respiración y se seca los ojos, adelantándose a las lágrimas, y yo quiero arrancarme la piel del cuerpo—. Cuanto más tiempo sigamos con esto, más daño me haré. No puedo seguir fingiendo eternamente.

—¿Fingiendo?

—Que con sexo me basta. No es así.

Aprieto los dientes, haciendo a un lado los sentimientos contradictorios. Se está escurriendo entre mis dedos y no consigo decidir si estirarlos más o cerrar el puño.

—¿Por qué aceptaste si buscabas algo serio? —pregunto, dejando que la molestia se abra paso. Es mi apuesta más segura ahora mismo. El enfado me es familiar, la decepción no. No sé cómo lidiar con esa neblina melancólica de disforia que me encapota los pensamientos—. ¿Por qué viniste a buscarme cuando te dije que sería cosa de una sola vez?

Un pequeña sonrisa le tira de los labios, pero no tiene nada de alegre. Parece que se haya rendido, que haya dejado de luchar por sí misma y haya aceptado lo que la vida tiene para ofrecerle, sin importar cuánto duela.

—Para ser un chico tan listo, no te enteras de nada. *Siempre* iré a buscarte si me dejas y siempre te recibiré con los brazos abiertos sin importar lo mucho que duela ver cómo te escabulles por la noche. —Me mira a los ojos con seriedad y habla con voz suave—. Lloraré y me prometeré a mí misma que no volveré a dejar que te acerques, pero soy incapaz de apartarte cuando apareces. —Se muerde el interior de la mejilla y las primeras lágrimas silenciosas le bajan por las mejillas—. Es triste —susurra, sus ojos me tiene cautivo—, pero da igual cuantas veces te vayas, que siempre querré que vuelvas, Logan, porque te quiero. Hace *años* que te quiero.

Yo… yo… Dios, no puedo respirar, joder.

He escuchado esas palabras antes, muchas veces, de parte de mis padres, abuelos e incluso de mis hermanos. También se las he oído decir a unas cuantas pavas borrachas en mi época de estudiantes, pero jamás me ha impactado como ahora.

Esas dos palabritas tiene el efecto de una bala. Penetran en mi armadura, me perforan el pecho y se detienen en mi corazón, rompiéndomelo en dos de un corte limpio.

Una cacofonía de sentimientos encontrados me queman bajo la piel como si alguien hubiese encendido una mecha lenta pero constante en la boca de mi estómago. Las palabras se me atascan en la garganta. Tengo miedo de entrar en combustión espontánea en cualquier momento. Una reacción de huida primitiva, o algo así, se abalanza sobre mí: una inundación gigante de adrenalina me llena las venas como una droga.

Jamás me había sentido más vivo y más derrotado.

Cassidy me observa con ojos grandes. Se está viniendo abajo en silencio, tirando de la colcha y hundiendo los dientes en su labio inferior para mantener a raya sus emociones. Confesarme sus sentimientos a mí, un cabrón frío y arrogante que le trae más dolor que cosas buenas, a veces sin saberlo, no puede haber sido fácil.

—Las cartas están todas en tus manos —continúa con voz queda—. Tú decides si lloraré una sola vez y por obra de algún milagro pasaré página o si lloraré una y otra vez.

No quiero las cartas.

No quiero aprovecharme de sus sentimientos y vulnerabilidad, pero no sé si tengo la fuerza de dejarla ir…

A lo mejor si pasamos una noche más juntos, me saciaré. A lo mejor eso será suficiente. Joder, no debería haberme dicho que se rendirá ante mí siempre.

¿Cómo se supone que voy a hacerme a un lado?

Unos suaves golpecitos en la puerta me sacuden del trance raro en el que he entrado. La puerta se abre y la misma enfermera que me dejó pasar se detiene en el umbral con la misma sonrisa afectuosa curvándole la boca.

—Lo siento, pero es hora de que te vayas. Puedes volver mañana a las ocho y media.

Siento las piernas como si hubiera corrido una maratón cuando me pongo en pie, con los ojos otra vez sobre Cassidy. Siento como si estuviera en puta carne viva bajo su mirada, como si ya no me quedase piel sobre los huesos y cada roce del aire fuese pura agonía.

Doy un paso al frente, me doblo sobre la cama y aprieto los labios contra su frente. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad, resolución y coraje para marcharme de la habitación sin decir una palabra.

Sin reconocer ni desechar su confesión.

Pero lo hago.

Poniendo una pierna delante de la otra, dejo a Cassidy para que se lama sus heridas en paz.

VEINTICINCO

Cassidy

Por primera vez en una semana, no lloro cuando Logan se marcha.

Se quedó ahí sentado muy, *muy* quieto. En silencio. Con los ojos en los míos, pero sin que su rostro diese muestra alguna de lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Esperaba que dijese algo. Cualquier cosa me habría bastado. Cualquier reacción en absoluto, pero no me dio *nada*. Ninguna indicación sobre si hemos terminado o si debería contar con que se presente en mi piso dentro de unos días. *Nada*, hasta que me besó en la frente.

No hicieron falta palabras después de eso. El gesto hablaba por sí solo; clamaba a los cuatro vientos.

Era su forma de decir adiós.

Igual decirle que lo quiero ha sido la decisión equivocada. Podría haberle soltado alguna respuesta genérica que ninguno de los dos se habría creído, pero ¿para qué molestarse? ¿De qué me ha servido hasta ahora guardarme mis sentimientos?

Al menos, al confesárselos, estaba dando un paso. Solo Dios sabe en qué dirección, pero es un paso, de todos modos.

No derramé ni una sola lágrima en toda la noche. Tampoco pegué ojo.

Siento el cuerpo y la mente entumecidos, en parte gracias a los analgésicos que recorren mi torrente sanguíneo y en parte porque he aceptado esta vez Logan se ha marchado para siempre. En vez de sentir el alivio esperado, quiero hacerme una bolita y lamentarme.

Luke es el primero en pasarse a primera hora de la mañana a hacerme una visita inesperada pero bienvenida. No me hace ningún bien quedarme a solas con mis pensamientos.

—Madre del amor hermoso —resopla antes de cerrar del todo la puerta—. Estás hecha unos zorros, nena. Ahora entiendo por qué no querías que viniese a verte ayer. Yo no querría que nadie me viese así. —Me señala, poniendo una mueca—. Caray, parece que hayas perdido en una pelea contra un autobús. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor de lo esperado —admito, sentándome cuando me entrega una taza de café para llevar de la cafetería que hay cerca de nuestro estudio. Sonrío, levanto la tapa e inspiro el aroma celestial y agridulce. El café del hospital sabe a pies, así que esto es un regalo del cielo—. Me salvas la vida. Gracias. Estoy hasta arriba de drogas, así que me siento bien. De momento no me duele nada.

Luke toma asiento en la silla que Logan ocupó poco más de doce horas antes.

—He movido la mayoría de tus citas para la próxima semana y yo te cubriré con las dos parejas a las que se la suda que casi te hayas muerto y se niegan a aplazar.

—No estoy segura de si podré trabajar la semana que viene. En cuanto me den el alta, se acabaron estos fármacos tan buenos y no te haces una idea de lo mucho que duelen unas costillas rotas. —Considero levantarme de la cama para darle un beso en la mejilla, pero me decido por mandarle un beso por el aire—. Gracias por cubrirme ayer. Seguro que te lo pasaste en grande con el niño pequeño.

Compone una expresión ceñuda, pero la diversión brilla en sus ojos cuando me da un golpecito juguetón con el dedo en el hombro.

—La verdad es que no estuvo tan mal, ¿sabes? Aunque sí que le arrancó un ojo al peluche del conejo gris. Ya he pedido uno nuevo.

Me describe con pelos y señales la sesión de fotos y después me paso yo diez minutos explicando cómo empotré el coche antes de

que Luke se marche para empezar a trabajar, dejándome sola mientras intercambio mensajes con Kaya.

Lo siente «mucho muchísimo», pero está hasta arriba de trabajo y no va a poder pasarse. También me desea que me recupere pronto y promete visitarme «cuando no tenga tanto lío». Traducción: cuando se me curen las costillas y no vaya a pedirle ayuda.

No es que fuese a hacerlo. La vida me ha enseñado a ser autosuficiente.

—Tienes otra visita. —La enfermera se asoma a la habitación cerca de las dos de la tarde—. No es el chico mono —añade con voz dulce antes de que el corazón se me acelere y la esperanza se atreva a rellenar las grietas de mi corazón como si fuese adhesivo tisular—. Es Thalia Hayes. ¿Puede pasar?

—Sí, pero antes de que te vayas, ¿sabes cuándo me darán el alta? —Llevo esperando a que el médico me firme el alta desde esta mañana, pero hasta ahora, no ha aparecido.

—No tardará mucho. El médico ha salido de quirófano y enseguida empezará con las rondas.

Ya me han dicho eso tres veces, pero sonrío en vez de reprocharle algo en lo que ella no tiene ni voz ni voto. No tengo ganas de sonreír, pero he descubierto que ayuda a ganar cosas. Un pudin extra a la hora del almuerzo y café de la sala de enfermería en vez de ese aguachirri asqueroso y templado que me dieron en el desayuno.

—Dejaré pasar a tu amiga.

Thalia entra en la habitación con su masa de rizos botando tras ella a medida que cruza el espacio hasta mi cama con un bolso grande echado sobre el hombro y otro más pequeño en la mano.

—Tenemos que dejar de vernos de esta manera —resopla, dejando los bolsos sobre mis piernas—. ¿En qué demonios estabas pensando? Theo dice que tu coche quedó hecho polvo. ¿¡Por qué ibas a tanta velocidad?!

—Hola a ti también.

Se dobla para darme un beso en la mejilla, me recorre la cara con sus ojos marrones y su enfado se disipa cuando su pulgar

sobrevuela los puntos bajo mi ceja y suspira.

—¿Cómo te encuentras?

—Tan bien como aparento —farfullo, porque la preocupación escrita en su cara me golpea con fuerza y me cuesta conservar una sonrisa sincera.

Le importa. En plan, le importo *de verdad*. El estómago se me hace un nudo y las lágrimas me empañan los ojos de nuevo.

—Gracias —murmuro.

Thalia junta las cejas.

—¿Qué demonios me agradeces? Aún no te he dado nada, pero… —Alza un dedo, rebusca en su bolso y saca unos Milk Duds —. Aquí tienes, quería traerte vino, pero —señala el espacio que nos rodea— no podemos tenerte borracha *y* drogada.

Suelto una carcajada, secándome los ojos.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Pues claro, soy muy querible. —Me guiña un ojo, dejándose caer en la silla junto a mi cama—. Vale, soy toda oídos. Habla, Cass. Desahógate. Se que ocultas algo. ¡Estás irreconocible desde hace semanas! ¿Es por aquel tío misterioso del que me hablaste?

No es la primera vez que me exige que hable, pero era más fácil irme por la tangente por teléfono cuando me llamaba para darle al pico que cara a cara. Estoy demasiado cansada y demasiado dolida como para resistirme.

A Thalia le importo y si hay alguien en quien confíe lo bastante como para compartir mis secretos, es ella.

—Si te cuento algo… —Alzo la vista para encontrarme con sus ojos—. ¿Me prometes que no se lo dirás a nadie? Y me refiero a nadie, Thalia. Ni siquiera a Theo.

«En especial a Theo».

Levanta tres dedos.

—Promesa de Scout. Venga, sabes que puedes confiar en mí. Habla.

Me muerdo el labio y tomo una respiración trabajosa.

—Ese tío con el que llevo enrollándome ya tres meses…

Pone los ojos en blanco y ladea la cabeza, expectante.

—¿Sí?

—Es Logan.

—Logan —repite, juntando sus cejas espesas—. Hablas de… ¿mi cuñado? ¿*Ese* Logan?

—*Ese* Logan. —Mi cabeza golpea las almohadas y acribillo el techo con una mirada penetrante—. Creí que podía hacerlo. —Aprieto los dientes y me tapo la cara con el brazo. Eso es una mentira y no le voy a mentir—. Tenía la esperanza de que, si seguíamos así el tiempo suficiente, él querría más, pero solo quería sexo. Cuantas más veces nos enrollábamos, más me costaba ver cómo se escabullía en la oscuridad.

Me coge de la mano y me roza los nudillos con el pulgar.

—Esto es lo último que me esperaba. ¿¡Por qué llevas guardándote este puñetero secreto tanto tiempo?!

—Era parte del trato. Yo era solo su sucio secretillo. Nadie lo sabe y nadie puede saberlo, ¿vale? Por favor, no se lo cuentes a Theo.

—Ya te lo prometí —suelta—. Lleváis viéndoos a escondidas *tres* meses, Cass. Eso no es solo sexo.

Ah, pero sí que lo era.

—Le dije que lo quería —susurro, al borde de las lágrimas. Malditas sean mis glándulas lacrimales. Estoy hasta el coño de llorar—. Y ahora ni siquiera quiere sexo.

—Menudo gilipollas —bufa, apretándome la mano demasiado fuerte.

La presa estalla y me paso una hora poniéndola al día respecto a la montaña rusa que han sido los últimos tres meses. Me escucha en silencio la mayor parte del tiempo, murmurando improperios cuando le cuento cómo Logan me echó de su casa la primera vez que estuve allí y cómo me encerró en el garaje la segunda.

Me siento más ligera cuando termino. Purificada, de algún modo. Necesitaba desahogarme. No necesariamente para oír la opinión de otra persona, sino simplemente por hablar y que me escuchen. La cruda realidad es que Logan se ha ido y esta vez no volverá. Me pasé de la raya al confesar mis sentimientos.

—¿Qué te dijo él cuando le dijiste que lo querías?

—Nada —digo con un suspiro, rememorando la mortificación en estado puro de su cara al escuchar esas dos palabras—. Absolutamente nada. Se levantó y se fue. No he vuelto a saber nada de él desde entonces y estoy segura de que no volveré a tener noticias.

—No sé qué decir —admite ella.

—No hay mucho más que decir. Hemos terminado. Tengo que volver a levantarme y seguir adelante.

VEINTISÉIS

Cassidy

Mi cama no es que sea muy cómoda, pero es diez veces mejor que la del hospital. Ahora, a salvo en mi propio piso, llevo en vela desde las cinco de la madrugada, mirando el techo y tratando de dar con la forma de pasar página. De seguir con mi vida y borrar a Logan.

Lo echo tanto de menos que siento como si mi cordura se estuviese astillando. Es insano, por decir poco, pero, al mismo tiempo, una parte diminuta y deslustrada de mí se siente aliviada de que ya no vaya a aparecer por aquí nunca más. De que ya no tenga que ver cómo se marcha en mitad de la noche.

Podemos volver a comportarnos de forma civilizada, a dar cuenta de la existencia del otro con un asentimiento educado cuando quiera que nos encontremos por el pueblo. Todo irá bien.

Desde luego, no sentiré como si me estuviesen arrancando el corazón del pecho porque fue mío, aunque fuese de forma breve, y ahora seremos perfectos desconocidos.

A las ocho, me arrastro fuera de la cama, rodando y agachándome para proteger las costillas. Para cuando dan las nueve, después de una ducha dolorosa y una experiencia todavía peor al vestirme, llego a la consulta ataviada con un vestido veraniego de botones. Ninguna cantidad de maquillaje cubrirá los puntos bajo mi ceja, así que no me molesté en taparme la mejilla amoratada.

—¡Cielo santo! —grita Darcie, apresurándose desde detrás de su escritorio—. ¿Qué te ha pasado, corazón?

Su repentino estallido atrae al Dr. Jones, que sale de su despacho con ojos entrecerrados y dos arrugas profundas marcándole la frente cuando me mira de arriba abajo.

—Estoy bien. Tuve un accidente de coche, pero por suerte solo me fracturé dos costillas. He estado en el hospital desde el miércoles, por eso no pude venir antes.

—¡Ay, pobrecita mía! —Darcie me aprieta un hombro—. ¡Debe de haber sido horrible!

El Dr. Jones pone los ojos en blanco a sus espaldas.

—Vamos, Cassidy. Hablaremos en mi despacho.

Mi corazón adopta un ritmo más rápido. No se le oye tan alegre e informal como siempre. La inquietud leve que vadea dentro de mí hasta ahora se cuadruplica en cuestión de segundos. ¿Y si esto no tiene que ver con las pruebas de ETS sino con la del cáncer del cuello del útero? Inhalo tan hondo como puedo sin romper en sollozos por el dolor que me acuchilla las costillas.

Dejo escapar una expiración lenta, tranquilizándome. Intento no dejar que mi mente vaya a parar hasta esa palabra de seis letras que nadie quiere oír, pero es imposible.

«Cáncer».

—Toma asiento —me indica, señalando la silla delante del escritorio estrecho y blanco—. ¿Cómo te encuentras?

He oído esta pregunta demasiadas veces estos dos últimos días.

—De verdad que estoy bien. Las costillas me duelen, pero los analgésicos me ayudan a tolerarlo y esto —señalo los puntos debajo de la ceja— se curará en un suspiro.

Asiente con la cabeza, perdido en sus pensamientos.

—¿Qué pruebas te hicieron en el hospital? —Su tono es tranquilizador como si quisiese hacerme sentir una falsa sensación de seguridad antes de soltarme la bomba—. ¿Te sacaron sangre? ¿Te hicieron una radiografía?

—Ambas cosas. ¿Por qué?

—¿Qué medicamento estás tomando?

—Solo analgésicos. ¿Por qué? —vuelvo a preguntar, retorciéndome en la silla—. ¿Esto es por los resultados? ¿Qué es lo

que me pasa? Dios, por favor, no me digas que tengo VIH y que he contagiado a la mitad del hospi…

—Cassidy —me interrumpe con un resoplido crispado y su voz vuelve a adoptar ese tono formal de médico-paciente que rara vez emplea. Levanta la vista del bloc de notas sobre su mesa y pone todo mi mundo patas arriba con una sola frase—. Estás embarazada.

Mis pensamientos se detienen de golpe de la misma forma en que se paró mi Fiat cuando me estampé. Las palabras se repiten en mi cerebro como un eco en bucle.

«Cassidy, estás embarazada».

«Estás embarazada».

«Embarazada…».

—No, eso no puede ser —susurro, poniendo en orden mis pensamientos y aferrándome a esa idea—. Es un error. Ya sabes que me tomo la píldora. No es posible.

—Todo es posible. —Entrelaza los dedos y apoya las manos en el escritorio—. Las pastillas fallan de cuando en cuando. Tal vez no te las tomaste de forma regular o te tomaste alguna medicación que menguó su efectividad. No lo sé, pero repetí las pruebas dos veces. Estás embarazada, sin lugar a dudas.

Esto es un sueño. Un sueño terrible.

Me localizo el muslo y me pellizco con la bastante fuerza como para romper la primera capa de la piel con las uñas. *No* es un sueño. El pecho se me contrae; los pulmones se me comprimen y no soy capaz de respirar. La punzada aguda de mis costillas se entremezcla con el miedo, el peso de las noticias me aplasta de dentro hacia fuera.

—Todo va bien —dice el Dr. Jones, levantándose para ir a cogerme un vaso de agua—. Todas las demás pruebas dieron negativo, por lo que no tienes que preocuparte por ninguna ETS. Haremos una ecografía para ver de cuánto estás y te daremos las vitaminas prenatales…

Sigue hablando.

Diciendo que tengo que dejar de tomarme los analgésicos y que él me recetará unos que sean apropiados para el embarazo y que

tengo que descansar y…

No estoy segura qué más dice. Solo lo estoy escuchando a medias. No puedo centrarme. Por fuera, parezco estar entera, con los ojos puestos en los suyos y asintiendo cada vez que creo que debo hacerlo, pero por dentro estoy gritando.

Estoy embarazada del hombre al que quiero más que a nada en esta vida.

¿Puedo quedarme con el bebé? ¿Criarlo yo sola? ¿Tiene Logan derecho a saberlo?

Tal vez.

¿Se lo diré?

No lo sé.

Me da miedo su reacción. Ningún escenario que se me ocurra me favorece. O se quedará conmigo porque quiere hacer lo que es correcto por el niño, pero me odiará cuando sus hermanos dejen de hablarle, o me dirá que coja cita para abortar y me echará de su vida.

Ojalá hubiera una tercera opción, una donde él me sonreiría, emocionado, *feliz* y enamorado. Una donde él me besaría y después se arrodillaría para besarme la barriguita.

Muevo la mano hasta mi abdomen por un momento antes de apartarla de golpe. Este no es el momento de encariñarme con alguien que puede que nunca conozca.

A lo mejor no debería contárselo a Logan. Me odiará y, aunque puedo enfrentarme a la indiferencia, no creo que pueda soportar que me odie la persona a la que quiero.

—Cassidy. —La voz del Dr. Jones se cuela en el torbellino de mis pensamientos desordenados—. No se me ocurrió preguntarte esto cuando viniste el lunes, pero… dado que me pediste que te hiciese pruebas de ETS, ¿fue el sexo consentido?

—Ay, por Dios, ¡sí! —doy un gañido, clavándome las uñas en el dorso de las manos—. Sí que lo fue, pero no logro entender cómo es esto posible. Jamás me salté una píldora, ¡y se supone que deben funcionar!

—No sé qué decirte. —Aparta a un lado los papeles sobre su mesa y se inclina para acercarse más a mí—. Son cosas que pasan.

No a menudo, pero pasan. Deja que te haga la ecografía y podrás irte a casa para pensar en qué hacer a continuación, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —susurro, asintiendo como el muñeco de un perro cabezón en el salpicadero de un coche antes de abrir mucho los ojos—. ¿Y qué pasa con el accidente? ¿Y si…?

—No te adelantes —me advierte—. No se te nota, así que el embarazo no puede estar muy avanzado y sin daños internos más allá de las costillas rotas… —Se interrumpe—. ¿Algún sangrado o dolores?

Niego con la cabeza.

—Eso es bueno. ¿Puedes recordar la última vez que tuviste la regla?

Vuelvo a negar, pero esta vez también abro la boca.

—No, no son regulares por la píldora. A veces no me baja en meses, así que no le presto atención.

—Vale, ¿y el sexo sin protección? ¿Cuándo fue eso?

Las mejillas se me calientan al instante.

Me pongo a contar, intentando dar con un número. ¿Hace cuánto que Logan y yo nos acostamos por primera vez? El cumple de Thalia fue en marzo. Lo de las citas exprés fue la primera semana de abril y estamos a primeros de julio.

—Eh, la primera vez fue hace unos tres meses.

Trece semanas. Se me notaría si estuviese de trece semanas, ¿no? Ni de coña puedo estar de tanto. No he vomitado, ni he estado cansada ni he tenido ningún antojo. Me siento *normal*.

Desearía saber cuándo fue mi última regla y cómo contar cuando estaba ovulando. Igual si tuviese náuseas, me habría dado cuenta antes. O igual si mis menstruaciones fuesen más regulares o se me hubiese antojado alguna comida rara, pero de momento es un embarazo sin síntomas.

No se inmuta ante mi respuesta y le agradezco su impecable profesionalidad.

—Vale, no puedes superar el primer trimestre entonces. Podemos hacer una ecografía normal primero, pero yo recomendaría una transvaginal. Así podremos ver el feto, aunque

solo tenga unas semanas. ¿Quieres que vaya a buscar a una enfermera para que te ayude a cambiarte?

—No, me las apañaré.

Me lleva más tiempo del normal deslizarme fuera del vestido y ponerme la bata, pero el momento de soledad me brinda la oportunidad de respirar y pensar. Miro boquiabierta mi reflejo en el espejo con los ojos clavados en mi barriga. Me giro de izquierda a derecha, buscando cualquier señal de redondez, antes de presionar con los dedos ahí y fruncir el ceño. ¿Siempre he tenido el abdomen tan firme? ¿Estaba esta leve curva aquí antes?

—¿Todo bien ahí dentro, Cass? —El Dr. Jones llama a la puerta.

—Sí, perdona. —Meto los brazos por las mangas de la bata e intento sujetar la abertura de atrás con las manos porque ni de coña conseguiré estirarme tanto como para anudármela—. Voy mucho más lenta ahora que tengo que tener cuidado con cómo me muevo.

—Me rompí unas cuantas costillas cuando era joven y sé cuánto duele. Tú lo estás llevando como una campeona, créeme. Yo era un quejica.

Me acuesto en la camilla con un poco de ayuda y el Dr. Jones me recoloca las piernas: los tobillos juntos y las rodillas separadas.

—De acuerdo, intenta relajarte. Vas a sentir frío.

Como siempre, envuelve la sonda en un preservativo, la cubre de un gel transparente y después acerca más el monitor antes de introducirme lentamente el aparato.

Es una experiencia surrealista.

No he tenido tiempo de asimilar las noticias aún, de pararme y entender que una personita diminuta está creciendo dentro de mí. Una personita con los ojos y el pelo oscuro de Logan y mi nariz y labios. Su inteligencia, mi pasión y…

La calidez que se extiende por mi corazón amoratado se acerca a lo que siento cuando estoy con Logan… *Felicidad*. He aprendido a no hacerme ilusiones con tal emoción.

Nunca dura.

Cierro los ojos, bloqueando las imágenes tentadoras de un bebé tendido en una cuna junto a la cama grande en el dormitorio de

Logan.

El Dr. Jones mueve la sonda durante un rato antes de dejarla quieta y sonreír con tanta amplitud que le se marcan las patas de gallo.

—Vale, he encontrado al pequeñín. No te muevas, tomaré las medidas. ¿Quieres que active el sonido? Puedes escuchar su latido.

Los ojos me escuecen por las lágrimas cuando niego con la cabeza. Quiero escucharlo, pero si decido no quedarme con el bebé, ese sonido me perseguirá para siempre. Me muerdo el labio, lanzándole una mirada airada al techo.

—Sé que es un embarazo sorpresa, Cassidy, pero date tiempo, ¿de acuerdo? No tomes ninguna decisión precipitada. Piénsatelo bien y cuando estés segura de que sabes qué quieres hacer, yo estaré aquí para ayudarte de la forma en que decidas.

Las palabras no me salen. Se me han quedado atascadas en la garganta tras un nudo enorme que hace que tragar saliva me duela. Me estoy esforzando al máximo por no ponerme a llorar como una magdalena en los cinco minutos que dura la ecografía.

—Por las medidas, estás de nueve semanas y tres días. El bebé parece sano y se está desarrollando como debería en esta etapa. No veo motivos para preocuparse.

Nueve semanas. Llevo embarazada dos meses y no tenía ni idea. Me muerdo el interior de la mejilla, percibiendo un sabor a metálico en la lengua.

¿¡Cómo es que no me di cuenta?! ¿¡Qué clase de posible madre soy yo si no me di ni cuenta de que estaba embarazada?!

—He estado bebiendo —digo con la voz rota—. No lo sabía, y he estado bebiendo y saliendo de fiesta y estresándome y levantando peso y…

El Dr. Jones me aprieta la mano con gesto tranquilizador.

—El bebé está bien, Cassidy. ¿Crees que eres la única mujer que no sabía que estaba embarazada? He tenido a pacientes que no se enteraron hasta mediados del segundo trimestre. Ahora no puedes volver atrás y cambiar las cosas, así que no te machaques. Limítate a asegurarte de que cuidas de ti misma de aquí en adelante. Mucho reposo y nada de beber, ni de levantar peso ni estresarte. —Vuelve

a apretarme la mano cuando me seco la cara—. Vístete. Imprimiré estas fotos y te escribiré una receta para el ácido fólico y las vitaminas.

Me ayuda a erguirme y la expresión de afecto en su rostro no me ayuda a mantener la compostura. Vuelvo a encerrarme en el baño y me quito la bata con manos temblorosas.

—No tengo ningún síntoma —hablo lo bastante alto para que el ginecólogo me oiga—. No he vomitado ni tenido antojos. ¿Es eso normal?

Se ríe con suavidad y el sonido apenas llega hasta mí a través de la puerta cerrada.

—Cada embarazo es diferente. Algunas mujeres vomitan y otras no. Deberías alegrarte de no tener náuseas; muchas mujeres darían un riñón por no vomitar todos los días. Pero eso no quiere decir que no pueda pasar. Aún queda mucho tiempo.

¿A lo mejor es que mis síntomas son leves? O se confunden fácilmente. He estado cansada y falta de energía últimamente, un hecho que resultó en pasar más horas en la cama, pero que yo asocié con largas jornadas de trabajo y quedarme despierta hasta altas horas con Logan.

—Darcie te dará cita para dentro de cuatro semanas y te entregará el paquete de embarazo en recepción —me informa cuando ya estoy de regreso en su despacho—. Pásate por la farmacia hoy mismo y empieza a tomarte el ácido fólico y las vitaminas de inmediato. Te he impreso unas cuantas fotos. —Me entrega una receta y un sobre A4 cerrado—. Por si acaso quieres echarle un vistazo. Llámame si tienes alguna pregunta.

Tengo cientos de preguntas, pero el Dr. Jones no tiene las respuestas.

Solo yo las tengo.

VEINTISIETE

Logan

Pasa un día.

Dos.

Tres.

Estoy perdiendo la chaveta.

Cada día es una batalla. Me peleo mentalmente conmigo mismo cada puñetera hora para no escribirle a Cass, no llamarla y no subirme al coche y conducir hasta su piso.

Tengo la cabeza llena de ella. Mis pensamientos circulan alrededor de esa rubia preciosa sin parar. A penas he comido desde que me fui del hospital el miércoles por la tarde. Sobrevivo a base de cafés, manzanas y cervezas. No sé por qué me ha dado por las putas manzanas, así que no preguntes.

Estamos a sábado y no estoy seguro de durante cuánto tiempo más puedo hacerle frente a las idas y venidas incesantes que tienen lugar en mi cerebro.

«Ve a verla».

«No vayas».

«Admite que te importa».

«Es solo un flechazo».

Quiero verla y asegurarme de que está bien. Quiero ir a comprobar si necesita ayuda con algo; con la compra, por ejemplo, o para arreglar el coche. Aunque dudo que pueda arreglarse. Necesita uno nuevo. Yo podría ayudarla con eso.

Estoy bebiendo solo por primera vez en mucho, mucho tiempo. Pero es que no puedo llamar a uno de mis hermanos para que me

hagan compañía durante mi desdicha, por lo que me toca conformarme con un pack de Corona y Ghost.

Aunque a éste yo le importo una mierda, está demasiado entretenido enrollándose en el sillón.

Salpico cerveza al levantarme de un salto de mi asiento cuando mi móvil suena en la mesa de centro, pensando (no, más bien rezando porque así sea, joder) que es Cassidy, pero no. Solo es el grupo de los Hayes.

Nico: Logan, nos vemos en Rave *en una hora.*

Colt: ¿Y yo qué? Yo también quiero ir.

Cody: Sí, y yo.

Nico: Que conste en acta que yo voté en contra de agregar al grupo a los triple C antes de que cumplieran los veintiuno.

Yo: Gracias, tío, pero tengo que pasar esta noche.

*Shawn: *Ta ta ta taaan* La trama se complica…*

Theo: Ya consta en acta y a nadie le importa. Te superamos en votos, Nico. ¿Y por qué no me invitas a mí?

Nico: Porque soy observador. Es la primera semana del mes y eso significa pasar tiempo con la parienta. Hoy es noche de cita, ¿no es así? Estás castigado, tío. Y, ¿Logan? Puedes pasar si estás follando o muriéndote. ¿Cuál de las dos es?

Pues muriéndome, joder.

Soy un puto dramas, pero una parte de mí siente como si estuviese muriendo ahora mismo. Apago la pantalla y lanzo el móvil al asiento a mi lado. El tintín de los mensajes no para y sé que aparecerán aquí los seis si dejo de responder. Vuelvo a coger el teléfono para decirles que estoy ocupado con alguna tía para que me dejen en paz de una puta vez, pero casi me ahogo con el trago de Corona. Entre las tropecientas notificaciones del grupo hay un mensaje de Cassidy.

Mi princesa: Resulta que no tengo ninguna ETS. A menos que mintieras cuando dijiste que lo nuestro era exclusivo, supongo que no tienes de qué preocuparte. Siento haberte gritado.

Tecleo una respuesta con el corazón latiéndome en el pecho como un martillo y mi alma posada en mi hombro, observando cómo se desarrolla la escena de brazos cruzados y con una mirada dubitativa.

Yo: No mentí. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?

Tengo los ojos pegados a la pantalla en todo momento mientras los tres puntitos bailotean. Tarda medio minuto en llegarme una respuesta.

Cuatro palabras.

Cuatro putas palabras que acaban conmigo.

Mi princesa: Una máquina del tiempo.

Mi princesa: Estoy bien. Nos vemos por ahí.

Joder, cómo duele. Me está devolviendo la frase que yo le susurré en la oscuridad de su cuarto, una y otra vez, y perfora mi compostura con la precisión de un francotirador.

Mi cabeza golpea el respaldo del sofá mientras el móvil sigue silbando con notificaciones. Pero no es Cassidy, son mis hermanos dando la tabarra por el grupo.

Intento imaginarme apartándola de mi vida, volviendo a cómo eran las cosas entre nosotros antes del cumpleaños de Thalia, pero no puedo.

No hay forma de volver atrás.

No quiero volver atrás. No quiero fingir que no me dijo que me quería. Quiero seguir avanzando, ver adonde podemos llegar con esto. Ser un nosotros. Quiero echarle huevos y dejar de luchar contra estos sentimientos arrolladores, dejar de fingir que lo nuestro puede ser solo físico.

Ese barco ya zarpó.

No, se hundió hasta el fondo en el océano.

Estos últimos tres días han sido pura tortura. Los he afrontado a base de trabajar y mantenerme distraído durante el día, pero no había distracción con la que evitar que mi mente tomase sus propios derroteros mientras estaba sentado a solas en mi casa silenciosa.

La echo de menos.

No el sexo.

La echo de menos *a ella*.

Echo de menos el olor de su pelo, sus dulces sonrisas, su voz, sus labios y su sabor. Echo de menos verla, estar cerca de ella, viendo cómo se recoge mechones de su pelo rubio y sedoso tras la oreja y se mordisquea el labio inferior cuando no está segura de algo.

Echo de menos escuchar su voz y ver cómo sonríe o arruga su naricita. Echo de menos la calidez de su cuerpo, sus ojos encapotados y mi nombre en sus labios que suena como un ruego. Echo de menos cómo juega con mi pelo cuando estoy tendido con la cara enterrada entre sus tetas justo después de correrme y detenerme a recuperar el aliento.

Hay tantas cosas que echo de menos. Tantas cosas que amo de esa chica.

Me pongo derecho con los ojos muy abiertos.

«¿Amo?».

El corazón me late más rápido, tratando de igualar el ritmo de mis pensamientos, y el pecho se me contrae como si le estuviera dando un calambre.

¿Estoy…?

¿Es esto lo que se siente?

La preocupación constante, mis pensamientos que vuelven a ella como un buitre que ha avistado un animal malherido, la necesidad de estar con ella todo el puto tiempo… ¿Es *eso*?

El corazón se me hincha, aleteándome como un pájaro enjaulado.

Hostia puta.

Y, como si la hubiese tocado una varita mágica, mi mente se vacía de la estática y el caos. Desecho los pensamientos acerca de

mis hermanos odiándome con ganas por ir tras Cassidy.

«Ellos verán si me quieren o me odian, joder».

No hay nada en este mundo que yo no les perdonaría.

No hay nada en este mundo que me haría darles la espalda a cualquiera de mis hermanos, y rezo para que el sentimiento sea recíproco.

Aun si no lo es, no tendría que tener que escoger entre ellos y *ella*. Deberían apoyarme sin importar lo que pase. Mi felicidad no puede depender de su aprobación.

Cojo el móvil para mandarle un mensaje a Cass para hacerle saber que voy para allá, pero las sesenta y nueve notificaciones en la pantalla roban mi atención.

—Mierda —siseo entre dientes al ver que cinco minutos sin respuesta de mi parte han bastado para que los Hayes se reúnan como los putos Vengadores.

Ya vienen de camino a mi casa, pero no tengo tiempo para esto ahora mismo. Mis hermanos pueden esperar. Tengo que hablar con Cassidy primero. Cojo las llaves, cierro la puerta y salgo de la entrada con las llantas chirriando cuando piso con fuerza el acelerador.

VEINTIOCHO

Cassidy

En la mesa de centro están esparcidos varios panfletos sobre ser padres. Las vitaminas y el ácido fólico están junto al hervidor de agua, listos para que me los tome todos los días. Me tomé la primera dosis anoche y otra hoy.

Aún no he decidido qué demonios voy a hacer, pero, por el momento, mientras asimilo este marronazo, me tomo mis vitaminas, bebo café descafeinado que sabe a cartón e intento no estresarme. Es más fácil decirlo que hacerlo.

Han pasado veinticuatro horas desde que el Dr. Jones puso mi mundo patas arriba con estas noticias. Sigue siendo todo muy nuevo. Es muy raro pensar en que una persona está creciendo dentro de mí.

Un niño, espero.

Una copia clavada de su papi con ojos oscuros, pómulos altos y mandíbula fuerte. Pero con mi nariz. Y la forma de mi cara.

¿Tendrá el pelo oscuro o claro como el mío?

Oscuro. Oscuro, sin duda. Los genes Hayes son demasiado fuertes como para que mi rubio debilucho gane la batalla.

Entre los panfletos felices y que te calientan el corazoncito sobre las etapas del embarazo, qué hacer y que no y dibujos de cómo va avanzado el feto hasta el parto, hay otros dos panfletos. Unos no tan felices. Tienen portadas blancas y sin fotos, ilustraciones ni texto. Solo una mera hoja blanca para camuflar lo que hay escrito en las páginas que se ocultan dentro.

Abrí uno, pero no tuve estómago para leer más que las dos preguntas escritas en tinta negra arriba de la primera página.

¿Estás embarazada pero no estás segura de si quieres tener al bebé? ¿Necesitas más información sobre el aborto?

La idea de interrumpir el embarazo hace que se me hiele la sangre, pero es una opción tan válida como pasar por el embarazo y tener al bebé. Ambas opciones tienen pros y contras. Esta decisión en sí misma es una bendición con la que la mayoría de mujeres en Estados Unidos ya no cuentan. En California todavía se nos permite tomar decisiones conscientes sobre nuestros cuerpos. Se nos permite *no* tener que convertirnos en madres por el simple hecho de que nos emborrachemos y nos olvidemos del condón.

Son cosas que pasan y el no vernos obligadas a criar bebés que no queremos nos convierte en una sociedad más sana.

Quiero leerme el panfleto y conocer mis opciones. ¿Cuánto tiempo tengo antes de tener que tomar una decisión? ¿Antes de que sea demasiado tarde? ¿Dolerá? ¿Cómo es el proceso?

Ya conozco la otra cara de la moneda. Los panfletos sobre el embarazo fue pan comido leérselos. Absorbí la información y tomé notas mentales, olvidándome por un momento de que este bebé no es un milagro planeado. Es una sorpresa. Un accidente.

Con una taza de té verde en mano, me siento en el sofá y le lanzo una mirada airada al sobre aún sellado entre los panfletos. Una parte de mí quiere abrirlo y mirar las fotos de dentro: las primeras fotos de mi bebé. Una parte diferente de mí sabe que no debería tocar eso hasta que no haya tomado una decisión.

Un golpe en la puerta hace que gire la cabeza como un resorte en esa dirección. Sin detenerme a pensar un segundo, cruzo la sala y abro la puerta. Justo mientras lo estoy haciendo, caigo en que los panfletos siguen sobre la mesa a plena vista.

La sangre abandona mi cara cuando veo a Thalia. Su sonrisa se transforma en un ceño un segundo antes de que le cierre la puerta en las narices.

—¡Un segundo! —grito, apresurándome a esconder los folletos. Thalia no puede enterarse. No hasta que decida si contárselo a Logan—. ¡Pasa! —vuelvo a gritar, metiendo a presión en el cajón de mi cuarto las pruebas de mi nuevo y dichoso estado.

—¿Qué pasa? —pregunta ella desde la cocina con tono sucinto —. ¿Por qué casi me rompes la nariz?

—Perdona, es que tenía que recoger algo. —Salgo de mi habitación y me detengo a medio paso.

Thalia se encuentra junto a los armarios de la cocina, con una botella de vino al lado, dos copas en una mano…

Y mis vitaminas prenatales en la otra.

¿¡Por qué no me acordé de eso?!

—E-eh… Eso no es…

—¿¡No es tuyo?! —ladra con los ojos abiertos y unas líneas horizontales arrugándole la frente—. ¡No te atrevas a mentirme a la cara! —Mira boquiabierta el frasco antes de echarle una miradita breve al de ácido fólico—. Estás embarazada.

No era así cómo tenía que enterarse nadie. ¡No tenía que enterarse nadie! Me enfurezco conmigo misma por no pensar en esconder las vitaminas y me enfurezco con Thalia por aparecer por aquí sin avisar. Si me hubiese dado diez minutos de antelación, me habría acordado de esconder las pastillas.

Pero el enfado no es tan intenso como el alivio. Quiero hablarlo, quiero escuchar una opinión imparcial y simplemente contárselo a alguien porque mi mente es un caos y cambia de opinión diez veces por minuto.

—Me enteré ayer mismo —admito en voz baja.

Thalia cierra la distancia que nos separa y me pasa los brazos por los hombros, envolviéndome en un abrazo.

—Estoy tan en shock que no sé qué decir. Quiero darte la enhorabuena, pero me da a mí que no te falta mucho para echarte a llorar, así que deduzco que aún no estás lista para eso.

—Aún no —digo contra su pelo, que me hace cosquillas en la cara—. No sé qué hacer… Estoy muy confundida. —Me aparto para servirle una copa de vino y esconder las vitaminas y el ácido fólico en el armario por si acaso alguien más decide hacerme una visita.

—¿De cuánto estás? —pregunta cuando nos sentamos en extremos opuestos del sofá—. ¿Lo sabe Logan?

—No. He estado intentando decidir si contárselo o…, ya sabes, *no* tener al bebé.

Las cejas se le suben hasta el nacimiento del pelo y abre la boca como si quisiera decir algo, pero opta por darle un buen trago al vino en su lugar. Estoy segura de que quiere gritarme, coger el móvil y decirle a Logan que venga hasta aquí cagando leches ahora mismo, pero el caso es que Thalia *es* mi mejor amiga. En vez de actuar según sus creencias y asegurarse de que su familia esté protegida, se toma un segundo para pensar en *mí*.

—Vale. —Se sacude la tensión de los músculos—. ¿Has tomado alguna decisión? Habla conmigo, cielo. No puedo ayudarte si no sé en qué estás pensando ahora mismo. Conozco a Logan, así que igual puedo ayudarte a aclarar tus dudas.

Doblo los pies bajo el pompis, resistiendo el instinto maternal de llevarme la mano a la barriga. No lo he hecho ni una sola vez, pero me cuesta. Sobre todo, porque cuando me puse a escudriñar mi vientre esta mañana, me sentí más convencida de que esa leve protuberancia en mi abdomen bajo *es* una barriguita.

Es diminuta y seguramente nadie la consideraría una barriga de embarazada, pero yo conozco mi cuerpo y esa protuberancia es nueva.

En el folleto pone que a algunas mujeres se les empieza a notar a las ocho semanas, dependiendo de su físico. Yo soy muy flacucha, lo que quiere decir que se me notará a mí antes que, por ejemplo, a Thalia cuando decida quedarse embarazada.

Me llevo el borde de la taza a los labios y la sujeto con ambas manos para tenerlas ocupadas.

—Tengo miedo.

—¿De que Logan te diga que te deshagas del bebé? —exige saber, terminándose lo que le queda de vino—. Parece que esta noche me toca emborracharme por las dos.

—Tengo miedo de que decida hacerse responsable y me odie por arruinar su relación con Nico, Theo y los demás. Siempre he

sido desechable y un fastidio para la gente que me rodea. Mis padres, las familias de acogida e incluso la mayoría de mis amigos.

Thalia es toda oídos mientras yo hablo, contándole cosas de mi pasado que nadie más que Logan sabe. Le pinto una imagen muy clara de las desatenciones y abusos y lo impotente que eso me hizo sentir durante años. Lo duro que era volver a levantarme una y otra vez y enfrentarme al mundo con buena cara.

—No quiero sentirme indeseada toda mi vida —admito por lo bajo y me asalta el pensamiento de que el bebé que llevo dentro me querrá y necesitará para siempre. Seré importante para alguien. Irremplazable—. Quiero a Logan, Thalia, con todo lo que soy; pero él es leal a sus hermanos y para ellos soy una indeseable. Si Logan se hace responsable, cosa que estoy bastante segura de que hará, sus hermanos no lo apoyarán y, en algún momento, me culpará a mí por perderlos.

—¿Qué te hace…? —Se detiene y sacude la cabeza—. Retrocedamos. ¿Qué le hace pensar *a Logan* que sus hermanos no lo apoyarán?

Se me calientan las mejillas. Thalia sabe que me acosté con Theo mucho antes de que ella se mudase a Estados Unidos, pero nunca hablamos del tema.

—Está lo de Theo, para empezar —digo de la forma más vaga posible, pero por la forma en que ella aprieta los labios sé que pilla por dónde van los tiros—. Y Nico, claro. Soy amiga de Kaya.

—¿Y qué? No fuiste *tú* quien engañó a Nico.

—Lo sé, pero tiene pinta de estar listo para matarme con lo primero a lo que le eche mano cada vez que me ve y…

—Nico siempre parece que quiere matar a alguien, Cassidy. No es fan tuyo, cierto, pero no porque te guarde a ti rencor a título personal. Solo intenta mantenerse alejado de cualquiera que le recuerde a Kaya y Jared, pero lo superará. Tiene la mecha corta, pero una vez superas ese exterior hosco, es un buen tío.

Nico Hayes, un buen tío.

Nop. Solo lo dice porque es un Hayes y la familia es lo más importante para ella.

Vuelve a sentarse en el sillón y gira mi Ficus en el otro sentido para no tenerlo delante de la cara.

—Creo que Theo se comporta así de sieso porque tiene miedo de que me sienta celosa si habla contigo. —Le da otro sorbo al vino —. Le he aclarado que no, por cierto. Todos tenemos un pasado.

—Igual tienes razón o igual eres una optimista sin remedio… No consigo decidir si contárselo a Logan.

Thalia juguetea con su copa, perdida en sus pensamientos durante un momento como si estuviese intentando poner sus pensamientos en palabras y que no suene mal.

—Yo no voy a decirte qué hacer, cielo. Es tu vida y tienes que tomar esta decisión sola, pero si te interesa saber mi opinión, creo que Logan se merece saberlo. El bebé no es solo tuyo.

Cada vez que dice «bebé», el corazón me aletea. Escuchar esa palabra hace que la situación se haga real. No es que no sea ya real, pero… No sé, es como si solidificase el hecho.

***

Se escucha un fuerte golpe en la puerta cerca de las nueve de la noche, no mucho después de que Thalia se fuera. Esta vez, sé perfectamente quién está al otro lado. Esa llamada urgente a la puerta es inconfundible, pero este es el peor momento posible para que se aparezca en mi casa ya que tengo las mejillas manchadas de lágrimas.

Reuní el coraje suficiente para leer el panfleto sobre el aborto; la imaginación se me desborda y en mi cerebro se proyecta cómo será el proceso, el dolor y la sangre. El sentimiento de pérdida se ha abatido sobre mí con sigilo y tengo una mano protectora envuelta alrededor de mi barriguita.

Mi determinación a no contárselo a Logan pendía de un hilo mientras leía. Tiene que saberlo. Tiene derecho a saberlo y a ayudarme a tomar una decisión consciente. Somos los dos adultos, por el amor de Dios. Podemos solucionar esto.

Pero no esta noche. Estoy demasiado alterada, demasiado vulnerable para pelear.

Me detengo junto a la puerta, secándome la cara. Hasta que no descorra el pestillo, mientras haya distancia entre nosotros, tengo fuerzas para plantarle cara.

—Esta noche no, Logan —digo, apoyando la cabeza contra la puerta. Las lágrimas retoman su bajada por mi cara como riachuelos. La voz se me quiebra y me sale un gallo, pero no puedo contener los sollozos que me queman la garganta—. Por favor, esta noche no, ¿vale? Vete.

—¿Estás llorando? —pregunta, la tensión vibra en su tono—. ¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien? Déjame entrar.

—Vete.

—Abre la puerta, Cassidy. Déjame entrar. Tenemos que hablar.

«Sí, pero no esta noche».

—Vete. —Me atraganto, gimoteando y temblándome todo el cuerpo.

—Y una mierda. Ni de coña me marcho. Apártate de la puerta. Voy a entrar.

—Vete.

Un golpe suave sacude el marco de la puerta. No es lo bastante fuerte para el cuerpo alto y tonificado de Logan, por lo que me supongo que solo ha estrellado la frente contra la puerta.

—Déjame entrar, cariño. Estás molesta. Habla conmigo. Dime qué es lo que pasa.

—Vete.

Es cuanto puedo decir mientras me ahogo en silencio con mis propias lágrimas. Se queda mucho rato sin responder, pero sé que sigue ahí. Puedo sentirlo. El cuerpo me hormiguea cada vez que él está cerca, pero esos hormigueos no son placenteros esta noche.

Esta noche, unos insectos pequeñitos se arrastran bajo mi piel; la inquietud es como un organismo con vida que instala su residencia en mi corazón y mi cerebro. Me deslizo hasta el suelo y me abrazo las rodillas. En algún momento, se rendirá y se irá. No va a pasar la noche en el rellano.

Me quedo ahí sentada, esforzándome al máximo por recuperar la compostura durante lo que se me antoja un rato larguísimo. No hay movimiento tras la puerta, pero aún puedo sentir su presencia

El chirrido de la puerta del balcón abriéndose hace que mi cabeza gire como un resorte en esa dirección y sienta el corazón en la garganta durante dos largos segundos antes de que Logan entre en el piso camuflado por la oscuridad de la noche como un ladrón.

El pulso se me acelera y me resuena en la cabeza y las yemas de los dedos mientras él vuelve a cerrar la puerta, con los ojos puestos en mí y un ceño que le esculpe un profundo once entre las cejas. Me apresuro a ponerme de pie, secándome la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunta y la preocupación le enturbia los rasgos a medida que se acerca—. ¿Por qué lloras? ¿Qué ha pasado?

Lo empujo con ambas manos y me muerdo el labio con la bastante fuerza como para dejarme moratón e impedir que siga llorando.

—Márchate. —El pánico puro de mi voz se escucha alto y claro.

Es patético. Estoy hartísima de este caos emocional y las lágrimas que no se me agotan.

Se me abren mucho los ojos y una risotada pequeña e inquietante se me escapa de la boca cuando me doy cuenta de por qué me he estado comportando de una forma tan impropia de mí, llorando a moco tendido como una niñita asustada.

Siempre he mantenido el tipo. He vivido en carne propia dolor y abandono suficientes como para no permitirme regodearme en el daño que me hacen, pero de aquí a una parte, he sido un manojo de emociones caóticas.

Estúpidas hormonas.

—Por favor, Logan, márchate. Hoy no puedo con esto —murmuro, plantando los pies en el suelo mientras intento empujarlo hacia la puerta. Hacia la salida.

Tendría más suerte moviendo una pared de ladrillos.

Me rodea las muñecas, me arrima a él y me envuelve con fuerza entre sus brazos, acunándome la cabeza con una mano, apretándome la mejilla contra su pecho, y envolviéndome la espalda baja con la otra.

—Shh, cariño. Cálmate.

Tiemblo. Mi cuerpo está tan separado de mi mente que siento como si yo estuviera en medio del Polo Norte mientras que mi cerebro está en el Amazonas, recalentándose. La bilis me sube por la garganta y ese sabor ácido y asqueroso me quema como si fuera ácido sulfúrico. Trato de apartarme de Logan, pero este me aprieta más contra él.

—No voy a soltarte. No hasta que te calmes y me digas que coño ha pasado para que tengas semejante disgusto.

Las lágrimas me salen con más fuerza y me gotean por nariz y barbilla a pesar de que he cerrado los ojos con fuerza para que no se me escapen. Vuelvo a empujar a Logan y le clavo los puños en los costados, retorciéndome como una demente.

No es una decisión muy inteligente teniendo en cuenta que mis costillas rotas gritan de agonía y me dejan quieta y muda después de tres puñetazos. Le muerdo a Logan el brazo como reflejo involuntario mientras agarro con fuerza la espalda de su camiseta y aprieto lo más fuerte que puedo para transferirle mi dolor.

—Joder. —Desplaza las manos a mis caderas y me alza en brazos—. Respira, cariño. Respira, hazlo por mí. —Se sienta en el sofá de dos plazas y me acurruca contra su pecho—. ¿Así bien?

Reajusto mi postura ligerísimamente y me fundo contra su pecho. El dolor cegador actúa como un sedante para mi mente desquiciada, acallando los gritos y poniéndole un alto a las lágrimas.

—Tenemos que hablar —digo, tragándome un aliento lento y con tiento—. No quiero hacer esto hoy, pero tú ya estás aquí y yo me estoy volviendo loca.

—Desde luego que tenemos que hablar —me aparta y enrosca los dedos bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos—, pero tendrás que mirarme a la cara mientras hablamos.

—Yo primero —le ruego, bajándome de su regazo para tomar asiento al otro lado del sofá como una estudiante delante del despacho del director. Me clavo las uñas en las rodillas. Esto no debería costarme tanto. No es para nada como cualquier mujer se imagina dándole las noticias al padre de su hijo, pero aquí estoy

yo, tan nerviosa que siento latigazos en el estómago—. No somos nada más que follamigos y…

Logan se echa hacia delante con la mandíbula apretada.

—Será mejor que empiece hablando yo.

Niego con la cabeza y me muerdo el labio para contener una nueva oleada de lágrimas. Dios, ¿cuánto tiempo dura este efecto secundario lacrimógeno y sensiblero del embarazo?

—Tienes que callarte y escucharme porque esto ya es bastante difícil de por sí y si no paras de interrumpirme, yo no pararé de llorar y esto va a ser un lío.

Entrecierra los ojos, pero se calla y se reacomoda en el sofá, centrado, y hay tal silencio en la habitación que podrías oír cómo cae una aguja al suelo.

—Vale, pero no digas que soy tu follamigo, Cass.

—No quiero ser la razón de que dejes de hablarte con tu familia —empiezo, pronunciando con tiento cada palabra—. No quiero arruinarte la vida y no quiero que me odies. —Lo que digo aún no tiene sentido, pero pronto lo entenderá—. Te quiero, Logan, y solo quiero lo mejor para ti, pero ya me han hecho demasiado daño. Necesito que tengas en cuenta mis sentimientos, al menos hasta cierto punto, ¿vale?

—Cass, yo…

—Aún no he terminado —digo, poniéndome en pie, demasiado agitada como para estarme quieta—. Solo quiero que sepas que no hice esto a propósito. Nunca te he mentido. Y no hace falta que te pongas en plan noble solo porque sí. Nadie tiene por qué saberlo.

Abandono el salón para ir a buscar las imágenes de la ecografía. No quiero verlas, pero si pone en duda mi palabra, tendré pruebas que entregarle. Dejo el sobre sobre la mesa de centro que tiene enfrente y Logan se lanza a por él.

—Logan —lo llamo con impaciencia, ahí de pie y desamparada como una huérfana.

Sus ojos saltan hacia mí y el cambio de mi tono que pasa de un manojo llorón a un susurro resignado hace que se detenga antes de cerrar los dedos sobre el sobre.

—Dilo de una vez. ¿Esto son los resultados de las pruebas? ¿Qué demonios es lo que tienes?

Una sola lágrima me baja por la mejilla mientras me preparo para lo desconocido.

—Estoy embarazada.

VEINTINUEVE

Logan

Hay un terremoto.

En mi cabeza.

«Estoy embarazada» reverbera por los rincones más profundos de mi mente, corazón y alma, si es que ésta existe.

Está embarazada.

Mis ojos bajan hasta su abdomen, pero no hay redondez. Ni representación visual alguna de sus palabras. Vivo una experiencia extracorpórea estando ahí sentado, sumergido en un estado profundo de puta conmoción.

Tengo las cuerdas vocales anudadas y no puedo despegar la vista de su barriga como si de quedarme mirando el rato suficiente fuese a desarrollar rayos X.

—Di algo —me apremia Cass, sentándose a mi lado en el borde del sofá. Creo que tiene miedo de asustarme si se acerca más—. Sé que es inesperado. Si necesitas tiempo para pensar, no pasa nada, solo…

—Tomabas anticonceptivas —la interrumpo al recordar ese dato —. ¿Cómo puedes estar embarazada?

Se succiona el labio inferior entre los dientes, pero me mantiene la mirada.

—Te juro que no lo hice a propósito. Me tomaba la píldora todos los días como tenía que hacer. Puedes comprobar el calendario, le hago una marquita a cada día, y puedo enseñarte las pastillas que me quedan y que las cuentes para ver que no me he saltado ni una —divaga con los ojos muy abiertos y tejiendo un jersey invisible

con las manos. Le asusta tanto mi reacción que tiembla como un animal acorralado y los ojos se le humedecen—. El Dr. Jones dice que son cosas que pasan. Es poco frecuente, pero pasa.

Inspiro hondo, esforzándome en analizar la situación con calma y pensar en lo que sale de mi boca y cómo sale.

—Y estás segura de que es mío.

No es una pregunta.

No hay ni pizca de acusación en mi tono. Sé que el bebé es mío. No estaría aquí sentada, temblando y mirándome boquiabierta y con ojos grandes si el niño fuese de otro.

—No he estado con nadie más desde hace más de un año —dice con voz queda—. Ojalá pudiera decirte que tenemos más tiempo para tomar una decisión, pero no lo tenemos. Una semana es cuanto puedo darte.

Se me juntan las cejas.

—¿Qué decisión? No hay ninguna decisión que tomar. Estás embarazada. Ya está hecho.

Se mete el pelo detrás de la oreja y le cuesta mirarme a los ojos. No soporto verla tan vulnerable. Es un lado de ella que he visto antes y uno que no puedo comprender que exista debajo de la confianza y las sonrisas que luce a diario.

Normalmente es de lo más positiva y maravillosa, pero ahora mismo siente el peso del mundo sobre los hombros. Las cicatrices mentales que normalmente oculta están a la vista, demostrando que debajo de su voluntad de dejar el pasado atrás y no permitir que afecte a su presente, sigue estando ahí esa niña que se siente rechazada.

—Estoy embarazada *ahora*. Tu familia me odia, Logan, y sé lo importantes que son para ti. Por favor, no te hagas responsable solo porque crees que es lo correcto. Ya no estamos en los ochenta. Intenta pensar también en mí, ¿vale?

Me levanto del sofá de un salto, sintiendo cómo la puta sangre me hierve, burbujea y se desborda.

—¿¡De qué estás hablando?! ¡Pues claro que voy a hacerme responsable! —Me quito la gorra de béisbol de un tirón y me paso

los dedos por el pelo una y otra vez—. ¿Crees que voy a dejar que críes a mi hijo tú sola?

—Ya lo he pasado bastante mal —susurra y se mordisquea el labio, mirándose los dedos con expresión furibunda—. No quiero ser otra mala decisión. Si nos quedamos con el bebé…

—¿Si nos lo quedamos? —articulo yo, solo ahora entendiendo a dónde quiere ir a parar—. ¿¡*Si* nos lo quedamos?! —repito con un bramido, paseándome de un lado a otro—. ¡No hay nada que decidir! ¿Cómo puedes planearte *no* tenerlo? ¡Has dicho que me quieres!

Más lagrimas se derraman de sus ojos y abre y cierra la boca unas cuantas veces antes de tragar saliva con fuerza y secarse la cara por millonésima vez, tratando de ponerle freno a las lágrimas que le bajan con voluntad propia por las mejillas pálidas.

—Y así es, y si estás seguro de que puedes enfrentarte a lo que sea que hagan tus hermanos cuando se enteren, entonces tendré al bebé. Lo verás siempre que quieras. No te lo pondré difícil, pero no quiero que empieces a odiarme más adelante. Si le ponemos fin a esto ahora, nadie tiene por qué saberlo.

Sus palabras me repiquetean en la cabeza como la campana de una iglesia.

Su hilo de pensamientos se despliega y le encuentro más sentido a cada minuto que pasa. Cree que va a ser madre soltera. Que elaboraremos un calendario de cuándo y quién cuida del bebé.

Entiendo por qué cree tal cosa. No he hecho otra cosa más que hacerle daño, fuese intencionado o no, desde el principio. Incluso cuando intenté ayudarla a superar su miedo al agua, la encerré en el garaje un segundo más tarde como si ella fuese un puto error.

Esta noche, vine aquí con un objetivo en mente. No ha cambiado tras recibir estas noticias. Si cabe, mi voluntad de demostrarle que me importa más de lo que me ha importado nunca ninguna mujer no ha hecho más que aumentar.

Está embarazada de *mi* hijo.

Todo lo que siempre he querido está sentada en el sofá… llorando.

—Si mis hermanos no pueden aceptar mis decisiones, pueden irse a tomar por culo. —Me acuclillo a su lado, tomando sus manos entre las mías—. Vine aquí para decirte que no quiero que seamos amigos con derechos. Dios, cariño… eres lo único en lo que pienso. Eres todo lo que quiero y me estoy enamorando de ti tan rápido que no puedo seguirle el puto ritmo.

Se queda muy quieta.

Deja de respirar.

Pasa un momento largo y silencioso en el que ella me mira pasmada antes de que un gimoteo pequeño y lastimero abandone sus labios y se le estremezca todo el cuerpo.

—¿Quieres estar conmigo? —murmura, su cara es la viva imagen de la incredulidad. Mira de mis labios a mis ojos, mejillas y nariz antes de volver a mis ojos—. ¿Estás seguro?

Su elección de palabras es otro golpe bajo directo a mi vientre.

«¿Estás seguro?».

Parece y suena como si no pudiese entrarle en la cabeza que alguien quiera estar con ella. Como si hubiese estado viviendo bajo la creencia de que todos quieren obtener algo de ella, pero nunca darle nada a cambio.

Ojalá hubiese notado antes que lo único que quiere Cassidy es importarle a alguien. Quiere ser importante para al menos una persona en su vida. Debajo de esa fachada de chica dura se esconde una mujer llena de ansiedad y abandonada que nunca ha sido la prioridad de nadie.

—Lo siento. —Le seco las lágrimas de la cara con los pulgares, acunándole las mejillas—. Se qué te he hecho daño, pero voy a mejorar. Solo tienes que darme una oportunidad para demostrártelo.

Se echa hacia delante y la esperanza brilla en sus ojos llorosos cuando aprieta los labios contra los míos.

—Te quiero muchísimo —susurra, hunde los dedos en mi pelo y profundiza el beso—. Te haré feliz, Logan. Te prometo que no te arrepentirás.

Joder, estoy que trino.

Me odio a mí mismo cada vez más con cada palabra que dice.

Tiene miedo. Percibo lo rápido que le late el corazón y el pecho se me comprime dolorosamente. Debería ser *yo* el que está haciendo promesas, no ella. Soy yo quien no ha sabido apreciarla.

—Ya me haces el hombre más feliz de la Tierra. —Muevo las manos para agarrarla por los muslos, alzarla a mis brazos y abrazarla como si mi vida dependiese de ello—. Te juro que voy a mejorar. Me esforzaré al máximo, princesa.

Nada ha importado nunca tanto como la rubia en mis brazos. La primera vez que la vi, supe que estaba perdido. He desperdiciado tres años guardando rencor por algo que se escapaba a nuestro control.

Cass podría haber sido mía desde hace *tres* años.

Debería haber sido mía.

Era mía…

Solo que yo no lo sabía.

La llevo a la cama, apoyo la espalda contra la montaña de cojines decorativos y la arrimo a mí, con cuidado de no hacerle daño en las costillas. Cass se acurruca contra mí, con la espalda contra mi pecho, y yo le envuelvo las clavículas con una mano y le beso la sien.

—Lo siento. Joder, siento muchísimo haber puesto a mis hermanos por delante cuando siempre te debería haber puesto a ti primero.

Cubre mi mano con la suya; el ritmo de su corazón se asienta cuanto más tiempo está conmigo.

—Son tu familia —dice, jugando con mis dedos—. No merece la pena poner en riesgo tu relación con ellos por un rollo sin importancia. —Ladea la cabeza y me besa la barbilla desde abajo —. Aún no es demasiado tarde, ¿sabes? Todavía puedes irte.

Instintivamente, la pego más a mí. Encaja entre mis brazos como si la hubiesen hecho para mí. ¿Cómo pude no notarlo antes?

—No es sin importancia. Creo que hace mucho que no lo es. Y no es un rollo. Eres mía, Cassidy. Estás embarazada de mi hijo.

Bajo mi mano libre, la cuelo debajo de su camiseta y extiendo los dedos sobre su abdomen. Ya noto un bultito. No es grande,

apenas una insinuación de lo que está por venir. Es firme al tacto y una curva muy muy ligera, pero está ahí.

Sin lugar a dudas, este es el momento más surrealista e increíble de mi vida. Llevo dándole la tabarra a Theo con que empiece una familia desde que se casó con Thalia porque mi instinto paternal ha estado disparado desde hace tiempo, y ahora… voy a ser papá.

—¿De cuánto estás?

—Nueve semanas y media. Me enteré ayer mismo. —Se menea entre mis brazos, lo justo para girar el cuerpo y poder mirarme a la cara—. No lo sabía cuando salí de fiesta la semana pasada. No habría bebido de haberlo sabido, pero…

—¿Está bien el bebé? —la corto, acariciándole el brazo de arriba abajo con las yemas—. ¿Qué te dijo el médico?

—Que parece sano y del tamaño correcto y que el corazón le late bien y fuerte.

—Eso es lo único que importa, entonces. —Le planto un beso a un lado de la cara—. Dios, Cassidy… estás *embarazada*, princesa. —Vuelvo a besarla—. Estás embarazada de *mi* hijo. Voy a cuidar de ti. De los dos. Haré que esto te resulte tan fácil como respirar. Me levantaré en mitad de la noche para comprarte pepinillos y te sujetaré el pelo cuando vomites. —La acerco más a mí, besándole la cabeza una y otra vez mientras el pecho se me hincha como un globo—. Trasladaremos tus cosas a mi casa mañana.

Da un respingo de forma demasiado abrupta y se agarra un costado, siseando por lo bajo.

—No vamos a trasladar nada —jadea entre dientes apretados y con los ojos cerrados con fuerza—. No te apresures, tenemos tiempo. El bebé no nacerá hasta febrero.

Vuelvo a arrimarla a mí y la acuno hasta que el dolor remite.

—¿A qué quieres esperar? Ya desperdicié tres años. Ahora eres mía. Te quiero cerca. Viviremos juntos tarde o temprano, así que ¿por qué no temprano?

—Porque… Porque tienes que estar seguro de que esto es lo que quieres.

No lo dice en voz alta, pero puedo notar por la mueca que le contorsiona su bonita cara y por cómo pellizca con nerviosismo la colcha, que tiene miedo de que cambie de opinión y la ponga de patitas en la calle dentro de unos días.

Imposible. Puede que haya sido un idiota todo este tiempo, pero cuando caí en que me estoy enamorando de ella, se produjo un cambio fundamental en un abrir y cerrar de ojos. Cass es *mía*.

Es mía para que cuide de ella. Mía para que la mantenga a salvo.

Después de todo por lo que la he hecho pasar, no la culpo por no creer en mis palabras. En vez de decírselo, tengo que empezar a demostrarle que lo que digo va en serio.

***

Cassidy está dormida cuando me despierto, enredada en las sábanas y sus brazos y piernas. Se aferra a mi costado, con una mano sobre mi pecho y una pierna doblada por la rodilla y tendida sobre mis muslos. Hunde la cara en el hueco de mi cuello y un velo de pelo rubio y desordenado se le dispersa por su rostro apacible.

Jamás la había visto así y me tomo unos minutos para mirarla sin tapujos y memorizar cada detalle de ella. La ligera curva de sus labios, sus pestañas claras y cada lunar. Joder, está preciosa acurrucada contra mí.

Deslizo la mano bajo el edredón y la cuelo entre los dos, acariciando ese bultito diminuto con el pulgar. Es lo que llevo haciendo toda la noche y por lo menos durante una hora después de que Cassidy se quedase dormida.

El corazón se me hincha tres veces de tamaño cuando me vuelve a golpear el pensamiento: voy a ser papá.

Siento como si llevase esperando este momento desde hace años y ahora estuviese pasando al fin. No puedo contener la alegría que me aplasta. Saco la mano, retirándola de debajo del edredón, y vuelvo a cubrir a Cassidy.

La curva de su cadera y cintura me funde el cerebro y mi erección matutina se torna increíblemente dolorosa. Mis oportunidades de practicar sexo son extremadamente bajas teniendo en cuenta que tiene dos costillas rotas, por lo que, en vez de empeorar la situación de mi polla, le beso la frente y me paso la misma camiseta que llevé ayer por la cabeza.

Un sentimiento de pavor me asalta en cuanto veo mi móvil sobre la mesa de centro. Lo apagué anoche en algún momento porque mis hermanos estaban reventando el grupo a mensajes, pero no puedo esconderme aquí para siempre.

Cojo el móvil y lo enciendo. Me llegan docenas de notificaciones de inmediato y descubro por qué estaban tan emperrados en localizarme anoche. Pasaron unas cuantas horas en mi casa, esperando a que yo llegara.

Hay una llave de reserva en la caja de seguridad junto a la puerta principal y todos ellos conocen la combinación, pero…

Yo: La llave es para emergencias.

Ping, ping, ping.
Ping.
Ping, ping.

Me maldicen por no responder a sus mensajes anoche, me insultan por tenerlos preocupados y me maldicen un poco más por no tener suficientes cervezas en la nevera para recibir a seis personas sin invitación y que secarían un pozo.

Espero a que se saquen del pecho los «joder», «mierda» y «gilipollas» y empiecen a llegar las primeras preguntas decentes.

Shawn: ¿Estás bien? ¿Dónde estabas anoche?

Yo: Estoy bien. Estaba ocupado. Tenemos que hablar, pero no es una conversación que podamos tener por mensaje. ¿Podéis venir todos a casa sobre las doce?

Shawn: Pestañea si necesitas una coartada.

Nico: ¿Estás ahora en casa?

Yo: Aún no. Debería estar de vuelta en una hora.

Una sensación de catástrofe inminente se asienta sobre mí cuando responden que estarán allí a las diez en punto.

A una parte de mí le aterra perderlos. No me puedo imaginar cómo será mi vida sin ellos. Nunca he estado solo. Mis hermanos siempre han estado a mi lado, siempre disponibles cuando necesitaba ayuda o consejo y la funesta posibilidad de perder su confianza y aceptación me llena de un pánico leve.

Pero, al mismo tiempo, una parte diferente de mí que ha brotado de la noche a la mañana no va a poner su aprobación por delante de mi hijo ni de Cass.

Sigue siendo surrealista pensar en que voy a ser padre. Surrealista, aterrador y emocionante. Mi sobreprotección para con la vida gestándose dentro de Cassidy ya es arrolladora. Las mismas palabras se repiten en mi cabeza como un disco rayado.

Mi bebé.

Míos.

Mi *familia*.

Dios, no me puedo creer mi propia puta estupidez. Podría haber tenido esto, el sentimiento más increíble del planeta, desde hace tres años ya. Podría haberla querido y cuidado durante todo este tiempo.

Qué puto desperdicio de una vida que ya es demasiado corta.

El ruido de la cafetera saca a Cassidy de la cama. Entra en la cocina anudándose el cinturón de su bata gris.

—Sigues aquí. —Se acurruca contra mi pecho y me cubre la barbilla de besitos—. Buenos días.

—Buenos días, cariño. La puerta estaba cerrada, así que no pude escabullirme. —Sonrío con suficiencia y le beso la cabeza—. Pues claro que sigo aquí. Ya no puedes librarte de mí. Sí que tengo que salir un rato, pero no tardaré y, cuando vuelva, espero verte recogiendo tus cosas. —Le entrego una taza de café y cojo otra cápsula—. Eso sí, nada de levantar peso, ¿vale?

Me llevó dos horas, pero anoche la convencí de que debería mudarse conmigo. También miramos las imágenes de la ecografía.

Me esperaba algo distinto a una mancha del tamaño de una alubia en medio de ruido blanco, pero contemplé pasmado las piernitas y bracitos diminutos durante una eternidad.

—¿Qué te parece que prepare un bolso o dos con lo indispensable por ahora? Tengo que avisarle a mi casero con un mes de antelación, así que no tengo que trasladar todas mis cosas ya mismo.

La envuelvo con más fuerza entre mis brazos, listo para discutir, pero un solo pensamiento atraviesa mi mente antes de que pueda decir nada. Quiero que se sienta a salvo conmigo; eso no pasará hasta que vea que no voy a dejarla tirada, por lo que tengo que adaptarme.

—¿Te sentirás mejor si hacemos esto poco a poco?

Ella asiente, echándole una miradita al café que tiene en la mano.

—¿Qué cápsula usaste? ¿La azul?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Por ahora no puedo beber café normal. —Abre la papelera, encuentra la cápsula que yo tiré, me entrega su taza y coge una cápsula nueva y azul—. Es descafeinado.

—Descafeinado, vale.

Tomo nota mental de mandar mañana a la compra a mi chica de la limpieza. Es así de versátil, hace más que limpiar. Me apuesto a que hay más cosas que Cass necesita ahora aparte de descafeinado y seguro que Mira sabe todo lo que hace falta, habiendo criado ella misma a cuatro niños.

Diez minutos más tarde, beso a Cass y prometo venir a recogerla en un par de horas. No quiero ausentarme ni siquiera unos minutos, pero es hora de hacerle frente a las putas consecuencias.

Me subo al coche y me dirijo a casa para darme una ducha y cambiarme de ropa antes de que mis hermanos invadan mi hogar. Sé que hoy no llegarán tarde y casi me rompo una pierna al intentar prepararme antes de que lleguen.

Suena el timbre justo cuando estoy bajando las escaleras y pasándome una camiseta limpia por la cabeza, con el pelo todavía

húmedo. Y, como si se hubiese accionado un interruptor, el estómago se me retuerce de nervios.

Un bocanada de aire profunda es cuanto necesito para recuperar la compostura antes de dejar pasar a Nico y los trillizos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué tanta prisa? —Colt se quita su cazadora vaquera en el vestíbulo, la echa encima de una mesa auxiliar estrecha y se reajusta su reloj de plata—. No tienes buena cara, *bro*.

—No hagas preguntas. No voy a repetirme, así que toca esperar a que lleguen los otros dos, ¿entendido? —Los acompaño hasta la cocina con las palmas sudándome ya—. ¿Queréis café?

Los ojos de Nico siguen cada uno de mis pasos como si pudiese adivinar el problema analizando mis gestos y expresiones. Normalmente, sí puede adivinar lo que está pasando, tiene un sexto sentido para eso, pero hoy le fallará. Ni de coña puede deducir el puñetero caos que estoy a punto de desatar.

Los trillizos se vacilan entre ellos, sentados en la isla, mientras yo pongo en marcha la cafetera y mi mente se adelanta a visualizar las posibles reacciones de mis hermanos a las noticias.

Lo único que espero a estas alturas es que la conversación no se alargue.

Quiero estar con Cass. Quiero tocarle la barriga con la mano, besarle la cabeza y demostrarle que todo lo que le dije ayer iba en serio.

Le dije que me estoy enamorando de ella, pero lo cierto es que ya estoy enamorado.

¿Cómo es que no me di cuenta de cuándo pasó? ¿Cómo podía no saberlo hasta que caí en la cuenta con fuerza anoche?

Me aprieto el puente de la nariz y empujo a un lado la molestia. No sirve de nada obsesionarme con algo que no puedo cambiar.

Theo y Shawn llegan diez minutos más tarde. El ambiente se carga de inmediato, pero yo estoy decidido y con la mente en calma. Cass es lo que quiero. Es lo que necesito. Mis hermanos lo aceptarán o no. Así de simple.

Apoyo la espalda contra la encimera y contemplo a los seis repartidos por la cocina, todos ellos igual de tensos, desconfiados y

callados.

—Venga, *bro* —me apremia Cody, sujetando su taza con ambas manos y soplándole al café para que enfríe—. ¿A qué viene esta reunión? ¿Y por qué tiene que ser a estas putas horas? —Se ríe, tratando de aligerar el ambiente. Siempre es él quien disipa la tensión, pero esta mañana falla miserablemente. Nadie está de humor para reírse—. Me metí en cama hace cuatro. Desembucha, ¿qué está pasando?

A la Santísima Trinidad les incumbe menos este tema, pero lo que sea que decidan los otros tres, los tres más jóvenes los seguirán. Así es como funcionan las cosas entre nosotros.

Normalmente somos un frente unido ante los problemas, pero siempre que discutimos sobre cómo proceder, los trillizos se hacen a un lado y esperan a que nos pongamos de acuerdo sobre qué hacer.

Aún se están encontrando a sí mismos, aprendiendo a cómo enfrentarse al mundo, y, cuando hace falta tomar una decisión de adulto, confían más en nosotros que en sí mismos.

Ensayé el comienzo de esta conversación cien veces antes de quedarme dormido anoche, mucho después de que Cass cayese rendida, y no he parado de ensayarlo desde que me fui de su piso.

—Os quiero a todos —digo, sujetando mi taza con ambas manos como Cody para evitar removerme.

—No me jodas, ¿tú también eres gay? —resopla Conor con una ceja alzada—. Madre mía, ¿a qué viene esa cara tan larga? No pasa nada nada, Logan. Te queremos. Relájate, coño. Estás más pálido que un fantasma.

—Shh —lo acalla Shawn, le da una colleja y después me hace un gesto para que continúe.

—Sois mi familia —recito el discurso ensayado— y, sin importar cómo termine esto, aun si no volvéis a hablarme, solo quiero que sepáis que, si alguno de vosotros me necesita en algún momento, ya sea dentro de cinco, diez o treinta años, siempre estaré ahí.

Shawn cambia su peso de un pie a otro. Su semblante de concentración poco a poco se transforma en dos líneas verticales

que le arrugan la frente. Todos tienen la misma expresión en sus caras.

—Estoy empezando a cagarme por la pata abajo —dice Colt, cruzándose de brazos y enderezándose—. Escúpelo de una vez. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Es que mataste a alguien? —se mete Conor—. ¿Vas a ir a la cárcel o algo?

—Chitón —espeta Nico y la nota autoritaria de su voz se escucha alta y clara. Se apoya junto al marco de la puerta que está más cerca de la salida, como si presintiese que lo que va a salir de mi boca le va a afectar a él el que más—. Déjate de tonterías. Pon las cartas sobre la mesa, Logan.

No es el mayor. De hecho, es el hijo del medio, pero siempre lidera la sala y todos respetamos su palabra la que más, por eso es que yo me encuentro en semejante desventaja en esta situación.

Llevo la mano al bolsillo trasero de mis vaqueros y pongo de verdad algo sobre la mesa. Pero no cartas. Cojo una de las imágenes de la ecografía y la lanzo por la isla en dirección a Theo, que está sentado directamente enfrente de mí.

La coge, mira boquiabierto el ruido blanco y una tormenta de confusión le relampaguea por la cara.

—¿Esto es…? —Sus ojos se precipitan a los míos y se ensanchan aún más justo cuando Colt le arrebata la imagen de la mano.

—¿Has preñado a una pava?

Asiento y aprieto los dientes.

—Dará a luz en febrero.

—¡Hostia puta! —exclama Conor—. ¿Va en serio? ¡Tío, eso son *buenas* noticias! ¿Por qué te comportas como si hubiese muerto alguien? ¿Quién es la…? —Se detiene y profiere un grito ahogado cuando suma dos más dos—. Ni de coña…

—¿Quién es la madre? —termina Shawn por él—. En ningún momento nos dijiste que estuvieses saliendo con alguien. ¿Por qué?

Echo una mirada de Theo a Nico y dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

—No estábamos saliendo exactamente. Tuvimos algo que se suponía que no era serio durante tres meses, pero se me fue de las

manos. Estoy enamorado de ella.

—Eso siguen siendo *buenas* noticias, Logan. Lo que dices no tiene ningún sentido —dice Cody, que tiene ahora la imagen en su poder. La pone del revés y ladea la cabeza como si fuese una ilusión óptica que solo puede verse desde cierto ángulo—. ¿Cuáles son las malas noticias?

—No hay malas noticias. —Cambio el peso de un pie a otro—. Solo noticias que no os van a gustar.

—Me cago en la puta —sisea Nico con las fosas nasales ensanchadas y lanzándome puñales con sus ojos negros—. Dime que no es quien creo que es, joder.

Ahí está. Esa es la reacción que me esperaba todo este tiempo, la razón por la que no me quería permitir *sentir* nada por Cassidy antes.

Por más que me decepcione saber que no me equivocaba, tampoco me sorprende su tono cortante.

—Lo siento —digo en piloto automático—. Simplemente pasó, Nico. Ni siquiera sabría decirte cuando. Creí que podría dejar de verla en cualquier momen… —Las palabras se me quedan en la punta de la lengua cuando se lanza a por mí con los puños cerrados.

Theo salta de su asiento en el último segundo, hace de barricada y frena a Nico antes de que pueda arrancarme toda la fila delantera de dientes.

—Será mejor que me sueltes o te partiré la cara a ti también —brama, intentado quitarse a Theo de encima a base de empujones, pero no va a zurrarle sin un buen motivo, así que me fulmina a mí con la mirada por encima de su hombro—. ¿Cuántas veces me dijiste que era una puta loca? Que era inestable, una puta manipuladora, ¡que no se la podía llamar ni mujer! ¿¡Y ahora vas y la dejas *embarazada*?!

Su estallido no me sorprende. Siendo sinceros, esperaba que se me abalanzase encima más rápido, antes de que Theo tuviese ocasión de interceptarlo. Y que mi hermano haya saltado a ayudarme *es* una sorpresa. Pero una que no dura mucho, porque

en cuanto comprendo lo que está diciendo Nico, sé que esto no está ni cerca de haberse terminado.

Lo ha malinterpretado todo.

—No hablo de Kaya —digo—. No le pondría un puto dedo encima ni aunque me pagases.

El enfado abandona la cara de Nico en un suspiro y la confusión toma el escenario. Se cruza de brazos y se aparta de Theo.

—Entonces, ¿de quién estás hablando?

—De Cassidy —aporta Conor, esbozando una sonrisa arrogante —. ¿Verdad? Por eso te pusiste como loco cuando se estrelló contra el coche de Colt.

—Sí —reconozco. El peso de la confesión se cae al suelo con un estrépito, pero en vez de sentirme más ligero, me siento más pesado. Derrotado. Me estoy enfrentando a una vida sin su respaldo y me siento enfermo solo de pensarlo—. Llevamos siendo una especie de amigos con derecho a roce desde las citas exprés. Creí que podría dejar de verla cuando quisiese, pero no puedo, y tampoco quiero, joder. Estoy enamorado de ella… y está embarazada. Voy a ser padre. Os quiero a todos, pero mis prioridades han cambiado de la noche a la mañana.

Guardan silencio un minuto, ya sea esperando a que siga hablando o procesando las noticias. No tengo nada más que añadir.

La pelota está en su tejado.

El tiempo se ralentiza. Los segundos se estiran hasta que los siento como si fueran minutos y *nadie* reacciona.

No hay puñetazo de parte de Nico.

No hay ceño fruncido de parte de Theo.

Es como esperar a que caiga la guillotina.

—Lo que dices no tiene sentido, Logan. Me estás provocando una jaqueca —bufa Shawn, apretándose el puente de la nariz—. Explícate. ¿Por qué no íbamos a volver a hablarte nunca?

Dejo mi taza a un lado, ya no necesito esa distracción.

—Pues por su pasado con Theo, para empezar, y…

—¡Eso fue hace tres años! —prorrumpe Theo, estrellando los puños contra la encimera de mármol—. Supéralo de una vez. Ya te he pedido perdón cientos de veces. No la conocías cuando nos

liamos. ¿Qué más quieres que haga? ¡No puedo retroceder en el tiempo, tío!

Junto las cejas en el centro.

—Tú… ¿*qué*? Hace ya mucho que lo superé, Theo. Sois vosotros quienes la despreciáis por ello. ¿Cuándo le ha dirigido alguno de vosotros ni una sola palabra? ¿Eh? Y, ¿tú? —Fulmino a Nico—. ¡Ni siquiera pudiste estar sentado en su mesa cinco minutos! Así que, sí, sé que esto os supone un problema, pero ¿sabéis qué? Podéis aceptarlo u odiarme. Cass es mía y no voy a dejarla escapar.

Nico aprieta la mandíbula con furia, no hay nada más que un ansia asesina presente en su cerebro mientras cierra las manos en puños. Estoy a la espera de otro estallido, de que vuelva a abalanzarse hacia delante para asestarme un puñetazo preciso en la cara que me dejará la mandíbula dislocada en el mejor de los casos; sin embargo, Nico hunde el puño en mi nevera.

—Eres un puto idiota —sisea, apuntándome con el dedo—. Hay un motivo por el que quería que te quedases *tú* con mis minutos con Cass en las citas exprés. —Ya no está que trina.

Bueno, sí, pero lo que burbujea dentro de él es buena energía. Lo sé porque está casi sonriendo. Casi. No es una sonrisa al completo, pero la ligera curva de su boca es más de lo que le he visto en mucho tiempo.

Desde el fiasco con Kaya y Jared, el abanico de emociones de Nico va de la molestia a la furia el noventa y nueve por ciento del tiempo, pero aquí está, casi sonriendo.

—Vi cómo la mirabas en la fiesta de Thalia y cómo te entró el pánico cuando dejó de respirar —prosigue él—. Te he visto con mucha mujeres, Logan, pero Cassidy es la única que te hace tilín. Estuviste desconsolado durante semanas cuando descubriste que se lio con Theo primero.

—¡Pues porque me gustaba! —El corazón me empieza a latir un poco más rápido cuando las palabras de Nico me rebotan en el cerebro.

¿Él quería que fuese a por Cassidy? ¿Intentó ayudarme?

¿Acaso me he caído en un agujero de gusano y salido en una realidad alternativa? Porque eso me parece a mí. Me he imaginado

cincuenta escenarios diferentes de cómo podía salir esta conversación, pero ninguno se parece a lo que está pasando.

No están que echan humo.

No están profiriendo tacos.

Están enfadados, sí, pero por una razón completamente diferente a la que yo me esperaba.

—¡No jodas! —Theo se carcajea, negando con la cabeza—. No me puedo creer que te pensases que dejaríamos de hablarte si salías con Cassidy. Venga ya, tío, ¡hemos pasado por muchas movidas juntos! ¿Cómo puedes ser tan tonto?

—No la despreciamos —añade Cody, apoyándose en el taburete de la isla—. Yo ni siquiera la conozco muy bien.

—Yo mantengo las distancias con ella por lo de Kaya y Jared —admite Nico con tono de disculpa—. No porque le guarde rencor. Mierda, ¿se cree que todos la odiamos?

«Todos los de su pasado la odiaban…».

Asiento con la cabeza con la mandíbula apretada. Hace que pierda la cordura el saber lo vulnerable que es Cassidy y cómo me aproveché yo de sus flaquezas sin darme cuenta.

—¿Y por qué iba a creer lo contrario? ¿Alguno le dirigió la palabra en la fiesta de Thalia? La tratáis como a una apestada. Os tiene miedo a los dos. —Señalo a Nico y a Theo.

—Estupendo —murmura Theo, jugueteando con los pulgares—. Thalia va a matarme. Mira, yo no hablo con Cass porque Thalia sabe que nos enrollamos aquella vez y creí que lo más seguro para mi matrimonio sería no dar pie a charlar con ella. —Se pasa las manos por el pelo—. De verdad que no tengo nada en contra de Cass, Logan. Thalia la quiere con locura y si eso no es un punto a favor de Cassidy, no sé qué puede serlo.

—No es fácil impresionar a tu mujer —coincide Colt.

—Bueno, sois todos unos gilipollas, pero no me pongas en el mismo saco que ellos. Yo sí hablé con Cass en la fiesta y tengo claro que a mí no me tiene miedo —dice Shawn, pagado de sí mismo.

La sonrisa se le borra enseguida cuando Cody rompe en carcajadas.

—Nadie te tiene miedo. Ni siquiera tu hijo.

El ambiente empieza a aligerarse, igual que mis músculos. No sabía lo asustado que estaba de perderlos hasta ahora que sé que no lo haré. Sería un reto tratar de enfrentarme a la vida sin su apoyo.

—Que conste en acta —habla Nico, lanzándoles una miradita a los trillizos—. En caso de que a alguno de vosotros se os ocurran unas ideas tan tontas en el futuro como a este genio —me señala —, no hay nada que ninguno podáis hacer que nos haga daros la espalda. —Vuelve a mirarme—. Aun si fueses a tener ese bebé con Kaya, seguiría estando ahí para apoyarte. Primero te partiría la cara, claro, pero aun así yo sería el tío favorito. —La tensión abandona mis hombros y cuello, y el corazón casi se me sale del pecho cuando tira de mí para darme un abrazo—. Felicidades, tío. Esperemos que tu progenie sea más lista que tú.

Se turnan para darme puñetazos amistosos en el hombro, envolverme en fuertes abrazos, darme unas palmaditas en la espalda y llamarme idiota. Tienen razón. Soy un idiota por dudar de ellos.

Somos *familia*.

Somos los putos Hayes y somos indestructibles.

TREINTA

Cassidy

Newport Beach lleva siendo mi hogar tres años, pero jamás ha llamado tanta gente a mi puerta en un plazo de veinticuatro horas como ahora.

Abro la puerta y la cara se me vacía de sangre al instante. Esperaba encontrarme con un Hayes, y efectivamente es un Hayes, solo que no es Logan.

Es Nico.

Siempre me ha puesto los pelos de punta, pero desde lo de Kaya me da un miedo que flipas. La forma en que se mueve como si fuese un león a la caza, en que fulmina con la mirada a todo el mundo y sopesa cada palabra, provocan que me prepare para un ataque.

Y ahora está aquí, en el umbral de mi piso, con las mangas de su camiseta negra estiradas más allá de la capacidad de las fibras de algodón, la mandíbula apretada, los ojos entrecerrados y una vena latiéndole en la columna de su cuello tatuado.

Una parte de mí quiere cerrarle la puerta en la cara y arrimar el sofá contra ésta para impedir que entre dentro. Roza lo insano, igual que mis rodillas débiles, pero no puedo engañar a mi cerebro ni a la consternación que me llena las venas como un líquido helado.

—¿Me vas a dejar pasar o…? —pregunta él, ahí de pie, ocupando casi toda la anchura y altura del marco de la puerta.

Tengo la piel de gallina y el cerebro hecho una colmena.

—¿Ha pasado algo malo? —consigo decir con los músculos de cuello y hombros más duros que una piedra—. ¿Por qué estás aquí?

—Para hablar —indica con una voz como el gruñido de un perro rabioso listo para arrancarte la tráquea de una dentellada—. Deja de comportarte como si deseases tener un bate de béisbol a mano ahora mismo.

Como si un puñetero bate de béisbol fuese a servir para detenerlo. Cada músculo de su cuerpo está tonificado a la perfección, tiene el pecho amplio y los hombros cuadrados. Yo soy la mitad de él, siendo optimista.

El síntoma del embarazo que me ha rehuido desde el principio llega ahora con toda su fuerza: las náuseas. Las posibles razones tras la visita inesperada de Nico inundan mi mente. Seguramente esté aquí para decirme que o me hago a un lado o Logan perderá a su familia y será mi culpa.

Obligando a mis piernas a funcionar, abro más la puerta y me aparto para dejar pasar al lobo dentro del gallinero. Entra y el olor de su colonia impregna el aire e intensifica la inquietud que me resuena en la cabeza.

Logan no ha llamado ni me ha escrito desde que se fue y la presencia de Nico en mi piso significa que sabe lo nuestro.

—¿Por qué me tienes miedo? —pregunta, apoyándose con aire despreocupado en la nevera y con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Alguna vez te he dado algún motivo?

—Eres muy… —pesco un hilo de la manga de mi jersey sintiendo la boca seca— intimidante.

Él alza una ceja.

—Intimidante… Vale, eso me lo dicen mucho, pero no hay razón para comportarse como si yo mordiese. Nunca te he hecho daño, Cassidy. Jamás te de dicho una mala palabra ni te he alzado la voz, así que ayúdame a entenderlo porque de verdad que no me entra en la puta cabeza por qué parece que estés a punto de echarte a llorar.

—No… no me siento muy bien. —Me tapo la boca con la mano y echo a correr al baño.

Mis rodillas golpean las baldosas justo a tiempo. El café y el *bagel* que me comí esta mañana y la tostada de anoche salen despedidas por mi boca. Un sudor frío me cubre la nuca y los ácidos biliares me queman la garganta con cada nueva arcada que aterriza en el retrete. Temblando, le doy al botón de la cisterna en la pared, vuelvo a dejarme caer de culo y me meto el pelo por detrás de las orejas.

Me alegro un montón de haberme saltado las náuseas matutinas hasta ahora.

—Ten. —Nico se agacha a mi lado y me aprieta una toalla húmeda contra la frente—. ¿Has terminado o vienen más?

—He terminado. —Apoyo una mano en los azulejos de la pared para impulsarme, pero Nico me agarra del antebrazo con una fuerza que roza lo doloroso y me ayuda a ponerme en pie. A juzgar por su semblante, no creo que sepa que me está apretando demasiado fuerte—. Gracias —farfullo. Se me juntan las cejas cuando le echa un poco de pasta de dientes a mi cepillo y me lo pasa.

—No te hagas tanto la sorprendida, Cass. No me conoces.

Me cepillo los dientes y me lavo la cara antes de volver a la cocina. Siento el cuerpo débil y lánguido.

—¿A qué has venido, Nico? ¿De qué quieres hablar?

Coge una botella de agua de la nevera y me la pasa, por lo visto se siente como en casa.

—Quiero que entiendas que el que te evite no tiene nada que ver contigo. No te odio, Cass. Y tampoco los otros cinco.

—Logan os ha contado lo nuestro —murmullo más para mí misma que para él. Una oleada de alivio desmesurado me golpea directa en las entrañas.

No van a darle la espalda. Seguirá teniendo a sus hermanos a pesar de escogerme.

—Sí, nos lo ha contado. Igual que tú, yo a ti tampoco te conozco lo suficiente como para confiar en ti, y es por eso que mantenía las distancias. Eso ya no es una posibilidad, así que vas a tener que aprender a no tenerme miedo para que pueda conocerte.

Los ojos se me llenan de lágrimas cuando las comisuras de sus labios se curvan con el fantasma de una sonrisa.

—Has escogido un mal día para visitarme —susurro, secándome los ojos con el dorso de la mano—. Hoy estoy hecha un desastre, pero *gracias*. No creo que Logan fuese capaz de sobrevivir mucho tiempo sin sus hermanos.

—No me tires de la lengua —suelta y la frialdad del tono provoca que me estremezca de nuevo—. Por qué se pensaba que le daríamos la espalda no me entra en la puta cabeza. ¿Qué es lo que le ves? Está claro que es imbécil.

Una pequeña carcajada me brota del pecho. La tensión, preocupación y nerviosismo que llevo acumulando desde hace semanas se desinflan en mi interior como el aire de una rueda rajada. Debo de ofrecer un aspecto cómico, riéndome mientras las lágrimas me bajan por las mejillas.

—Siempre estaremos ahí para él —asegura Nico, arrancando un trozo del rollo de papel de cocina y pasándomelo—. Y también para ti. Ahora formas parte de la familia. Estoy seguro de que no seré a quien llames primero si alguna vez necesitas ayuda, pero será mejor que me añadas a esa lista.

Me seco los ojos y arrugo el papel de cocina en una bola.

—Gracias. Significa más para mí de lo que nunca sabrás.

La frialdad despiadada de los rasgos de Nico se desvanece ante mis ojos. No ha cambiado ni un ápice, pero mi percepción de él sí que lo ha hecho durante estos últimos diez minutos. Sigo sin estar cómoda cerca de él y sigo sintiéndome intimidada por la energía feroz que exuda, pero ya no tengo los pelos de punta, y eso es un gran paso.

La puerta del piso se abre y Logan entra sin molestarse en llamar. Sus ojos aterrizan en mí primero y dos arrugas se le forman en la frente.

—¿Qué es lo que pasa?

—Nada —digo y la voz se me rompe a pesar de estar sonriendo —. Son lágrimas de alegría.

La diversión le tira de las comisuras de la boca y sus ojos se desplazan a Nico.

—¿Has hecho que mi chica llore lágrimas de *alegría*? ¿Quién cojones eres tú?

Nico se aparta de los armarios de la cocina y le estruja el hombro a Logan.

—Os dejaré solos. —Cruza la sala, pero se da la vuelta para mirarme cuando ya tiene la mano sobre la manilla—. Cuida de mi sobrina, Cass.

No sé qué me sorprende más, que Logan les haya dicho que estoy embarazada o que Nico esté tan seguro de que va a ser una niña. Sea como sea, estoy demasiado pasmada como para hacer nada más que asentir.

Logan me pega a su pecho en cuanto Nico cierra la puerta tras él.

—¿Qué quería?

—Me ha dicho que no debería tenerle miedo y que siempre estará ahí para ti y… —La voz me vuelve a temblar porque las palabras de Nico han golpeado las partes más abandonadas de mí —. Y para mí también.

Logan me estampa un beso en la cabeza.

—Lo dice en serio, cariño. Todos se sienten como una mierda, como si el que yo dudase de ellos fuese su culpa. —Se aparta un poco y echa un vistazo por la habitación—. ¿Has recogido tus cosas?

—Dos bolsas, tal y como prometí.

***

—Abre la puerta —dice Logan con tono divertido. Tira de la manilla de la puerta del baño por millonésima vez—. No me hagas tirar la puerta abajo. Está en su terrario, lo juro.

—¡No puedo quedarme aquí con ese bicho! —grito, sentada en el borde de la bañera y envuelta en una toalla después de que Ghost entrase en el baño mientras yo me daba una ducha. Grité tan fuerte que debió de oírme medio vecindario. Una octava más alto y estoy segura de que las ventanas habrían estallado. Mis costillas están pagando ahora las consecuencias, me duelen que no

veas. Tengo analgésicos en el bolso, pero no quiero tomarlos por más que sean apropiados para embarazadas—. Prométeme que me llevarás a casa cuando abra esta puerta —gimoteo. El pulso aún me late como loco.

—*Esta* es tu casa. Abre la puerta.

Llevo aquí seis horas, pero él ya la llama *mi* casa, no solo suya.

—¿Está encerrado?

—¡Sí! Creo que le provocaste un puto infarto con tus gritos. —Vuelve a reírse—. Abre, cariño. Venga.

Giro el pestillo, abro la puerta una rendija y escaneo la cama por el espacio estrecho. Mis ojos se topan con la cara de Logan y su amplia sonrisa.

—Tienes que llevarme a casa.

Él abre la puerta del todo, obligándome a dar un paso atrás.

—Tengo una idea mejor. —Tira de mi mano, obligándome a salir del baño, me sienta en la cama y se lleva el móvil a la oreja—. ¿Sigues queriendo a Ghost? —le pregunta a quien sea que se encuentre al otro lado de la línea—. Te estaría agradecido si pudieses venir a recogerlo esta noche. —Se agacha delante de mí, pone una mano en mi muslo y va subiendo—. Sí, eso me viene bien. Gracias.

—¿Qué te viene bien? —pregunto cuando corta la llamada y lanza el móvil a un lado—. ¿Quién se va a llevar a Ghost? ¿Se va para siempre o solo esta noche?

—Se va para siempre. Podía correr el riesgo de tenerlo por aquí cuando vivía yo solo, pero ahora estás tú aquí —me acaricia el vientre con los dedos— y mi bebé también, así que es hora de dejar que se vaya.

—Estás feliz por esto de verdad… —farfullo, fascinada por el auténtico regocijo que brilla en su mirada mientras me toca la barriguita.

—Jamás había estado tan feliz, princesa. —Atrapa mis labios entre los suyos y mueve la mano más abajo, colándola bajo la toalla para acariciarme el sexo—. ¿Te duelen mucho las costillas?

—Bastante, pero… Oh —jadeo cuando traza círculos sobre mi clítoris.

—¿Sabías que los orgasmos adormecen el dolor?

Enarco una ceja, luchando para no poner los ojos en blanco ante el gusto que me da volver a sentir sus manos sobre mí.

—No estoy segura de que yo pueda hacer mucho.

Introduce un dedo dentro de mí, con los ojos sobre los míos y las pupilas oscuras, excitadas y grandes.

—Tú no tienes que mover ni un músculo. Sentir cómo te corres, ver tu cara cuando eso pasa… —Añade otro dedo—. Eso es lo que necesito. —Engancha el dedo entre mis tetas, deshace el nudo de la toalla con un solo gesto y me roza el pezón erecto con los dientes—. Acuéstate, cariño.

Me arqueo y apoyo ambos codos antes de llevar las manos a su cabeza y obligarlo a subir más hasta que se cierne sobre mí y baja la cabeza para besarme.

Y, por primera vez, no le pongo el tapón a lo que siento por él. No lo oculto. No intento suprimirlo. Dejo que el amor me consuma entera y lo transfiero al beso para que él pueda sentir lo mucho que significa para mí.

—No quiero estar sin ti nunca —susurro, trazando los contornos de su rostro con los dedos—. Siempre te querré más que nadie.

Logan abre la boca, pero no le dejo pronunciar ni una palabra y vuelvo a tirar de él para otro beso.

No quiero escuchar un «yo también te quiero».

No quiero escuchar un «me estoy enamorando de ti».

Quiero dos palabras de lo más simples.

«Te quiero».

Y por eso, estoy dispuesta a esperar todo el tiempo que haga falta.

Enredo los dedos en su pelo y me deleito con lo en paz que me siento cuando él está cerca. Con lo deseada que me siento en este momento.

Los sueños sí se hacen realidad a veces. Y los felices para siempre no suceden solo una vez entre miles…

TREINTA Y UNO

Logan

La comilona mensual no empieza hasta dentro de cuatro horas, pero aquí estoy yo, llamando a la puerta de casa de mis padres antes de tiempo con una misión en mente.

Ha pasado una semana desde que Cassidy se mudó conmigo y mi anterior compañero, Ghost, fue desahuciado y reubicado en casa de Nico. Estoy en el séptimo cielo la mayor parte del tiempo, disfrutando de la paz de tener a Cass conmigo, de abrazarla y besarla cada vez que me apetece.

Pero no es oro todo lo que reluce. Hay una parte de Cassidy que odio ver. Ella intenta ocultar sus inseguridades, pero todos los días capto destellos de lo insegura que se siente acerca de nosotros… acerca de mí. Son pequeños detalles, como cuando metí su taza vacía en el lavavajillas la otra mañana mientras ella leía un panfleto en la cocina. Yo no pensé nada al respecto, pero ella palideció y empezó a disculparse.

Lo mismo pasó cuando preparó la cena. A mí me han enseñado que, cuando una mujer te cocina, te toca a ti limpiar después, pero Cass se abalanzo sobre la mesa para quitarme el plato de la mano tan rápido que volvió a hacerse daño en las costillas.

Se comporta como si fuese a echarla a la calle en cuanto cometa un solo error y me mata en cada ocasión. Noto lo vulnerable que es ahora que está conmigo la mayoría del tiempo. Ahora que *hablamos* y pasamos tiempo juntos fuera de la cama. Veo lo fácil que es hacer que dude de mí y de sí misma.

Se ha estado abriendo más, hablándome de su pasado, sus padres alcohólicos y las familias de acogida, el abuso, el abandono y el miedo.

Y es por eso que estoy en casa de mis padres.

Ahora Cassidy es mía, está gestando a mi hijo, y por encima de mi puto cadáver voy a dejar que nadie más le siga haciendo daño.

Fuese intencionado o no, eso se termina ya mismo.

Me enfrenté a mis hermanos y salí bien parado. Es hora de enfrentarme a mis padres.

—¡Logan! —prorrumpe mi madre con alegría, envolviéndome el cuello con los brazos—. No te esperaba tan pronto.

Le devuelvo el abrazo antes de entrar en la casa, inhalando el dulce aroma a tarta de manzana que se respira en el aire.

La abuela debe de estar aquí otra vez.

Mi madre es una cocinera estupenda, pero, igual que a Thalia, los postres no se le dan bien. Algo más en la larga lista de cosas que tienen en común. Es una pena que ninguna de esas cosas les haga estrechar lazos.

—¿Va todo bien? —pregunta mamá. El sexto sentido que desarrolló a base de criar a un equipo de chicos nunca falla—. Pareces preocupado, tesoro. ¿Qué es lo que va mal?

De momento, nada.

—¿Está papá en casa?

—Sí —arrastra la palabra, con los ojos entrecerrados y llenos de sentimientos contradictorios—. Está en su estudio.

—¿Puedes ir a buscarlo? Tengo algo que contaros.

Palidece un poco y la cara preciosa se le arruga de preocupación, pero asiente y apura el paso por el amplio vestíbulo en dirección a la parte de atrás de la casa mientras yo me encamino a una de las salas de estar.

No me siento, estoy demasiado nervioso como para estarme quieto.

—Logan —me saluda mi padre con uno tono firme pero amistoso mientras entra en la sala—. ¿Cómo es que estás aquí tan pronto?

—Creo que deberíais sentaros. —Me apoyo contra el piano de cola, abriendo y cerrando los puños.

Se miran el uno al otro, pero obedecen, tomando asiento juntos en el sofá Chesterfield blanco como un frente unido ante posibles problemas.

Mis hermanos y yo nos parecemos a ellos en ese sentido.

Mamá se remueve en su asiento, con los ojos muy abiertos, y papá le coge la mano, se la lleva a su regazo y le acaricia los nudillos con suavidad.

—Quiero que conozcáis a mi novia —empiezo, dejando que asimilen esta información primero—. Pero tendrá que ser de acuerdo a mis términos o no la conoceréis en absoluto.

Mi madre endereza la espalda a la defensiva mientras que mi padre permanece impasible. Su autoridad innegable no deja dudas sobre quién manda aquí. Sus años de carrera política implican que Robert Hayes mantenga la compostura en cualquier situación aun si no dice palabra.

Sabe que hay una razón para que haya empezado la conversación por ahí, y estoy muy seguro de que conoce la razón, pero hasta yo no diga lo que tiene que decirse, guardará silencio y estudiará mis movimientos y gestos antes de asumir el papel de mediador.

—¿Qué quieres decir? —pregunta mamá, con las mejillas escarlata de una molestia que también se le nota en la voz.

—Mamá… —Me acerco y me dejo caer en el sillón enfrente del sofá—. Theo nunca te lo dirá, pero lo haré yo porque alguien tiene que hacerlo. —Inspiro hondo, clavo los ojos en los suyos y empleo el tono más amable posible dada la situación—. Sé que nos quieres y que te sientes perdida ahora que somos adultos y estamos empezando a formar nuestras propias familias, pero tienes que aceptar que las mujeres de nuestras vidas *nunca* te reemplazarán. Theo te quiere tanto como te quería antes de casarse con Thalia. Ninguno de nosotros vamos a dejar de hacerlo por hacernos mayores, pero…

—¿Pero? —exige saber mamá con los labios apretados mientras retira la mano de entre la de mi padre y se cruza de brazos.

La pose de regañina la clava. Ladea el cuerpo y alza la barbilla con los ojos entrecerrados y los labios apretados. A pesar de su evidente actitud a la defensiva, el dolor en su mirada me escuece más de lo que solía.

—Dime cuál es ese pero, Logan.

Me froto la barbilla, manteniendo mis emociones a raya. Hacerle daño no es mi intención. Solo intento ayudarla a entrar en razón y darse cuenta de que este comportamiento le va a costar caro.

—Pero a menos que aceptes nuestras decisiones, mamá, nos verás cada vez menos y menos. Theo estallará en algún momento si no paras de tratar a su mujer como si fuera tu enemiga. Me sorprende que esté aguantando tanto.

—¡No la trato como si fuera mi enemiga! —A mamá se le calientan aún más las mejillas y unas antorchas diminutas le nadan en los ojos—. No tengo que quererla, ¿me equivoco? Es la mujer de Theo, no la mía.

—No tienes que quererla —coincido, sin dejar que su enfado me afecte y le prenda fuego a mi mecha—. ¿Pero qué otro motivo aparte de celos tienes para que ni siquiera te caiga bien? Thalia ha estado desviviéndose para ganarse tu aceptación. Es una chica increíble, mamá. Hace feliz a Theo. ¿Qué más necesitas? Deberías alegrarte de que la haya conocido.

«Deberías ver las caricaturas de las que se rodeaba antes».

Papá le envuelve los hombros a mamá con el brazo y la arrima más a él como para consolarla, pero la expresión de su rostro ya no es impasible. Ahora es un libro abierto.

Hoy, está de mi parte. No lo reconocerá en voz alta, eso sí, ya que tiene que apoyar el frente unido del señor y la señora de Robert Hayes.

—Te quiero —continúo, mirándolos a los dos a los ojos—. Os quiero a los dos. Y quiero que conozcáis a mi novia, pero también la quiero a ella, y ya ha pasado por bastante. —Apoyo los codos en las rodillas y entrelazo los dedos—. Es por eso que estoy aquí. Para deciros que, si le hacéis sentir que no es bien recibida, aunque sea por un segundo, no volveré a traerla aquí. Y yo tampoco vendré. —Inspiro hondo, preparándome para darles las noticias más

importantes que jamás les daré—. Espero que te esfuerces al máximo para no mostrarte tan hostil, mamá, porque en febrero vas a volver a ser abuela.

Un gimoteo pequeño se le escapa de los labios. No sabría decir qué sentimiento se esconde detrás de ese sonido. No sé si está feliz, triste o conmocionada, pero *algo* siente.

Mi padre, por otro lado, es la epítome de la calma. Solo sus ojos traicionan que se siente conmovido.

—¡Ay, Logan! ¿Por qué no la trajiste por aquí antes?

Afligida, así es como se siente.

—Es una larga historia. Pero ya la conocéis. ¿Recordáis a la chica que casi se ahoga en casa de Theo?

—¿Cassidy? —mamá jadea y una navaja se abre en mi bolsillo —. ¿La fotógrafa? ¿Ella es la madre de mi nieto?

Mi madre no es ninguna esnob, ni de lejos. Es una activista. Es dueña de una organización benéfica y le encanta ayudar a los menos afortunados, pero en lo que concierne a sus hijos, ninguna mujer es suficiente, por lo visto. A lo mejor todos deberíamos ser gays como Shawn. Desde luego, a Jack lo quiere como si fuera suyo.

Me levanto. La decepción se extiende por mi cerebro como una contusión bajo la piel.

—Pues no hay nada más que oír —digo y mi tono de voz refleja lo derrotado que me siento. Cruzo la sala con la garganta tan seca que me duele tragar—. No contéis con nosotros hoy.

Entro en el vestíbulo y pillo a la abuela volviendo a meterse en la cocina. Siempre ha sido una cotilla, a pesar de que nadie le oculta nada. Somos una familia bastante abierta, rara vez tenemos secretos.

Me desvío a la cocina para pasarme a saludarla antes de salir por patas de esta casa, pero la voz aguda de mamá me frena en seco.

—¡Logan, espera! —Corre detrás de mí y me agarra del brazo en mitad del vestíbulo—. Lo siento, es que… —La voz se le entrecorta y los ojos se le inundan de lágrimas—. Todos mis niños se han ido. Solo estamos tu padre y yo aquí solos. —Solloza, sorbiéndose la

nariz lastimeramente—. Ya tenéis menos tiempo de por sí, y con mujeres e hijos estaréis muy ocupados. Dejaréis de venir por aquí y…

La envuelvo en un fuerte abrazo.

—Estamos aquí y siempre lo estaremos. No vamos a dejar de pasarnos por aquí solo porque formemos nuestras propias familias. Si cabe, estaremos por aquí más a menudo. Acabarás hasta el gorro de nosotros, créeme. —Le beso la coronilla y la envuelvo con fuerza entre mis brazos—. Puede que ahora la casa te parezca vacía, pero dale un par de años y estará llena de nietos. Thalia y Cassidy no te están robando a tus hijos; van a darte a una nueva generación de Hayes, mamá. Ellas nos hacen mejores hombres y queremos que tú y papá las aceptéis.

Se acurruca contra mí, agarrándose a mi camiseta y asintiendo con la cabeza como si estuviese dispuesta a decir y hacer lo que sea que haga falta con tal de seguir teniéndome a mí y al resto de sus hijos.

Papá viene a nuestro encuentro y nos envuelve a los dos entre sus brazos como el héroe silencioso que viene a salvar el día con gestos en vez de palabras.

—Por supuesto que queremos conocerla —dice con un tono controlado en apariencia, pero bajo el que subyacen emociones potentes—. Felicidades, hijo. Estoy orgulloso de ti.

Y sé que no solo se refiere a que por fin haya conocido a alguien digno de mi tiempo, sino a que me ofreciese a soltarle a mamá la verdad fría y dura que nos beneficiará a todos.

—Por favor, tráete a Cassidy hoy —me ruega mamá, apartándose—. De verdad que quiero conocerla. Lo digo en serio.

Aprieto los labios contra su frente.

—Os veremos a las dos.

***

Cassidy me clava las uñas en el dorso de la mano, apretándome con la bastante fuerza como para cortarme la circulación.

—Tienes que calmarte, princesa —le digo, agitando mis dedos envueltos alrededor de los suyos—. No le estás haciendo ningún bien al bebé.

Ella inspira por la nariz y suelta el aire por los labios.

—Estoy nerviosa. Llevo sin estar en una misma habitación con tu familia desde la fiesta de Thalia, y eso no es que fuese muy bien.

La arrimo contra mí y le beso la cabeza porque he aprendido que sentir mis labios tiene el mismo efecto sobre ella que un bálsamo calmante.

—Ahora es diferente.

La verdad sea dicha, no sé qué coño esperarme. Solo estamos aquí porque no soportaba oír la nota de ruego en la voz de mi madre. No me vi capaz de decirle que no cuando los ojos se le llenaron de lágrimas, pero no confiaré en sus palabras hasta que sus acciones las reafirmen.

No he cambiado de opinión. No hará falta que mamá imprima mucho veneno en sus palabras para que me vea obligado a actuar. Cogeré a Cass y me la llevaré de aquí sin mirar atrás.

Ella es mi prioridad y nada cambiará eso nunca.

La puerta se abre y, una vez más, Theo me ondea un billete de cien en la cara, sonriendo de oreja a oreja.

—Nico se pensaba que Cass igual te arrastraba hasta aquí más pronto.

Pongo los ojos en blanco.

—Ese ya no sabe qué hacer con tanta pasta. —Paso por su lado arrastrando a Cass conmigo—. Deberíamos buscarle a una *sugar baby* a la que pueda colmar de atenciones con bolsos de Chanel y tacones de Louboutin. Cass tarda más en prepararse que yo.

—¿En serio? —pregunta mi hermano, no hay ni rastro de reserva en su voz. Aclararon las cosas cuando él y Nico vinieron a recoger a Ghost la semana pasada—. Ni de coña es eso posible.

Cassidy esboza una sonrisa pequeña.

—Voy a contarte un secreto. Logan no empieza a prepararse hasta que es hora de irse.

La casa está extrañamente silenciosa: no se escucha música de piano, cosa rara. Mamá siempre toca cuando está Nico. O bien llegamos tarde al concierto o aún no ha empezado.

—Sea lo que sea lo que hayas hecho… —Theo me coge del hombro y me acerca a él para darme un abrazo breve—. Gracias.

—¿De qué hablas?

Señala las ventanas del salón y, sintiendo curiosidad, me dirijo hasta allí y echo un vistazo al jardín donde todos mis hermanos se reparten por el espacio, hablando y bebiendo cerveza. El pequeño Josh está con abuelo, dándole patadas a un balón en la cancha de tenis; Shawn y Jack están ayudando a abuela a poner la mesa, Nico habla con papá junto a la parrilla y los trillizos están en la piscina, acostados sobre colchonetas hinchables y con unas gafas oscuras tapándoles los ojos.

Al principio no veo nada fuera de lugar, pero cuando Theo me vuelve a dar una palmadita en la espalda, localizo lo que está intentando enseñarme. Mamá está con Thalia en el balancín de tres plazas y cada una tiene una bebida en la mano. Están ensimismadas hablando. Es más, mamá está esbozando una sonrisa amplia y *sincera*.

—Te dije que se le pasaría en algún momento. ¿Por qué me agradeces a mí nada?

—No te hagas el tonto —me suelta Theo, dándome una colleja —. Mamá se echó a llorar en cuanto entramos por la puerta. Joder, creí que se había muerto alguien cuando empezó a disculparse. Mencionó que tú le abriste los ojos esta mañana.

Eso parece porque, diez minutos más tarde, mamá está llorando otra vez, abrazando a Cassidy contra su pecho, tocándole la barriga y susurrándole su enhorabuena.

EPÍLOGO

Logan

Cassidy está en la ducha cuando me despierto. Me felicito a mí mismo por la inteligencia con la que diseñé esta casa porque, con la puerta del baño adyacente abierta, la ducha queda a plena vista desde la cama.

Me apoyo en los codos y observo cómo mi chica se enjabona los pechos. El agua le cae en cascada por su cuerpo sexy y le gotea en su barriguita.

Con catorce semanas, la seductora redondez de su vientre *por fin* se nota bajo prendas ajustadas y es por eso que no le dejo ponerse sudaderas anchas. Llevo esperando este momento demasiado tiempo como para dejar que oculte la barriga bajo camisetas holgadas.

Quiero que todo el mundo sepa que está embarazada. Que está pillada. Que no está soltera. Es *mía*.

Son solo las seis pasadas de la mañana y es la primera vez que Cass se levanta antes que yo desde que se mudó. Ha estado durmiendo más y más con el paso de los días. Por suerte, la somnolencia es su única inconveniencia relacionada con el embarazo.

No vomita, no está hinchada y dejó de llorar sin motivo hace dos semanas. El único antojo que tiene es de limones. Es mejor que unos pepinillos, supongo, pero me da grima cuando los pela y se los come como si fueran manzanas.

Salgo de la cama para ir a unirme a ella en la ducha.

—Buenos días —me saluda, bajando los ojos por mi cuerpo y deteniéndose en mi polla erecta—. Ah, bien, ya estás listo.

Me río y la pego contra mi pecho.

—¿Lo estás tú? —Es una pregunta estúpida teniendo en cuenta que está mojada para mí las veinticuatro horas del día últimamente, pero bajo la mano por su estómago hasta que me topo con lo que buscaba y la froto con suavidad—. Qué alentador.

Cass se gira, se presiona contra mí y un gemidito abandona su boca al hacer contacto. Ya está excitada, tiene las tetas pesadas e hinchadas, las mejillas sonrosadas y las pupilas dilatadas.

No hay nada mejor que una mujer preparada y dispuesta a primera hora de la mañana. Arrastro los dedos por un lateral de su cuerpo, viendo cómo se estremece cuando la yema de mi pulgar le roza el pezón erecto.

—Has tenido otro sueño guarro, ¿verdad? —le pregunto, rodeándole el culo y dándole un ligero apretón. Lleva dos semanas despertándose necesitada tras tener sueños intensos y eróticos, y que me parta un puto rayo si despertarme con sus labios alrededor de mi polla bajo el edredón no es una fantasía hecha realidad—. Cuéntame de qué iba.

Se echa una cantidad generosa de mi gel de ducha en la palma de la mano y me lo restriega por pecho y hombros, haciéndose de rogar antes de envolverme la base de la polla y acariciármela con lentitud.

—Preferiría mostrártelo —dice con la voz entrecortada cuando me empuja hasta que quedo directamente bajo el chorro, se arrodilla entre mis piernas y me acoge en su boca.

—Yo también prefiero que me lo muestres —gruño y los ojos se me ponen en blanco cuando succiona y me envuelve entre sus labios hasta tan abajo como puede—. Eso es, cariño. —Le agarro un puñado de pelo—. Así está bien. Justo así.

Sus labios son increíbles y no hace falta mucho para que esté al borde del orgasmo. Como si presintiese mi final inminente, Cassidy me suelta con un suave pop y vuele a ponerse de pie.

La cojo de la cintura, la alzo en brazos y después la tiendo sobre la cama, mojada y necesitada. Acostumbraba a lanzarla a la cama,

pero he aprendido a tratarla con un poco más de cautela ahora que viene en pack de dos.

No pierdo el tiempo antes de sumergirme entre sus muslos y cerrar los labios en torno a su clítoris. Huele a fresco, como a jengibre y limón. Resulta que no es champú ni crema corporal, sino gel de ducha.

—Ha debido de ser una locura de sueño —digo yo, alzando la vista para ver su cara bonita y sonrojada—. Vamos a recrearlo. Dime qué hacer.

Ella se ríe con suavidad.

—Creí que tú no necesitabas indicaciones.

—Y no las necesito, pero una descripción breve me ayudaría.

Mueve las piernas a mi espalda, enreda los dedos en mi pelo y tira de mí hacia abajo con fuerza.

—Labios —farfulla, cerrando los ojos—. Dos dedos.

—Tres palabras —susurro y entonces hago lo que me dice, lamiéndola de abajo arriba mientras le introduzco dos dedos—. ¿Así te gusta?

—Sí —resuella—. Oh, Dios, sí. No pares.

Se acaricia las tetas y otro gemido necesitado abandona sus labios. No creo que yo me merezca esto, pero los dioses de las hormonas del embarazo están de mi parte.

Treinta segundos es todo el tiempo que hace falta para que el orgasmo se expanda por su cuerpo como un fuego sobre hierba seca. Me agarra del pelo con un puño y me obliga a quedarme quieto mientras arquea las caderas y cabalga la ola, corriéndose sobre mi lengua. Estoy empalmadísimo viendo cómo toma lo que necesita. No ha dejado de temblar antes de tirarme del pelo y obligarme a subir más arriba hasta que puede alcanzarme los labios para besarme.

—Eso es lo más sexy que has hecho hasta la fecha. —Le aparto el pelo mojado de la cara—. Quiero más de mi princesa necesitada —susurro, mordiéndole la oreja.

—Te necesito. Ya —dice con tono urgente, como si no pudiese esperar un segundo más—. Y quiero que *no* seas tan suave.

¿Qué *no* sea suave? Le he bajado intensidad a los polvos salvajes por el momento, demasiado preocupado por hacerle daño a ella o al bebé de alguna manera, pero no puedo negar que contenerme es una puta mierda.

Cass se tiende boca abajo y pone el culo en pompa.

—¿Quieres que te dé fuerte? —Me posiciono en su entrada. El espacio estrecho lo es aún más desde este ángulo—. Como desees. —Estoy dentro en una estocada y me cierno sobre su espalda—. Agárrate al borde la cama, cariño.

Se sujeta con ambas manos cuando me retiro y vuelvo a penetrarla; el ritmo de mis embestidas es rápido y exigente para darle lo que tan desesperadamente necesita.

Esto es el cielo.

—Ay, Dios —gime ella cuando la cama empieza a chocar contra la pared—. *No* pares.

Como si pudiese. Este ángulo es perfecto y saber que desea y necesita que la haga mía de esta manera hace que mis instintos primitivos afloren a la superficie. Una bruma de sudor me cubre el pecho en minutos. Resisto el impulso de derramarme en su sexo caliente cuando gime más alto.

Cass se apoya sobre los codos, arquea la espalda y después coge mi mano y la lleva hasta su pecho hinchado.

—No te resistas —ordeno con voz ronca, embistiéndola—. Volveré a hacer que te corras. Tantas veces como necesites. Abandónate.

En cuanto aprieto su pezón duro entre mis dedos, jadea y sus paredes se contraen a mi alrededor. El orgasmo es tan intenso que tiembla, empuña las sábanas y se retuerce debajo de mí, echando las caderas hacia atrás para acogerme aún más hondo.

—Eso es —digo, penetrándola con la bastante fuerza como para prolongar la sensación mientras vuelve a bajar a la Tierra.

No le pido más indicaciones. Me salgo de ella, cuelo una mano bajo su cintura y la yergo como a una muñeca de trapo, obligándola a arrodillarse en la cama y sujetarse al cabecero con ambas manos.

—¿Estás bien, princesa? ¿Quieres más?

—Sí —farfulla—. Te quiero muchísimo.

—No más de lo que yo te quiero a ti. Agárrate con fuerza.

Le envuelvo la garganta y la obligo a apoyar la nuca sobre mi hombro cuando la penetro, provocando que otro gemido necesitado abandone sus labios. Juro que las tetas le han crecido esta noche, otra vez. Ya no me caben en la mano.

—Más fuerte —murmura entre gemidos suaves—. Por favor, Logan…, más fuerte.

—Shh, tranquila, necesitas más, no más fuerte —arrullo contra su oído antes de hundir el pulgar en el hoyuelo de su espalda baja y embestirla como si la vida me fuese en ello.

Deslizo la mano de su garganta a su clítoris y empleo dos dedos para trazarle unos círculos pequeños.

Sigue sin ser suficiente, así que le doy la vuelta y la obligo a ponerse a horcajadas sobre mí. Ahora tengo las manos y la boca libres para darle más mientras ella me cabalga, dictando el ritmo.

Es frenético.

Necesita tanto el clímax que me araña la espalda y sube y baja a un tempo acelerado y exigente.

La acaricio con el pulgar y me ocupo de sus tetas hinchadas, rozándole los pezones duros con los dientes. Cass gime y jadea y yo nunca he adorado más la expresión de su cara que en este momento en el que está únicamente concentrada en sí misma.

Cuando llega el tercer orgasmo, me dejo caer por el precipicio con ella, embistiéndola unas cuantas veces más antes de detenerme.

Ambos estamos sin aliento y yo siento los músculos en carne viva, el pecho se me agita y tengo el corazón acelerado como si acabase de correr una maratón.

—Estás tan sexy cuando te corres… —digo, saliéndome lentamente y con los labios aún posados en su nuca—. ¿Estás bien? ¿Quieres más?

No aguantamos mucho rato sin follar, pero mi polla ha estado de guardia dos, en ocasiones tres, veces al día estas dos últimas semanas. Y, ¿lo de hoy? Este ha sido nuestro revolcón más salvaje desde que me enteré de que está embarazada. Me arrepiento un

poco, a sabiendas de que seguramente esté dolorida todo el día, pero, joder, qué sexy ha sido.

—Por ahora estoy bien. Lo siento, yo…

—Chitón. No te disculpes. Te daré todo lo que necesites. —Le beso la frente—. Creme, estoy más que contento con tu libido.

—Son las hormonas. —Oculta la cara en el hueco de mi cuello—. El Dr. Jones dice que debería dejar de estar tan salida para finales del segundo trimestre. Puede que antes.

—Joder, pues espero que no. —Bajo más la mano y estiro los dedos sobre su barriguita—. ¿Cuándo va a empezar a dar patadas la niña? Ya me están saliendo canas de esperar.

—Preguntas lo mismo todos los días. El *niño* no empezará a dar patadas hasta por lo menos dentro de otro mes, puede que más.

Ambos estamos seguros del sexo del bebé. Cass dice que es un niño, pero se equivoca.

Acaricio la protuberancia con el pulgar y doy golpecitos con los dedos por la mitad para despertar a nuestra princesita. Aunque los meneos de ahora ya deberían haber bastado.

—Da una patada —susurro—. Venga, Ava, dale una patadita a papi.

—¿Ava? ¿Quieres que tu hijo se llame Ava? Van a meterse con él en el colegio.

—Es una *niña*.

—Es un *niño* —bufa—. ¿Qué creen tus hermanos?

—Bueno, uno de ellos cree que soy gay. —Sonrío con suficiencia y me agacho cuando intenta darme una colleja.

—Me refiero a cuál creen que es el sexo del bebé.

—Eso no importa.

Una sonrisa triunfante le curva los labios.

—Son equipo Owen, ¿verdad?

—Son equipo niño. Ni de puta coña va a ser Owen. Nico es el único que sigue estando de mi lado. Todo su dinero está puesto en que es niña. Ha apostado cien pavos contra cada uno de ellos.

—¿No pierde siempre todas las apuestas?

—Cállate, es una niña. —La pego a mí y le beso la coronilla.

—Ya te informaré de cuando el *niño*, tu *hijo,* empiece a dar patadas, así que, por favor, deja de preguntar lo mismo todos los días. Y, aparte, tienes que soltarme.

Me carcajeo, apartando la mano. Tiene la vejiga de un niño pequeño últimamente, y me apuesto lo que sea a que solo va a ir a peor.

Bah, da igual. Me encanta.

Me encanta cuidar de ella. Me encanta parar en el supermercado todas las noches para comprarle más limones o lo que sea que me pida. Me encanta abrazarla a mí y acariciarle el pelo mientras vemos una peli.

Y. La. Quiero.

La quiero tantísimo que a veces no puedo ni respirar.

El móvil me silba en la mesilla de noche un segundo después de que Cass se encierre en el baño. Son solo las siete pasadas de la mañana, pero dado que es viernes y o bien se están preparando para ir a trabajar o para ir a clase, no me sorprende ver una notificación en el grupo de los Hayes.

Antes de desbloquear la pantalla y abrir la aplicación, suenan cinco silbidos más en rápida sucesión. Lo primero que me encuentro es una foto que mandó Cody. Y no es una foto cualquiera.

Es un libro.

Más concretamente, *Dulce verdad* de Aisha Harlow. Mi cara y abdominales salen tan claros como el día en la portada, mi brazo está enrollado en la espalda de Mia y la cara de ésta está oculta detrás de un velo de cabello rubio y ondulado.

Cass me enseñó una copia del libro en cuanto se publicó hace unas semanas. Ya me había olvidado por completo, pero debería haber sabido que mis hermanos lo descubrirían tarde o temprano.

Cody: Y el premio a modelo del año por la foto titulada LOS PANTALONES MÁS BAJOS DEL MUNDO es para...

Estallo en carcajadas. De todas las cosas que podrían haberles llamado la atención de esta foto, que los vaqueros me cuelguen

bajos en la cadera (tal y como me instruyó Cass durante la sesión) y se vea la uve que forman mis oblicuos es de lo que Cody ha decidido burlarse.

No de mi pecho brillante embadurnado en aceite corporal.

No de lo alborotado que tengo el pelo, como si acabase de salir de la cama, porque Aisha es una estilista de mierda en el mejor de los casos.

No de la forma en que fulmino a la cámara con la mirada.

Nop. Se ha decidido por mis vaqueros.

Un puñado de emoticonos y gifs riéndose invaden mi pantalla y bajo hasta el siguiente mensaje.

Theo: Logan, esto es una intervención. Déjanos hablar contigo. Estamos preocupados por ti.

Shawn: Lo más importante que tienes que saber es que siempre te querremos, pero...

Nico: Tu narcisismo se está saliendo de madre.

Colt: Tu obsesión con el aceite corporal no es sana.

Yo: Sois todos unos soplapollas.

Cody: No hay necesidad de recurrir a insultos, Logan.

Conor: Respira hondo. Estamos intentando ayudarte.

Vuelvo a reírme justo cuando Cassidy sale del baño y me mira con ojos curiosos.

—¿De qué te ríes? —Gatea para volver a colocarse a mi lado, apoya la cabeza en mi pecho y cubre mi centro con una mano.

—Mis hermanos acaban de descubrir el libro de Aisha. Me están montando una intervención por mensaje para tratar mi narcisismo y adicción al aceite corporal.

Ladeo el móvil para que pueda leer los mensajes, pero no pasan ni tres minutos antes de que la respiración se le estabilice y vuelva a quedarse dormida.

Con cuidado de no despertarla, me desenredo de entre sus brazos para prepararme para ir a trabajar. Por mucho que odie dejar a Cassidy sola, me encanta volver a verla cuando regreso. Y eso es lo que haré durante el resto de mi vida. Siempre volveré a casa con ella.

---

[1] Belleza

Gracias por leer la historia de Logan y Cassidy. ¡Espero que de verdad la hayas disfrutado!

Nico el siguiente y puedes leer los dos primeros capítulos de su libro aquí:

Muy Dulce